LEIBER, DICK, ANDERSON, KNIGHT, NIVEN...

VISIONES PELIGROSAS II

Harlan Ellison

SUPER FICCIÓN

ePUB

La mas famosa antología de ciencia ficción publicada en Estados Unidos. Su aparición en lengua inglesa provocó una auténtica revolución, tanto por su originalidad (ha sido la primera antología de relatos inéditos) como por la circunstancia de que el antólogo dio absoluta libertad a los autores en cuanto a temática y expresión literaria.

eBooks con estilo

Harlan Ellison

Visiones Peligrosas II

ePUB v1.0
Cko 13.07.12

más libros en epubgratis.me

Título original: *Dangerous Visions 2*
Harlan Ellison, 1967.
Traducción: D. Santos y F. Blanco
Diseño/retoque portada: Salinas Blanch

Editor original: Cko (v1.0)
ePub base v2.0

Introducción

Las líneas introductorias que escribí para Visiones peligrosas en enero de 1967, empezaron a ser leídas en el mundo de la ciencia ficción en noviembre de aquel año. Sentado en el apartamento de Terry Carr, en Brooklyn Heights, aquel mes de enero, con la espalda apoyada contra la pared y acabándose ya el plazo para la entrega del original, empecé mi introducción general al libro con estas palabras: «Esto que tienen ustedes en sus manos es más que un libro. Si tenemos suerte, será una revolución».

De Visiones peligrosas se han vendido, hasta 1969, más de sesenta mil ejemplares en edición normal y de club del libro. Varios de sus autores han ganado premios Hugo y Nébula, y la obra ha merecido incluso una mención especial en la XXVI Convención Mundial de Ciencia Ficción. (Esa mención, incidentalmente, decía: «A Harlan Ellison, antologista de Visiones peligrosas, el libro más significativo y controvertido de ciencia ficción publicado en 1967».)

¿Qué opinan de eso, soñadores del sueño? Quizás exista un Dios, después de todo. Esos escritores, artistas y editores se las arreglaron para reunir el más significativo y controvertido libro del año, y con su machaconería parecen haberlo conseguido.

Por otra parte, si Visiones peligrosas era una ruptura tan grande, ¿por qué hay tanta gente que lo critica? ¿Por qué algunas librerías a lo largo de todo el país se niegan a tenerlo en sus estanterías? ¿Por qué el ex director del Club del Libro de Ciencia Ficción recibió miles de ejemplares devueltos, con exasperadas cartas de mamás, jefes de boy-scouts, profesores y clérigos, exigiendo saber por qué los preciosos fluidos corporales de sus chicos habían sido polucionados con esa inmundicia de volumen? ¿Por qué estaba surgiendo un movimiento

contrarrevolucionario patrocinado por alguien llamado John Jeremy Pierce, dedicado a proseguir una «guerra santa» cuya finalidad era erradicar Visiones peligrosas y libros como este? ¿Por qué, en los simposios desde Berkeley hasta el Bronx, los críticos han vituperado y maldecido este libro? ¿Por qué un estimado crítico se adjudicó el llamar a Visiones peligrosas la biblia de algo a lo que llama «la Nueva Ola», y luego emplea páginas y más páginas en informar a los lectores de lo detestable que es?

Y por la otra parte (hallándonos en el mundo de la ciencia ficción, podemos tener todas las partes que deseemos), ¿por qué un crítico periodístico dijo: «Visiones peligrosas es una de las mejores antologías del género publicadas en la última década. Imagino que no va a poder ser superada en mucho tiempo»? ¿Por qué casi todos los autores que aparecen en el libro hablan con orgullo de su contribución al proyecto? ¿Por qué este humilde recopilador recibe más de tres mil cartas sobre el libro, que pueden alinearse desde esta, de una tal señora S. Blittmon de Filadelfia:

> Querido señor Ellison,
>
> Cuanto tomé su libro Visiones peligrosas en la biblioteca y leí las dos introducciones, pensé que iba a ser algo grande. No puedo decirle lo enferma que me sentí después de leer (y aquí nombraba dos relatos). Dice usted que su abuela era judía (así es) pero yo creo que no; tuvo que ser viet-cong, o de otro modo usted no hubiera podido pensar tales atrocidades. ¡Que la maldición caiga sobre usted! La ciencia ficción tendría que ser algo hermoso. Con esa mente que tiene (?) debería estar usted limpiando letrinas y aún eso sería demasiado bueno. Atentamente…

Hasta esta otra, de Monte Davis de New York City:

> Querido señor Ellison,
>
> ¡¡¡Oh, muchacho!!! Y montones de exclamaciones similares que

> pueda dirigirte en honor a tu (indudablemente fecunda) imaginación, todas ellas destinadas a decirte que Visiones peligrosas es un libro infernalmente bueno. Dejando a un lado por el momento esa tonta idea acerca de la «nueva cosa», esta criatura tuya es simplemente la cosa más locamente divertida que he encontrado en meses. Para alguien (como yo) hambriento por culpa de la escasez de cualquier tipo de frescura literaria o intelectual en las revistas, y el dolorosamente pequeño número de nuevos libros realmente legibles, esto ha llegado como un deshollinador mental…

Cartas como estas llegaron a montones, y siguen llegando todavía. Números enteros de revistas de aficionados han sido dedicados a este libro; directores de revistas profesionales se han lanzado a encarnizadas disputas con sus colaboradores acerca de historias demasiado «a lo Visiones peligrosas»; carreras enteras de Escritores de Gran Renombre se han visto alteradas por su contribución al libro; otras carreras se han visto resucitadas, y en una ocasión una carrera fue sofocada en su cuna. Pero los cambios que parecen haberse producido en el campo de la ciencia ficción a causa de la publicación de Visiones peligrosas son aún mucho más notables.

El libro abrió la puerta, con su popularidad y controversia, a todo un torrente de antologías «originales», con la intención de eludir las estrecheces de miras de muchos directores de revistas de ciencia ficción. Puesto que las antologías Orbit de Damon Knight se iniciaron antes de que apareciera Visiones peligrosas, no creo que Damon me ponga en la picota por haberle robado el mérito si opino que Visiones peligrosas amplió el mercado de sus antologías, liberó la forma de pensar de muchos escritores, y en varias formas derribó las barricadas para abrir camino a otros, muchos de los cuales están ahora publicando en sus antologías. La nueva colección de relatos originales Nova de Harry Harrison sigue el esquema establecido por Visiones peligrosas. The Farthest Reaches (Las extensiones más lejanas) de Joe Eider, y Alchemy y Academy (Alquimia and academia) de Anne McCaffrey son otras dos colecciones «originales» que muy probablemente no hubieran funcionado a no ser por Visiones peligrosas.

Los anticipos que reciben ahora los autores, como resultado del éxito obtenido por Visiones peligrosas, se han doblado y hasta triplicado.

Y lo que es más importante: hemos conseguido finalmente esa revolución. Si ustedes lo dudan, simplemente díganle «nueva ola» a Sam Moskowitz. Si lo dudan, simplemente sugiéranle a Fred Pohl que publique un número de la revista que dirige, Galaxy, totalmente dedicado a la Nueva Ola. Y siéntense en un panel de debates en una convención de ciencia ficción: podrán asistir todavía a interesantes y valiosas discusiones sobre «el corrimiento al rojo como fuente de material para las historias de ciencia ficción astronómica», pero ahora —además— podrán escuchar doctas conferencias sobre La Ciencia Ficción Como Literatura de la Revolución, Cómo Escribir la Novela de Ciencia Ficción Sobre la Dinámica de los Media, Paralelismos Entre el Simbolismo en James Joyce y en Philip José Farmer, Los Tabúes en las Revistas de Ciencia Ficción. Todo el mundo está hablando a la vez, y el diálogo ha hecho de este el período más excitante de toda la historia de la ciencia ficción. Los críticos y los académicos han descubierto que esta humilde «ficción del pueblo» posee algunas aspiraciones legítimas a la grandeza, que los nombres que han dedicado sus vidas a este tipo de literatura son en muchos aspectos iguales a los grandes nombres aclamados en las listas de best-sellers del New York Times.

Y aunque es arriesgado sacar conclusiones acerca del efecto que en su conjunto ha tenido Visiones peligrosas en el género, o su impacto último, sí es posible al menos resaltar el furor que la obra ha causado, llenando así su intento de despertar las mentes.

En esta breve introducción al segundo volumen de Visiones peligrosas he intentado poner de relieve lo ocurrido desde su primera y ya lejana publicación en tapa dura. En el tercer y último volumen les hablaré de cómo muchos de los escritores que han colaborado en este primer volumen-triada se han visto afectados por lo que hicieron en Visiones peligrosas.

Pero ahora están ustedes a punto de visitar un mundo distinto en compañía de diez hombres y mujeres que —ya sea en términos de blasfemia o bondad o humor negro— se atrevieron a soñar sus propias y especiales visiones peligrosas. Gocen de ellas.

Nos veremos en el próximo volumen. No se vayan muy lejos.

Los Ángeles

El hombre que fue a la luna… dos veces

Howard Rodman

Originalmente, una de las intenciones secundarías (pero no menos importantes) de esta antología era presentar y llamar la atención de los lectores sobre historias firmadas por escritores muy alejados normalmente del campo de la ficción especulativa. Los nombres de William Burroughs, Thomas Pynchon, Alan Sillitoe, Terry Southern, Thomas Berger y Kingsley Amis se hallaban relacionados en mi lista preliminar de colaboradores. El nombre de Howard Rodman también estaba en la lista. Circunstancias de naturaleza casi maquiavélica impidieron la aparición aquí del primer sexteto. Howard Rodman está entre nosotros. Me siento honrado.

(Un comentario: qué extraño me resulta el que los fans de la ciencia ficción, los que eligen existir en mundos de ensueño llenos de vuelos siderales, ciudades de maravilla, inventos maravillosos, puertas que se dilatan, tridivisión y «sensos», sean quienes desprecian más ruidosamente la moderna televisión. La mayoría de los fans a los que he conocido, cuando descubren que paso parte de mi tiempo escribiendo para los medios audiovisuales, me dicen de una forma más bien condescendiente que ellos raramente miran la televisión, como si el hecho de mirarla fuera considerado denigrante. Qué triste debe de ser para ellos ver la televisión, los viajes espaciales, y todas las demás predicciones de la «cientificción» gernsbackiana convertidos en realidad por los filisteos. Supongo que, en un cierto sentido, es una pequeña tragedia, como el haber estado

convencido durante años de que Tolkien era algo grande, y encontrarse de pronto con que todos los esnobs del mundo están leyendo las ediciones de bolsillo de El señor de los Anillos en los transportes públicos. Pero esto es algo muy distinto. Afirmo categóricamente que es mejor tener una televisión dirigida a la gran masa tal como la tenemos ahora, aunque sea horrible en un 96 % de las veces, que relegarla al horrible destino antiséptico que le reservaba la ciencia ficción en 1928.)

Howard Rodman ha ganado más premios de obras dramáticas para televisión que ningún otro escritor que trabaje para el medio. Su famoso guión para Naked City (La ciudad desnuda), Uniendo lugares muy alejados, ganó los premios Emmy y de la Unión de Escritores, no sólo para él sino también para la serie en sí, el director y los actores. Recordemos el dramático televisivo del Bob Hope-Chrysler Theater, El juego con trozos de cristal. Fue, de hecho, el estilo de Howard Rodman lo que dio el tono a lo mejor de Naked City y de Route 66 (Itinerario 66) durante su celebrado paso por los canales de televisión.

Howard Rodman nació en el Bronx, y a los diez años decidió ser escritor. Tomó esta decisión seriamente a la edad de quince años, y desde los quince hasta los dieciséis leyó como mínimo un volumen de relatos cortos al día; de los dieciséis a los diecisiete leyó únicamente obras de teatro, cinco o seis al día; y de los diecisiete a los veintiuno escribió tres mil palabras al día: relatos cortos, escenas de teatro, poemas, secuencias narrativas, etc. Se graduó en el Brooklyn College, y luego prosiguió su educación en la Universidad de Iowa. A los veintiún años entró en el ejército (donde entre sus obligaciones se le requirió que inspeccionara los burdeles de Lille como sargento de contrainteligencia). Ha publicado más de ciento cincuenta relatos cortos, varios cientos de poemas, cuarenta obras teatrales en un acto, cuatro en tres actos (y ha sido incluido en volúmenes de las mejores obras teatrales del año). Durante los pasados diez años ha trabajado activamente en radio, televisión y cine. A los cuarenta y siete años, Howard Rodman —alto, jovial, increíblemente ingenioso y erudito Howard Rodman—, el apasionado al cine, se ha casado, divorciado y vuelto a casar con la encantadora actriz llena de talento Norma Connolly. Tienen cuatro hijos, varios de los cuales pueden ser alineados entre los genios según los criterios más exigentes.

Me siento particularmente complacido de que Howard pueda aparecer en

esta antología, no solamente debido a que su historia es algo realmente muy distinto y muy especial con relación a las demás de este libro, sino por un número de razones secundarias, que relaciono a continuación: mucho antes de que yo llegara a Hollywood, era un admirador de los guiones de Rodman. Me parecía que encarnaban los ideales que un guionista debía mantener en un medio dedicado a vender a toda costa desodorantes para el pelo, la boca, las axilas y los espacios entre los dedos de los pies. Me hice el firme propósito de conocer a Rodman, a los primeros meses de mi estancia en la Ciudad de los Payasos, y de él aprendí una importante lección. Una lección que cualquier escritor puede utilizar. No se asusten. Es sencilla; no dejen que les abrume. Ellos no pueden hacerle nada. Si los patean fuera del mundo cinematográfico, hagan televisión. Si los patean fuera de la televisión, escriban novelas. Si no quieren comprar sus novelas, vendan relatos cortos. Si no pueden hacer esto, entonces mejor dedíquense al negocio de la construcción. Un escritor escribe siempre. Para eso ha sido hecho. Y si no le dejan escribir un tipo determinado de cosa, si le echan de un mercado determinado, entonces búsquense otro mercado. Y si les cierran todos los bazares, entonces, por el amor de Dios, trabajen con sus manos hasta que puedan escribir de nuevo, porque el talento estará siempre ahí. Pero la primera vez que digan: «¡Oh, Cristo, me están matando!» están perdidos. Porque lo primero que tiene un escritor para vender es su valor. Y si no lo tiene, entonces simplemente es un cobarde. Es un traidor y un esquirol y un herético, porque escribir es un trabajo sagrado. Eso es lo que aprendí de Howard Rodman.

Otra razón de mi alegría por la inclusión de Rodman entre estas páginas es el trasfondo de la historia que ha contado. Es una historia tierna, aparentemente común y no muy «peligrosa». Sin embargo, cuando la leí por primera vez, y se me ocurrieron estos pensamientos, hice una pausa con una advertencia parpadeando dentro de mí: Léela de nuevo. Rodman es tortuoso. Así que la leí de nuevo, y además de comprender muchas cosas que en una primera lectura no había comprendido, el dolor de la concepción misma de la historia me sobrecogió. Rodman ha intentado algo muy difícil y en cierto modo desconcertante. Ha hecho un sabio comentario sobre el mismo tema que yo he comentado un poco antes, en el segundo párrafo de esta introducción (la parte que está entre paréntesis). Este es el tipo de historia que Heinlein acostumbraba a escribir, y que Vonnegut ha hecho varias veces, pero que la mayoría de los

escritores especulativos nunca tomarían en consideración. Están demasiado lejos en el espacio. Rodman mantiene sustanciales lazos con el aquí y el ahora. Y es esta preocupación (e inclinación) hacia la tragedia del aquí y ahora lo que ha inspirado la historia del hombre que fue a la Luna… dos veces.

Una razón final por la que me regocijo de la presencia de Rodman aquí. Es un luchador, no simplemente un liberal de salón. Su advertencia de que nunca me asustara fue seguida por una orden de luchar por lo que había escrito. He intentado hacerlo, algunas veces con éxito. Es difícil en Hollywood. Pero mi mentor, Howard Rodman, es el hombre que en una ocasión no dudó en arrojar un pesado cenicero al hombre que había abortado uno de sus guiones, y que tuvo que ser firmemente sujetado para que no le arrancara a ese hombre la cabeza de sobre sus hombros. En otra ocasión envió a un poderoso productor, que había hecho una carnicería con uno de sus guiones, un enorme paquete envuelto con un crespón negro. Dentro había unas tijeras con una nota que decía: Requiescat in pace, y el título del guión. Hay una leyenda que corre por los estudios: si no consigue un dolor de cabeza con Ellison trabajando con usted, entonces contrate a Rodman, y trabajará con el original.

El testimonio más visible de la calidad de su obra es que Howard Rodman es uno de los escritores más ocupados de Hollywood.

* * *

La primera vez que Marshall Kiss fue a la Luna tenía nueve años, y el viaje fue accidental. Un globo cautivo se soltó en la feria campestre y alzó el vuelo, con Marshall dentro.

No regresó hasta doce horas más tarde.

—¿Dónde has estado? —le preguntó su papá a Marshall.

—Arriba, en la Luna —respondió Marshall.

—No me digas —dijo su papá, con la boca ligeramente abierta y la mandíbula colgante.

Y se fue a decírselo a sus vecinos.

La mamá de Marshall, que tenía una mente más práctica, se limitó a poner

delante de él un humeante tazón lleno de cereales recién cocidos.

—Tendrás mucha hambre después de un viaje como ese. Será mejor que comas algo antes de irte a la cama.

—Creo que eso es lo que voy a hacer —dijo Marshall, dedicándose con ahínco a vaciar el tazón.

Estaba afanándose en ello cuando llegaron los periodistas… un hombre grande con un bigote pequeño y un joven delgado que trabajaba en el periódico para pagarse sus estudios en la Escuela de Formación Profesional de Pompas Fúnebres.

—Bien —dijo el bigote—, así que has estado en la Luna.

Marshall se sintió un poco intimidado y asintió sin hablar.

El aspirante a pompas fúnebres hizo una mueca con los labios, pero lo dejó correr cuando la mamá de Marshall lo fulminó con una mirada.

—¿A qué se parecía? —preguntó el bigote.

—Era algo encantador —respondió Marshall educadamente—. Fresco y suave y lleno de cantos.

—¿Qué tipo de cantos?

—Simplemente cantos. Canciones hermosas.

El aspirante a pompas fúnebres dejó escapar una risita, pero la interrumpió inmediatamente cuando la mamá de Marshall depositó el vaso de leche sobre la mesa con un ruido seco y un fruncir de ceño.

—Canciones hermosas —repitió Marshall—. Como los himnos de la iglesia.

Llegaron tres vecinos para echarle una mirada a Marshall. Se mantuvieron algo apartados de la mesa, contemplando con un ligero asombro al chico que había estado en la Luna.

—¿Quién lo hubiera creído? —susurró uno de ellos—. Se le ve tan joven.

Marshall enrojeció, orgulloso, e inclinó la cabeza hacia su tazón de cereales.

Precisamente entonces, cuatro compañeros del colegio se deslizaron en la cocina y metieron sus rostros entre los intersticios dejados por los vecinos.

—¡Pregúntaselo! —dijo el más pequeño de ellos.

—Hey, Marshall —dijo el más valiente en voz alta—, ¿vas a jugar a pelota mañana?

—Claro que sí —respondió Marshall.

—Entonces estupendo —dijo el más valiente a los demás—. No ha cambiado

en absoluto.

El papá de Marshall volvió con otros dos vecinos, y una mujer trajo a su esposo y sus ocho hijos desde su casa a cuatro kilómetros de distancia carretera abajo. Un caballo asomó la cabeza por la ventana de la cocina, y una gallina entró a saltitos y se escondió bajo la estufa.

La maestra de Marshall tocó la campanilla de la puerta delantera, cruzó la casa hasta la cocina y entró en ella por propia voluntad, ya que nadie acudió a abrirla.

Todo el mundo miraba a Marshall de una forma alegre y orgullosa, pero nadie parecía ser capaz de pensar en nada que decir. Incluso cuando llegó el alcalde, recién afeitado y deseando pronunciar un discurso, ocurrió algo, y cerró la boca sin haber dicho ni una palabra.

Empezaba a hacer calor en la cocina, con tanta gente apretujándose, pero era un calor agradable… alegre y feliz, y nadie empujaba a nadie. La mamá de Marshall simplemente sonreía y radiaba felicidad, y su papá daba largas chupadas a su pipa de maíz, sentado sobre una caja vuelta boca abajo junto a la estufa.

El periodista que estudiaba para la profesión de pompas fúnebres empezó a preguntarle a Marshall:

—¿Cómo sabías tú que aquello era la Luna?

Pero no pudo ir más lejos, y sin saber cómo se encontró en la parte de atrás del grupo, mirando por encima de la cabeza de los demás alzándose sobre la punta de sus pies.

Finalmente la gallina cacareó, y todo el mundo encontró aquello muy divertido, y se echaron a reír fuerte y claramente.

Marshall terminó su tazón de cereales y su leche, y alzó la vista para ver, a través de la ventana, que el patio exterior estaba también lleno de gente: habían venido desde kilómetros y kilómetros de distancia, a caballo o en carro, a pie o de cualquier otro modo. Se dio cuenta de que esperaban algunas palabras suyas, de modo que se puso en pie e hizo un discurso.

—Nunca pretendí deliberadamente ir a la Luna —empezó Marshall—. Simplemente las cosas ocurrieron así. El globo empezó a subir, y yo subía con él. Muy pronto estaba mirando hacia abajo a las cimas de las montañas, y aquello era algo. Pero seguía subiendo cada vez más y más. Por el camino vi a

un águila enfadada. Estaba intentando volar tan alto como yo, pero simplemente no podía. Se estaba volviendo loca de rabia, aquella águila. Chillaba hasta hacer estallar su cabeza.

Toda la gente en la cocina, y fuera en el patio, asintieron comprensivamente.

—Al final —continuó Marshall—, llegué a la Luna. Como ya he dicho, era muy bonita.

Dejó de hablar, porque ya había dicho todo lo que tenía que decir.

—¿Estabas asustado? —preguntó alguien.

—Un poco —respondió Marshall—. Pero el aire era reconfortante, y lo superé.

—Bien —dijo el alcalde, sintiéndose obligado a pronunciar unas palabras—, nos alegramos de que estés de vuelta.

Y tendió su mano para estrechar la de Marshall.

Tras lo cual, Marshall estrechó las manos de todos los que estaban allí, y todo el mundo regresó a sus casas. El caballo sacó su cabeza de la ventana y regresó a mordisquear la hierba del patio. Y la gallina salió a saltitos por la puerta, dejando un huevo bajo la estufa. La casa quedó vacía pero aún alegre. Era como si todo el mundo hubiera venido y se hubiera ido dejando tras ellos su felicidad como un regalo, del mismo modo que la gallina había dejado el huevo.

—Ha sido un gran día para ti —dijo el papá de Marshall.

—Creo que será mejor que te vayas ahora a la cama —dijo la mamá de Marshall.

—Puede… —continuó el papá de Marshall, pensando en voz alta—, puede que algún día te conviertas en un gran explorador.

Marshall miró a su mamá, vio su miedo a que su muchacho se convirtiera en un vagabundo. Respondió, para su madre:

—Te diré, papá. Lo más probable es que me quede simplemente aquí sin ir a ningún sitio. —Por supuesto, le guiñó un ojo a su padre para indicarle que quizás él tuviera razón después de todo—. Buenas noches, papá. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hijo.

Su mamá le dio el beso de buenas noches.

Entonces Marshall se fue a su habitación, cerró la puerta, se desvistió, y se puso el pijama. Se arrodilló al lado de su cama y cruzó sus dedos para rezar.

—Ha sido un día muy feliz, oh, Señor. Todo lo que puedo recordar es

felicidad. Gracias.

Se metió en la cama y se durmió.

Bien, ya saben como pasa el tiempo. Marshall se hizo un hombre, se casó y se estableció. Tuvo hijos, y sus hijos tuvieron hijos. Sus hijos crecieron y de una forma muy natural se marcharon para seguir sus propios caminos, y su esposa murió de muerte natural. Y aquí hallamos de nuevo a Marshall Kiss viviendo solo en el mundo, en su granja, y trabajando únicamente en lo que le gustaba.

Algunas veces iba a la ciudad y se sentaba junto a la estufa en el almacén general y hablaba, y algunas veces se quedaba en casa y escuchaba la lluvia hablar en los cristales de las ventanas. Llegó el momento en que Marshall rondó los noventa años. La mayor parte de la gente que había vivido cuando él era un muchacho ya había muerto.

La gente de la ciudad era una nueva generación, y aunque no era desagradable, tampoco era demasiado amistosa. El problema con las nuevas generaciones es que no miran hacia atrás, mantienen la vista siempre fija hacia delante.

Llegó el momento en que Marshall podía cruzar toda la ciudad de extremo a extremo sin ver ningún rostro conocido ni a nadie que le conociera a él. Saludaba con una inclinación de cabeza y le respondían al saludo, pero no era un gesto realmente humano…, sólo una fórmula de cortesía. Y todos sabemos cómo terminan estas cosas. Cuando un hombre tiene que vivir así, llega a sentirse solitario.

Eso es precisamente lo que le ocurrió a Marshall. Se sintió solitario.

Primero pensó que podía olvidar su soledad quedándose simplemente en casa. Y pasó todo un mes sin que Marshall se mostrara por ningún lado, esperando que alguien sintiera una cierta curiosidad y quizás acudiera a ver cómo se encontraba. Pero nadie lo hizo. De modo que Marshall regresó a la ciudad.

El dependiente del almacén pareció recordar algo acerca de que no había visto a Marshall desde hacía mucho, pero no parecía estar demasiado seguro.

—Hace un par o tres de días que no viene usted por aquí, ¿verdad? —preguntó a Marshall.

—Más bien hace un mes —dijo Marshall.

—No me diga —murmuró el dependiente, mientras hacía la cuenta de las

compras de Marshall.

—He estado fuera —dijo Marshall.

—¿Viendo a su familia? —preguntó el dependiente.

—He estado en la Luna —dijo Marshall.

El dependiente pareció un poco fastidiado, en absoluto interesado, en absoluto impresionado. De hecho, no parecía creer a Marshall. Pero era un hombre educado, de modo que comentó:

—Debe de haber sido un hermoso viaje —y dejó de pensar en ello.

Marshall salió furioso del almacén y fue a cortarse el pelo.

—Ha crecido mucho su pelo, señor Kiss —dijo el barbero.

—Es lógico —respondió Marshall—. No hay barberías en la Luna, ya sabe.

—Espero que no —dijo el barbero, y empezó a trabajar, haciendo resonar activamente sus tijeras y fingiendo que cortaba un cabello aquí, otro allá, pero sin decir ni una sola palabra sobre la Luna, sin tener ni siquiera la decencia de preguntar a qué se parecía la Luna.

De modo que Marshall se quedó dormido hasta que el barbero hubo terminado.

Entró el alcalde para su afeitado diario. Era un hombre joven, con una barba muy dura, y miró casualmente a Marshall.

—Uno de los antiguos residentes —dijo al barbero. El barbero asintió mientras trabajaba.

—Parece cansado —dijo el alcalde.

—Tiene que estarlo —comentó el barbero—. Acaba de regresar de la Luna.

Y rió fuertemente.

—No me diga —murmuró el alcalde.

—Eso es lo que pretende. —El barbero se rió de nuevo—. Que acaba de volver de la Luna.

—Bueno, entonces no es sorprendente que esté cansado.

Pero por la forma en que el alcalde se reía y la forma en que el barbero se reía, Marshall comprendió que simplemente se estaban burlando de él. Porque Marshall no estaba realmente durmiendo, por supuesto.

Aquello enfureció a Marshall, y se puso en pie y tiró el trapo y salió a toda velocidad hacia las oficinas del periódico.

—Me llamo Marshall Kiss —dijo Marshall al nuevo chico que había en la

recepción—, y acabo de regresar de un viaje a la Luna.

—Gracias por la noticia, abuelo —dijo el periodista, sonriendo con una comisura del labio—. Me ocupará de ello en cuanto tenga un poco de tiempo. —Y, diciendo esto, cruzó sus manos por detrás de la cabeza.

Las lágrimas afloraron a los ojos de Marshall.

—¡He estado en la Luna dos veces! —gritó—. La primera vez cuando tenía nueve años, y apareció en este periódico por aquel entonces. La gente vino de quince kilómetros a la redonda simplemente para verme. Fui allí en un viejo globo y le rompí el corazón a un águila cuando intentó subir tanto como yo. —Miró duramente al periodista, y pudo ver que éste no le creía ni intentaba creerle—. Ya no hay compasión en el mundo —dijo Marshall—, y tampoco alegría.

Y diciendo esto, salió.

El camino que conducía hasta su casa era más bien rocoso y empinado, y Marshall tuvo la impresión de que necesitaba mucho tiempo para recorrer una corta distancia.

—No puedo llegar a imaginarme cómo la gente ha cambiado tanto —se dijo Marshall a sí mismo—. La hierba sigue siendo verde, y los caballos tienen cola, y las gallinas ponen huevos…

Fue interrumpido por un muchachito que llegó corriendo desde atrás, haciendo como que galopaba y golpeándose las nalgas como si estuviera azuzando a un caballo.

—Hola —dijo el muchachito—. ¿A dónde vas?

—Arriba a la colina, de vuelta a mi granja —respondió Marshall.

—¿Dónde has estado? —preguntó el muchachito.

—En la ciudad —dijo Marshall.

—¿Eso es todo? —preguntó el muchachito, decepcionado—. ¿No has estado en ningún otro sitio?

—He estado en la Luna —dijo Marshall, un poco tímidamente. Los ojos del muchachito se abrieron mucho y brillaron.

—Dos veces —añadió Marshall.

Los ojos del muchachito se abrieron más.

—¡De veras! —exclamó el muchachito, excitado—. ¿D-d-de veras?

Estaba tan excitado que tartamudeaba.

—De hecho —dijo Marshall—, acabo de regresar de la Luna. El muchachito

permaneció en silencio por un segundo.

—Oiga, señor —preguntó finalmente—, ¿le importaría si trajera a mi amiga para que pueda verle?

—En absoluto. Vivo ahí mismo, en esa casa que puedes ver.

Marshall salió del camino para dirigirse a su casa.

—Volveré en seguida —prometió el muchachito, y se alejó corriendo tan rápido como pudo para ir al encuentro de su amiga.

Sería media hora más tarde cuando el muchachito y su amiguita llegaron a la casa de Marshall. Llamaron a la puerta, pero nadie contestó, así que simplemente entraron.

—No te preocupes —dijo el muchachito—, es muy amable. La cocina estaba vacía, así que miraron en el salón, pero también estaba vacío.

—Quizás haya vuelto a la Luna —susurró la niñita, algo temerosa.

—Tal vez —admitió el muchachito.

Pero de todos modos fueron a mirar al dormitorio.

Allí estaba Marshall, tendido en la cama, y al principio pensaron que estaba durmiendo. Pero tras un rato, cuando vieron que no se movía ni respiraba, el muchachito y la niñita supieron que se había ido mucho más lejos que eso.

—Supongo que tú tenías razón —dijo el muchachito.

El y la niñita simplemente miraron y miraron con ojos tan grandes y abiertos como podían, al hombre que había estado en la Luna dos veces.

—Supongo que ahora serán tres veces ya —dijo la niñita.

Y repentinamente, sin saber por qué, tuvieron miedo y echaron a correr, dejando la puerta abierta tras ellos. Corrieron en silencio, cogidos de la mano, asustados, pero contentos también, como si hubiera ocurrido algo maravilloso que no pudieran comprender.

Tras un rato, como si fuera la primera vez que eso ocurría en aquella granja, el caballo penetró en la casa y asomó la cabeza por la puerta del dormitorio, y miró.

Y luego una gallina entró dando saltitos y se ocultó bajo la cama.

Y mucho rato más tarde, un montón de gente vino a contemplar la sonrisa de satisfacción en el rostro de Marshall.

—Es él —dijo el muchachito, señalando—. Es el hombre que estuvo en la Luna dos veces.

Y por alguna razón, con la sonrisa de Marshall, y el caballo inmóvil allí agitando la cola, y el repentino cacareo de la gallina bajo la cama…, por alguna razón, nadie contradijo al muchachito.

Aquel era el día en que el cohete a Marte iniciaba sus tres vuelos regulares diarios. Pero ya nadie iba a la Luna. No había allí nada que ver.

* * *

Esta historia en particular surgió de una repentina y fuerte comprensión personal de algunos aspectos de la vida de mi padre… los enormes cambios que se produjeron en la historia durante su existencia: desarrollos tecnológicos más allá de todo lo imaginable cuando él era un muchacho.

Me había contado su maravilla cuando se había sentado para escuchar un fonógrafo que un hombre llevaba a la espalda mientras iba de pueblo en pueblo en Polonia, donde mi padre había nacido. Por un kopek el nombre le daba a la manecilla, el disco giraba, la aguja chirriaba, y si acercabas tu oído a la bocina allí estaba el milagro de una voz, una música, un poema.

Luego, en 1928 o 1929, mi padre subió a un avión que aterrizó en un campo de maíz en las montañas Catskill. Por cinco dólares mi padre voló durante cinco minutos.

Si ésta fue la historia de mi padre, fue también la historia de su generación. En lo que me parece un tiempo increíblemente corto, se perdieron el misterio y el milagro. Hay muy poca maravilla en la televisión, pese al hecho de que la extraordinaria complejidad del envío y la recepción de una señal de televisión se halla más allá de la capacidad de comprensión de los millones de televidentes. El aparato de televisión es un éxito porque la maravilla ha sido eliminada. Porque el aparato de televisión es realmente una caja idiota;

no por su contenido sino porque sus controles han sido simplificados de tal modo que pueden ser manejados perfectamente por cualquiera que sea capaz simplemente de pulsar un botón y girar un dial. El propio dial ha sido diseñado de tal modo que uno simplemente tiene que irlo girando: ni siquiera necesita buscar un número específico. Porque, si uno desea ver el programa del canal 8, lo único que tiene que hacer es seguir girando el dial hasta que el programa aparezca en la pantalla. Entonces habrá conectado el canal 8.

Y la maravilla ha desaparecido.

Porque la envergadura de la historia moderna me parece tener una sensación de maravilla; porque tiene para mí un asomo de cuento de hadas y de incredulidad; porque el milagro de los cambios producidos entre la época de la infancia de mi padre a la mía me parecieron haberse perdido, es por lo que escribí esta historia.

Es simplemente un recordatorio de que la fantasía existe aún en nuestras vidas cotidianas, del mismo modo que existe en las maravillas del futuro. Y es un recordatorio de que lo mejor de nuestra civilización se halla mucho más allá de la comprensión de nuestros ciudadanos corrientes. Lo más maravilloso es que exista tanta civilización donde haya tan pocas personas civilizadas.

En otra disposición de ánimo quizás hubiera escrito una historia mucho más dura. Pero en esta ocasión pensé simplemente que debía darle esta forma. La de un cuento de hadas; chapado a la antigua y sentimental, escrito en una máquina de escribir eléctrica.

La fe de nuestros padres

Philip K. Dick

No había la menor duda al respecto. Si el libro debía abordar nuevos conceptos y temas tabúes, historias que resultaran difíciles de vender en el mercado normal de las revistas y más particularmente a las revistas especializadas de ciencia ficción, tenía que contactar con los escritores que no temían adentrarse en la oscuridad. Philip K. Dick ha estado iluminando su propio paisaje desde hace años, iluminando con los proyectores de su imaginación una térra incógnita de asombrosas dimensiones. Le pedí una historia a Phil Dick, y la obtuve. Una historia que dará que escribir, bajo la influencia (si ello es posible) del LSD. Lo que sigue, como su excelente novela Los tres estigmas de Palmer Eldritch, es el resultado de uno de esos viajes alucinógenos.

Dick tiene la incómoda costumbre de derribar las teorías de uno. Por ejemplo, la mía acerca del valor de los estímulos artificiales para animar el proceso creativo. (Es una retractación por mi parte, supongo, porque soy incapaz de escribir sin un fondo musical a todo volumen. No importa si es Honegger o la Tijuana Brass o Archie Shepp o la New Vaudeville Band interpretando Winchester Cathedral. Debo tenerla.) Cuando era mucho más joven, y rondaba los diversos clubs de jazz de Nueva York, como crítico y como simple oyente, me díscutía con muchos músicos que juraban que necesitaban o hierba o estimulantes para entrar en ambiente. Luego, tras convertirse en unos adictos, se hundían completamente: lo que salía de ellos era pura locura. He conocido

bailarinas que fumaban hierba porque no podían conseguir la sensación de estar «en el aire» sin su ayuda; psiquiatras que conseguían subvenir a sus necesidades mediante sus propias recetas de narcóticos…, necesidades edificadas sobre la ilusión de que la droga liberaba sus mentes y les permitía efectuar análisis más penetrantes; artistas que estaban sometidos constantemente al ácido, cuyo trabajo bajo las influencias «dilatadoras de la mente» era algo que ustedes frotarían enérgicamente con un buen detergente si lo descubrieran en el fondo de su piscina. Mi teoría, desarrollada a lo largo de años de ver a gente engañándose a sí misma hasta la perdición, era que el proceso creativo es mucho más vívido cuando emerge claro y puro de los profundos pozos que existen en las mentes de los creadores. Philip K. Dick desmiente esa teoría.

Sus experiencias con el LSD y otros alucinógenos, además de los estimulantes del tipo de las anfetaminas, han dado frutos como la historia que están ustedes a punto de leer, una visión «peligrosa» desde todos sus ángulos. La pregunta, pues, se plantea: ¿cuán válida es la totalidad ante la excepción de raros éxitos como la obra de Phil Dick? No presumo de saberlo. Todo lo que puedo aventurar es que una administración adecuada de drogas dilatadoras de la mente puede abrir áreas completamente nuevas al intelecto creativo. Áreas que hasta entonces fueron dominio de los ciegos.

Para su información, Philip K. Dick efectuó sus estudios en la Universidad de California, fue echado de varios trabajos que incluían el de director de una tienda de discos (es un apasionado de Bach, Wagner y Buddy Greco), redactor publicitario y presentador de un programa de música clásica en la emisora radiofónica KSMO en San Mateo, California. Entre sus libros están Solar Lottery (Lotería solar), Eye in the Sky (Ojo en el cielo), Time Out of Joint (El tiempo desarticulado), The Simulacra (Los simulacros), La penúltima verdad, Martian Time-Slip (Tiempo de Marte), Dr. Bloodmoney (Doctor Bloodmoney), Now Wait for Last Year (Ahora esperamos el año pasado), y el vencedor del premio Hugo de 1963, The Man in the High Castle (El hombre en el castillo). Aunque corpulento, barbudo y casado, es un confirmado observador de muchachas.

Hoy está con nosotros en su calidad de demoledor de teorías. Y si no muerde su sentido de la «realidad», aunque sólo sea con un mordisco pequeño, con este La fe de nuestros padres, entonces comprueben su pulso. Puede que estén

ustedes muertos.

* * *

En las calles de Hanoi se encontró frente a un vendedor ambulante sin piernas que iba sobre un carrito de madera y llamaba con gritos chillones a todos los transeúntes. Chien disminuyó la marcha escuchó, pero no se detuvo. Los asuntos del Ministerio de Artefactos Culturales ocupaban su mente y distraían su atención: era como si estuviera solo, y no lo rodearan los que iban en bicicletas y ciclomotores y motos a reacción. Y, asimismo, era como si el vendedor sin piernas no existiera.

—Camarada —lo llamó sin embargo, y persiguió hábilmente a Chien con su carrito, propulsado por una batería a helio—. Tengo una amplia variedad de remedios vegetales y testimonios de miles de clientes satisfechos. Descríbeme tu enfermedad y podré ayudarte.

—Está bien —dijo Chien, deteniéndose—, pero no estoy enfermo.

«Excepto —pensó— de la enfermedad crónica de los empleados del Comité Central: el oportunismo profesional poniendo a prueba en forma constante las puertas de toda posición oficial, incluyendo la mía.»

—Por ejemplo puedo curar las afecciones radiactivas —canturreó el vendedor ambulante, persiguiéndolo aún—. O aumentar, si es necesario, la potencia sexual. Puedo hacer retroceder los procesos cancerígenos, incluso los temibles melanomas, lo que podríamos llamar cánceres negros. —Alzando una bandeja de botellas, pequeños recipientes de aluminio y distintas clases de polvos en recipientes de plástico, el vendedor canturreó—: Si un rival insiste en tratar de usurpar tu ventajosa posición burocrática, puedo darte un ungüento que bajo su apariencia de bálsamo cutáneo es una toxina increíblemente efectiva. Y mis precios son bajos, camarada. Y como atención especial a alguien de aspecto tan distinguido como el tuyo, te aceptaré en pago los dólares inflacionarios de posguerra en billetes, que tienen fama de moneda internacional pero en realidad no valen mucho más que el papel higiénico.

—Vete al infierno —dijo Chien, y le hizo señas a un taxi sobre colchón de

aire que pasaba en ese momento.

Ya se había atrasado tres minutos y medio para su primera cita del día, y en el Ministerio sus diversos superiores de opulento trasero estarían haciendo rápidas anotaciones mentales, al igual que sus subordinados, que las harían en proporción aún mayor.

El vendedor dijo con calma:

—Pero, camarada, debes comprarme.

—¿Por qué? —preguntó Chien. Sentía indignación.

—Porque soy un veterano de guerra, camarada. Luché en la Colosal Guerra Final de Liberación Nacional con el Frente Democrático Unido del Pueblo contra los Imperialistas. Perdí mis extremidades inferiores en la batalla de San Francisco. —Ahora su tono era triunfante y socarrón—. Es la ley. Si te niegas a comprar las mercancías ofrecidas por un veterano, te arriesgas a que te multen o que te envíen a la cárcel…, además de la deshonra.

Con gesto cansado, Chien indicó al taxi que siguiera.

—Concedido —dijo—. Está bien, debo comprarte. —Dio un rápido vistazo a la pobre exhibición de remedios vegetales, buscando uno al azar—. Éste —decidió, señalando un paquetito de la última hilera y envuelto en papel.

El vendedor ambulante se rió.

—Eso es un espermaticida, camarada. Lo compran las mujeres que no pueden aspirar a La Píldora por razones políticas. Te sería poco útil. En realidad no te sería nada útil, porque eres un caballero.

—La ley no exige que te compre algo útil —dijo Chien en tono cortante—. Sólo que debo comprarte algo. Me llevaré ése.

Metió la mano en su chaqueta acolchada, buscando la billetera, henchida por los billetes inflacionarios de posguerra con los que le pagaban cuatro veces a la semana, en su calidad de servidor del gobierno.

—Cuéntame tus problemas —dijo el vendedor.

Chien lo miró asombrado. Atónito ante la invasión de su vida privada… por alguien que no era del gobierno.

—Está bien, camarada —dijo el vendedor, al ver su expresión—. No te sondearé. Perdona. Pero como doctor, como curador naturista, lo indicado es que sepa todo lo posible. —Lo examinó, con sus delgados rasgos sombríos—. ¿Miras la televisión mucho más de lo normal? —preguntó de pronto.

Tomado por sorpresa, Chien dijo:

—Todas las noches. Menos los viernes, cuando voy al club a practicar el enlace de novillos, ese arte esotérico importado del Oeste.

Era su única gratificación. Aparte de eso, se dedicaba por completo a las actividades del Partido.

El vendedor se estiró y eligió un paquetito de papel gris.

—Sesenta dólares de intercambio —declaró—. Con garantía total. Si no cumple con los efectos prometidos, devuelves la porción sobrante y se te reintegra todo el dinero, sin rencor.

—¿Y cuáles son los efectos prometidos? —dijo Chien, sarcástico.

—Descansa los ojos fatigados por soportar los absurdos monólogos oficiales —dijo el vendedor—. Es un preparado tranquilizante. Tómalo cuando te encuentres expuesto a los secos y extensos sermones de costumbre que…

Chien le dio el dinero, aceptó el paquete, y siguió su camino. «La ordenanza que ha establecido a los veteranos de guerra como clase privilegiada es una mafia —pensó—. Hacen presa en nosotros, los más jóvenes, como aves de rapiña.»

El paquetito gris quedó olvidado en el bolsillo de su chaqueta mientras entraba al imponente edificio de posguerra del Ministerio de Artefactos Culturales, y a su propia oficina, bastante majestuosa, para comenzar su día de trabajo.

En la oficina lo esperaba un caucásico adulto, corpulento, vestido con un traje de seda Hong Kong marrón, cruzado, con chaleco. Junto al desconocido caucásico estaba su propio superior inmediato, Ssu-Ma Tso-pin. Tso-pin hizo las presentaciones en cantonés, un dialecto que dominaba bastante mal.

—Señor Tung Chien, le presento al señor Darius Pethel. El señor Pethel será el director de un nuevo establecimiento ideológico y cultural que se va a inaugurar en San Francisco, California. El señor Pethel ha dedicado una vida rica y plena al apoyo de la lucha del pueblo por destronar a los países del bloque imperialista mediante la utilización de instrumentos pedagógicos. De ahí su alta posición.

Se estrecharon la mano.

—¿Té? —le preguntó Chien.

Apretó el botón del hibachi infrarrojo y en un instante el agua comenzó a

burbujear en el adornado recipiente de cerámica de origen japonés. Cuando se sentó ante su escritorio, vio que la fiel señorita Hsi había preparado la hoja de información (confidencial) sobre el camarada Pethel. Le dio un vistazo mientras simulaba efectuar un trabajo de rutina.

—El Benefactor Absoluto del Pueblo se ha entrevistado personalmente con el señor Pethel, y confía en él —dijo Tso-pin—. Eso es algo fuera de lo común. La escuela de San Francisco aparentará enseñar las filosofías taoístas comunes pero, desde luego, en realidad mantendrá abierto para nosotros un canal de comunicación con el sector joven intelectual y liberal de los Estados Unidos occidentales. Aún hay muchos vivos, desde San Diego a Sacramento; calculamos que unos diez mil. La escuela aceptará dos mil. El enrolamiento será obligatorio para los que seleccionemos. Usted estará relacionado en forma importante con los programas del señor Pethel. Ejem, el agua del té está hirviendo.

—Gracias —murmuró Chien, dejando caer la bolsita de té Lipton en el agua.

Tso-pin prosiguió:

—Aunque el señor Pethel supervisará la confección de los cursos educativos presentados por la escuela a su cuerpo de estudiantes, todos los exámenes escritos serán enviados a su oficina para que usted efectúe un estudio experto, cuidadoso, ideológico de ellos. En otras palabras, señor Chien, determinará cuál de los dos mil estudiantes es confiable, quiénes responden realmente a la programación y quiénes no.

—Ahora serviré el té —dijo Chien, haciéndolo ceremoniosamente.

—Hay algo de lo que debemos darnos cuenta —dijo Pethel en un cantonés retumbante aún peor que el de Tso-pin—. Una vez perdida la guerra contra nosotros, la juventud norteamericana ha desarrollado una aptitud notable para disimular.

Dijo la última palabra en inglés. Como no la entendía, Chien se volvió interrogante hacia su superior.

—Mentir —explicó Tso-pin.

—Pronunciar las consignas correctas en lo superficial, pero creerlas falsas interiormente —dijo Pethel. Los exámenes escritos de este grupo se parecerán mucho a los de los auténticos…

—¿Quiere decir que los exámenes escritos de dos mil estudiantes pasarán

por mi oficina? —preguntó Chien. No podía creerlo—. Eso es un trabajo absorbente; no tengo tiempo para nada que se parezca. —Estaba espantado—. Dar aprobación o negativa crítica oficial a un grupo astuto como el que usted prevé… —gesticuló—. Me cago en… — inició en inglés.

Parpadeando ante el brutal insulto occidental, Tso-pin dijo:

—Usted tiene un equipo. Además, puede incorporar otros ayudantes. El presupuesto del Ministerio, aumentado este año, lo permitirá. Y recuerde: el mismo Benefactor Absoluto del Pueblo eligió al señor Pethel.

Ahora su tono era ominoso, aunque sólo sutilmente. Lo necesario para penetrar en la histeria de Chien y debilitarla hasta que se transformara en sumisión. Al menos momentánea. Para subrayar su afirmación, Tso-pin caminó hasta el fondo de la oficina; se detuvo ante el tridi-retrato tamaño natural del Benefactor Absoluto. Luego puso en funcionamiento el pasacinta montado tras el retrato. El rostro del Benefactor Absoluto se movió y brotó de él una homilía familiar, modulada en acentos más que familiares.

—Luchen por la paz, hijos míos —entonó con suavidad, con firmeza.

—Ajá —dijo Chien, aún perturbado, pero ocultándolo.

Era posible que una de las computadoras del Ministerio pudiese clasificar los exámenes escritos; podía emplearse una estructura de sí-no-quizá, junto a un preanálisis del esquema de corrección (o incorrección) ideológica. El asunto podía transformarse en rutina. Probablemente.

—He traído cierto material y me gustaría que usted lo analice, señor Chien —dijo Darius Pethel. Corrió el cierre de un desagradable y anticuado portafolio de plástico—. Dos ensayos de examen —dijo mientras le pasaba los documentos a Chien—. Esto nos permitirá saber si usted está capacitado para el trabajo. —Se volvió hacia Tso-pin. Sus miradas se encontraron—. Tengo entendido que si usted tiene éxito en la empresa será nombrado viceconsejero del Ministerio, y su Excelencia el Benefactor Absoluto del Pueblo le otorgará personalmente la medalla Kisterigian.

Pethel y Tso-pin le brindaron una sonrisa de cauteloso acuerdo.

—La medalla Kisterigian —repitió Chien como un eco. Aceptó los exámenes escritos, les dio un vistazo mostrando una tranquila indiferencia. Pero en su interior el corazón vibraba con tensión mal disimulada—. ¿Por qué estos dos? Quiero decir: ¿qué tengo que buscar en ellos, señor?

—Uno es obra de un progresista dedicado, un miembro leal del partido, cuyas convicciones han sido investigadas a fondo —dijo Pethel—. El otro es un joven stilyagi de quien se sospecha que sostiene degeneradas criptoideas imperialistas de pequeño burgués. Le corresponde decidir, señor, a quién pertenece cada trabajo.

Leyó el título del primer ensayo:

DOCTRINAS DEL BENEFACTOR ABSOLUTO ANTICIPADAS EN LA POESÍA DE BAHA AD-DIN ZUHAYR. DEL SIGLO TRECE. ARABIA.

Al hojear las primeras páginas, Chien vio una estrofa que le era familiar; se llamaba Muerte y la había conocido durante la mayor parte de su vida adulta, educada.

Fallará una vez, fallará dos veces,
sólo elige una entre muchas horas;
para él no hay profundidad ni altura,
es todo una llanura en donde busca flores.

—Poderoso —dijo Chien—. Este poema.

—El autor utiliza el poema para referirse a la sabiduría ancestral desplegada por el Benefactor Absoluto en nuestras vidas cotidianas, de modo que ningún individuo esté seguro —dijo Pethel al notar que los labios de Chien se movían releyendo la estrofa—. Todo somos mortales, y sólo la causa suprapersonal, históricamente esencial, sobrevive.

Y así debe ser. ¿Estaría usted de acuerdo con él? ¿Con este estudiante, quiero decir? O… —Pethel hizo una pausa— ¿Quizás esté, en realidad, satirizando las proclamas de nuestro Benefactor Absoluto?

Precavido, Chien dijo:

—Permítame examinar el otro texto.

—No necesita más información. Decida.

Vacilante, Chien dijo:

—Yo… nunca había pensado en este poema de ese modo. —Se sentía irritado—. De todos modos, no es de Baha ad-Din Zuhayl forma parte de la recopilación las Mil y una noches. Sin embargo, es del siglo trece; lo admito.

Leyó con rapidez el texto que acompañaba al poema. Parecía ser un párrafo rutinario, poco inspirado, de clisés partidistas que él sabía de memoria. El ciego monstruo imperialista que segaba y absorbía (metáfora mixta) la aspiración

humana, los cálculos del grupo anti-Partido aún en existencia en los Estados Unidos del Este… Se sentía sordamente aburrido, y tan poco inspirado como el estudiante del examen. Debemos perseverar, declaraba el texto. Eliminar los restos del Pentágono en las montañas Catskills, dominar a Tennessee y sobre todo el bolsón de reaccionarios empecinados de las colinas rojas de Oklahoma. Suspiró.

—Creo que debemos permitir que el señor Chien pueda considerar este difícil material cómodamente —dijo Tso-pin. Luego se dirigió a Chien—: Tiene permiso para llevarlo a su departamento, esta noche, y juzgarlos en sus horas libres.

Efectuó una reverencia entre burlona y solícita. Fuera o no un insulto, había librado a Chien del anzuelo, y Chien se lo agradecía.

—Son ustedes muy bondadosos al permitirme cumplir con esta nueva y estimulante labor en mis horas libres. De estar vivo, Mikoyan los aprobaría —murmuró.

«Bastardos —se dijo, incluyendo en el insulto tanto a su superior como al caucásico Pethel—. Arrojándome un clavo ardiente como éste, y en mis horas libres. Es obvio que el PC de Estados Unidos tiene problemas. Sus academias de adoctrinamiento no cumplen su trabajo con la excéntrica y muy terca juventud yanqui. Y se han ido pasando este clavo ardiente de uno a otro hasta que llegó a mí.»

«Gracias por nada», pensó con amargura.

Aquella noche, en su departamento pequeño pero bien equipado, leyó el otro examen, escrito esta vez por una tal Marion Culper, y descubrió que también tenía que ver con la poesía. Era obvio que se trataba de un curso de poesía. Siempre le había resultado desagradable la utilización de la poesía (o de cualquier arte) con propósitos sociales. De todos modos, sentado en su cómodo sillón especial enderezador de columna, imitación de cuero, encendió un enorme cigarro corona Cuesta Rey Número Uno del Mercado Inglés y empezó a leer.

La autora del ensayo, la señorita Culper, había elegido como texto las líneas finales de la famosa Canción para el día de Santa Cecilia, de un poema de John Dryden, poeta inglés del siglo XVII:

…Así, cuando la última y temible hora esta gastada procesión devore, la trompeta se oirá en lo alto, los muertos vivirán, los vivos morirán, y la Música

destemplará el cielo.

Bueno, esto es increíble, pensó Chien, cáusticamente. ¡Se supone que debemos creer que Dryden anticipó la caída del capitalismo? ¿Eso quiso decir al escribir «gastada procesión»?

Se inclinó para tomar el cigarro y descubrió que se había apagado. Tanteó en los bolsillos buscando su encendedor japonés, se detuvo…

¡Tuuiiii! se oyó por el televisor al otro lado de la sala de estar.

—Ajá —dijo Chien—. El Líder va a hablarnos. El Benefactor Absoluto del Pueblo. Lo hará desde Pekín, donde ha vivido durante los últimos noventa años. ¿O cien? O, como a veces nos gusta pensar en él, el Asno…

—Que los diez mil capullos de la abyecta pobreza autoasumida florezcan en vuestro jardín espiritual —dijo el locutor del canal televisivo.

Chien se detuvo con un gruñido y ejecutó la reverencia de respuesta obligatoria. Cada televisor estaba equipado con mecanismos de control que informaban a la Polseg, la Policía de Seguridad, si el propietario estaba haciendo la reverencia y/o mirando.

Un rostro claramente definido se manifestó en la pantalla: los rasgos amplios, lisos, saludables del líder del PC oriental, de ciento veinte años de edad, gobernante desde muchos…, demasiados años. Chien le sacó la lengua mentalmente y volvió a sentarse en el sillón de imitación de cuero, ahora frente al televisor.

—Mis pensamientos están concentrados en ustedes, hijos míos —dijo el Benefactor Absoluto con sus tonos ricos y lentos—. Y sobre todo en el señor Tung Chien, de Hanoi, que tiene una difícil tarea por delante, una tarea que enriquece al pueblo del Oriente Democrático, además de la Costa Oeste Americana. Debemos pensar todos juntos en este hombre noble y dedicado, y en el trabajo que enfrenta, y yo mismo he decidido emplear algunos momentos de mi tiempo para honrarlo y alentarlo. ¿Me está oyendo, señor Chien?

—Sí, Su Excelencia —dijo Chien, y consideró las posibilidades de que el Líder del Partido lo hubiera elegido a él en esta noche en especial.

Las posibilidades eran tan escasas que experimentó un cinismo anormal en un camarada. Le sonaba poco convincente. Lo más probable era que la transmisión se emitiera sólo a su edificio de departamentos… o al menos sólo a aquella ciudad. También podría ser un trabajo de sincronización labial hecho en

la TV de Hanoi. Incorporado. Sea como fuere, se le exigía que escuchara y mirara… y absorbiera. Lo hizo, gracias a toda una vida de práctica. Exteriormente parecía prestar una atención inflexible. En su fuero interno aún cavilaba sobre los dos exámenes escritos, preguntándose cuál era el correcto: ¿dónde terminaba el devoto entusiasmo por el Partido y comenzaba la sátira sardónica? Era difícil determinarlo…, lo cual explicaba, desde luego, por qué habían descargado la labor en su regazo.

Volvió a tantear los bolsillos en busca del encendedor… y encontró el sobrecito gris que le había vendido el mercachifle veterano de guerra. Recordó lo que le había costado. Dinero tirado, pensó. ¿Y qué era lo que hacía este remedio? Nada. Dio vuelta al envoltorio y vio, en la parte de atrás, un texto en letras muy pequeñas. Comenzó a desdoblar el paquete con cuidado. Las palabras lo habían atrapado… para eso estaban preparadas, por supuesto.

¿Fracasando como miembro del Partido y ser humano? ¿Temeroso de volverse obsoleto y ser arrojado al montón de cenizas de la historia por

Paseó la vista con rapidez sobre el texto, ignorando sus afirmaciones, buscando datos para saber qué había comprado.

Entretanto, la voz del Benefactor Absoluto seguía zumbando.

Rapé. El paquetito contenía rapé. Innumerables granitos negros, como pólvora, de los que subía un atrayente aroma que le cosquilleó la nariz. Descubrió que el nombre de esa mezcla en particular era Princess Special. Y era muy agradable. En una época había tomado rapé (durante un tiempo, fumar tabaco había estado prohibido por razones sanitarias) en sus días de estudiante en la Universidad de Pekín; estaba de moda, sobre todo las mezclas afrodisíacas preparadas en Chungking. ¿Sería ésta como aquéllas? Al rapé se le podía agregar casi cualquier sustancia aromática, desde esencia de naranja hasta excremento de bebé pulverizado… o al menos eso parecían algunas, sobre todo una mezcla inglesa llamada High Dry Toast que por sí sola habría bastado para poner punto final a su costumbre de inhalar tabaco.

En la pantalla televisiva el Benefactor Absoluto seguía retumbando monótono, mientras Chien aspiraba el polvo con cautela y leía el prospecto: curaba todo, desde llegar tarde al trabajo hasta enamorarse de mujeres con pasado político dudoso. Interesante. Pero típico de los prospectos…

Sonó el timbre.

Se levantó y caminó hasta la puerta, sabiendo perfectamente lo que iba a encontrar. Como no podía ser de otra manera, allí estaba Mou Kuei, el guardia del edificio, pequeño y torvo y dispuesto a cumplir con su deber; se había colocado la faja en el brazo y el casco metálico, para mostrar que estaba de servicio.

—Señor Chien, camarada trabajador del Partido. He recibido una llamada de la autoridad televisiva. Usted no está mirando su pantalla y en vez de eso juguetea con un paquete de contenido dudoso. —Extrajo un anotador y un bolígrafo—. Dos marcas rojas, y se le ordena en forma sumaria que a partir de ese momento descanse en una posición cómoda y sin tensiones ante su pantalla, y brinde al Líder su excelsa atención. Esta noche sus palabras se dirigen a usted en especial, señor. A usted.

—Lo dudo —se oyó decir Chien.

Parpadeando, Kuei dijo:

—¿Qué quiere usted decir?

—El Líder gobierna ocho mil millones de camaradas. No va a elegirme a mí.

Se sentía furioso; la exactitud del reproche del guardia lo fastidiaba.

Kuei dijo:

—Lo oí claramente con mis propios oídos. Usted fue mencionado.

Acercándose al televisor, Chien aumentó el volumen.

—¡Pero ahora está hablando sobre el fracaso de las cosechas en la India Popular! Eso no tiene importancia para mí.

—Todo lo que el Líder expone es importante. —Mou Kuei garabateó una marca en la hoja de su anotador, se inclinó ceremoniosamente y se giró—. La orden de venir aquí para que usted enfrentara su negligencia procedía del Departamento Central. Es obvio que consideran importante su atención; debo ordenarle que ponga en marcha el circuito de grabación automática y vuelva a pasar las partes anteriores del discurso del Líder.

Chien hizo un sonido obsceno con la lengua. Y cerró la puerta.

Caminó hasta el televisor, empezó a apagarlo; una luz roja parpadeó de inmediato, informándole que no tenía permiso para hacerlo: en realidad, no podía terminar con la perorata y la imagen, ni siquiera desenchufándolo. «Los discursos obligatorios nos van a matar —pensó—. Nos van a enterrar a todos; si pudiera librarme del ruido de los discursos, librarme del alboroto del Partido

cuando ladra para azuzar a la humanidad…»

Sin embargo, no había ordenanza conocida que le impidiera tomar rapé mientras contemplara al Líder. Así que abrió el paquetito gris y derramó una porción de gránulos negros sobre el dorso de su mano izquierda. Luego alzó la mano con gesto profesional hasta su nariz e inhaló profundamente, haciendo que el polvo le penetrase bien en las fosas nasales. Pensó en la antigua superstición. Que las fosas nasales están conectadas con el cerebro, y en consecuencia la inhalación de rapé afectaba en forma directa la corteza cerebral. Sonrió, otra vez sentado, con la vista fija en la pantalla y en el individuo gesticulante tan conocido por todos.

El rostro se fue achicando, desapareció. El sonido cesó. Estaba ante un vacío, una superficie lisa. La pantalla, frente a él, era blanca y pálida, y en el altavoz sonaba un débil zumbido.

Inhaló golosamente el polvo que quedaba sobre la mano, haciéndolo subir con avidez hacia la nariz, hacia las fosas nasales y —o al menos así lo sentía— hacia el cerebro; se hundió en el rapé, absorbiéndolo con júbilo.

La pantalla permaneció vacía y luego, en forma gradual, una imagen fue tomando forma. No era el Líder. No era el Benefactor Absoluto del Pueblo; a decir verdad, no era nada que se pareciera a una figura humana.

Ante él había un muerto aparato metálico, construido con circuitos impresos, seudópodos giratorios, lentes y una caja chirriante. Y la caja empezó a arengarlo con un clamor zumbante y monótono.

Sin poder apartar los ojos de la imagen pensó: «¿Qué es esto?,¿La realidad? Una alucinación —decidió—. El vendedor ambulante ha hallado alguna de las drogas psicodélicas utilizadas durante la Guerra de Liberación… ¡La está vendiendo y yo tomé un poco, tomé una porción completa!»

Caminó dificultosamente hasta el videófono y marcó el número de la seccional Polseg más cercana al edificio.

—Quiero informar sobre un traficante de drogas alucinógenas —dijo en el receptor.

—¿Podría decirme su nombre, señor, y la ubicación de su departamento?

Era un burócrata oficial eficiente, enérgico e impersonal.

Le dio la información, luego volvió tambaleando a su sillón a imitación de cuero, para presenciar una vez más la aparición sobre la pantalla televisiva.

«Esto es mortal —se dijo—. Debe de ser un producto desarrollado en Washington D. C., o en Londres: más fuerte y más extraño que el LSD-25 que vertieron con tanta eficacia en nuestros depósitos de agua. Y yo creía que iba a aliviarme de la carga de los discursos del Líder… esto es mucho peor, esta monstruosidad electrónica, de plástico y acero, farfullando, contorsionándose, parloteando: es algo terrorífico.»

«Tener que enfrentarme a esto por el resto de mis días…»

El equipo de dos hombres de la Polseg llegó en diez minutos. Y para entonces la imagen familiar del Líder había vuelto a entrar en foco en una serie de pasos sucesivos, reemplazando la horrible construcción artificial que agitaba sus tentáculos y chirriaba sin fin. Temblando, Chien hizo entrar a los dos agentes y los condujo hasta la mesa donde había dejado el paquete con el resto de rapé.

—Toxina psicodélica —dijo con voz apagada—. Efectos de corta duración. La corriente sanguínea la absorbe en forma directa, a través de los capilares nasales. Les daré detalles acerca de cómo la conseguí, quién me la vendió, y demás.

Aspiró con fuerza, tembloroso; la presencia de la policía era reconfortante.

Con los bolígrafos listos, los dos oficiales esperaban. Y durante todo ese tiempo sonaba como fondo el discurso interminable del Líder. Como había ocurrido mil veces antes en la vida de Tung Chien. «Pero nunca volverá a ser igual —pensó—, al menos para mí. No después de inhalar ese rapé casi tóxico.»

«¿Eso es lo que ellos pretendían?», se preguntó.

Le pareció extraño pensar en ellos. Curioso… pero de algún modo correcto. Vaciló un instante, sin dar a la policía los detalles necesarios para encontrar al hombre. Un vendedor ambulante, empezó a decir. No sé dónde; no puedo recordar.

Pero recordaba la intersección exacta de las calles. Así que, con una resistencia inexplicable se lo dijo.

—Gracias, camarada Chien. —El agente de mayor graduación tomó con cuidado lo que quedaba de rapé (quedaba la mayor parte) y lo colocó en el bolsillo de su uniforme severo, elegante—. Le informaremos de inmediato en caso de que tenga que tomar medidas médicas. Algunas de las antiguas sustancias psicodélicas de la guerra eran fatales, como sin duda usted habrá leído.

—He leído —asintió.

Justamente en eso había estado pensando.

—Buena suerte y gracias por avisarnos —dijeron los dos agentes, y partieron.

El informe del laboratorio llegó con rapidez sorprendente, teniendo en cuenta la burocracia estatal. Se lo pasaron por el videófono antes de que el Líder hubiese terminado su discurso televisivo.

—No es un alucinógeno —le informó el técnico del laboratorio Polseg.

—¿No? —dijo perplejo y, extrañamente, sin sentir alivio en ningún aspecto.

—Todo lo contrario. Es una fenotiacina, que como usted sin duda sabe es antialucinógena. Una fuerte dosis por cada gramo de mezcla, pero inofensiva. Puede bajarle la presión arterial o darle sueño. Es probable que la hayan robado de algún escondite de provisiones médicas de la guerra abandonado durante la retirada. Yo en su caso no me preocuparía.

Chien colgó el videófono lentamente, abstraído. Y luego caminó hasta la ventana del departamento, la ventana que daba sobre la espléndida vista de otros edificios horizontales de Hanoi.

Sonó el timbre. Cruzó la sala alfombrada para contestar, como en un trance.

La muchacha que estaba allí de pie, vestida con un impermeable y un pañuelo atado sobre su cabello oscuro, brillante y muy largo, dijo con una tímida vocecita:

—Eh… ¿Camarada Chien? ¿Tung Chien? Del Ministerio de…

—Han estado controlando mi videófono —le dijo; era un disparo al azar, pero una certeza muda le indicaba que era cierto.

—¿Ellos… se llevaron lo que quedaba de rapé? —Miró a su alrededor—. Oh, espero que no; es tan difícil conseguirlo en estos días.

—El rapé es fácil de conseguir —dijo él—. La fenotiacina, no. ¿Es eso lo que quiere usted decir?

La muchacha alzó la cabeza y lo estudió con sus amplios y oscuros ojos lunares.

—Sí, señor Chien… —Vaciló, con una indecisión tan obvia como la seguridad de los agentes de la Polseg—. Cuénteme lo que vio; para nosotros es muy importante estar seguros.

—¿Acaso puedo elegir? —dijo él, irónico.

—S… sí, ya lo creo. Eso es lo que nos confundió; eso es lo que se salió de los planes. No comprendemos; no se adapta a ninguna teoría. —Sus ojos se hicieron aún más oscuros y profundos—: ¿Tomó la forma del horror acuático? ¿O de la cosa con fango y dientes, la forma de vida extraterrestre? Por favor, dígamelo; necesitamos saberlo.

Su respiración era irregular, forzada, el impermeable subía y bajaba; Chien se descubrió contemplando el ritmo con que lo hacía.

—Una máquina —dijo.

—¡Oh! —ella sacudió la cabeza, asintiendo con vigor—. Sí, entiendo; un organismo mecánico que no se parece en nada a un hombre. No es un simulacro, algo construido para parecerse a un hombre.

—Este no parecía un hombre —dijo Tung Chien, y agregó para sí: «y no podía, no pretendía hablar como un hombre».

—Usted comprende que no era una alucinación.

—Oficialmente me informaron que lo que tomé era fenotiacina. Eso es todo lo que sé.

Decía lo mínimo posible, no quería hablar ni oír. Oír lo que la muchacha pudiera decirle.

—Bien, señor Chien… —lanzó un suspiro hondo, inseguro—. Si no era una alucinación, entonces ¿qué era? ¿Qué es lo que nos queda? Lo que llamamos «super-conciencia», ¿puede ser esto?

Él no contestó; dándole la espalda, tomó con lentitud los dos exámenes escritos, los hojeó, ignorándola. Esperando la próxima tentativa de la muchacha.

Apareció por sobre su hombro, exhalando un aroma a lluvia primaveral, a dulzura y agitación; su olor era hermoso, y su aspecto, y su modo de hablar. «Tan distinto de los ásperos discursos esquemáticos que oímos en la televisión y que he oído desde que nací.»

—Algunos de los que toman la estelacina, y lo que usted tomó era estelacina, ven una aparición, algunos, otra. Pero han surgido distintas categorías; no hay una variedad infinita. Unos ven lo que usted vio, que llamamos el Chirriante. Otros ven el horror acuático, el Tragón. Y luego están el Pájaro, y el Tubo Trepador, y… —se interrumpió—. Pero otras reacciones nos dicen muy poco. —Vaciló, luego siguió adelante—. Ahora que le ha ocurrido esto, señor Chien, nos gustaría que se uniera a nuestra agrupación y que se unan a su grupo particular

los que ven lo que usted ve. El Grupo Rojo. Queremos saber qué es eso realmente… —Hizo un gesto con sus dedos delgados, suaves como la cera—. No puede ser todas esas manifestaciones a la vez.

Su tono era conmovedor, ingenuo. Chien sintió que su tensión se relajaba… un poco.

—¿Qué ve usted? —dijo—. Usted en particular.

—Formo parte del Grupo Amarillo. Veo… una tormenta. Un remolino quejumbroso, maligno. Que lo arranca todo de raíz, tritura edificios horizontales construidos para durar un siglo. —Sobre su rostro apareció una sonrisa melancólica—. El Triturador. Son doce grupos en total, señor Chien. Doce experiencias absolutamente distintas, todas provocadas por las mismas fenotiacinas, todas del Líder cuando habla por televisión. Cuando eso habla, mejor dicho.

Sonrió hacia él, con sus largas pestañas (probablemente artificiales) y su mirada atractiva e incluso confiada. Como si creyera que él sabía algo o podía hacer algo.

—Como ciudadano debería hacerla arrestar —dijo un momento después.

—No hay leyes acerca de esto. Estudiamos los escritos jurídicos soviéticos antes de… encontrar gente que distribuyera la estelacina. No tenemos mucha; debemos elegir cuidadosamente a quién se la damos. Nos pareció que usted era alguien adecuado…, un joven profesional de posguerra en ascenso, muy conocido, dedicado a su trabajo. —Tomó los exámenes escritos que él tenía en la mano—. ¿Le ordenaron hacer Lectu-pol? — preguntó.

—¿Lectu-pol?

No conocía el término.

—Analizar algo dicho o escrito para ver si se adecua a la visión del mundo actual del Partido. En su nivel jerárquico lo llaman sencillamente «leer», ¿verdad? —Volvió a sonreír—. Cuando suba un escalón más, y esté junto al señor Tso-pin, conocerá esa expresión —agregó sombría—: Y al señor Pethel. Él ha llegado muy alto. No hay escuela ideológica en San Francisco; estos son exámenes fraguados, concebidos para que puedan reflejar un análisis cabal de su ideología política, señor Chien. ¿Y fue capaz de distinguir cuál texto es ortodoxo y cuál herético? —Su voz era como la de un duende. Se burlaba de él con divertida malicia—. Elija el equivocado y su carrera en flor morirá, se detendrá

en seco. Elija el correcto…

—¿Usted sabe cuál es el correcto? —preguntó Chien.

—Sí —asintió ella con sobriedad—. Tenemos micrófonos ocultos en las oficinas internas del señor Tso-pin; controlamos su conversación con el señor Pethel… que no es el señor Pethel sino el Inspector Mayor de la Polseg, Judd Craine. Posiblemente haya oído hablar de él; actuó como asistente en jefe del juez Vorlawsky en los tribunales para crímenes de guerra de Zurich, en el noventa y ocho.

—Ya… veo —dijo con dificultad.

Bueno, aquello lo explicaba todo.

—Me llamo Tanya Lee —dijo la muchacha.

Chien no dijo nada; sólo asintió, demasiado aturdido como para hacer funcionar su cerebro.

—Técnicamente soy un empleado sin importancia en su Ministerio —dijo la señorita Lee—. Nunca nos hemos encontrado, al menos que yo recuerde. Tratamos de obtener puestos en todos los lugares que podamos. Los más altos posible. Mi propio jefe…

—¿Le parece correcto que me lo cuente? — señaló el televisor, que seguía encendido—. ¿No lo estarán registrando?

—Instalamos un factor de interferencia en la recepción visual y auditiva de este edificio —dijo Tanya Lee—. Les llevará casi una hora localizarlo. Así que tenemos… —se fijó en el reloj de pulsera de su delgada muñeca —quince minutos más. Y aún estaremos seguros.

—Dígame cuál de los escritos es el ortodoxo.

—¿Eso es lo que le importa? ¿Realmente?

—¿Y qué es lo que debería importarme? —dijo él.

—¿No entiende, señor Chien? Usted ha aprendido algo. El Líder no es el Líder; es otra cosa, pero no podemos saber qué. Aún no. Señor Chien, con el debido respeto, ¿alguna vez hizo analizar su agua corriente? Sé que suena paranoico, ¿pero lo hizo?

—No —dijo Chien—. Por supuesto que no —sabiendo lo que iba a decir la muchacha.

La señorita Lee dijo con rapidez:

—Nuestros análisis demuestran que está saturada de alucinógenos. Lo está,

lo estuvo y lo seguirá estando. No del tipo utilizado durante la guerra; no son los desorientadores, sino un derivado sintético, casi un alcaloide, llamado Datrox-3. Usted lo bebe en el edificio desde que se levanta; lo bebe en los restaurantes y en los departamentos que visita. Lo bebe en el Ministerio; llega por las cañerías desde una sola fuente central. —Su tono era frío y feroz—. Resolvimos el problema; apenas efectuamos el descubrimiento supimos que cualquier fenotiacina podía contrarrestarlo. Lo que no sabíamos, por supuesto, era esto: una variedad de experiencias auténticas; desde un punto de vista racional, eso no tiene sentido.

Lo que debería cambiar de una persona a otra es la alucinación, y la experiencia de lo real debería ser omnipresente: está dado al revés. Ni siquiera hemos logrado elaborar una teoría adecuada que pueda explicarlo, y Dios sabe que lo hemos intentado. Doce alucinaciones que se excluyen entre sí: eso sería fácil de comprender. Pero no una alucinación y doce realidades. —Dejó de hablar y observó los dos exámenes escritos—. El del poema árabe es el ortodoxo —afirmó—. Si les dice eso confiarán en usted y le otorgarán un cargo más alto. Será un paso adelante en la jerarquía de la oficialidad del Partido. —Sus dientes eran perfectos y adorables. Sonriendo, terminó—: Su carrera está asegurada por un tiempo. Y gracias a nosotros.

—No le creo —dijo Chien.

Instintivamente, la cautela actuaba en su interior, la cautela de toda una vida vivida entre los duros hombres de la rama Hanoi del PC Oriental. Conocían una infinidad de métodos para dejar a un rival fuera de combate: había empleado algunos él mismo. Había visto otros utilizados contra él o contra los demás. Este podía ser un nuevo método, uno que no le resultaba familiar. Siempre era posible.

—En el discurso de esta noche, el Líder se dirigió a usted en especial —dijo la señorita Lee—. ¿No le sonó extraño? ¿Usted entre todos? Un funcionario menor de un pobre Ministerio.

—Lo admito —dijo—. Me dio esa impresión, sí.

—Era auténtico. Su Excelencia está preparando una élite de hombres jóvenes, de posguerra; espera que infunda nueva vida a la jerarquía fanática y moribunda de vejestorios y mercenarios del Partido. Su Excelencia lo eligió a usted por la misma razón que nosotros: si prosigue su carrera en forma correcta,

ésta lo llevará a la cúspide. Al menos por un tiempo…, por lo que sabemos. Esas son las perspectivas.

»Así que prácticamente todos confían en mí —pensó Chien—. Salvo yo mismo; y mucho menos después de la experiencia con el rapé antialucinógeno. Eso había sacudido años de confianza. Sin embargo, empezaba a recuperar la serenidad; al principio lentamente, luego de golpe.

Fue hasta el videófono, alzó el receptor y comenzó a marcar el número de la Policía de Seguridad de Hanoi, por segunda vez en esa noche.

—Entregarme sería la segunda decisión regresiva que usted puede hacer —dijo la señorita Lee—. Les diré que me trajo aquí para sobornarme; usted pensaba que por mi posición en el Ministerio yo sabría qué examen escrito elegir.

—¿Y cuál fue mi primera decisión regresiva? —preguntó él.

—No tomar una dosis mayor de fenotiacina —dijo llanamente la señorita Lee.

Mientras colgaba el videófono, Chien pensó: «No entiendo lo que me está pasando. Hay dos fuerzas: por un lado el Partido y Su Excelencia… por el otro esta muchacha con su supuesto grupo. Uno quiere hacerme ascender lo más posible dentro de la jerarquía del partido; el otro…» ¿Qué quería Tanya Lee? Por debajo de las palabras, dentro de una membrana de desdén casi trivial por el Partido, el Líder, los esquemas éticos del Frente Democrático Unido del pueblo: ¿qué pretendía ella respecto a él?

—¿Es usted anti-Partido? —preguntó con curiosidad.

—No.

—Pero… —hizo un gesto—. Eso es todo lo que existe: Partido y anti-Partido. Usted debe de ser del Partido, entonces. —La miró a los ojos, perplejo; ella le sostuvo la mirada con serenidad—. Ustedes tienen una organización y se reúnen. ¿Qué pretenden destruir? ¿El funcionamiento normal del gobierno? Son como los estudiantes desleales de los Estados Unidos durante la Guerra de Vietnam, cuando detenían a los trenes de tropas, hacían demostraciones…

—No era así —dijo la señorita Lee con tono cansado—. Pero olvídelo; ese no es el tema. Lo que queremos saber es esto: ¿quién qué nos está dirigiendo? Debemos avanzar lo suficiente como para enrolar a alguien, un joven técnico en ascenso del Partido, que pueda llegar a ser invitado a una entrevista personal con

el Líder, ¿comprende? —Su voz se hizo apremiante; consultó el reloj, era obvio que estaba ansiosa por partir: casi habían pasado los quince minutos—. En realidad, hay muy pocas personas que ven al Líder. Quiero decir verlo verdaderamente.

—Está recluido —dijo él—. Por su avanzada edad.

—Tenemos esperanzas de que si usted pasa la prueba fraguada que le han preparado, y con mi ayuda lo hará, será invitado a una de las reuniones que el Líder convoca de vez en cuando, de las que por supuesto no informan los periódicos. ¿Entiende ahora? —Su voz se hizó aguda, en un frenesí de desesperación—. Entonces sabríamos. Si usted puede entrar bajo la influencia de la droga antialucinógena, podrá enfrentar cara a cara lo que él es realmente…

Pensando en voz alta, Chien dijo:

—Y terminar con mi carrera como servidor público. Y quizá también con mi vida.

—Usted nos debe algo —estalló Tanya Lee, con las mejillas blancas—. Si yo no le hubiera dicho qué texto escoger habría elegido el equivocado y su carrera de servidor público habría terminado de cualquier manera. Habría fallado… ¡fallado en una prueba que ni siquiera sabía qué se pretendía con ella!

—Tenía un cincuenta por ciento de posibilidades a mi favor —dijo él con suavidad.

—No. —La muchacha sacudió la cabeza con furia—. El texto herético está adulterado con un montón de jerga partidista; elaboraron los dos escritos deliberadamente para atraparlo. ¡Quieren que usted falle!

Chien examinó otra vez los textos, confundido. ¿Tenía ella razón? Era posible. Probable. Conociendo como conocía a los funcionarios, y en particular a Tso-pin, su superior, aquello sonaba convincente. Se sintió cansado. Derrotado. Luego dijo a la muchacha:

—Lo que están tratando de obtener de mí es un quid pro quo. Ustedes hicieron algo por mí: consiguieron, o pretenden haber conseguido, la respuesta para esta consulta del partido. Pero ya cumplieron con su parte. ¿Qué puede impedirme que la eche de aquí de mal modo? No estoy obligado a hacer absolutamente nada.

Oyó su propia voz, monótona, con la pobreza de énfasis emocional típica de los círculos del Partido.

La señorita Lee dijo:

—Mientras usted siga subiendo en la escala jerárquica, habrá otras consultas. Y las controlaremos también para usted en esos casos.

Estaba tranquila, serena; era obvio que había previsto su reacción.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—Ahora me voy. No tenemos prisa; usted no va a recibir una invitación a la villa del Río Amarillo del Líder ni la semana próxima ni el mes próximo. —Mientras se dirigía a la puerta y la abría, hizo una pausa—. Nos pondremos en contacto con usted a medida que le den las pruebas de clasificación camufladas; le suministraremos las respuestas: se encontrará con uno o más de nosotros en esas ocasiones. Lo más probable es que no sea yo; ese veterano de guerra incapacitado le venderá las hojas con las respuestas correctas cuando usted salga del edificio del Ministerio. —Le brindó una sonrisa breve, como una vela que se apaga—. Pero uno de estos días, seguramente en forma inesperada, recibirá una invitación formal, elegante y oficial para ir a la villa del Líder, y cuando lo haga irá bien sedado con estelacina… quizá la última dosis de nuestra ya escasa provisión. Buenas noches.

La puerta se cerró tras ella: había partido.

«Pueden chantajearme por lo que he hecho —pensó—. Y ni siquiera se molestó en mencionarlo; visto y considerando en lo que están implicados, no valía la pena hacerlo. Ya había informado a la patrulla de la Polseg que le habían dado una droga que resultó ser una fenotiacina. Así que ellos lo saben. Me vigilarán; estarán alerta. Técnicamente, no he violado ninguna ley, pero… estarán vigilando… Sin embargo, siempre vigilan, de un modo u otro.»

Se relajó un poco pensando en eso. Con el paso de los años se había acostumbrado, como todos.

«Veré al Benefactor Absoluto del Pueblo como es —se dijo—.Cosa que posiblemente nadie haya hecho. ¿Qué será? ¿Cuál de las subclases de imágenes no alucinatorias? Clases que ni siquiera conozco… una visión que puede abrumarme por completo. ¿Cómo voy a mantener la calma y el equilibrio durante esa noche, si es como la forma que vi en la pantalla del televisor? El Triturador, el Chirriante, el Pájaro, el Tubo Trepador, el Tragón… o algo peor.»

Se preguntó en qué consistían algunas de las otras visiones… y luego abandonó ese tipo de especulación; era improductiva. Y provocaba ansiedad.

A la mañana siguiente, el señor Tso-pin y el señor Darius Pethel lo encontraron en su oficina, ambos tranquilos pero expectantes. Sin decir una palabra, les tendió uno de los dos «exámenes escritos». El ortodoxo, con su breve y angustioso poema árabe.

—Este es obra de un dedicado miembro o candidato a miembro del Partido —dijo con firmeza—. El otro… —arrojó las hojas restantes sobre el escritorio —. Basura reaccionaria. —Se sentía furioso—. A pesar de una superficial…

—Está bien, señor Chien —dijo Pethel, asintiendo—. No necesitamos explorar todas y cada una de las ramificaciones; su análisis es correcto. ¿Oyó que anoche el Líder lo mencionó en su discurso televisivo?

—Por supuesto que sí —dijo Chien.

—Entonces sin duda habrá deducido que hay algo muy importante implicado en lo que estamos intentando —dijo Pethel. El Líder está interesado en usted; eso es evidente. Para ser más precisos, se ha comunicado conmigo al respecto. —Abrió su atestado portafolios y revolvió en su interior—. Extravié el maldito asunto. De todos modos… —Miró a Tso-pin, que asintió levemente—. A Su Excelencia le agradaría verlo en la cena que ofrecerá el próximo jueves por la noche en la villa del Río Yangtsé. Sobre todo, la señora Fletcher aprecia…

—¿La señora Fletcher? —dijo Chien—. ¿Quién es la señora Fletcher?

Luego de una pausa Tso-pin dijo con voz seca:

—La esposa del Benefactor Absoluto. El verdadero nombre de Su Excelencia, que sin duda usted no habrá oído nunca, es Thomas Fletcher.

—Es un caucásico —explicó Pethel—. Procede del Partico Comunista Neozelandés; participó en la difícil lucha por el poder en ese país. Esta información no es secreta en sentido estricto, pero por otra parte no se ha divulgado. —Titubeó, jugueteando con cadena de su reloj—. Probablemente sea mejor que la olvide. Desde luego, apenas se encuentre con él cara a cara lo advertirá, se dará cuenta de que es un caucásico. Como yo. Como muchos de nosotros.

—La raza no tiene nada que ver con la lealtad hacia el Líder y el Partido —señaló Tso— pin—. El señor Pethel es un ejemplo.

«Su Excelencia engaña —pensó Chien—. Sobre la pantalla de televisión no parecía ser occidental.»

—En la televisión… —comenzó a decir.

—La imagen es sometida a una complicada serie de retoques habilidosos —interrumpió Tso-pin—. Por motivos ideológicos. La mayor parte de las personas que ocupan altos puestos lo saben.

Y clavó en Chien una mirada de dura crítica.

«Así que todos están de acuerdo —pensó Chien—. Lo que vemos todas las noches no es real. La cuestión es: ¿hasta qué punto es irreal? ¿Parcialmente? ¿O completamente?»

—Estaré preparado —dijo con rigidez.

«Ha habido un fallo —pensó—. El grupo que representa Tanya Lee no esperaba que yo consiguiera entrar tan pronto. ¿Dónde está el antialucinógeno? ¿Podrán alcanzármelo o no? Es probable que no, con tan poco tiempo.»

Extrañamente, se sintió aliviado. Iba a presentarse ante Su Excelencia en una situación que le permitiría verlo como ser humano, verlo como él (y todos los demás) lo veían en la televisión. Sería una cena partidista estimulante y alegre, con algunos de los miembros más influyentes del Partido en Asia. «Creo que podremos pasarlo bien sin las fenotiacinas», se dijo. Y su sensación de alivio aumentó.

—Por fin la encontré —dijo Pethel de pronto, extrayendo un sobre blanco del portafolios—. Su tarjeta de entrada. Usted viajará en sino-cohete hasta la villa del Líder el jueves por la mañana; allí el oficial de protocolo lo instruirá acerca de cómo debe comportarse. Se trata de una cena de etiqueta, con corbata blanca y frac, pero la atmósfera será cordial. Siempre hay brindis en abundancia. He asistido a dos reuniones semejantes. —Emitió una sonrisa chillona—. EI señor Tso-pin no ha sido honrado de la misma forma. Pero como dicen, todo llega para quien sabe esperar. Ben Franklin lo dijo.

—Para el señor Chien la ocasión ha llegado de modo bastante prematuro —dijo Tso— pin. Se encogió de hombros filosóficamente. Pero nunca solicitaron mi opinión.

—Otra cosa —le dijo Pethel a Chien—. Es posible que cuando vea a Su Excelencia en persona se sienta desilusionado en ciertos aspectos. Esté atento para que no se note, si esos son sus sentimientos. Siempre nos hemos inclinado, y hemos sido educados para eso, a considerarlo como algo más que un hombre. Pero en la mesa es… un tonto malicioso. En algún sentido, como nosotros mismos. Por ejemplo, puede dar rienda suelta a un aspecto moderadamente

humano de actividad oral agresiva y pasiva; quizá cuente una broma fuera de lugar o beba demasiado… Para ser francos, nadie sabe por anticipado cómo terminarán esas reuniones, pero por lo general duran hasta bien entrada la mañana del día siguiente. Así que sería sensato que acepte la dosis de anfetaminas que le ofrecerá el oficial de protocolo.

—¿Cómo? —dijo Chien.

Aquello era algo nuevo e interesante.

—Para la tensión nerviosa. Y para equilibrar los efectos de la bebida. Su Excelencia tiene un poder de resistencia admirable; a menudo sigue en pie y ansioso por continuar cuando todos los demás han abandonado.

—Un hombre notable —intervino Tso-pin—. Creo que sus… excesos sólo demuestran que es un compañero magnífico. Y completo; es como el hombre ideal del Renacimiento: como Lorenzo de Médicis, por ejemplo.

—Sí, eso es lo que uno piensa —confirmó Pethel.

Escrutó a Chien con tanta intensidad, que éste volvió a sentir el temor de la noche pasada. «¿Me están llevando de trampa en trampa? —se preguntó—. Aquella muchacha; ¿era en realidad un agente de la Polseg, poniéndome a prueba, buscando en mí una veta desleal, antipartidista?»

Se las arregló para esquivar al vendedor sin piernas de remedios vegetales al salir del trabajo; volvió al departamento por un camino totalmente distinto.

Tuvo éxito. Evitó al vendedor ese día, y también al día siguiente, y así hasta el jueves.

El jueves por la mañana, el vendedor ambulante salió como un bala de abajo de un camión estacionado y le obstruyó el camino enfrentándolo.

—¿Mi medicina? —preguntó el vendedor—. ¿Le sirvió? Sé que lo hizo; la fórmula viene de la dinastía Sung… podría asegurar que surtió efecto. ¿No es así?

—Déjeme —dijo Chien.

—¿Tendría la bondad de contestarme? —El tono no era el lloriqueo esperado, clásico de un vendedor callejero operando en forma marginal; y ese tono llegó con fuerza a Chien; lo oyó alto y claro… según el dicho proverbial de las tropas títeres imperialistas.

—Sé lo que me dio —dijo Chien—. Y no quiero más. Si cambio de idea puedo comprarlo en una farmacia. Gracias.

Empezó a caminar, pero el carrito, con su ocupante sin piernas, lo persiguió.

—La señorita Lee estuvo hablando conmigo —dijo el vendedor en voz alta.

—Ajá —dijo Chien, y aumentó en forma automática la marcha distinguió un taxi y empezó a hacerle señas.

—Esta noche va a asistir a la cena de la villa del Río Yang —dijo el vendedor, jadeando por el esfuerzo de mantener el ritmo de marcha—. ¡Tome la medicina… ahora! — Implorante, tendió un envoltorio—. Por favor, Miembro del Partido Chien por su propio bien, por el de todos nosotros. Así podremos saber contra qué luchamos. Buen Dios, podría ser algo extraterrestre ese es nuestro principal temor. ¿No comprende, Chien? ¿Qué su maldita carrera comparada con eso? Si no podemos averiguarlo…

El taxi frenó sobre el pavimento; su puerta se abrió. Chien empezó a abordarlo.

El paquete pasó junto a él, aterrizó sobre el borde inferior de la puerta, luego se deslizó hacia la alcantarilla, mojada por la lluvia reciente.

—Por favor —dijo el vendedor—. Y no le costará nada; hoy es gratis. Sólo agárrelo, úselo antes de la cena. Y no utilice las anfetaminas; son un estimulante talámico, contraindicado cuando se toma un depresivo de las adrenales como la fenotiacina…

La puerta del taxi se cerró tras Chien, y éste se sentó.

—¿Adónde vamos, camarada? —preguntó el mecanismo robot de conducción.

Le dio la chapa con el número que indicaba su departamento.

—Ese mercachifle imbécil se las arregló para introducir su mugrienta mercancía en mi inmaculado interior —dijo el taxi—. Fíjese. Está junto a su zapato.

Chien vio el paquete; era sólo un sobre de aspecto común. «Supongo que es así como las drogas llegan a uno», pensó; de pronto estaba allí. Se quedó inmóvil por un momento. Luego lo levantó.

Como en la primera vez, un papel escrito acompañaba al producto, pero vio que ahora estaba escrito a mano. Una letra femenina: de la señorita Lee:

Nos sorprendió por lo repentino. Pero gracias al cielo estábamos preparados. ¿Dónde se encontraba el martes y el miércoles? De todos modos, aquí lo tiene y buena suerte. Me pondré en contacto con usted durante la semana; no quiero que

trate de localizarme.

Le prendió fuego a la nota y la hizo arder en el cenicero del taxi. Y se quedó con los gránulos negros.

«Durante todo este tiempo —pensó—. Alucinógenos en nuestra agua corriente. Año tras año. Décadas. Y no en tiempo de guerra sino de paz. Y no de parte del enemigo sino de nuestro propio campo. Quizá debiera tomar esto; quizá debiera averiguar qué es él o eso y dejar que el grupo de Tanya Lee lo sepa.»

Lo haré, decidió. Y además… tenía curiosidad.

Una emoción perniciosa, lo sabía. Sobre todo en las actividades del Partido la curiosidad era un estado de ánimo que podía poner punto final a su carrera.

Un estado de ánimo que por el momento lo invadía por completo. Se preguntó si duraría hasta la noche, si inhalaría en realidad la droga cuando llegara el instante preciso.

El tiempo lo diría. Eso y todo lo demás. Como lo expresaba el poema árabe, «somos capullos en flor sobre la llanura, donde los elige la muerte». Trató de recordar el resto del poema, pero no pudo. Tal vez no tuviera importancia.

El oficial de protocolo de la villa, un japonés llamado Kimo Okubara, alto y fornido, sin duda un ex luchador, lo examinó con hostilidad innata, incluso luego de haberle presentado su invitación grabada y demostrarle en forma fehaciente su identidad.

—Me sorprende que se haya molestado en venir —murmuró Okubara—. ¿Por qué no quedarse en casa y mirar la Tv? Nadie le echa de menos. Hasta ahora lo pasamos bien sin usted.

—Ya he mirado la televisión —dijo Chien, envarado.

Y, de todos modos, rara vez se televisaban las cenas del Partido; eran demasiado indecentes.

La pandilla de Okubara lo cacheó dos veces en busca de armas incluyendo la posibilidad de un supositorio anal, y luego le devolvieron la ropa. Sin embargo, no encontraron la fenotiacina. Porque ya la había tomado. Sabía que los efectos de dicha droga duraban unas cuatro horas. Era más que suficiente. Y tal como Tanya le había dicho, era una dosis fuerte. Se sentía perezoso, inepto y mareado, la lengua se le movía en espasmos, en un falso mal de Parkinson, un efecto secundario desagradable que no había previsto.

A su lado pasó una muchacha, desnuda a partir del pecho, con largo cabello

cobrizo cayéndole sobre los hombros y la espalda. Interesante.

Una muchacha desnuda a partir de las nalgas apareció en sentido opuesto. Interesante, también. Las dos parecían desocupadas y aburridas, y completamente dueñas de sí mismas.

—Usted también debe entrar así —informó Okubara a Chien.

Alarmado, Chien dijo:

—Tenía entendido que debía llevar corbata blanca y frac.

—Es broma —dijo Okubara—. Sólo las muchachas van desnudas. Hasta puede llegar a disfrutarlo, a menos que sea homosexual.

«Bueno —pensó Chien—, supongo que será mejor que me guste.» Comenzó a vagar entre los demás invitados. Usaban corbata blanca y frac, como él, y las mujeres vestidos largos de noche, y se sintió ansioso, a pesar del efecto tranquilizante de la estelacina. «¿Por qué estoy aquí?», se preguntó. No se le escapaba la ambigüedad de su situación. Estaba allí para adelantar en su carrera dentro del aparato del Partido, para obtener el gesto de aprobación íntimo y personal de Su Excelencia… Y por otro lado estaba allí para demostrar que Su Excelencia era un engaño. No sabía qué tipo de engaño, pero lo era: un engaño contra el Partido, contra todos los pueblos democráticos y amantes de la paz de la Tierra. Siguió mezclándose con la gente.

Una muchacha de pechos pequeños, brillantes, iluminados, se acercó a pedirle fuego. Sacó el encendedor con gesto abstraído.

—¿Qué es lo que hace resplandecer sus pechos? —le preguntó—. ¿Inyecciones radiactivas?

La muchacha se encogió de hombros y no dijo nada. Pasó por su lado, dejándole solo. Sin duda había actuado en forma incorrecta.

Quizá se tratase de una mutación de la época de la guerra, estimó.

—¿Una copa, señor?

Un sirviente le tendió una bandeja con elegancia. Aceptó un martini (que era el trago de moda entre las clases altas del Partido en China Popular) y probó el sabor seco y helado. Un buen gin inglés. O posiblemente la mezcla original holandesa; con enebro o algo así. No estaba mal. Siguió avanzando, sintiéndose mejor. En realidad, la atmósfera del lugar le resultaba agradable. Aquí la gente tenía confianza en sí misma. Habían triunfado y ahora podían relajarse. Evidentemente, era un mito que estar cerca de Su Excelencia producía ansiedad

neurótica: al menos allí no veía el menor indicio, y él mismo apenas la sentía.

Un hombre calvo, maduro y fornido lo detuvo por el simple procedimiento de apoyar su copa contra el pecho de Chien.

—La pequeña que le pidió fuego —dijo el hombre, y resopló—. La tipa con los pechos como adornos navideños… era un muchacho, de compañía —soltó una risita—. Aquí hay que tener cuidado.

—¿Y dónde puedo encontrar mujeres auténticas, si es que las hay? —preguntó Chien—. ¿Entre las corbatas blancas y los fracs?

—Muy cerca —dijo el hombre, y partió con un tropel de invitados hiperactivos, dejando a Chien a solas con su martini.

Una mujer alta, elegante, bien vestida, que estaba de pie cerca de Chien, le agarró de pronto el brazo con la mano; Chien sintió que los dedos de la mujer se tensaban y ella le decía:

—Ahí viene Su Excelencia. Es la primera vez que lo veo. Estoy un poco asustada. ¿Tengo bien el pelo?

—Espléndido —dijo Chien, pensativo, y siguió la mirada de la mujer para ver por primera vez al Benefactor Absoluto.

Lo que cruzaba la habitación hacia la mesa del centro no era un hombre.

Y Chien advirtió que tampoco se trataba de un aparato mecánico. No era lo que había visto en la televisión. Evidentemente, aquello era un sencillo dispositivo para emitir discursos, así como Mussolini había utilizado un brazo artificial para saludar los desfiles largos y tediosos.

«Dios —pensó, y se sintió enfermo—. ¿Era esto lo que Tanya Lee llamaba el «horror acuático»?» No tenía forma. Ni pseudópodos de carne o metal. En cierto sentido no estaba allí. Cuando lograba mirarlo de frente, la forma se desvanecía. Veía a través de ella, veía la gente al otro lado: pero no la forma en sí misma. Su embargo, si giraba un poco la cabeza y la miraba de lado, la captaba y podía determinar sus límites.

Era terrible; lo abrumó de horror. A medida que avanzaba absorbía la vida de cada persona; devoró a la gente allí reunida, siguió su camino, volvió a comer, siguió comiendo con un apetito insaciable. Aquello odiaba. Chien sentía su odio. Aquello aborrecía. Chien sentía cómo aborrecía a todos los presentes: en realidad, él compartía su aborrecimiento. De repente, Chien y todos los que estaban en la enorme villa eran cada uno una babosa retorcida, y por encima de

los caparazones de babosa caídos, la criatura saboreaba, se demoraba, pero siempre yendo hacia él: ¿o era una ilusión? «Si esto es una alucinación —pensó Chien—, es la peor que he tenido en mi vida. Si no lo es, entonces es una realidad maligna. Es algo maligno que mata y lastima.» Vio el rastro de sobras de hombres y mujeres pisoteados, amasados que el ser dejaba a su paso; los vio tratando de reponerse, de actuar con sus cuerpos tullidos: oyó cómo trataban de hablar.

«Sé quién eres —pensó Tung Chien—. Tú, el caudillo supremo de la estructura mundial del Partido. Tú, que destruyes cuanto objeto viviente tocas. Comprendo aquel poema árabe, la búsqueda de las flores de la vida para comerlas: te veo montado a horcajadas sobre la llanura que para ti es la Tierra, una llanura sin profundidades ni alturas. Vas a todas partes, apareces en cualquier momento, devoras todo. Edificas la vida y luego la engulles, y disfrutas al hacerlo. Eres Dios.»

—Señor Chien —dijo la voz que venía del interior de su cráneo y no del espíritu sin boca que se iba formando directamente ante él—. Me alegra volver a verle. Usted no sabe nada. Váyase. Usted no me interesa. ¿Por qué tendría que importarme el barro? Barro. Estoy atascado en él. Debo excretarlo, y así lo hago. Puedo destrozarlo, señor Chien. Incluso puedo destrozarme a mí mismo. Debajo de mí hay rocas filosas. Desparramo objetos con puntas agudas por encima del pantano. Hago que los sitios ocultos, profundos, hiervan como en una marmita. Para mí el mar es como un pote de ungüento. Las partículas de mi carne están unidas a todo. Usted es yo. Yo soy usted. No importa, como no importa si la criatura de pechos encendidos era una muchacha o un muchacho. Uno puede aprender a disfrutar de cualquiera de los dos.

Se rió.

Chien no podía creer que le estuviera hablando. No podía imaginar —era demasiado terrible— que le hubiera elegido a él.

—Los he elegido a todos —dijo aquello—. Nadie es demasiado pequeño. Cada uno cae y muere y yo estoy allí para contemplarlo. Sólo necesito contemplar. Es automático. Fue dispuesto de ese modo.

Y entonces dejó de hablarle. Se autodisgregó. Pero Chien lo seguía viendo. Sentía su presencia múltiple. Era un globo que colgaba en la habitación, con cincuenta mil ojos, con un millón de ojos…, miles de millones. Un ojo para cada

ser viviente mientras esperaba que cada ser cayera, y luego lo pisoteaba cuando yacía debilitado. Había creado los seres para eso, y Chien lo sabía. Lo comprendía. Lo que en el poema árabe parecía ser la muerte no era la muerte sino Dios. O, mejor dicho, Dios estaba muerto, aquello era una fuerza, un cazador, una entidad caníbal, y fallaba una y otra vez, pero como tenía toda la eternidad por delante podía permitirse fallar. Advirtió que era como en los dos poemas. También el de Dryden. La gastada procesión. Eso es nuestro mundo y tú lo estás fabricando. Urdiéndolo para que así sea. Amarrándonos.

«Pero al menos me queda mi dignidad», pensó.

Con dignidad abandonó su copa, se dio vuelta, caminó hacia las puertas del salón y pasó a través de ellas. Caminó por un largo vestíbulo alfombrado. Un sirviente de la mansión, vestido de púrpura, le abrió una puerta. Se encontró de pie afuera, en la oscuridad de la noche, en una galería, solo.

Pero no estaba solo.

El ser lo había seguido. O ya estaba allí antes de que él llegara. Sí, lo había estado esperando. En realidad no había terminado con él.

—Allá voy —dijo Chien, y se precipitó sobre la baranda.

Estaba en un sexto piso, y abajo brillaba el río, y la muerte, la verdadera muerte, no lo que había vislumbrado el poema árabe.

Mientras trataba de saltar, aquello apoyó una extensión de sí mismo sobre su hombro.

—¿Por qué? —dijo Chien.

Pero se detuvo, intrigado y sin comprender nada.

—No caigas por mí —dijo.

Chien no podía verlo porque se había colocado detrás de él. Pero lo que estaba apoyado sobre su hombro… había comenzado a parecerse a una mano humana.

Y entonces el ser rió.

—¿Qué hay de gracioso? —preguntó Chien, mientras se balanceaba sobre la baranda, sostenido por la falsa mano.

—Estás haciendo mi trabajo —dijo—. No estás esperando. ¿No tienes tiempo para esperar? Te escogeré entre los demás. No necesitas acelerar el proceso.

—¿Y qué pasa si lo hago por repulsión a ti?

El ser rió y no contestó.

—Ni siquiera me lo vas a decir —dijo Chien.

Tampoco esta vez hubo respuesta. Comenzó a deslizarse hacia atrás, hacia la galería.

Y la presión de la falsa mano se aflojó de inmediato.

—¿Tú fundaste el Partido? —preguntó Chien.

—Fundé todo. Fundé el anti-Partido y el Partido que no es un partido, y los que están a favor de él y los que están en contra, los que tú llamarías Yanquis Imperialistas, los del campo reaccionario, y así hasta el infinito. Fundé todo. Como si fueran hojas de hierba.

—¿Y estás aquí para disfrutarlo?

—Lo que quiero es que me veas como soy, como me has visto, y que luego confíes en mí —dijo el ser.

—¿Qué? ¿Confiar en ti para qué? —preguntó Chien temblando.

—¿Crees en mí?

—Sí. Puedo verte.

—Entonces vuelve a tu empleo en el Ministerio. Cuéntale a Tanya Lee que soy un anciano gastado, obeso, que bebe mucho y pellizca el trasero de las muchachas.

—Oh, Cristo —dijo Chien.

—Mientras sigas viviendo, incapaz de detenerte, te atormentaré —dijo aquello.— Te quitaré partícula por partícula todo lo que posees o deseas. Y cuando estés destrozado hasta la muerte te revelaré un misterio.

—¿Cuál es el misterio?

—Los muertos vivirán, los vivos morirán. Yo mato lo que vive, salvo lo que ha muerto. Y te diré esto: hay cosas peores que yo. Pero no te encontrarás con ellas porque para entonces te habré matado. Ahora regresa al salón y prepárate para la cena. No cuestiones lo que estoy haciendo. Hacía lo mismo antes de que existiera alguien llamado Tung Chien y lo seguiré haciendo mucho después de que deje de existir.

Chien lo golpeó con la máxima fuerza posible.

Y experimentó un intenso dolor en la cabeza.

Y oscuridad, con una sensación de caída.

Luego, otra vez oscuridad.

«Te alcanzaré —pensó—. Me ocuparé de que tú también mueras. De que sufras. Vas a sufrir, como nosotros, exactamente del mismo modo. Volveré a enfrentarte, y te sujetaré con clavos. Juro por Dios que te crucificaré contra algo. Y dolerá. Tanto como me duele a mí ahora.»

Cerró los ojos.

Lo sacudían con rudeza. Y oía la voz de Kimo Okubara.

—Deténgase, borracho. ¡Vamos!

Sin abrir los ojos, dijo:

—Necesito un taxi.

—El taxi ya espera. Váyase a casa. Desastre. Hacer el ridículo ante todos.

Poniéndose temblorosamente en pie, abrió lo ojos, se examinó.

«El Líder a quien seguimos —pensó— es el Único Dios Verdadero. Y el enemigo contra el que luchamos y hemos luchado también es Dios. Tienen razón: está en todas partes. Pero no entiendo lo que eso significa.» Clavó la mirada en el oficial de protocolo y pensó: «Tú también eres Dios. Así que no hay escapatoria, quizá ni siquiera saltando. Como yo empecé a hacerlo, instintivamente.»

Se estremeció.

—Mezclar copas con drogas —dijo Okubara con tono ofendido—. Arruinar la carrera. Lo he visto muchas veces. Desaparezca.

Vacilante, caminó hacia la gran puerta central de la villa del Río Yangtsé. Dos criados, vestidos como caballeros medievales, con penachos de plumas, le abrieron ceremoniosamente la puerta. Uno de ellos dijo:

—Buenas noches, señor.

—Para usted —dijo Chien, y entró en la noche.

A las tres menos cuatro de la mañana, mientras estaba sentado e insomne en la sala de estar de su departamento, fumando un Cuesta Rey Astoria tras otro, sonó un golpe en la puerta.

Cuando abrió se encontró frente a Tanya Lee, con su impermeable y el rostro marchito de frío. Sus ojos ardían, interrogantes.

—No me mires así —dijo él ásperamente. Su cigarro se había apagado. Volvió a encenderlo—. Ya me han mirado lo suficiente.

—Lo viste —dijo ella.

El asintió.

La muchacha se sentó en el brazo del sillón y tras un momento dijo:

—¿Quieres contármelo?

—Vete lo más lejos posible dijo Chien—. Bien lejos.

Y luego recordó. No había camino que se alejara bastante. Recordó haber leído también eso.

—Olvídalo —dijo.

Poniéndose en pie, fue con paso torpe hasta la cocina y empezó a preparar café.

Siguiéndolo, Tanya dijo:

—¿Fue… tan malo?

—No podemos ganar —dijo él—. Ustedes no pueden ganar. No quise incluirme. Yo no entro en eso. Sólo quiero seguir haciendo mi trabajo en el Ministerio y olvidarme. Olvidarme de todo el maldito asunto.

—¿Es extraterrestre?

—Sí.

—¿Es hostil a nosotros?

—Sí —dijo Chien—. No. Las dos cosas. Sobre todo hostil.

—Entonces tenemos que…

—Vete a casa y acuéstate. —La escrutó con cuidado. Había permanecido sentado un largo rato y había pensado mucho acerca de muchas cosas—. ¿Estás casada? — preguntó.

—No. Ahora no. Lo estuve.

—Quédate conmigo esta noche —dijo él—. Por lo menos el resto de la noche. Hasta que salga el sol. Durante la noche es horrible.

—Me quedaré —dijo Tanya, desabrochándose el cinturón del impermeable —, pero necesito algunas respuestas.

—¿Qué quería decir Dryden con eso de que la música destemplaría el cielo? —dijo Chien—. ¿Qué puede hacer la música al cielo?

—Que todo el orden celestial del universo termina —dijo la muchacha mientras colgaba el impermeable en el armario del dormitorio. Debajo llevaba un suéter anaranjado a rayas y pantalones elásticos.

—Eso es lo malo —dijo Chien.

La muchacha hizo una pausa, reflexionando.

—No sé. Supongo que sí.

—Es concederle mucho poder a la música.

—Bueno, ya conoces la antigua idea pitagórica acerca de la «música de las esferas».

Con gestos precisos se sentó en el borde de la cama y se sacó sus zapatos livianos como chinelas.

—¿Crees en eso? —dijo Chien—. ¿O crees en Dios?

—¡Dios! —rió la muchacha—. Eso desapareció junto con la caldera a vapor. ¿De qué estás hablando? ¿De Dios o de dios?

Se acercó a él, mirándole a los ojos.

—No me mires tan de cerca —dijo Chien con voz aguda, retrocediendo—. No quiero que me vuelvan a mirar así.

Se apartó, irritado.

—Creo que si hay un Dios le importan muy poco los asuntos humanos —dijo Tanya—. Bueno, esa es mi teoría. Quiero decir que a Él no parece importarle que triunfe el mal o que la gente y los animales sean heridos y mueran. Francamente, no veo Su presencia a mi alrededor. Y el Partido siempre ha negado cualquier forma de…

—¿Alguna vez lo viste a Él? —preguntó Chien—. ¿Cuándo eras niña?

—Oh, desde luego, cuando niña. Pero también creía…

—¿Alguna vez se te ocurrió que el mal y el bien son nombres que designan la misma cosa? ¿Qué Dios podría ser al mismo tiempo bueno y malo?

—Te prepararé un trago —dijo Tanya, y entró descalza a la cocina.

—El Triturador, el Chirriante, el Tragón y el Pájaro y el Tubo Trepador… —dijo Chien—, más otros nombres, otras formas. No sé. Tuve una alucinación. En la cena. Una alucinación enorme. Terrible.

—Pero la estelacina…

—Provocó una peor —dijo él.

—¿Hay algún modo de luchar contra lo que viste? —dijo Tanya sombríamente—. ¿Contra ese fantasma al que llamas alucinación pero que sin duda no lo era?

—Creer en él —dijo Chien.

—¿Qué lograremos con eso?

—Nada —dijo él, agotado—. Absolutamente nada. Estoy cansado. No quiero un trago… Acostémonos.

—Está bien. —Regresó silenciosa al dormitorio, comenzó a sacarse el suéter a rayas por encima de la cabeza—. Lo discutiremos a fondo más tarde.

—Una alucinación es algo misericordioso —dijo Chien—. Me gustaría haberla tenido. Quiero que vuelva la mía. Quiero estar antes de que tu vendedor ambulante me encuentre con aquella fenotiacina.

—Ahora ven a la cama. Seré amable. Toda calor y ternura.

Chien se sacó la corbata, la camisa… y vio, sobre su hombro derecho, la marca, el estigma que le había dejado aquello cuando le impidió saltar. Marcas lívidas que parecían estar allí para siempre. Entonces se puso la chaqueta del pijama: ocultaba las marcas.

—De todos modos tu carrera ha adelantado muchísimo —dijo Tanya cuando él entró en la cama—. ¿No estás contento?

—Por supuesto —dijo él, asintiendo invisible en la oscuridad—.

Muy contento.

—Ven, acércate a mí —dijo Tanya, rodeándolo con los brazos—. Y olvídate de todo lo demás. Al menos por ahora.

Entonces Chien la atrajo hacia él, haciendo lo que ella pedía y él quería hacer. La muchacha fue limpia; se movió con eficacia, con rapidez y cumplió su parte. No se molestaron en hablar hasta que por fin Tanya dijo «¡Oh!», y se relajó.

—Me gustaría que pudiéramos seguir para siempre —dijo Chien.

—Lo hicimos —dijo Tanya—. Es algo fuera del tiempo. No tiene límites, como un océano. Así éramos en la época cámbrica, antes de que emigráramos a la tierra. Es como las antiguas aguas primordiales. El único momento en que retrocedemos es cuando lo hacemos. Por eso es tan importante para nosotros. Y en aquellos días no estábamos separados: era como una gran gelatina, como esas burbujas que flotan hasta la playa.

—Que flotan y allí se quedan, a morir —dijo Chien.

—¿Puedes alcanzarme una toalla? —preguntó Tanya—. ¿O un trapo? Lo necesito.

Chien caminó descalzo hasta el baño, y entró a buscar una toalla. Allí, y ahora completamente desnudo, vio por segunda vez su hombro, vio el sitio donde el ser lo había aferrado y lo había sostenido, tirándolo hacia atrás, quizá para juguetear con él un poco más.

Las marcas, inexplicablemente, sangraban.

Se limpió la sangre. En seguida brotó más, y al verla se preguntó cuánto tiempo le quedaba. Era probable que sólo unas horas.

Volviendo a la cama, dijo:

—¿Puedes seguir?

—Por supuesto. Si te queda energía. Tú decides.

La muchacha lo miraba sin pestañear, apenas visible en la difusa luz nocturna.

—Me queda —dijo Chien.

Y la atrajo con fuerza hacia él.

* * *

No soy partidario de ninguna de las ideas de La fe de nuestros padres; no pretendo, por ejemplo, que los países de más allá del Telón de Acero vayan a ganar la guerra fría… o que moralmente debieran hacerlo.

Un tema de la historia, sin embargo, parece apasionarme, con vistas a los recientes experimentos con drogas alucinógenas: la experiencia teológica, que tanta gente que ha tomado LSD ha informado. Se me aparece como una frontera enteramente nueva; en cierta medida, la experiencia religiosa puede ser en la actualidad estudiada científicamente… y, lo que es más, considerada como alucinación parcial pero conteniendo también otros componentes reales.

Dios, como tópico en la ciencia ficción, cuando aparecía en ella, acostumbraba a ser tratado polémicamente, como en Out of the Silent Planet (Más allá del planeta silencioso). Pero yo prefiero tratarlo como una excitación intelectual. ¿Qué ocurriría si, a través de las drogas psicodélicas, las experiencias religiosas se convirtieran en un lugar común en la vida de los intelectuales?

El viejo ateísmo, que nos parecía a tantos de nosotros — incluido yo— válido en términos de nuestras experiencias, o mejor falta de experiencias, debería ser dejado momentáneamente de lado. La ciencia ficción, sondeando siempre lo que está a punto de ser pensado o de ocurrir, deberá finalmente enfrentarse sin preconcepciones a una futura sociedad neomística en la cual la

teología constituya una fuerza tan importante como en el período medieval. Esto no es necesariamente un paso atrás, porque actualmente estas creencias pueden ser comprobadas…, obligadas a justificarse o a callarse. Yo, personalmente, no poseo auténticas creencias acerca de Dios; sólo mi experiencia de que Él está presente… subjetivamente, por supuesto; pero el reino interior es real también. Y en una historia de ciencia ficción uno proyecta lo que ha sido una experiencia interior personal en un medio determinado; se convierte en algo socialmente compartido, y en consecuencia discutible. La última palabra, sin embargo, sobre el tema de Dios, puede que ya haya sido dicha, en el siglo IX de nuestra era, por Juan Escoto Eríugena, en la corte del rey franco Carlos el Calvo: «No sabemos lo que es Dios. El propio Dios no sabe lo que Él es debido a que no es nada. Literalmente, Dios no es, porque trasciende el propio ser».

Una visión mística tan penetrante —y Zen—, aparecida hace tanto tiempo, será difícil de superar; en mis propias experiencias con las drogas psicodélicas he conocido muy pocas iluminaciones comparables a la de Eríugena.

El rompecabezas humano

Larry Niven

Se admite generalmente que, de entre los nuevos y más jóvenes escritores en la arena de la literatura especulativa, uno de los desafiadores más prometedores es Larry Niven. Ha estado escribiendo durante dos años y ha encontrado ya su propio estilo, su propia voz. Escribe lo que se denomina ciencia ficción «dura»…, es decir, sus extrapolaciones científicas están sólidamente basadas en lo que se sabe en la fecha en que lo escribe. En una historia de Niven no hallarán ustedes latas de cerveza en Marte, y ningún planeta oculto girando en torno al Sol al otro lado de la Tierra y sobre su misma órbita. Para quien examina superficialmente las cosas, podría parecer que esto debe limitar los horizontes de la obra de Niven. Ello podría ser cierto para un autor con menos imaginación. Larry Niven trabaja con minuciosidad; y en los detalles más insignificantes —muy a menudo despreciados por escritores que suponen equivocadamente que la ficción especulativa excitante no puede construirse más que en torno a temas enormes y evidentes— descubre fascinantes áreas para el desarrollo de historias totalmente personales y alejadas de todo convencionalismo.

Ha trabajado tan duro, y tan bien, en estos últimos dos años, que su quinta historia publicada, Becalmed in Hell (Encalmados en el infierno), estuvo a punto de ganar el premio Nébula de 1965 en su categoría de relato corto, presentado por los escritores de ciencia ficción de Estados Unidos. Ha sido incluida ya en un puñado de antologías de «lo mejor de…». Y la cosa no termina ahí. Larry

Niven es, realmente, una formidable Gran Esperanza Blanca del género.

Larry es millonario. De veras. Un genuino, auténtico millonario en dinero. Una prueba de su dedicación a la ciencia ficción, a la que adora, es que ha elegido vivir únicamente del dinero que gana escribiendo. No hay muchos de nosotros, hambrientos, pálidos y mercenarios, que podamos decir lo mismo.

Larry Niven nació en Los Ángeles, retoño de la familia Doheny, y creció en Beverly Hills. Con una especialización en matemáticas en el Instituto Tecnológico de California, dejó en suspenso sus estudios durante cinco períodos… un año y dos tercios. Finalmente completó su licenciatura en matemáticas en la Universidad de Washburn, Topeka, Kansas, tras frenar el proceso siguiendo un montón de cursos de filosofía e inglés y un cursillo de psicología. Se graduó en matemáticas en la Universidad de California en Los Ángeles, y tras un año dio un giro repentino y declaró al mundo (que por otra parte no estaba, en aquel momento, demasiado atento a tales cosas): «He decidido que prefiero escribir ciencia ficción. Estamos en junio de 1963, y voy a comenzar ahora mismo». Vendió su primer relato, The Coldest Place (El más frío de los lugares), exactamente un año más tarde, a Fred Pohl, director de la revista Worlds of If. Larry comenta al respecto: «La historia había quedado totalmente obsoleta después de los descubrimientos astronómicos rusos relativos a Mercurio, aproximadamente en agosto de 1964. Yo había cobrado ya el cheque. Fred Pohl no sabía qué hacer con aquella maldita cosa entre las manos. Finalmente la publicó en diciembre de 1964. Mi familia, que me había lanzado los suficientes parásitos como para interferir todas las transmisiones de la Tierra durante el próximo siglo cuando les informé que estaba dispuesto a convertirme en escritor («¡Busca un trabajo honesto!»), dejó de aguijonearme inmediatamente. Ahora me voy a dormir tarde, que es lo que se supone debe hacer un escritor».

Un interesante aspecto secundario de Niven et famille. Poseyendo dos juegos de padres después de un divorcio en 1953, debe proporcionarles a cada uno de ellos un juego de las obras completas de ciencia ficción de Larry Niven, a fin de que puedan alabarlo cuando él está a tiro de oído. Su hermano y su cuñada le regalaron un álbum de recortes para su cumpleaños en 1965, así que ahora se ve obligado a comprar un tercer ejemplar de todas las revistas en donde aparece algo suyo para seguir completando los recortes, y un cuarto ejemplar para sus

archivos. Así, cada vez que vende una historia pierde dinero.

Es el autor de una excelente novela publicada por Ballantine, The World of Ptavvs (El mundo de los Ptavvs), y el autor de la historia que sigue, un incisivo y estremecedor comentario lógico sobre la criminología del futuro, basada sólidamente en el hoy. Dios no lo quiera.

* * *

En el año 1900, Karl Landsteiner clasificó en cuatro tipos la sangre humana: A, B, AB y O, según las incompatibilidades. Por primera vez fue posible administrar una transfusión a un paciente sin peligro de que ésta le causase la muerte.

El movimiento para abolir la pena de muerte había comenzado y estaba ya condenado.

Vh83uOAGn7 era su número de teléfono y el número de su licencia de conducir, de su seguridad social, su cartilla militar y su historial médico. Dos de estos documentos habían sido anulados y los otros habían perdido toda importancia, excepto el historial médico. Se llamaba Warren Lewis Knowles. Iba a morir.

Faltaba un día para el juicio, pero el veredicto no era por eso menos cierto. Lew era culpable. Si alguien lo dudase, la acusación tenía pruebas contundentes. A las dieciocho horas del día siguiente, Lew sería condenado a muerte. Broxton apelaría basándose en una cosa u otra. La apelación sería denegada.

La celda era cómoda, pequeña y acolchada. Esto no era un menosprecio de la cordura del prisionero, aunque la locura ya no era una excusa para infringir las leyes. Tres de las paredes eran simples barrotes. La cuarta pared, la que daba al exterior, era cemento acolchado y pintado con un relajante tono verde. Pero los barrotes que le separaban del corredor, del apático anciano de la izquierda y del enorme adolescente de aspecto bobalicón de su derecha… tenían diez centímetros de grosor y estaban a veinte centímetros de distancia, recubiertos con plásticos de silicona. Por cuarta vez en aquel día, Lew cogió un puñado del plástico e intentó desgarrarlo. Tenía el tacto de un cojín de espuma esponjosa

con un núcleo rígido del grosor de un lápiz, y no se rompía. Cuando lo soltó, volvió a convertirse en un cilindro perfecto.

—No es justo —dijo.

El adolescente no se movió. Durante las diez horas que Lew había estado en su celda, el muchacho estuvo sentado sobre el borde de su catre, con el lacio cabello negro cayéndole sobre los ojos y su sombra de las cinco de la tarde oscureciéndose cada vez más. Sólo durante las comidas movía sus largos y peludos brazos, pero el resto de su cuerpo no lo movía en absoluto.

El anciano levantó la vista ante el sonido de la voz de Lew. Habló con amargo sarcasmo.

—¿Te han acusado falsamente?

—No; yo…

—Por lo menos eres honrado. ¿Qué hiciste?

Lew se lo dijo. No pudo evitar que su voz mostrase la herida de la inocencia. El anciano sonrió burlonamente, asintiendo como si hubiese estado esperando algo así.

—Estupidez. La estupidez siempre ha sido un crimen capital. Si tenías que hacer que te ejecutasen, ¿por qué no por algo realmente importante? ¿Ves a ese chico al otro lado?

—Claro —dijo Lew sin mirar.

—Es un traficante con órganos.

Lew sintió que el asombro se le helaba en la cara. Consiguió lanzar otra mirada hacia la celda vecina… y todos los nervios de su cuerpo dieron un salto. El chico le estaba mirando. Con sus vacíos ojos oscuros, apenas visibles bajo la masa de cabello, miraba a Lew como un carnicero podría mirar un trozo de carne demasiado viejo.

Lew se acercó más a los barrotes entre su celda y la del anciano. Su voz era un susurró áspero.

—¿Cuántos mató?

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—Era el que los cogía. Buscaba alguien que estuviese solo por la noche, lo drogaba y lo llevaba al doctor que dirigía la banda. Era el médico quien hacía todo el trabajo. Si Bernie le hubiese llevado un donante muerto, el doctor le

habría quitado la piel a él.

El anciano se sentó, con Lew casi directamente detrás suyo. Se había retorcido para hablarle, pero ahora parecía haber perdido el interés. Sus manos, ocultas de Lew por su huesuda espalda, estaban en constante movimiento nervioso.

—¿Cuántos atrapó?

—Cuatro. Después le cogieron. Bernie no es muy inteligente.

—¿Qué hiciste tú para que te metieran aquí?

El anciano no contestó. Ignoró a Lew completamente, haciendo temblar sus hombros al retorcerse las manos. Lew se encogió de hombros y se volvió hacia su camastro.

Eran las diecinueve horas del jueves por la noche.

La banda había reclutado tres hombres para recoger víctimas. Bernie todavía no había sido juzgado. Otro estaba muerto. Al escapar por el borde de una pasarela móvil le dispararon un proyectil que le alcanzó el brazo. El tercero estaba siendo conducido en una camilla hacia el hospital contiguo a la cárcel.

Oficialmente todavía estaba vivo. Había sido sentenciado y su apelación denegada. Pero todavía estaba vivo cuando le introdujeron, drogado, en la sala de operaciones.

Los internos le levantaron de la mesa y le pusieron una pieza bucal de forma que pudiese respirar cuando le introdujesen en el líquido congelador. Le bajaron sin salpicarle, y mientras la temperatura de su cuerpo descendía le inyectaron algo más en las venas.

Su temperatura descendió hasta la congelación. Los latidos de su corazón se espaciaron más y más. Finalmente su corazón se detuvo. Pero podría haber sido reactivado de nuevo. Algunos hombres habían sido recuperados en aquel punto. El traficante de órganos estaba todavía vivo oficialmente.

El doctor era una línea de máquinas recorrida por un cinturón convector. Cuando la temperatura del cuerpo del traficante alcanzó un cierto punto, el cinturón se activó. La primera máquina realizó una serie de incisiones en su pecho: habilidosa y mecánicamente, el doctor realizó una cardiotomía.

El traficante estaba oficialmente muerto. Su corazón fue almacenado inmediatamente, seguido por la piel, la mayor parte en una sola pieza, y toda ella aún viva. El doctor le despedazó con exquisito cuidado, como si desarmase un

rompecabezas flexible, frágil y asombrosamente complejo. El cerebro fue carbonizado y las cenizas reservadas para su entierro en una urna. El resto del cuerpo, en trozos, pequeños glóbulos, estratos finos como el pergamino, fueron almacenados en los bancos de órganos del hospital. A una orden, cualquiera de aquellas unidades podía ser guardada en un estuche y llegar a otra parte del mundo en menos de una hora. De ese modo, el traficante de órganos podía salvar más vidas de las que había sacrificado. Tal era la intención de todo aquello.

Tumbado de espaldas y contemplando el aparato de televisión del techo, Lew comenzó a temblar repentinamente. No había tenido energías para colocarse el auricular en el oído. El silencioso movimiento de las figuras de los dibujos animados se había vuelto horrible de repente. Apagó el aparato, pero aquello no hizo que las cosas fuesen mejor.

Le despedazarían y le almacenarían poco a poco. Nunca había visto un banco de almacenamiento de órganos, pero un tío suyo había tenido una carnicería…

—¡No! —ritó.

El muchacho levantó la mirada, su única parte viva. El anciano se retorció para mirar por encima del hombro. Al final del corredor, el guardián levantó la vista; después volvió a su lectura.

El cuerpo de Lew estaba lleno de pánico y su voz era sólo un reflejo.

—¿Cómo podéis soportarlo? El muchacho miró al suelo.

—¿Soportar qué? —ijo el anciano.

—¿No sabéis lo que van a hacer con nosotros?

—A mí no me destrozarán como si fuera un ternero. Instantáneamente, Lew se pegó a los barrotes.

—¿Por qué no?

La voz del anciano era un murmullo.

—Porque donde antes estaba el hueso de mi muslo izquierdo hay una bomba. Volaré en pedazos. Nunca usarán lo que encuentren.

La esperanza que el anciano había alentado se desvaneció. En su lugar quedó amargura.

—Chiflado. ¿Cómo pudiste colocar una bomba dentro de tu pierna?

—Extrayendo el hueso y practicando un agujero en sentido longitudinal al mismo, metiendo la bomba en el agujero, sacando del hueso toda la materia orgánica para que no se pudra y volviendo a colocar el hueso en su sitio. Por

supuesto, el total de los corpúsculos rojos disminuye. ¿Quieres venir conmigo?

—¿Ir contigo?

—Pégate a los barrotes. Esto acabará con los dos.

Lew había retrocedido contra la pared de barrotes más alejada.

—Como quieras —ijo el ancian — Nunca te he dicho por qué estoy aquí, ¿verdad? Yo era el doctor, y Bernie cogía esos tipos para mí.

Al retroceder contra la pared opuesta, Lew sintió que le tocaban en el hombro; se volvió para encontrarse con el muchacho que le miraba inexpresivamente a los ojos a muy poca distancia. ¡Traficantes de órganos! ¡Estaba rodeado de asesinos profesionales!

—Sé lo que es eso —ontinuaba el ancian — A mí no me lo harán. Bueno, si estás seguro de que no quieres una muerte limpia ahora, protégete detrás de tu camastro. Es lo suficientemente grueso.

El camastro estaba formado por un colchón y un conjunto de muelles en un bloque de cemento que formaba parte integrante del suelo. Lew se enroscó en posición fetal y con las manos sobre la cabeza.

Estaba seguro de que no quería morir ahora.

No pasó nada.

Después de un rato abrió los ojos, apartó las manos y miró a su alrededor.

El muchacho le miraba. Por primera vez había una sonrisa amarga en su rostro. En el corredor, el guardia, que estaba siempre en una silla junto a la salida, estaba contemplándole tras los barrotes. Parecía preocupado.

Lew sintió cómo el rubor subía por su cuello, su nariz y sus orejas. El anciano había estado jugando con él. Comenzó a levantarse…

Un martillazo cayó sobre el mundo.

El guardián yacía roto contra los barrotes de la celda, al otro lado del corredor. El jovenzuelo de cabello lacio salía de detrás de su catre sacudiendo la cabeza. Alguien gimió y el gemido se convirtió en un grito. El aire estaba lleno de polvo de cemento.

Lew se levantó.

La sangre resbalaba como un ungüento rojo sobre todas las superficies alcanzadas por la explosión. Por mucho que lo intentase, y no lo intentó mucho, Lew no pudo hallar ningún rastro del anciano.

Excepto el agujero en la pared.

Debía de haber estado allí…, en aquel lugar…, allí.

El agujero era lo bastante grande para escurrirse por él si Lew pudiese llegar hasta allí. Pero estaba en la celda del viejo. El recubrimiento de plástico de silicona de los barrotes que separaban las celdas había desaparecido, dejando únicamente barras de metal del grosor de un lápiz.

Lew intentó abrirse paso.

Los barrotes estaban zumbando y vibrando, aunque no se oía ningún sonido. Lew se dio cuenta de la vibración al tiempo que advertía que le invadía el sueño. Introdujo su cuerpo entre los barrotes, atrapado en la lucha entre su creciente pánico y los apaciguadores sónicos, que debían de haberse puesto en funcionamiento automáticamente.

Los barrotes no cedían, aunque estaban resbaladizos…

Había pasado. Introdujo la cabeza por el agujero de la pared y miró hacia abajo.

Muy abajo. Lo suficiente para sentirse mareado.

La cárcel de Topeka County era un pequeño rascacielos, y la celda de Lew debía estar muy arriba. Contempló una suave masa de cemento salpicada con ventanas que no sobresalían por los bordes. No habría manera de llegar hasta aquellas ventanas ni forma de abrirlas o romperlas.

El apaciguador sónico minaba su voluntad. Si su cabeza hubiese estado en el interior de la celda con el resto de su cuerpo, ya estaría inconsciente. Debía esforzarse en volver a mirar hacia arriba.

Estaba en la parte superior. El borde del tejado se hallaba a muy poca distancia sobre su cabeza. No podía llegar hasta allí a menos que…

Comenzó a reptar fuera del agujero.

Ganase o perdiese, no le cogerían para los bancos de órganos. La densidad de tráfico rodado aplastaría todos sus fragmentos. Se sentó en el borde del agujero, con los pies en el interior de la celda para conservar el equilibrio y empujando el pecho contra la pared. Cuando estuvo en equilibrio, estiró los brazos hacia el tejado. Nada.

Se pasó una pierna por debajo manteniendo la otra rígida. Y se lanzó.

Cuando comenzaba a caer hacia atrás, las manos se cerraron sobre el borde. Gritó de sorpresa, pero era demasiado tarde. ¡El tejado de la cárcel se movía! Antes de que pudiese soltarlo le había arrastrado fuera del agujero. Quedó allí

colgado, columpiándose de un lado a otro sobre el espacio vacío, mientras el movimiento le llevaba.

El tejado de la cárcel era una pasarela móvil.

No podía trepar a la superficie sin tener un apoyo para sus pies. No tenía fuerza suficiente. La pasarela se movía hacia otro edificio de la misma altura. Si conseguía no soltarse, tal vez podría alcanzarlo.

Y las ventanas de aquel edificio eran distintas. No estaban hechas para abrirse en aquellos días de contaminación atmosférica y aire acondicionado. Pero tenían rebordes. Tal vez rompiendo el vidrio…

El tirón sobre sus brazos era una agonía. Sería muy fácil soltarse. No. No había cometido ningún crimen por el que debiera morir. Se negó a morir.

Durante el siglo veinte, el movimiento continuó ganando importancia. Como organización flexible y de alcance internacional, sus miembros tenían sólo una meta: reemplazar la ejecución por la prisión y la rehabilitación en todos los estados y naciones. Argüían que matar a un hombre por sus crímenes no le enseña nada, que no sirve para persuadir a quienes puedan cometer el mismo crimen y que la muerte es irreversible. Mientras que un hombre inocente puede ser librado de la prisión si se prueba su inocencia. Matar a un hombre no sirve a ningún propósito, excepto la venganza de la sociedad. La venganza es indigna de una sociedad civilizada.

Quizá tenían razón.

En 1940, Karl Landsteiner y Alexander S. Wiener hicieron público un informe sobre el factor Rh en la sangre humana.

A mediados de siglo, la mayoría de los asesinos convictos eran condenados a cadena perpetua. Muchos eran devueltos después a la sociedad, algunos «rehabilitados», otros no. La pena de muerte para los secuestros había sido aceptada en algunos estados, pero era difícil persuadir a un jurado de que la aplicaran. Lo mismo para las acusaciones de asesinato. Un hombre buscado por robo en Canadá y asesinato en California, rechazó la extradición a Canadá pues en California tenía menos probabilidades de ser condenado. Algunos estados, como Francia, abolieron la pena de muerte.

La rehabilitación de los criminales era una meta importante de la ciencia/arte de la psicología.

Pero…

Los bancos de sangre se hallaban esparcidos por todo el mundo.

Hombres y mujeres con enfermedades renales, habían sido salvados ya por un trasplante de riñon de un gemelo idéntico. No todos los pacientes de riñon tenían gemelos idénticos. Un médico de París empleaba trasplantes de parientes cercanos, clasificando hasta cien puntos de incompatibilidad para juzgar por adelantado el éxito que tendría el trasplante.

Los trasplantes de ojos eran corrientes. Un donante de ojos podía esperar hasta su muerte antes de salvar la vista de otro hombre.

El hueso humano siempre puede ser trasplantado; suponiendo que el hueso sea limpiado primero de materia orgánica.

Así estaban las cosas a mitad de siglo.

En 1990 era posible conservar cualquier órgano de un ser humano por una duración razonable de tiempo. Los trasplantes se habían convertido en una rutina, gracias al «escalpelo de infinita finura», el láser. Los moribundos legaban regularmente sus restos a los bancos de órganos. Los intereses de las funerarias no podían detenerlo. Sin embargo, aquellos regalos de gente muerta no siempre eran útiles.

En 1993, Vermont aprobó la primera ley sobre los bancos de órganos. En Vermont siempre había existido la pena de muerte. Ahora los condenados sabrían que su muerte salvaría unas vidas. Ya no se podía afirmar que la ejecución no servía para nada bueno. Al menos en Vermont.

Y tampoco, más adelante, en California, Washington, Georgia, Pakistán, Inglaterra, Suiza, Francia, Rhodesia.

La pasarela se movía a unos veinte kilómetros por hora. Debajo, inadvertido por los transeúntes que habían salido tarde de trabajar y por los búhos que comenzaban en aquel momento sus rondas, Lewis Knowles pendía de la cinta en movimiento y observaba cómo la repisa pasaba por debajo de sus pies colgando. La repisa tenía poco más de medio metro de anchura, a más de un metro bajo sus dedos extendidos.

Se dejó caer.

Mientras sus pies tocaban algo, se agarró al borde del marco de una ventana. El vértigo le asaltó, pero no se cayó. Respiró tras un largo instante.

No podía saber qué edificio era aquel, pero estaba vacío. A las nueve de la noche todas las ventanas estaban iluminadas. Mientras escudriñaba el interior,

intentó permanecer fuera del alcance de la luz.

La ventana era una oficina. Estaba vacía.

Necesitaba algo en que envolverse la mano para romper aquella ventana. Pero sólo llevaba unos zapatos y un mono de la prisión. No podía ser más sospechoso de lo que era ahora. Se quitó el mono, lo envolvió alrededor de su mano y golpeó con fuerza.

Casi se destrozó la mano.

Bueno…, le habían dejado guardar sus joyas, su reloj de pulsera y un anillo de diamantes. Empujó fuertemente dibujando un círculo con el anillo sobre el vidrio y golpeó de nuevo con la otra mano. Tenía que ser cristal. Si era de plástico estaba perdido.

El vidrio saltó en un círculo casi perfecto.

Tuvo que hacerlo seis veces antes de que el agujero fuese lo bastante grande para él.

Mientras entraba, todavía agarrado a su mono, sonreía. Todo lo que necesitaba ahora era un ascensor. Con un mono de la prisión, en la calle los polis le habrían dado caza en menos de un minuto. Pensó que si lo escondía allí estaría seguro. ¿Quién sospecharía de un nudista con licencia?

Sólo que él no tenía licencia. Ni la bolsa donde los nudistas la llevaban.

Ni iba afeitado.

Aquello se presentaba muy mal. Nunca había habido un nudista tan peludo. Era más que una simple e incipiente barba. Lo cubría todo, por decirlo así. ¿Dónde podría conseguir una cuchilla de afeitar?

Probó en los cajones del escritorio. Muchos ejecutivos tenían cuchillas de repuesto. Se detuvo a medio camino, y no porque hubiese encontrado una cuchilla sino porque ahora sabía dónde se encontraba. Los papeles sobre el escritorio lo confirmaban aún más.

Estaba en un hospital.

Todavía sostenía el mono. Lo dejó en una papelera, lo cubrió ordenadamente con papeles y más o menos se dejó caer en la silla del escritorio.

Un hospital. Tenía que haber escogido un hospital. Y este hospital, el que había sido construido al lado de la cárcel de Topeka County, por razones conocidas.

Pero en realidad él no lo escogió. Le escogió el hospital a él.

¿Alguna vez en su vida había tomado una decisión, excepto instigado por los demás? Sus amigos le habían pedido dinero prestado para no devolvérselo, otros hombres le quitaron sus chicas; había evitado los ascensos gracias a su habilidad para ser ignorado. Shirley le manipuló para que se casara con ella, abandonándolo cuatro años más tarde por un amigo que no se dejaba manipular.

Incluso ahora, en el posible fin de su vida, ello seguía igual. Un anciano, traficante de órganos, le proporcionó la huida. Un ingeniero había construido los barrotes de las celdas a la suficiente distancia para que un hombre pequeño pudiese introducirse entre ellos. Otro había puesto una pasarela entre dos tejados a conveniente distancia. Y aquí estaba.

Lo peor de todo era que ahora no tenía probabilidad alguna de escabullirse como un nudista. Las batas y máscaras del hospital serían lo mínimo exigido. Hasta los nudistas tenían que cubrirse alguna vez.

¿El cuarto de baño?

No había nada en el cuarto de baño, excepto un elegante sombrero verde y un poncho impermeable y transparente.

Podía echar a correr. Si pudiese encontrar una cuchilla de afeitar, tal vez estaría a salvo en cuanto llegase a la calle. Se golpeó un nudillo mientras pensaba que le gustaría saber dónde estaba el ascensor. Tenía que confiar en la suerte. De nuevo comenzó a registrar los cajones.

Tenía en sus manos un estuche de afeitar de cuero negro cuando la puerta se abrió. Entró un hombre corpulento con la bata del hospital. El interno —o había doctores humanos en los hospitale —estuvo cerca del escritorio antes de ver a Lew agazapado sobre un cajón abierto. Se quedó boquiabierto.

Lew le cerró la boca con el puño que todavía sostenía el estuche.

Los dientes del hombre se juntaron emitiendo un agudo chasquido. Sus rodillas se doblaron al tiempo que Lew salía corriendo de la habitación.

El ascensor estaba justo al fondo del vestíbulo y con las puertas abiertas. Y nadie venía. Lew entró y oprimió un botón. Se afeitó mientras el ascensor descendía. La maquinilla corría rápida y pegada, aunque un poco ruidosamente. Se afeitaba el pecho cuando la puerta se abrió.

Una especialista delgada apareció ante él, mostrando en su rostro la expresión de los que esperan un ascensor. Le rozó al entrar musitando una disculpa y sin apenas advertirle. Lew salió rápidamente. Antes de darse cuenta

que se había equivocado de piso las puertas se cerraron.

¡Aquella maldita especialista! ¡Había detenido el ascensor antes de que llegase al final!

Se volvió y oprimió el botón de bajada. Entonces lo que había visto en una mirada de rutina volvió a su mente. Se volvió para echar una segunda ojeada.

Toda la amplia habitación estaba llena de tanques de vidrio que llegaban hasta el techo. Formaban un laberinto como las estanterías de una biblioteca. En los tanques había algo más lúgubre que todo lo que pudiese verse en Belsen. ¡Aquellas cosas habían sido hombres y mujeres! No. Prefirió no mirar. Se negó a mirar otra cosa que no fuese la puerta del ascensor. ¿Por qué tardaba tanto?

Oyó una sirena.

El suelo de mosaicos comenzó a vibrar contra sus pies desnudos. Sintió sus músculos agarrotados y un letargo en su alma.

El ascensor llegó… demasiado tarde. Bloqueó las puertas abiertas con una silla. La mayor parte de los edificios no tenían escaleras. Sólo ascensores alternativos. Tendrían que utilizar uno para llegar hasta él. Bien, ¿dónde estaba? No tendrían tiempo de encontrarlo. Empezaba a sentirse realmente dormido. Debían de tener varios proyectores sónicos concentrados sobre aquella sala. Cuando pasase un rayo, los internos se sentirían suavemente relajados, un poco pesados. Pero donde los rayos se cruzasen sería la inconsciencia. Pero aún no había llegado a ese punto.

Primero debía hacer algo.

Cuando entrasen a por él, tendrían motivos para matarle.

Los tanques eran de plástico, no de cristal. Para no provocar reacciones defensivas en las miríadas de partes corporales que estarían allí almacenadas y en contacto con él, el plástico tendría que tener características únicas. ¡No podía esperarse que un ingeniero lo hubiera hecho también irrompible!

Se rompía muy satisfactoriamente.

Más tarde, Lew se preguntó cómo habría conseguido permanecer en pie tanto tiempo. El relajante murmullo hipersónico de los rayos le empujaba hacia abajo, hacia un suelo que cada vez parecía más blando. La silla se hacía cada vez más pesada. Pero mientras pudo levantarla aplastó cosas. Estaba hundido hasta las rodillas como en un fluido nutritivo y había cosas que se morían y que chocaban contra sus tobillos a cada movimiento. Cuando apenas llevaba hecha la tercera

parte del trabajo, la silenciosa canción de la sirena fue demasiado para él.

Cayó al suelo.

¡Y después de todo eso, ni siquiera mencionaron los bancos de órganos destrozados!

Sentado en la sala del tribunal, escuchando el murmullo del ritual del juicio, Lew se acercó al oído del señor Broxton para hacerle una pregunta. El señor Broxton le sonrió.

—¿Por qué querrían sacar eso a relucir? Creen que ya tienen suficiente con esto. Si vences esta acusación, entonces te acusarán de destrucción criminal de valiosos recursos médicos. Pero están seguros de que no lo harás.

—¿Y usted?

—Me temo que tengan razón. Pero lo intentaremos. Ahora Hennessey va a leer los cargos. ¿Puedes arreglártelas para parecer herido e indignado?

—Claro que sí.

—Bien.

La acusación leyó los cargos, con voz resonante como la voz del destino cayendo bajo un fino bigote rubio. Warren Lewis Knowles parecía herido e indignado. Pero ya no sentía de esa forma. Había hecho algo por lo que valía la pena morir.

La causa de todo aquello eran los bancos de órganos. Con buenos médicos y un suministro suficiente de material a los bancos de órganos, cualquier contribuyente podía esperar vivir indefinidamente. ¿Quién votaría contra la vida eterna? La pena de muerte significaba su inmortalidad y votaría la pena de muerte cualquiera que fuese el crimen.

Lewis Knowles les había devuelto el golpe.

—El Estado probará que el susodicho Warren Lewis Knowles, en el espacio de dos años se saltó voluntariamente un total de seis semáforos en rojo. Durante ese mismo período, el dicho Warren Knowles sobrepasó los límites de velocidad permitidos no menos de diez veces. Sus informes nunca han sido buenos. Mostraremos pruebas de su arresto en 2082 bajo la acusación de conducir en estado de embriaguez, acusación de la que fue absuelto solamente por…

—¡Protesto!

—Se admite la protesta. Consejero, el tribunal debe suponerle inocente, si fue absuelto.

* * *

Hay un banco de órganos en su futuro, o en el futuro de sus nietos. Nada excepto un holocausto de índole mundial puede detenerlo. El rápido alcance en las técnicas de trasplante es de conocimiento común. Muchos de los grandes nombres de la ciencia ficción han escrito sobre el problema de los bancos de órganos, debido a que es tan inevitable como interesante.

Lo que sigue no debería provocar discusiones, pero las provoca y las seguirá provocando.

La tecnología humana puede cambiar la moral humana.

Si ustedes lo dudan, consideren: dinamita, pólvora negra, la imprenta, la desmotadora de algodón, las modernas técnicas publicitarias, la psicología. Consideren el automóvil: actualmente es inmoral volver a casa después de la fiesta de Nochevieja. (A menos que tome usted un taxi, lo cual no puede hacerse excepto a punta de pistola.) Consideren la bomba de cobalto, que ha vuelto inmoral la guerra total. ¿Era inmoral la guerra total antes de la bomba de cobalto? En 1945, los Aliados exigían ni más ni menos que la derrota total de Alemania. ¿Estaban equivocados? ¿Lo dijeron ustedes entonces? Yo no lo hice (por aquel entonces tenía siete años) y no lo hago ahora (que tengo veintiocho).

¿Qué ocurre cuando la muerte de un auténtico criminal puede salvar las vidas de veinte contribuyentes? La moral cambia.

Mucho del arte/ciencia de la psicología se dirige sobre todo a la rehabilitación de criminales. Esas técnicas serán muy pronto una artesanía olvidada, como la alquimia.

Pero los trasplantes de órganos son solamente la mitad de la historia. La aloplastia, la ciencia y técnica empírica consistente en introducir materias extrañas en el cuerpo humano con finalidades médicas, es otra técnica totalmente distinta. Miles de personas caminan actualmente por la calle llevando marcapasos metálicos. Otras llevan tubos de nylon que reemplazan secciones de las arterías, o válvulas de plástico que reemplazan las válvulas orgánicas en las grandes venas, o injertos transparentes en los cristalinos de sus ojos…

Cuando la aloplastia cura un hombre, nadie muere.

Pueden ustedes pensar en los próximos quinientos años como en una carrera entre dos técnicas, la aloplastia y el trasplante de órganos. Pero el trasplante de órganos vencerá. Es un conjunto de técnicas mucho más simple.

El lado bueno de los trasplantes de órganos es muy bueno, realmente. En tanto que los bancos de órganos no vayan escasos de materiales, cualquier ciudadano puede vivir durante tanto tiempo como resista su sistema nervioso central puesto que los doctores pueden seguir reemplazando en él las partes averiadas tan rápidamente como empiecen a fallar. ¿Cuánto tiempo puede vivir el cerebro con un aporte de sangre regular y siempre joven? Ustedes pueden decirlo. Por mi parte, yo digo siglos.

Pero, con siglos de existencia en juego, ¿qué ciudadano votará contra la pena de muerte por publicidad falsa, imprudencia peatonal continuada, grosería, fraude fiscal, o tener un hijo sin licencia? ¿O (y este es el auténtico peligro) criticar la política del gobierno? Con los bancos de órganos, El rompecabezas humano es tan sólo un atisbo del mejor de los futuros posibles. El peor es una dictadura sin fin.

El día de Navidad de 1965, Harlan me dijo que estaba recopilando material para una antología. Yo me hallaba en medio de la elaboración de una novela que trataba del problema de los bancos de órganos en una de las colonias interestelares de la Tierra (ya casi la había terminado), y dediqué algo de tiempo para demostrar cómo el problema podía afectar a la Tierra.

Creo que hubiera podido publicar esta historia en cualquier lugar. Pero provocará discusiones, cumpliendo así con su finalidad. Porque alguien tiene que empezar a pensar en esto. No tenemos mucho tiempo. Es sólo un accidente histórico el que los bancos de sangre de la Cruz Roja no sean alimentados por los condenados a muerte. Piensen en las ventajas… y preocúpense.

Voy a probar suerte

Fritz Leiber

De una forma bastante curiosa, el campo de la ficción especulativa tiende a convertir a sus autores en especialistas. Hay ecologistas de ambientes alienígenas como Hal Clement, e imaginistas poéticos como Ray Bradbury, y destructores de mundos como Edmond Hamilton y A. E. van Vogt. Pero hay muy pocos escritores renaissance cuyo espectro especulativo cubra desde historias góticas hasta ciencia «dura». Y entre esos pocos autores multidisciplinarios hay tan sólo un puñado que puedan manejar el relato de horror en un contexto de sociedad moderna.

Fritz Leiber, que como ganador dos veces del premio Hugo no necesita presentación, es realmente el más ambidextro de ese puñado. Nacido en Chicago en 1910, hijo de los actores shakespearianos Fritz y Virgnia Bronson Leiber, se educó en la Universidad de Chicago, de la que salió con un diploma de honor en psicología, y estuvo tres años en la sociedad Phi Beta Kappa. Fue lector laico en una iglesia episcopaliana, y siguió un curso en el Seminario de Teología General de Nueva York. Actuó en la gira de la compañía de su padre en 1935, hizo periodismo de 1937 hasta 1956, con un año enseñando arte dramático en el Occidental College de Los Ángeles. Fue director asociado del Science Digest de 1945 a 1956, y desde entonces ha sido escritor independiente.

En beneficio de los historiadores, diré que la primera historia de Fritz Leiber que le fue aceptada fue The Automatic Pistol (La pistola automática), que

apareció en la revista Weird Tales en mayo de 1940. Su primera historia publicada (y pagada) fue Two Sought Adventure (Dos en busca de aventura), la primera de su memorable serie de espadas y brujería de Fafhrd y el Ratonero Gris, que vio la luz en el número de agosto de 1939 de la revista Unknown. Entre sus catorce libros, los fans de Leiber recordarán nostálgicamente Conjure Wife (Arde, bruja, arde), Gather, Darkness! (¡Unios, tinieblas!), los premios Hugo de 1958 y 1964 The Big Time (El gran tiempo) y The Wanderer (El vagabundo), Night's Black Agents (Agentes negros de la noche), A Pail of Air (Un cubo de aire), y Torzón and the Valley of Gold (Tarzán y el valle de oro).

Incidentalmente, es lógico que, de todas las posibles elecciones de autores para escribir una nueva aventura utilizando el nombre del mundialmente famoso Edgar Rice Burroughs, el trabajo recayera sobre Fritz Leiber. Su habilidad de aportar no solamente oficio sino también auténtica poesía a cualquier cosa que escriba lo ha mantenido en la vanguardia de la literatura imaginativa durante varias décadas. Como ha demostrado en la novela de Tarzán, su desbordante talento para fusionar lo imaginativo con lo realista no tiene parangón. Y como contribución a esta antología, nada podía ser más apropiado que la historia que Fritz Leiber ha elegido contarnos, porque de una forma sencilla explica por qué raramente puede trazarse una línea divisoria entre la fantasía y la ciencia ficción.

Voy a probar suerte (cuyo título original inglés, Gonna Roll the Bones, se refiere al hecho de hacer rodar los huesecillos en el antiguo juego de la taba) es el primer relato corto de Fritz Leiber en dos años, cuando escribo estas líneas. Muestra la concepción leiberiana del universo unificado por la magia, la ciencia y la superstición, al tiempo que despliega el amor que siente el autor hacia el idioma inglés. Es imposible clasificarlo en ninguna categoría, aunque tiene huellas de puro horror, ciencia ficción, fantasía psicológica y explicaciones jungianas acerca de la locura personal de nuestro tiempo. En cuanto a los prerrequisitos establecidos para las historias de esta recopilación, los satisface con creces: a los autores se les pedía que presentaran visiones «peligrosas», y afirmo que existen pocos conceptos más petrificantes que el desarrollado aquí por Fritz Leiber, pronunciando finalmente el nombre del Príncipe de las Tinieblas.

* * *

De repente Joe Slattermill supo que tenía que irse pronto, porque si no la impaciencia lo obligaría a darse golpes contra los remiendos y los parches que mantenían en pie la decadente casa, que era algo así como un conjunto de grandes naipes de madera y otros materiales entremezclados. Lo único bueno era la chimenea, el horno y el hogar que veía a través de la cocina.

Éstos sí eran de piedra sólida. El hogar llegaba hasta la barbilla, tenía el doble de ancho y estaba lleno de llamas rugientes. Encima se veían las puertas cuadradas de los hornos. Su esposa amasaba y luego cocía en ellos lo que después vendía para ayudar a pagar los gastos. Sobre los hornos, bien altos para que su madre no los alcanzara y para que mister Guts no saltara, se hallaban sobre la repisa toda una serie de objetos curiosos, si bien todo lo que no fuera de porcelana, de piedra o de cristal había sufrido el efecto de las décadas de calor, de tal forma que parecían cabezas humanas achicadas y negras pelotas de golf. En un extremo se hallaban agrupadas las cuadradas botellas de ginebra de la esposa, y sobre la repisa había un antiguo cromo, tan alto y tan ennegrecido por la grasa y el hollín que no se podía distinguir si los remolinos y la gruesa figura en forma de cigarro era un ballenero ante un huracán o una nave espacial precipitándose entre una tormenta de motas de polvo arrastradas por la energía lumínica.

Tan pronto como Joe comenzó a mover los dedos de los pies dentro de las botas, su madre se dio cuenta de lo que quería.

—Ya va a salir a holgazanear —murmuró—. Con los bolsillos de los pantalones llenos de dinero que tendría que gastarse en la casa, pero que va a tirar en algún pecado.

Y siguió masticando los largos trozos de carne que arrancaba al esqueleto del pavo, mientras que con la otra mano tenía a raya a mister Guts, quien la miraba fijamente con sus ojazos amarillos, retorciendo la cola que remataba sus flancos adelgazados. Con su vestido sucio, lleno de parches como los costados del pavo, la madre de Joe parecía una ajada bolsa marrón, de la cual salían, como ramas

abultadas, sus dedos quebradizos.

La mujer de Joe lo supo tan pronto como la madre o antes, porque esbozó una de sus desvaídas sonrisas sobre su marido, desde donde abarcaba el horno situado en el centro. Antes de que cerrara la puerta, Joe pudo ver que se estaban cociendo dos largas, chatas y estrechas hogazas, junto a otra alta y coronada por una cúpula redonda. Su mujer era delgada como la muerte y el hambre, envuelta en su vestido violeta. Sin mirar, alargó un brazo flaquísimo y largo, tomó la más cercana de las botellas de ginebra y empinó un buen trago, luego volvió a sonreír. Y sin que intercambiaran una sola palabra, Joe supo que ella le habría dicho:

—Vas a salir, a jugar, a emborracharte y a correr una juerga para venir luego a pegarme e ir a la cárcel otra vez.

Y entonces recordó la última vez que había estado en la cárcel, tan desagradable; y a ella acercándose a medianoche con la luz de la luna alumbrándole los lugares de su cabeza donde habían quedado las huellas de los golpes, para susurrarle cosas a través de la ventanita del fondo, mientras le pasaba una botella por entre los barrotes.

Y entonces Joe supo, con seguridad, que esta vez el lío sería igual o peor, pero de todos modos se levantó, con sus bolsillos que sonaban llenos de dinero y se deslizó hasta la puerta murmurando:

—Voy a probar suerte, a darme un garbeo y vuelvo —mientras balanceaba los brazos de codos nudosos como si fueran ruedas de paletas, para que toda la cosa tomara un tinte de broma.

Al salir mantuvo la puerta un poco abierta durante unos segundos. Cuando finalmente la cerró, se apoderó de él un intenso sentimiento de tristeza. Años atrás, mister Guts se hubiera apresurado a colarse por la gatera, para acompañarlo, buscando hembras y peleas en vallados y techos. Pero ahora, el muy cómodo, se contentaba con quedarse en casa y gozar del fuego mientras trataba de robar algún trozo de pavo y se peleaba con la escoba, compartiendo la velada con dos mujeres que se hallaban limitadas a quedarse en casa. Joe sólo fue seguido por el ruido de su madre al masticar y por el tintineo de la botella de ginebra al ser apoyada sobre la repisa, mientras el piso crujía bajo sus pies.

La noche estaba patas para arriba, hundida profundamente entre las escarchadas estrellas. Algunas parecían moverse, como los chorros de luz blanca

que surgían de las toberas de las naves espaciales. Más abajo parecía que toda la ciudad de Ironmine había apagado o soplado la luz para irse a dormir, dejando las calles y los espacios a las brisas y los fantasmas, todos invisibles. Pero Joe se hallaba todavía en el hemisferio de los olores musgosos y secos de la madera comida por los gusanos que quedaba atrás. Y mientras sintió y oyó que el césped seco de afuera le rozaba las piernas, se le ocurrió que algo desde muy dentro de sí mismo había planeado las cosas, desde hacía años, para que él mismo, la casa, su mujer, su madre, y mister Guts terminaran juntos. Parecía realmente un milagro que el calor no hubiera llegado a los lugares donde se guardaban las cosas inflamables.

Encogido de espaldas, Joe se encaminó no hacia la parte alta sino hacia abajo, por el camino de tierra que pasando por el Cementerio de los Cipreses llevaba hacia la Ciudad Nocturna.

La brisa era suave pero inquieta y variable esta noche, como los chillidos de un duendecillo. Más allá de la valla del cementerio, blanqueada a nieve, se agitaban los flacuchos árboles, como si se estuvieran acariciando las barbas de helechos. Joe parecía sentir que los fantasmas estaban igualmente inquietos, sin saber, tal como le sucedía a la brisa, a quién sorprender, o dónde pasar la noche afuera, vagando con otros compañeros igualmente lujuriosos y melancólicos. Entre los árboles lucían las luces, verdes y vampirescas que pulsaban débil e irregularmente, como luciérnagas enfermas o como una nave espacial atacada por la peste. El profundo sentimiento de desgracia y melancolía ya no dejaba a Joe, ahondándose en tal forma que estuvo tentado de apartarse y acurrucarse en alguna tumba de aspecto conveniente, o alrededor de alguna lápida, robándole a la esposa y a los otros el final compartido. Pensó: «Voy a hacer rodar los huesecillos. Voy a hacerlos rodar y, después, a la cama». Pero mientras decidía qué hacer se dio cuenta de que ya había pasado la verja abierta, la cerca destartalada y todo el resto.

Al principio parecía que la Ciudad Nocturna estaba tan muerta como el cementerio, pero luego pudo distinguir un tenue resplandor, tan enfermizo como las luces vampirescas pero más enfebrecido y, conjuntamente, una música juguetona que al principio era tan débil que parecía a propósito para hormigas retozonas. Se zangoloteaba por el sendero, mientras recordaba con nostalgia los días en que sus piernas se movían inquietas, llenas de vida, y desembocaban en

una pelea, cayendo como un gatazo o una araña de arena marciana. Hacía muchos años ya que no se encontraba envuelto en una buena pelea, y que no sentía la fuerza. Gradualmente, la música liliputiense creció hasta volverse tan estruendosa como lo requeriría un oso, tan ensordecedora como una polka para elefantes, mientras que el resplandor se trocó en un estallido de luces, de tubos de mercurio de coloración cadavérica, de juguetonas luminiscencias de neón de rosados colores, burlándose de las estrellas y de los espacios donde reinaban las naves interestelares. Luego se vio frente a una fachada simulada, de tres pisos de alto, coronada por un tenue fuego fatuo de color azulado. En su centro se hallaba una gran puerta batiente que escupía luces hacia arriba y hacia abajo. Por encima de la entrada se veía un letrero de luces doradas que anunciaba una y otra vez, con rizos y torneados adornos: «El Osario», mientras un truculento resplandor rojizo agregaba: «Casa de Juego».

¡Así que ese era el nuevo lugar del que tanto se había hablado! ¡Por fin se había inaugurado! Por primera vez en esa noche, Joe Slattermill experimentó un verdadero estremecimiento de alegría y la delicada caricia del entusiasmo.

«Voy a hacer rodas los huesecillos», pensó.

Desempolvó sus verdeazuladas ropas de trabajo con amplias y descuidadas palmadas, e hizo tintinear el dinero dentro de los bolsillos. Luego echó los hombros hacia atrás y sonrió con desdén, mientras empujaba las puertas batientes con un ademán firme, como si le diera una bofetada a un tonto.

El interior de «El Osario» era enorme, como para albergar una ciudad, y el bar parecía tan interminable como las vías del tren. Oasis redondos de luz provenientes de las mesas de póquer, de color verde, alternaban con zonas de sugestiva media luz, a través de las cuales se veía pasar a las chicas que se encargaban del cambio y las que entretenían a la clientela, con pasos que las asemejaban a brujas de blancas piernas. En la plataforma donde se hallaba la orquesta, danzarinas exóticas hacían resbalar sus figuras blancas de reloj de arena. Los jugadores eran corpulentos y se doblaban sobre las cartas como si fueran hongos, todos calvos de tanto agonizar sobre una carta o un dado, o una bola de marfil.

Las voces de los croupiers y los chasquidos de las cartas eran suaves pero de un firme staccato, como los susurros y suaves golpes de los tambores de jazz. Cada uno de los átomos del lugar se agitaba en forma controlada. Hasta las

motas de polvo danzaban tensas en los conos de luz.

Ahora el entusiasmo de Joe se incrementó y sintió que lo recorría, tal como la brisa que precede al ventarrón, el hálito cálido de la confianza en sí mismo, que sabía que podía llegar a convertirse en un tornado. Todos los pensamientos previos acerca de la esposa, de la madre y de la casa se desvanecieron y solamente quedó mister Guts caminando perezosamente en los bordes de su conciencia, como un buen holgazanote que era. Los músculos de las piernas de Joe se contrajeron con simpatía y comenzó a sentirse magníficamente fuerte.

Miró a su alrededor con aire frío e inquisitivo, mientras su mano, extendida negligentemente como si no le perteneciera, tomaba una copa de la bandeja de una de las chicas que pasaba. Finalmente se dirigió hacia la que juzgó ser la Mesa Más Destacada. Todos los Hongos Importantes parecían hallarse allí, calvos como el resto, pero manteniéndose bien erguidos. Entonces a través de una brecha Joe vio, al otro lado de la mesa, una figura aun más corpulenta, pero ataviada con un largo gabán con el cuello alzado y coronado por un oscuro sombrero de ala requintada en forma tal que solamente se veía de su cara una muy pequeña parte en forma de triángulo. En Joe nació una sospecha y una esperanza, y arremetió para hacerse lugar entre los Hongos Importantes.

A medida que se acercaba, las camareritas de piernas blancas remolineaban y se alejaban, mientras que sus sospechas recibían una confirmación tras otra, y su esperanza florecía y se desperezaba. En uno de los extremos de la mesa se hallaba el hombre más gordo que jamás había visto, con un largo cigarro, un chaleco color plateado y una corbata de moño dorada de unos veinte centímetros de diámetro, en la que se leía, en gruesas letras: «Señor Huesos». Un poco más retirada al otro extremo vio a la chica encargada del cambio, la más desnuda que jamás hubiera imaginado, y la única que llevaba, en su bandeja colocada poco más abajo de sus senos, un enorme montón de oro que formaba relucientes pilas, conjuntamente con fichas del más intenso color negro. La chica que se encargaba de los dados, más delgada y alta que su esposa, no parecía llevar encima mucho más que el largo par de guantes blancos. Estaba muy bien, si a uno le gustaba el tipo que no son más que piel pálida sobre unos huesos, con pechos que parecían picaportes de porcelana blanca.

Al lado de cada jugador había una mesita alta redonda para las fichas. La que correspondía a la brecha que se había abierto Joe estaba vacía. Chasqueando los

dedos para llamar a la chica que cambiaba las fichas, convirtió sus dólares grasientos en un número similar de fichas pálidas, y pellizcó su pezón izquierdo para que le trajera suerte. Juguetonamente, la muchacha hizo ademán de morder sus dedos.

Sin apurarse, pero tampoco sin perder tiempo, avanzó y dejó caer descuidadamente su modesta apuesta sobre la mesa vacía, ocupando su lugar en la brecha. Notó que el segundo Hongo Importante a su derecha tenía los dados. Su corazón dio un enorme salto, pero ninguna otra parte de su cuerpo dejó entrever su emoción. Luego levantó con tranquilidad sus ojos para mirar al otro lado de la mesa.

El gabán era un resplandeciente y elegante tubo de satén negro, con botones de azabache; el cuello alzado era de un suave terciopelo negro como un oscuro sótano, mientras que el sombrero gacho, requintado y con ala caída, llevaba como cinta una delgada hebra de crin. Las mangas del gabán eran otras dos columnas menores de satén, que terminaban en manos largas y delgadas, de dedos afilados que se movían rápidamente, cuando su dueño quería; pero si no, podían adoptar una quietud estatuaria.

Joe todavía no podía ver mucho de la cara, excepto la suave parte inferior de la frente, que no presentaba ni huella de transpiración, las cejas, que eran como un segmento desprendido del sombrero, y las delgadas y aristocráticas mejillas, en cuya unión se hallaba, sin embargo, una nariz algo achatada. El color de la piel de la cara era tan blanco como a la primera impresión. Tenía, sin embargo, un ligero tinte amarronado, como el marfil que ha comenzado a envejecer o la piedra jabón de los venusianos. Otra mirada a las manos confirmó lo que pensaba.

Detrás del hombre de negro se hallaba el grupo de los clientes más desagradables que Joe hubiera visto jamás. Se dio cuenta, a primera vista, de que cada uno de estos enjoyados y acicalados matones, tenía un revólver bajo el chaleco y una navaja en su bolsillo, mientras que cada una de las muchachas de ojos perversos llevaba un estilete en la liga y una daga de mango de plata en el hueco que quedaba entre sus senos.

Sin embargo, Joe supo también que todos ellos no tenían mayor importancia. El Amo era el hombre de negro, aquel a quien no se puede mirar, aunque sea superficialmente, sin saber que es muy difícil tocarlo y seguir viviendo. Si, sin

preguntarle, se ponía un dedo en una de esas mangas, por gentil y respetuoso que fuera el movimiento, una de las blancas manos se agitaría e inmediatamente daría una puñalada o un tiro. O tal vez solamente el contacto fuera capaz de matar, como si cada uno de los negros artículos de su vestimenta se hallaran cargados hacia afuera con una electricidad de alto voltaje y alto amperaje proveniente de la piel.

Joe volvió a mirar la cara semicubierta por la sombra del sombrero y decidió no intentarlo.

Porque lo más impresionante de todo eran sus ojos. Todos los jugadores tienen ojos profundos y sombreados de negro. Pero esos ojos eran tan hundidos que no se podía estar realmente seguro de captar su brillo. Parecían inescrutablemente desencarnados. Eran inimaginables, como grandes agujeros de completa negrura.

Sin embargo, todo esto no desilusionó a Joe ni un poquito, aunque lo asustó terriblemente. Lo llevó a una exultante alegría. Sus primeras sospechas se habían confirmado y sus esperanzas florecieron por completo.

Ese debía de ser uno de esos jugadores realmente importantes que llegaban a Ironmine sólo de vez en cuando, tal vez una vez cada década, procedente de la Gran Ciudad, en uno de los barcos fluviales que recorrían las orillas como lujosos cometas, dejando largas colas de chispas que surgían de sus chimeneas altas como sequoias, coronadas del follaje de planchas de acero cuidadosamente curvadas. O también como plateadas naves espaciales con docenas de flamígeros chorros de luz, y con portezuelas que relucían como filas de asteroides.

Tal vez algunos de esos jugadores verdaderamente notables venían de otros planetas, donde la noche estaba llena de placeres, y la vida de los jugadores era un delirio de riesgo y alegrías.

Sí. Ese era el tipo de hombre con el cual Joe siempre había querido competir en habilidad. Comenzó a sentir que el poder cosquilleaba en sus dedos, aún completamente inmóviles.

Joe bajó la vista hacia la mesa. Su ancho era el de la altura de un hombre, y su largo dos veces mayor. También la halló extrañamente profunda, forrada no de paño verde sino de negro, lo cual la hacía asemejarse al ataúd de un gigante. Había algo familiar en su forma, que no pudo discernir bien. Su fondo, pero no sus lados ni extremos, se destacaba por una rara iridiscencia, como si hubiera

sido rociada con diamantes muy pequeños. Cuando Joe bajó bien la vista, para tratar de llegar hasta su fondo, le pareció que descendía hasta el otro lado del mundo, y que el resplandor era de las estrellas de las antípodas, visibles a pesar de la presencia de la luz del sol, tal como él podía verlas de día desde las profundidades de la mina en que trabajaba. Parecía realmente que si un jugador, después de haberlo perdido todo, se inclinaba demasiado sobre esa mesa, caería para siempre, hacia el más insondable abismo, ya sea el Infierno o alguna negra galaxia.

Joe sintió que sus pensamientos giraban como en un torbellino, y notó el frío y cruel apretón del miedo en la garganta.

Oyó que, cerca de él, alguien decía con voz suave:

—Vamos, Big Dick.

Luego los dados, que mientras tanto habían pasado al Hongo Importante que se hallaba a su derecha, fueron lanzados al centro de la mesa, contradiciendo y borroneando la visión de Joe. Pero instantáneamente fue testigo de otra extraña circunstancia, que absorbió su atención. Los dados de marfil eran desusadamente voluminosos, con esquinas redondeadas y marcas grandes y rojas, que relucían como rubíes y se hallaban ordenadas en tal forma que formaban un cráneo en miniatura. Por ejemplo, el siete que acababa de tirar el Hongo Importante de su derecha, y a raíz del cual había perdido, consistía en un dos con cada uno de los puntos espaciados formando dos ojos, en vez de hallarse en las esquinas opuestas, y en un cinco con los mismos dos puntos que se asemejaban a ojos, pero también con una nariz en el centro y dos marcas más juntas por debajo, que parecían dientes.

El largo brazo de la chica encargada de los dados, envuelto en su guante, se extendió como una cobra, los tomó y los arrojó hacia el borde de la mesa, enfrente de Joe. Éste inspiró profunda pero silenciosamente, tomó una única ficha de su mesa e iba ya a ponerla junto al dado cuando se dio cuenta de que aquí las cosas no se hacían de ese modo. Volvió a poner la ficha en su lugar, pero sintiendo un agudo deseo de examinarla de cerca. Era curiosamente liviana, de color pálido, como el de la crema cuando se le pone un poquito de café, y tenía grabado un símbolo que podía sentirse pero no verse. No pudo darse cuenta de cuál era éste, pues para eso tendría que haberla tenido entre sus dedos más tiempo. Sin embargo, el roce de la ficha le había transmitido una desagradable

impresión, confirmando la sensación cosquilleante del poder.

Joe miró en forma aparentemente indiferente a las caras de quienes lo rodeaban, sin perderse, por supuesto, una ojeada al Gran Jugador, enfrente de él, y dijo con voz queda:

—Me juego un centavo.

Esto quería decir, indudablemente, una de las fichas de color pálido, o sea un dólar.

Surgió un silbido de indignación desde donde se hallaban situados los Hongos Importantes, y la cara de luna del barrigón señor Huesos se tornó púrpura, mientras se adelantaba a llamar a sus matones.

El Gran Jugador levantó uno de los brazos envueltos en satén negro y terminado en la mano escultural, con la palma hacia abajo, y se vio que instantáneamente el señor Huesos se inmovilizaba, mientras el silbido indignado se apagó más rápido que el centelleo de un meteoro en el acero infinito del espacio. Luego, con una culta y casi susurrada voz, llegó la respuesta del hombre de negro:

—Veamos cómo aceptan esta apuesta, señores.

He aquí, pensó Joe, la forma en que todas sus sospechas eran confirmadas, si tal cosa fuera necesaria. Los jugadores realmente importantes eran perfectos caballeros, generosos con los pobres.

En forma respetuosa y sólo ligeramente teñida de desaprobación, uno de los Hongos Importantes le dijo a Joe:

—Veo esa apuesta.

Joe levantó los dados con marcas de rubí.

Nunca, desde la vez que detuvo en seco el vuelo de dos huevos en un plato, o desde que ganó todas las canicas de Ironmine, o desde que se dio maña para que cuatro letras del alfabeto tiradas al aire cayeran formando con exactitud la palabra «Mamá», Joe Slattermill había logrado tal precisión en los tiros. En la mina podía hacer carambola con una piedra que sacaba de la muralla para partirle el cráneo a una rata a quince metros de distancia en la oscuridad, y a veces se divertía arrojando pedacitos de roca al lugar del que habían sido tomadas, en forma tal que se adaptaran perfectamente al agujero que las había contenido y se mantuvieran allí durante unos segundos. Algunas veces, gracias a la rapidez con que lo hacía, pudo volver a colocar de esta forma seis o siete

fragmentos, tal como si armara un rompecabezas. Si Joe hubiera ido al espacio, tal vez hubiera sido capaz de pilotar seis vehículos lunares a la vez, o componer figuras de ochos alrededor de los anillos de Saturno con los ojos vendados.

Ahora bien, la única diferencia entre arrojar rocas o letras del alfabeto con toda precisión, y ganar a los dados, es que se hace necesario lograr que reboten contra los bordes de la mesa, y esto era lo que lo hacía tan interesante para Joe.

Haciendo rodar los dados entre sus manos, sintió el poder en ellas y en su palma, más intensamente que nunca.

Los arrojó rápidamente, tirando bajo en forma tal que fueron a dar exactamente frente a la enguantada chica encargada de los dados. Su siete se componía, tal como él lo había deseado, de un cuatro y un tres. Sus marcas, rojas, eran similares a las del cinco, excepto que ambos tenían solamente un diente, y el tres no tenía nariz. Diríamos que se trataba de cráneos con cara de bebé. Había ganado un centavo, o sea, un dólar.

—Me juego dos centavos —dijo Joe Slattermill.

Esta vez, para variar, tiró para sacar un once. El seis era igual que el cinco, excepto por el hecho de que tenía tres dientes. Era la calavera más bonita de todas.

—Me juego cinco centavos menos uno.

Dos de los Hongos Importantes cubrieron la apuesta con un desdén encubierto a medias, y compartido entre sonrisas.

Esta vez Joe tiró un tres y un as. Su meta era el cuatro. El as, con su único lunar situado fuera del centro, hacia uno de los lados, seguía pareciendo una calavera, tal vez la de un cíclope liliputiense.

Se tomó cierto tiempo para tirar el cuatro que necesitaba, arrojando los dados para sacar, distraídamente, tres diez sucesivos en forma bien difícil. Quería ver cómo se las apañaba la chica encargada de los dados para recogerlos. Cada vez que ella los tomaba, Joe tenía la sensación de que sus dedos rápidos como una serpiente se insinuaban bajo los dados mientras que todavía parecían estar apoyados sobre la mesa. Finalmente decidió que no debía ser una ilusión, puesto que si bien los dados no podían penetrar dentro de la felpa, sus dedos enguantados sí podían, hundiéndose con la rapidez del relámpago en el material blanco con incrustaciones brillantes, como si no existiera.

Inmediatamente volvió Joe a sentir la impresión de que la mesa era un

agujero que atravesaba la tierra. Esto significaba que los dados rodaban y finalmente se detenían sobre una superficie perfectamente plana y transparente, impenetrable para ellos pero para nada más. Ó tal vez fueran las manos de la muchacha que recogía los dados las que podían penetrar en la superficie, lo que convertiría en una mera fantasía la sensación que había tenido Joe de que un jugador que lo había perdido todo podría sumergirse en una Gran Zambullida por esa tremenda falta de continuidad que hacía que la más profunda de las minas pareciera un simple agujerito.

Joe decidió que tenía que saber lo que sucedía. A menos que fuera absolutamente inevitable, no quería sentir que el vértigo podía acecharle para atacar en un momento crucial del juego.

Tiró unas cuantas veces más, sin llegar a ninguna decisión, mientras hablaba bajito para dar más realismo a la situación: «Vamos, vamos, Joe». Finalmente decidió ejecutar su plan. Cuando tiró el número que necesitaba, de la manera más difícil, con dos doses, hizo que los dados rebotaran en el borde más alejado, a fin de que se detuvieran bien cerca suyo. Luego, después de una pausa mínima, para que la gente sólo tuviera tiempo de darse cuenta de que había sacado el número que necesitaba, alargó la mano izquierda hacia los dados, justamente un instante antes de que la muchacha lo hiciera, y los recogió.

¡Ayyy! Joe nunca pasó un momento más difícil tratando de que su cara y su actitud no revelaran lo que sentía su cuerpo, ni siquiera cuando una avispa lo había picado en el cuello justamente cuando se hallaba deslizando la mano, por primera vez, debajo del vestido de su pudorosa e inconstante futura esposa. Sus dedos y el dorso de la mano le dolían tan agudamente como si los hubiera metido en un horno al rojo. Con razón la muchacha usaba guantes. Debían de ser de amianto. Menos mal que no había usado la mano derecha, pensó mientras veía cómo se levantaban las ampollas.

Recordó lo que se le había enseñado en la escuela: la tierra era tremendamente caliente bajo la corteza. Seguramente la mesa-agujero debía de irradiar ese calor, así que cualquier jugador que diera la Gran Zambullida se freiría antes de haber caído un trecho más o menos largo, llegando a China convertido en cenizas.

Y como si la mano ampollada fuera poco, los Hongos Importantes susurraban otra vez, y el señor Huesos se había vuelto a poner púrpura mientras

abría su boca, del tamaño de un melón, para llamar a sus matones.

Una vez más se alzó la mano del Gran Jugador para salvar a Joe. La voz suave y susurrante lo llamó y dijo:

—Explíquele, señor Huesos. Éste le rugió a Joe:

—Ningún jugador puede recoger los dados que él u otra persona ha tirado. Eso queda para la muchacha encargada. ¡Regla de la casa!

Joe le dedicó al señor Huesos la más parca de sus muecas de sentimiento. Dijo con tono frío:

—Me juego diez centavos menos dos.

Y cuando esa apuesta, todavía pequeña, fue aceptada, tiró los dados y luego continuo jugando sin marcar los puntos que lo harían ganar, sacando cualquier cosa menos el cinco o el siete, hasta que los dolorosos latidos de la mano se hubieron calmado y se comenzó a sentir nuevamente en pleno control de sus reflejos. No había experimentado la menor alteración en el poder de su mano derecha; lo sentía tan fuerte como siempre, o aun más.

Cuando este interludio había llegado a la mitad, el Gran Jugador le hizo un gesto leve pero respetuoso a Joe, sin revelar bien el contorno de sus ojos extraordinarios, antes de volverse y apropiarse de un largo cigarro negro, tomándolo de la bandeja de la más bonita y aparentemente perversa de las muchachas que servían en el local. Joe pensó encantado que la cortesía, extendida hasta los menores detalles, era otro de los distintivos que señalaban al verdadero devoto de los juegos de azar. No cabía duda que el Gran Jugador tenía a su servicio una importante dotación, pero cuando, con aparente distracción volvió a pasarles revista con la mirada, halló en el fondo un extraño sujeto que no parecía pertenecer a un lugar como éste. Se trataba de un hombre joven, de aspecto desaliñado pero elegante, con el cabello desgreñado y ojos que miraban con fijeza, que tenía además las mejillas románticamente manchadas por la tuberculosis de los poetas.

A medida que observaba los rizos que formaba el humo debajo del ala del sombrero negro, Joe decidió que, o bien las luces que iluminaban la mesa se habían debilitado, o bien la piel del Gran Jugador se oscurecía lentamente como si todo él se quemara poco a poco. Pensó que era casi gracioso imaginar eso, pero realmente en ese lugar parecía haberse condensado suficiente calor como para que las cosas se ennegrecieran, si bien de acuerdo con su experiencia, dicho

calor parecía estar concentrado bajo la mesa.

Ninguno de los pensamientos de Joe —familiares o de admiración hacia el Gran Jugador— disminuían en lo más mínimo la idea de la suprema amenaza que sentía de que tocarlo sería encontrar la muerte. Si alguna duda hubiera seguido girando en la mente de nuestro héroe, se habría evaporado inmediatamente cuando sucedió el escalofriante incidente que se produjo entonces.

El Gran Jugador había tomado entre sus brazos a la más bonita de sus muchachitas, que era también la de aspecto más malvado. Gentilmente le acariciaba las caderas cuando el poeta, con el brillo verde de los celos en la mirada, se abalanzó como un gato salvaje, blandiendo una larga daga reluciente contra la espalda forrada de negro satén.

Joe no imaginó cómo podía fallar el ataque, pero sin retirar su aristocrática mano derecha del trasero de la muchacha, el Gran Jugador estiró el brazo izquierdo con la fuerza de un resorte de acero que se endereza. Joe no pudo discernir si apuñaló al poeta en la garganta, si le dio un golpe de judo o si aplicó una de las mortales tomas marcianas, pero el hecho fue que el pobre muchacho se detuvo en pleno movimiento como si lo hubiera alcanzado una pistola para elefantes con silenciador, o un lanzarrayos, y cayó al suelo instantáneamente. Dos negros se acercaron para llevarse el cuerpo y nadie prestó la menor atención al hecho, como si esos sucesos fueran cosa común en el lugar.

Eso produjo en Joe una gran impresión, y casi tira su cinco ganador antes de lo que deseaba.

Ahora sentía que las oleadas de dolor habían dejado de atenazar su brazo izquierdo, y que sus nervios se hallaban tensos y afinados como las cuerdas de una guitarra nueva, de tal forma que tres tiros después sacó su cinco, ganando y disponiéndose a empezar a jugar de veras.

Ganó nueve veces de entrada, haciendo siete veces siete puntos, y dos veces once y llevando su primera apuesta inicial de un dólar hasta cuatrocientos dólares. Ninguno de los Hongos Importantes se había retirado todavía, pero algunos de ellos ya comenzaban a sentirse preocupados y dos sudaban copiosamente. El Gran Jugador no había cubierto todavía ninguna de las apuestas de Joe, aunque desde las profundidades cavernosas de sus órbitas parecía seguir el juego con gran interés.

Entonces Joe tuvo un pensamiento diabólico. Nadie lo iba a poder vencer esa noche, pero si seguía manteniendo los dados en su poder hasta que todos los de la mesa hubieran perdido su dinero, no podría llegar a ver al Gran Jugador ejercitando sus habilidades.

Esto era para él realmente importante. Además, pensó, tenía que devolver cortesía por cortesía y decidirse a ejercitar la oportunidad de ser él también un caballero.

—Saco cuarenta y un dólares menos cinco centavos —anunció—. Me juego un penique.

Esta vez no se oyeron susurros sibilantes, y la cara de luna del señor Huesos no se ensombreció. Pero Joe era consciente de que el Gran Jugador lo contemplaba con desilusión, con pena o tal vez sólo en forma especulativa.

Joe se decidió entonces a tirar un doce perdedor, alegre de ver las dos pequeñas calaveras más vistosas de todas, y los dados pasaron al Hongo Importante de su derecha.

—Sabía cuándo se acabaría su suerte —oyó decir a otro Hongo Importante con admiración.

El juego cobró velocidad alrededor de la mesa, aunque los jugadores no se enardecieron, y las apuestas no subieron demasiado.

—Me juego cinco dólares.

—Apuesto diez.

—Juego veinte.

Alguna que otra vez Joe cubrió parte de una apuesta, siempre ganando más de lo que perdía. Ahora tenía más de siete mil dólares, y la cosa empezaba a ponerse buena, cuando los dados pasaron a las manos del Gran Jugador.

Éste los mantuvo durante cierto rato en la mano, con ademán firme, mientras los miraba pensativamente sin que apareciera en su frente una sola arruga de preocupación, y sin que la mínima gota de transpiración brillara en sus sienes.

—Apuesto sesenta dólares.

Cuando esas palabras murieron en el aire, cerró los dedos, agitó ligeramente los dados, con un sonido como el que producirían varias semillas grandes dentro de una calabaza a medio secar, y negligentemente tiró los dados hacia el extremo de la mesa.

Joe nunca había visto tirar los dados así. Los huesecillos viajaron

limpiamente por el aire sin girar sobre sí mismos, chocaron exactamente en la unión del borde lateral y la parte horizontal de la mesa y se detuvieron allí, sumando siete puntos.

Joe quedó muy desilusionado. Cada vez que él tiraba solía hacer los cálculos para que el resultado fuera, por ejemplo, lanzar un tres para arriba, un cinco al norte, dando dos vueltas y media en el aire, chocar en la esquina del seis-cinco-tres, rodar tres cuartos de vuelta y torcerse hacia un lado un cuarto, rebotar en el borde uno-dos, girar media vuelta hacia atrás, torcerse hacia la izquierda tres cuartos, caer sobre el cinco, rodar dos veces y obtener un dos.

En comparación con todo esto, la técnica del Gran Jugador había sido horrible, abismal y ridículamente simple. Por supuesto que para Joe hubiera sido muy fácil repetirla. No era más que una forma elemental de su antiguo pasatiempo en que trataba de reintroducir los trozos de roca en sus agujeros originales. Pero a nuestro héroe no se le hubiera ocurrido jamás intentar un tiro tan infantil en una mesa de juego. Haría que todo fuera muy simple y terminaría por quitarle interés al hecho.

Otra de las razones por las cuales Joe nunca había utilizado tan simple técnica era porque no creyó jamás que el resto de los jugadores la aceptaran. De acuerdo con todas las reglas que conocía, un tiro así era de lo más cuestionable. Siempre existía la posibilidad de que uno u otro de los dados no alcanzara el borde de la mesa o bien quedara torcido entre el borde y la parte horizontal. Además, recordaba que solía ser una exigencia habitual que los dados rebotaran en los laterales y quedaran separados del borde una distancia mínima.

Sin embargo, y Joe se fijó bien en esto, los dados habían quedado pegados contra el borde del extremo. A pesar de lo cual todos los que rodeaban la mesa parecían aceptar el tiro. La chica de los dados ya los había recogido y el que aceptó la apuesta del Gran Jugador la estaba pagando. Parecía que en «El Osario» había una distinta interpretación de las reglas, y Joe consideraba que éstas jamás se debían cuestionar, tal como les habían aconsejado la esposa y la madre, a fin de que las cosas fueran más fáciles.

Además, en esa vuelta no había apostado dinero propio.

Con una voz que parecía el sonido del viento entre los árboles del Cementerio de los Cipreses, o en Marte, el Gran Jugador anunció:

—Apuesto un siglo.

Era la mayor de las apuestas de esa noche, y llegaba a diez mil dólares. Además, el énfasis que el hombre de negro había puesto en sus palabras la hacía parecer todavía más grande. En el lugar se hizo el silencio. El jazz comenzó a sonar como con sordina, los gritos de los croupiers se tornaron más débiles, y aun las bolitas de la ruleta parecían hacer menos ruido al detenerse en sus casilleros. La gente que rodeaba la Mesa Más Destacada aumentó en número, y las muchachas y muchachos al servicio del Gran Jugador lo rodearon procurando que nadie estorbara sus movimientos al tirar.

Joe vio que la apuesta era de treinta dólares más de los que tenía en la mesa. Tres o cuatro de los Hongos Importantes tuvieron que hacerse señales antes de aceptarla.

El Gran Jugador arrojó los dados y sacó otro siete en la misma forma infantil que lo había hecho la primera vez.

Volvió a apostar la misma cantidad, y volvió a repetir la misma simpleza.

Y otra vez más.

Y otra vez más.

Joe se estaba comenzando a preocupar y a indignar. Era injusto que el Gran Jugador estuviera ganando apuestas tan importantes con tales tiros maquinales y poco románticos. Si ni siquiera podía llamárselos tiros, porque los dados no giraban ni un ápice en el aire. Era el tipo de comportamiento que uno esperaría de un robot, y habría que admitir que no sería un robot programado con imaginación. Joe no había arriesgado ninguna de sus fichas cubriendo una apuesta del Gran Jugador, pero si las cosas seguían así, se iba a ver obligado a hacerlo. Dos de los Hongos Importantes se habían retirado de la mesa confesando su derrota, y ningún otro había ocupado sus lugares. Muy pronto surgiría una apuesta que el resto de los Hongos Importantes no podrían cubrir, y entonces Joe tendría que decidirse entre arriesgar algunas de sus fichas o bien retirarse del juego.

Y no podía hacer eso, no mientras el poder surgía de su mano derecha como el rayo encadenado.

Joe esperó y esperó confiando en que alguien aparecería para cuestionar la forma en que el Gran Jugador tiraba los dados, pero nadie lo hizo. Se dio cuenta de que, a pesar de sus esfuerzos de parecer imperturbable, su cara se tornaba más y más roja.

Con un gesto de su mano izquierda, el Gran Jugador detuvo el movimiento de la muchacha de los dados, cuando ésta se disponía a recogerlos. Los ojos, como pozos profundos, miraron directamente a Joe, quien se esforzó por mantener la mirada con tranquilidad. Todavía no se podía hallar en ellos expresión alguna. Joe comenzó a sentir en su cuello el roce helado de una sospecha nada agradable.

Con perfecta amabilidad y con los mejores modales, el Gran Jugador dijo:

—Tengo la impresión de que el excelente jugador que se halla frente a mí tiene dudas acerca de la validez de mi último tiro, si bien su caballerosidad le impide decirlo en alta voz. Lottie, por favor, la prueba de la carta.

La altísima muchacha de marfil sacó una carta de un mazo guardado bajo la mesa, y se la pasó a Joe con un venenoso relampagueo de sus pequeños y blancos dientes. Éste la tomó al vuelo y la examinó brevemente. Era la más delgada, rígida, chata y reluciente carta que jamás hubiera visto. Además, era el Joker, por si esto fuera significativo. Se la volvió a pasar perezosamente a la muchacha, y ésta la deslizó suavemente, dejándola caer por su propio peso, a lo largo del borde de la mesa junto al cual se hallaban los dados. Llegó hasta la pequeña depresión que dejaban los bordes redondeados entre la felpa negra y el resto del dado. Diestramente la muchacha la movió sin esfuerzo alguno, demostrando así que no existía ningún espacio entre los cubos o entre ellos y los bordes de la mesa.

—¿Satisfecho? —preguntó el Gran Jugador.

Contra su voluntad, Joe movió la cabeza afirmativamente. El hombre negro le dedicó una inclinación de cabeza. La muchacha de los dados le sonrió con una mueca algo despreciativa de sus delgados labios, mientras inspiraba adelantando sus senos, blancos y pequeños como picaportes de porcelana, hacia nuestro héroe.

Indiferentemente, casi con un aire de aburrimiento, el Gran Jugador continuó con su rutina de apostar su siglo y ganar con siete puntos. Los Hongos Importantes se marchitaron y uno a uno giraron sobre sus talones, con el rabo entre las piernas, alejándose de la mesa. Un tipejo de cara especialmente colorada fue llamado rápidamente para ver si tenía alguna ayuda que ofrecer, pero sólo pudo perder los adicionales dineros apostados. Mientras tanto, las pilas de fichas pálidas y negras del Gran Jugador habían alcanzado ya una enorme

altura.

Joe se iba poniendo más y más furioso y, paralelamente, sentía cada vez más miedo. Observó, tal como lo haría un halcón o un satélite espía, el rebotar de los dados contra el borde de la mesa, pero no pudo hallar justificación alguna para pedir otra prueba, ni tampoco se animaba a cuestionar las reglas imperantes en esta casa de juego ahora que el hombre de negro había tirado ya tantas veces los dados. Era enloquecedor, realmente alienante el pensar que si hubiera podido poner sus manos sobre los cubos una vez más, habría destruido los negros pilares de esta supuesta aristocracia del juego. Se maldijo repetidamente por la forma suicida, presuntuosa y estúpida en que había pasado los dados cuando los tenía.

Para empeorar las cosas, el Gran Jugador comenzó a mirar a Joe fijamente con esos sus ojos que parecían minas de carbón. Ahora tiró tres veces sin mirar siquiera a los dados o a los bordes verticales de la mesa, tal como Joe pudo ver. Mientras lo observaba, parecía tan desagradable como la esposa o la madre. Mirando, mirando, mirando a Joe.

Pero la fija observación de esos ojos que no eran ojos, lo inundaba a Joe de un terrible miedo. Un terror sobrenatural se añadió a su certeza de que el Gran Jugador era un muerto. Nuestro héroe no cesaba de preguntarse con quién se hallaba jugando esa noche. Experimentaba curiosidad y miedo. Una curiosidad llena de terror, tan fuerte como su deseo de volver a tener en su mano los dados y ganar. Sintió que sus cabellos se erizaban y que la carne se le ponía de gallina, mientras que, paralelamente, el poder pulsaba en su mano como una locomotora frenada o un cohete que quiere ser disparado.

Mientras tanto, el Gran Jugador mantenía su compostura, su elegancia cubierta de satén y coronada por un sombrero cómplice, su compostura elegante, suave, cortés, letal. De hecho, lo peor que enfrentaba Joe era que, tras admirar el perfecto comportamiento del Gran Jugador en cuanto a las reglas del juego, ahora se veía confrontado al desencanto que le causaba su forma maquinal de tirar los dados, pudiendo únicamente atraparlo en algún mínimo detalle técnico.

La defección sistemática de los Hongos Importantes continuaba. Los espacios vados comenzaron a sobrepasar en número a los llenos, y finalmente sólo tres de ellos quedaron ocupados.

«El Osario» estaba ahora tan silencioso como el Cementerio de los Cipreses o como la Luna. La música se interrumpió y lo mismo sucedió con las risas

alegres, el deslizarse de los pies, el chillido de las muchachas y el tintineo de los vasos y las monedas. Todo el mundo pareció concentrarse en lo que sucedía en la Mesa Más Destacada y los espectadores fueron agrupándose en una fila tras otra de silenciosa espera.

Joe se hallaba vapuleado por la sensación de que debía mantenerse alerta, por el desprecio que experimentaba por sí mismo, por las salvajes esperanzas que lo recorrían, por la curiosidad y por la audacia.

El tono de la piel del Gran Jugador continuaba oscureciéndose y llegó un momento en que Joe comenzó a preguntarse si no habría entrado en el juego con un negro, tal vez un brujo vudú a quien se le estaba disolviendo el maquillaje.

Muy pronto sucedió que hubo que enfrentar otra apuesta del mismo monto y los dos restantes Hongos Importantes no llegaron a cubrirla. Joe tuvo que sacar un diez de su pobre pila o decidirse a retirarse del juego. Luego de un momento de duda, optó por esto último.

Y perdió.

Los dos Hongos Importantes retrocedieron, renunciando al juego.

Joe sintió el impulso de confesarse vencido cuando los dos ojos implacables se dirigieron hacia él y oyó murmurar al Gran Jugador:

—Le apuesto su pila.

Después de todo, pensó Joe, sus seis mil dólares realmente impresionarían a su esposa y a su madre.

Pero no podía soportar la idea de tener que sentir las risas ahogadas de la multitud, o de pensar que debería recordar toda la vida que pudo tener una última oportunidad, no importa cuan débil fuera, de enfrentarse con el Gran Jugador y ganarle.

Asintió con la cabeza.

El hombre de negro tiró. Joe se inclinó sobre la mesa, olvidando su vértigo y siguiendo a los dados con ojos de águila, con la precisión de un telescopio espacial.

—¿Satisfecho?

Joe sabía que tendría que contestar con un «sí», y luego apartarse con la cabeza tan alta como le fuera posible. Después de todo, sería la forma de actuar de un caballero. Pero luego se dijo que él no era un caballero sino un pobre minero, que se partía en dos trabajando y que lo único que poseía era una gran

precisión tirando los dados.

También se hizo a sí mismo la admonición de que era probablemente muy peligroso decir otra cosa que «sí», rodeado como estaba de enemigos y extraños a su causa. Pero, después de todo, se preguntó qué derecho tenía él, un miserable mortal, de preocuparse por el peligro, él, que se hallaba sometido a llevar a su casa las manos vacías por el fracaso.

Además, uno de los dados, reluciente de rubíes, se hallaba muy ligeramente desalineado con el otro.

Fue el mayor esfuerzo de toda la vida de Joe, pero tragó saliva y se atrevió a decir:

—No. Lottie, la prueba de la carta.

La muchacha de los dados hizo una mueca de desprecio y retrocedió como si fuera a escupirle a los ojos. Joe tuvo la sensación de que su saliva sería veneno mortal de cobra. Pero el Gran Jugador le hizo una seña con un dedo, reprobando su actitud, y ella tiró una carta en dirección a Joe, en forma tan cargada de desprecio que desapareció bajo la negra felpa durante un instante antes de llegar a las manos de Joe.

La carta estaba caliente y tenía un color marrón pálido, si bien no pudo hallar defectos en ella. Joe tragó con dificultad y se la devolvió.

Sonriéndole con un gesto venenoso, Lottie la hizo deslizar a lo largo del borde… Luego de un momento de suspenso, pasó por debajo del dado que a Joe le parecía sospechoso.

Una inclinación y luego un susurro.

—Tiene usted ojos de gran agudeza, señor. Mis más sinceras disculpas y… los dados son suyos.

Al ver que los cubitos se hallaban ahora enfrente suyo, Joe creyó que iba a sufrir un ataque de apoplejía. Todos los sentimientos que lo abrumaban, incluyendo su curiosidad, se elevaron hasta llegar a un máximo increíble de intensidad y cuando dijo: «Apuesto todo», y el Gran Jugador le contestó: «Acepto la apuesta», cedió a un impulso incontrolable y arrojó los dados a los ojos del hombre de negro, a esos ojos de medianoche, sin brillo alguno.

Los dados penetraron en el cráneo del Gran Jugador y allí quedaron rebotando, con un ruido sordo y horripilante.

Extendiendo las manos para indicar a sus servidores que nadie debía tomarse

represalias en la persona de Joe, el hombre de negro hizo una gárgara con los cubos, los escupió sobre la mesa, y éstos se detuvieron en el centro, uno de ellos bien apoyado, pero el otro sostenido a media caída por su compañero.

—Los dados no han caído bien, señor —dijo el Gran Jugador—. Deberá usted tirar de nuevo.

Joe tiró los dados pensativamente, tratando de reponerse del susto. Luego de un rato llegó a la conclusión de que ahora sí era capaz de determinar cuál era el nombre real del Gran Jugador, pero que a pesar de todo seguiría adelante con su apuesta.

Con una pequeña parte de su yo, Joe trataba de dilucidar la forma en que un esqueleto podía mantenerse en pie. ¿Tendrían los huesos cartílago y tendones, se hallarían unidos por alambres, se lograría esto con campos de fuerza o sería cada uno de los huesos un potente imán cálcico, unido a su vecino? Tal vez allí residía la explicación de la rara electricidad de marfil, tan mortal en apariencia.

En el gran silencio de «El Osario», alguien carraspeó, una muchacha rió nerviosamente y una moneda cayó de la bandeja de la más desnuda de las encargadas del cambio, tintineó con sonido alegre y rodó musicalmente a través del piso.

—Silencio —fue la respuesta del Gran Jugador, y con un movimiento tal vez demasiado rápido para que pudiera ser seguido, llevó una mano al interior de su gabán, y luego la colocó en la mesa, frente a sí. Había extraído un revólver plateado, de cañón corto, que relucía sobre el negro fieltro—. La primera persona que haga el menor ruido, desde la más humilde de las empleadas negras hasta usted, señor Huesos, cuando mi digno adversario tire los dados, recibirá un balazo en la cabeza.

Joe se inclinó cortésmente, sintiéndose poseído de una extraña agitación, y luego decidió que comenzaría con un siete, compuesto por un as y un seis. Tiró los dados y esta vez el Gran Jugador, a juzgar por los movimientos de su cráneo, siguió el correr de los mismos con sus ojos inexistentes.

Los dados cayeron, rodaron y se detuvieron. Casi sin poderlo creer, Joe vio que, por primera vez en toda su vida de jugador de dados, había cometido un error. O tal vez fuera que el Gran Jugador poseía en su mirada un poder mayor que el de su mano derecha. El dado que había tirado para que mostrara un seis se hallaba bien colocado, pero el que debía señalar un as había rodado de más y

ahora se veía un seis adicional.

—Fin del juego —dijo sepulcralmente el señor Huesos. El Gran Jugador levantó una mano marrón y esquelética.

—No necesariamente —susurró. Sus negras órbitas se dirigieron a Joe como los negros interiores de dos cañones que lo apuntaran—. Joe Slattermill, todavía tienes algo de valor que apostar, si así lo deseas. Tu vida.

A estas palabras contestó una serie de risitas, de gorgoteos histéricos, de carcajadas, de ruidos broncos, de gritos descontrolados, que surgieron de todo «El Osario». El señor Huesos resumió los sentimientos de todos cuando preguntó:

—¿Qué valor puede tener la vida de un vago como Joe Slattermill? Ni dos centavos.

El Gran Jugador puso una mano sobre el reluciente revólver frente a él y dijo, cuando todas las risas hubieron cesado abruptamente:

—Yo la quiero —con voz apenas susurrada—. Joe Slattermill, por mi parte aventuro todas mis ganancias de esta noche, y agrego todos los placeres y posesiones del mundo como apuesta adicional. Tú apostarás tu vida, y conjuntamente con ella tu alma. Serás tú mismo quien tire los dados. ¿Cuál es tu decisión?

Joe Slattermill vaciló, pero entonces sintió intensamente todo el drama de la situación. Lo pensó bien y decidió que no iba a dejar de ser el centro de este espectáculo para volver a su casa arruinado, a su esposa y a su madre expectantes, a su hogar que se caía en pedazos, y a un mister Guts que ya habría perdido las esperanzas. Tal vez, se dijo a sí mismo, tratando de darse coraje, no hubiera tal poder en la mirada del Gran Jugador, tal vez había cometido el primer error de su carrera de jugador de dados, y, además, se inclinaba a aceptar el juicio del señor Huesos acerca del valor verdadero de su vida.

—Apostado —dijo.

—Lottie, dale los dados.

Joe se concentró más intensamente que nunca en su vida. El poder cosquilleaba en su mano triunfalmente, y arrojó los dados.

Éstos nunca llegaron a la mesa. Describieron una curva hacia abajo, luego hacia arriba, en un loco giro que los apartó del negro fieltro, y finalmente se dirigieron, como pequeños meteoros de rojo brillo, hacia los ojos del Gran

Jugador, colocándose en sus órbitas y mostrando, cada uno de ellos, la cara correspondiente a un as.

Ojos de víbora.

Y luego el susurro, mientras aquellos ojos rojos y brillantes lo miraban, despectivamente:

—Joe Slattermill, has perdido.

Con el pulgar y el índice, o mejor dicho, con los huesos correspondientes a esos dedos, el hombre de negro se quitó los dados de las órbitas y los dejó en la mano de Lottie, enguantada de blanco.

—Has perdido, Joe Slattermill —volvió a decir tranquilamente—. Y ahora puedes pegarte un tiro. —Tocó el revólver plateado—. O degollarte. —Sacó un cuchillo afiladísimo de su gabán—. O envenenarte. —Unió a las dos armas una botellita de veneno—. O dejar que te bese esta señorita, que te matará.

Atrajo hacia sí a la más bonita muchacha, de perverso aspecto. Ésta coquetamente dio un brinco, arregló su falda violeta y le dedicó a Joe una mirada provocativa y hambrienta, con una sonrisa que descubrió sus caninos blancos y largos.

—O también —agregó el Gran Jugador, haciendo un gesto indicador con la cabeza— puedes elegir la Gran Zambullida. Joe dijo con tranquilidad:

—Elijo la Gran Zambullida.

Puso su pie derecho en el fieltro negro, su izquierdo en el borde, y… súbitamente, con un salto de tigre, se abalanzó saltando a través de la mesa, a la garganta del Gran Jugador, pensando con cierto alivio que después de todo el poeta no parecía haber sufrido demasiado.

Mientras volaba por el aire, tuvo una perfecta imagen de lo que había debajo, pero su cerebro no tuvo tiempo de desarrollar la sensación, puesto que inmediatamente se hallaba cayendo sobre el hombre de negro.

Sintió en la sien el choque de una mano marrón, en un golpe de judo rápido como el relámpago… y luego vio que los dedos marrones, o mejor dicho los huesos, se desparramaban por el suelo en todas direcciones. La mano izquierda de Joe no encontró resistencia al presionar sobre el pecho del Gran Jugador, como si debajo del gabán satinado no hubiera más que vacío y su mano derecha, que dirigió hacia el cráneo oculto por el sombrero, sintió que bajo su contacto los huesos se rompían en pedazos. Pocos segundos después Joe se halló en el

suelo rodeado por unas ropas negras y unos fragmentos marrones del esqueleto del hombre de negro.

Se puso de pie rápido como el relámpago, y alargó la mano hacia una de las pilas de fichas y dinero que había sobre la mesa del Gran Jugador. Sólo tuvo tiempo para dar un manotón. No pudo determinar si había a la vista alguna ficha negra o algún montón de oro o plata, así que tomó las fichas de tono claro que halló, llenándose con ellas el bolsillo izquierdo de su pantalón, y salió corriendo.

Entonces todos los presentes en el lugar se lanzaron en su persecución. Relucían los dientes, los cuchillos y los nudillos de acero. Se lo golpeó, arañó, pateó, pisoteó y punzó con toda clase de aguijones de metal. Uno de los músicos, con una cara negra, de ojos inyectados en sangre, lo golpeó con su trompeta. Como un fogonazo pasó ante sus ojos la imagen de la chica de los dados, y trató de aferraría, pero se le escapó. Alguien intentó aplastar un cigarrillo encendido contra uno de sus ojos. Lottie, sacudiéndose y retorciéndose como una boa constrictor, casi logra pasar por su cuello un lazo para estrangularlo, a la vez que intentaba atacarlo con unas tijeras. Flossie, erizada y agresiva como un maléfico duende felino trató de arrojarle ácido a la cara, de una botella cuadrada que llevaba en la mano. El señor Huesos desparramaba balas a su alrededor utilizando el revólver plateado. Se le apuñaló, se le atacó con agresivos ganchos puntiagudos, se le tendieron trampas, se le golpeó, se le dieron rodillazos y puntapiés, se le aporreó, se le mordió y se le dieron pisotones.

Pero algo sucedía que ninguno de los golpes o tomas de lucha tenían una fuerza capaz de destruir. Era como pelear con fantasmas. Finalmente, Joe comprendió que toda la concurrencia de «El Osario», unida en la agresión, tenía muy poca fuerza más que él.

Se sintió alzado por la multitud y llevado hacia las puertas. Allí fue arrojado al exterior, y cayó dando con el trasero en la vereda. Ni siquiera esto dolió mucho. Más bien parecía un golpe dado para alentar.

Inspiró profundamente y se palpó todo el cuerpo para determinar si sus huesos estaban sanos. No parecía haber sufrido ningún daño importante. «El Osario» quedó silencioso y sumido en las penumbras, como una tumba, como Plutón o como el resto de Ironmine, sin ir más lejos.

A medida que sus ojos se iban adaptando a la oscuridad, al débil resplandor de las estrellas y al paso ocasional de una espacionave, vio una puerta de hierro

en el lugar donde habían estado las de vaivén.

Se dio cuenta de que estaba masticando algo que tenía una corteza dura, algo que había llevado en la mano durante todo el fracaso final. Realmente, era muy sabroso, como el pan que su esposa horneaba para los mejores clientes. En ese momento, su cerebro elaboró la percepción que había tenido en el instante en que saltaba por encima de la mesa de juego. Era una delgada cortina de llamas que se movía lateralmente en el centro de la mesa, y detrás de esa cortina las caras de su esposa, su madre y mister Guts, con expresión de asombro. Entonces se dio cuenta de que lo que masticaba era un fragmento del cráneo del Gran Jugador, y recordó la forma de las tres hogazas que su esposa había comenzado a hornear cuando dejó la casa. Y comprendió los procedimientos mágicos que ella había usado para permitirle una pequeña escapada en que él pudiera sentirse un poco más hombre, retornando luego a su hogar con los dedos quemados.

Escupió lo que tenía en la boca y arrojó el resto de trozo de cráneo horneado que tenía en la mano.

Sumergió la mano en su bolsillo izquierdo. La mayoría de las fichas pálidas habían sido aplastadas en la lucha, pero halló una íntegra y exploró la superficie con sus dedos. El símbolo grabado en ella era una cruz. La llevó hasta sus labios y comió un pedazo. Era de sabor delicado y delicioso. Entonces se la comió toda entera y sintió renacer las fuerzas. Palpó con placer su abultado bolsillo. Por lo menos, comenzaba el largo viaje bien aprovisionado.

Luego giró y comenzó a caminar hacia su casa. Pero tomando el camino más largo: alrededor del mundo.

* * *

La historia del coco es la más vieja y la mejor de todo el mundo, debido a que es la historia del valor, del miedo vencido por el conocimiento adquirido rebuscando en lo desconocido y corriendo riesgos, ciertos o aparentes: el descubrimiento de que la aterradora figura blanca no es más que un hombre con una sábana sobre su cabeza, o quizás un hombre negro manchado con ceniza blanca. Las tribus primitivas tales como los aborígenes australianos ritualizan la

historia del coco en sus ceremonias de iniciación para muchachos, y hoy en día necesitamos de estos rituales más que nunca. Para el moderno macho norteamericano, al igual que para Joe Slattermill, el coco definitivo puede ser muy bien la imagen de Mamá: la Esposa o Madre dominante-dependiente, exagerando sus derechos sobre él más allá de toda razón y lazo. La propia ciencia es una batalla contra cocos tales como El Cáncer Es Incurable, El Sexo Es Sucio, Ganarás El Pan Con El Sudor De Tu Frente, La Gente No Puede Volar, Las Estrellas Están Fuera De Nuestro Alcance, El Hombre No Está Hecho Para Conocer (o Hacer) Esto, Eso o Aquello. Al menos eso era lo que sentía cuando escribí Voy a probar suerte.

He elegido la fanfarronada norteamericana como forma (o ella me ha elegido a mí) porque la era espacial encaja perfectamente con las hazañas locamente increíbles de las figuras legendarias tales como Mike Fink, Pecos Pete, Tony Beaver, el hombre de acero John Henry, y el dudoso viajero del cosmos Paul Bunyan, una cuarta parte genuino producto de los bosques del norte y tres cuartas partes invención del siglo XX. Me he divertido mucho rizando el rizo a mi historia acerca de la proposición elemental de la geometría espacial según la cual entre dos puntos en una esfera como la Tierra siempre hay dos caminos rectos o grandes círculos directos, incluso si uno tiene solamente un par de kilómetros de largo y el otro 40.000. Un talento salvaje para los dados es simplemente un sueño de jugador; la psicocinesis ejercida sobre los dados ha sido durante mucho tiempo un campo experimental de investigación entre estudiosos universitarios de la percepción extrasensorial. Me divertí añadiéndole la jerga del juego de dados por su poesía, y mezclando el vuelo espacial con la brujería, que es simplemente otra forma de calificar los poderes del autohipnotismo, la plegaria, la sugestión y el conjunto de la mente subconsciente. Es un error pensar que la ciencia ficción es un campo literario salvaje que se aparta de los caminos conocidos; puede ser un ingrediente más de cualquier tipo de ficción, del mismo modo que la ciencia y la tecnología actuales forman parte integrante de nuestras vidas en todos sus aspectos.

El señor Randy, mi hijo

Joe L. Hensley

Estábamos sumergiéndonos hacia arriba por una peligrosamente retorcida carretera de montaña en Madison, Indiana. Los neumáticos chirriaban como gorrinos y yo me acurrucaba en el rincón de la derecha del asiento delantero. Era un coche grande, y él ejecutaba constantemente derrapajes controlados en las curvas que hacían que las ruedas traseras se asomaran por el borde. Tuve una clara visión del verde y agradable valle allá abajo donde se cobijaba Madison, mientras oscilábamos precariamente, y él aceleró para tomar otra curva. Detrás nuestro oí repentinamente la sirena de un coche patrulla del Estado de Indiana mientras empezaba a destellar una luz roja de advertencia. Estaba acortando rápidamente la distancia. La velocidad límite era de treinta kilómetros en aquellas locas curvas, pero el loco que iba tras el volante iba al menos a cien. Di un suspiro al ver aparecer a la poli; era posible que pasara la noche en el calabozo como cómplice involuntario del conductor, pero gracias a Dios, al menos estaría vivo cuando me condenaran. El conductor podía ver claramente el polimóvil por su espejo retrovisor, pero pareció importarle un pimiento. Aplastó el acelerador contra el piso del coche, y el enorme sedán tomó chirriando otra curva. Creo que grité. (Cosa inusual para mí. Conduje un camión con dinamita en Carolina del Norte, donde las carreteras no tienen menos curvas que aquí, y no me siento vencido tan fácilmente. Pero a menos que conduzca Norman Spinrad, soy un buen pasajero, y he conducido también coches deportivos. Pero

esta vez…)

Finalmente llegamos a la cresta de la colina, y el gran sedán empezó a bajar a tumba abierta. Cuando alcanzamos los ciento setenta le grité al conductor que nos detuviéramos antes de que aquel maldito poli de Indiana se nos metiera por el tubo de escape. Sonrió por la comisura de los labios —que es la única forma en que puede sonreír— y pateó el freno. Derrapamos y nos detuvimos, medio saliéndonos al carril de dirección contraria, y me derrumbé en el asiento. El coche de la poli pasó por nuestro lado evitándonos por unos milímetros, y se detuvo también. El poli salió del coche y vino corriendo, el rostro congestionado por la furia. Daba pasos de siete leguas y gritaba estentóreamente antes incluso de meter su cabeza por la ventanilla. Llevaba la pistola desenfundada.

—¡Maldito hijoputa! —aulló, con los tendones de su cuello sobresaliendo como un altorrelieve—. ¿Sabe a qué velocidad iba, maldito payaso ignorante? ¿Sabe que podía haberme matado a mí, haberse matado usted y haber matado a todo el que pasara por esa maldita carretera, condenado imbécil…? Oh, hola, Joe. —Sonrió, y volvió a enfundar su enorme pistolón—. Perdona, Joe, no te había reconocido.

Sonrió ampliamente, se alzó de hombros como si supiera que aquello estaba en el Orden Natural de las cosas, y se alejó. Subió a su coche y se puso en marcha con una sacudida, y Joe puso también nuestro coche en marcha y lo siguió, quemando neumáticos.

—Es un amigo mío —dijo Joe L. Hensley, sonriendo con la comisura de sus labios.

Creo que me desmayé.

Carol Carr dice que Joe L. Hensley es un osito de felpa. Por supuesto que lo es.

Cambio de escena: Fort Knox, Kentucky, 1958. Estoy de pie frente al capitán al mando de mi compañía de infantería. Se siente muy disgustado conmigo. Le he engañado. Llevo seis meses viviendo fuera de los barracones en un remolque pese a que ya no estoy casado, como acaba de descubrir. Está furioso conmigo. He roto todas las reglas imaginables en su compañía. Me odia enormemente. Me está gritando que espera ver mi culo aposentado en Leavenworth, y habla en serio. Repentinamente echo a correr, abandonando su oficina, pasando por la sala de espera, recorriendo el pasillo y entrando en la sala de día. Me meto en la

cabina telefónica y cierro la puerta, y me agacho llevándome conmigo el receptor. La parte inferior de la cabina, de madera, me oculta de la vista. Marco mi número en Madison.

—¡Joe! —aúllo—. ¡Están intentando meterme en chirona…! ¡AYÚDAME, JOE!

Me han localizado, están intentando entrar en la cabina. Yo tengo mi pierna bien situada, manteniendo cerrada la puerta. Toman un hacha contra incendios y rompen el cristal. Me arrastran fuera. Yo sigo aferrado al teléfono y gritando:

—¡AYÚDAME, JOE!

Me llevan de vuelta a la oficina del capitán. Me pone bajo vigilancia armada hasta que lleguen los papeles del consejo de guerra.

—¡Tu culo morirá en Leavenworth! —grita el capitán, casi apopléjico.

Al cabo de dos horas hay tres, cuéntenlas, tres Indagaciones del Congreso en el escritorio del capitán. ¿Por qué atosiga usted al soldado Ellison?, dice una de ellas. Deje al soldado Ellison tranquilo, dice una segunda. El soldado Ellison tiene amigos, advierte la tercera. Luego llega la indagación de Stuart Symington, y el capitán sabe que ha sido vencido. Me sentencia a una semana de limpieza de los cristales de los barracones. Mi culo nunca verá el interior de Leavenworth. El capitán sufre una depresión nerviosa y es enviado a las Bahamas a recuperarse, si es posible. Joe L. Hensley está allá en Madison, Indiana, sonriendo con la comisura de sus labios.

Carol Carr dice que Joe L. Hensley es un gatito. Es mejor creerla.

Hensley no es creíble. Es una especie de leyenda viviente. Es uno de los hombres más gigantescos que jamás haya conocido. Le falta poco para los dos metros, es carne sólida de la cabeza a los pies, con un pelo en cerda muy corto que hace que su cabeza se parezca a una de esas chucherías de yeso que uno puede comprar en Woolworth's para plantar semillas de césped, que crecen igual que el pelo de Joe. Tiene un rostro como hecho de pasta de modelar que le encanta retorcer hasta conseguir expresiones imbéciles, dando la impresión de que es un pobre idiota. Lo cual sirve únicamente para confiar a la oposición con un falso sentimiento de seguridad. Una noche, en un bar en Evansville, Indiana, Joe y yo fuimos atrapados por un par de lummoxen que deseaban un poco de pelea. Joe adoptó esa sonrisa de medio lado en su rostro, empezó a emitir sonidos guturales como Lenny en De los ratones y de los hombres, y murmuró:

—Seguro, va a gustarme un poco de pelea. Seguro, seguro que va a gustarme.

Y se acercó a una pared de ladrillo, y empezó a golpearla con su mano «muerta» —aquella cuyas terminaciones nerviosas están embotadas por haber resultado quemadas en un incendio— hasta que los ladrillos empezaron a desconcharse y su mano se despellejó y sangró y trozos de hueso empezaron a asomar por entre la piel rota y hubo sangre por todas partes. Los dos tipos se pusieron de pronto realmente verdes, y uno de ellos murmuró:

—¡Este tipo está loco!

Y los dos se largaron horrorizados. Creo que vomité.

Todo lo cual sólo da una leve idea de la increíble personalidad de Hensley el Impredecible. Pese al hecho de que es la auténtica encarnación de Morgan/McMurphy/Yossarian/Sebastian Dangerfield/Gully Jimson, todos ellos metidos en un solo petardo, Hensley es un pilar de la comunidad, un abogado altamente respetado cuyo historial político es como sigue:

Abogado general del Condado de Jefferson, Indiana, en 1960; abogado de la Comisión del Plan de Urbanismo de la Ciudad de Madison de 1959 a 1962; elegido para la Asamblea General de Indiana en 1960, sirviendo en 1961-1962; presidente de la Comisión Consultora de Seguridad en el Tráfico del Gobernador de 1961 a 1965; miembro de la Comisión del Código Criminal del estado de Indiana; elegido fiscal de la Quinta Región Judicial del estado de Indiana. En 1966 se presentó a las elecciones legislativas por un área de cinco condados, y fue vergonzosamente vencido por 70 votos. Probablemente fue su toma de posición en favor de la obscenidad y la pornografía lo que volvió la tortilla. Eso fue llamado el Retroceso Puritano.

Joe nació en Bloomington, Indiana, en 1926, y creció allí, y creció, y creció. Acudió a la Universidad de Indiana para sus estudios generales y de leyes. Sirvió dos años en el ejército en el Pacífico Sur durante el Segundo Gran Follón, y fue vuelto a llamar durante dieciséis deliciosos meses durante la II y 1/2 Guerra Mundial, Corea. Está casado con la encantadora Charlotte (y tiene que ser realmente encantadora para que me guste con un nombre así, que era el nombre de mi primera esposa, lo cual es completamente otra historia), y tiene un hijo, Mike, de doce años.

Conocí a Hensley en la Convención de Ciencia Ficción del Medio Oeste, a

mediados de los años cincuenta, y hemos sido compañeros desde entonces. Hay quienes pretenden que somos la encarnación contemporánea de los Rover Boys. Pero al decir esto se mantienen prudentemente en el anonimato. Joe no escribe tanto como debería. Su talento es natural, una delicia que brota libremente, frenada principalmente por su mente analítica de hombre de leyes. Sin embargo, el contenido emocional de una historia de Hensley se halla normalmente varios puntos por encima del de la mayoría de los demás escritores. Voy a dejar a ese loco hablar en su propia defensa sobre este punto:

«Empecé a escribir en 1951, y vendí uno de mis primeros esfuerzos a la revista Planet Stories. A raíz de esto, entré en una agradable e interesante relación con ellos. Yo escribía una historia, y Planet la compraba. Empecé a vender a otras revistas, y vi mi obra publicada en revistas tales como Swank (con Harlan Ellison), Rogue (con Harlan Ellison), Amazing Stories (con Harlan Ellison), y en la mayoría de las revistas de ciencia ficción y para hombres, tales como Geni, Dapper (sin Harlan Ellison). Una novela, The Color of Hate (El color del odio), fue publicada en 1960; otra, Deliver Us to Evil (Líbranos para el mal), se halla dando vueltas por ahí; y una tercera, Privileged Communication (Comunicación privilegiada, título sugerido por Harlan Ellison), está en camino y quedará completada este año.

«Considero la historia que sigue el mejor relato corto que haya escrito yo nunca. Aparte esto, el acusado no tiene nada más que decir».

* * *

Se rebeló la noche en que le llegó el aviso de abandonar el lugar cálido y líquido; pero él era débil y la naturaleza fuerte. Afuera, empezaba la lluvia; una tormenta tan formidable que los meteorólogos iban a referirse a ella durante todo el tiempo que quedaba. Luchó para quedarse en la cosa-madre, pero la cosa-madre lo expulsó, y en su miedo y su rabia hirió a la cosa-madre sutilmente. Nubes negras ocultaban las estrellas, y los árboles se doblegaban únicamente al viento.

La noche anterior, Sam Moore había dejado que su hijo Randall jugara hasta

tarde en el patio… si aquello era «jugar». El chico no tenía juegos formales, y los niños del vecindario evitaban los alrededores de la casa de los Moore. A veces algún niño le gritaba al chico insultándole desde algún lugar oculto, pero normalmente se mantenían apartados de él.

Sam se sentó en el sofá y observó aburridamente, atrapado en la autocompasión de escribir su propia necrológica, haciéndose la eterna pregunta. ¿Quién eres? ¿Qué has hecho realmente en tu vida? ¿Y por qué yo? ¿Por qué yo ahora?

Observó al chico con oculta revulsión. Randall avanzaba suavemente a lo largo de la línea trasera de setos, sus ojillos de niño pequeño observando atentamente los otros patios que bordeaban el suyo. Había habido un tiempo en que los niños del vecindario tenían la costumbre fetichista de arrojar una piedra cuando pasaban, hasta que los dos chicos Swihart, echando a correr tras haber tirado sus misiles, cayeron en un pozo en el solar de la esquina cuya existencia nadie había conocido antes. No tuvieron suerte, pero Randall vivía con el recuerdo de las piedras y parecía desconfiar de una tregua. Sam observó mientras el chico proseguía su patrulla.

El dolor interno había sido peor ese día, y Sam aguardaba el bienhechor olvido del sueño.

Finalmente, era la hora.

El primero vino en silencio, y los recuerdos de aquella noche se han perdido en el tiempo. Ese creció fácilmente y solo, porque hasta más tarde no empezaron las crónicas de la vida. Su gente emigró y los recuerdos destellaron en una masa de leyendas. Pero la sangre estaba ahí.

ítem: El viejo se cuidaba de los jardines del vecindario desde hacía varios años. Era un hombre achacoso con una suave sonrisa desdentada, que hablaba mal, y vivía de los recuerdos de cosas pasadas: esvásticas, estrellas amarillas, Buchenwald. De vez en cuando escribía poemas sencillos y los enviaba al periódico local, y en una ocasión habían publicado uno. Era un viejo amigable y hablaba con todo el mundo, incluida una de las reinas del vecindario, quinceañera. Ella prefirió interpretarlo mal e informó de su amistad como de otra cosa.

Ese día, hace ahora un año de ello, el viejo había estado podando unos rosales en el jardín delantero de la casa del otro lado de la calle. Randall lo

observaba, chupando un pirulí de menta que el viejo le había dado, dejando que el jugo resbalara por las comisuras de su boca.

El coche negro se detuvo con un chirrido de los neumáticos, y los tres decididos muchachos bajaron de él. Llevaban suéteres amarillos. En la espalda de cada suéter había sido bordada un águila, tan diestramente que sus alas parecían agitarse para emprender el vuelo a cada movimiento de los hombros. Cada muchacho llevaba un trozo de sierra de cadena con un mango recubierto de plástico negro. Randall los observó con creciente interés, sin comprender aún realmente.

Golpearon al viejo con poderosos brazos de jugar al rugby, y él intentó cubrirse, gritando en una lengua gutural y extraña. Todo terminó rápidamente. El viejo quedó tendido acurrucado y sangrante en el oscuro suelo. Los muchachos volvieron a subir al coche negro y partieron a gran velocidad. Randall podía oír el sonido de sus risas, como pendones agitándose al viento tras ellos.

Dos manzanas más allá, el terreno no era apto para la construcción. Había una abrupta colina. El neumático estalló allí y el coche negro se precipitó por la colina, ganando velocidad. Cayó rodando y dando volteretas, arrojando enormes géiseres de llamas, como una rueda de fuegos artificiales; y el fuego rugió tan intensamente que casi cubrió los gritos.

Por la mañana, Sam Moore se despertó sin haber descansado apenas. Aquel sábado, la mujer de la limpieza/niñera llegó a su hora, para variar, y Sam los dejó a ambos sentados en el salón. La televisión estaba aullando una sangrienta película de guerra, en la que los hombres morían en número asombroso. Randall permanecía sentado en el suelo, con las piernas cruzadas y frente a la televisión, mirando ávidamente. La señora Cable contemplaba la pantalla y se negaba a cruzar su mirada con la de Sam, perdida en su propio mundo amargo. Hubo un tiempo en que Sam daba instrucciones antes de irse, pero esos días ya habían pasado. No muchas mujeres querían cuidar a un niño retardado. Ahora, sumido en sus propios problemas, y sin que le importara realmente mucho, hablaba muy poco. Si la vigilancia era ocasional y la seguridad del chico sólo probable…, él al menos había procurado los medios necesarios para que el chico estuviera atendido.

Miró al muchacho, y algo en su interior se ensombreció. Ann había sido brillante y su embarazo había sido normal; pero el parto había presentado

dificultades y el niño un monstruoso problema. Ella había cambiado. El chico no. Los primeros tests que se le hicieron habían resultado negativos, pero físicamente había habido siempre una falta de interés, una lentitud de movimientos, unos ojos que podían buscar y seguir, pero que no lo hacían.

Aquella mañana no se sintió con fuerzas para acercarse al chico.

—Adiós —dijo, y recibió en respuesta una breve mirada con un ligero aire de reconocimiento en ella. Un chico tiene tres años sólo un vez; ¿pero qué ocurre cuando tiene tres y ocho al mismo tiempo? ¿Cuando va a tener siempre tres años?

En la pantalla de la televisión un soldado de piel oscura arrastraba a su capitán blanco apartándolo del camino de un impresionante tanque. Sam recordó el guión. Era uno de esos films con mensaje de Hollywood. La camaradería continuaría hasta que el hombre de piel oscura necesitara otro tipo de ayuda.

Afuera, no se dio cuenta de lo maravilloso del día. Se detuvo frente al garaje, pensativo. (Con la puerta basculante cerrada, el garaje era hermético. Podía poner en marcha el motor del coche, y el resto sería fácil. Eso era lo que había hecho Ann, su esposa, aunque por una razón distinta y de una forma diferente. Ella había engullido una caja de pastillas para dormir cuando él estaba fuera de la ciudad defendiendo un caso. Eso había sido mucho tiempo después de los hospitales y las clínicas, después del último de los curanderos con sus enfermizos discursos acerca de la moralidad, los herbolarios, los charlatanes, y todos aquellos a los que, en su desesperación, había llevado al chico. Ahora hacía cuatro años de ello. Nadie había examinado a Randall desde entonces.

(Ella nunca había estado realmente allí tras el nacimiento de Randall. Había vagado por allí durante un tiempo, con sus grandes y sensitivos ojos mirando desde algún lugar muy lejano, su mente una desordenada sombra de lo que en un tiempo había sido.

—No me toques —le había dicho—. Ya sé que dicen que deberíamos tener otro hijo, pero no puedo… Por favor, Sam. —Y lo que aún quedaba parcialmente vivo en él había muerto. Sabía que era el chico. Ahora… no era que no la hubiera amado, pero sólo podía recordar su rostro a través del rostro del chico, en esa pequeña y odiosa cara, ese rostro que había matado aquello que Sam amaba.)

Alzó la puerta del garaje con un seco chasquido, y condujo hacia su bufete.

Otro día, quizás otro dólar. Ya no quedaban muchos días. El doctor Yancey había dicho de-seis-meses-a-un-año, y eso había sido hacía más de cuatro meses; el día que habían abierto a Sam Moore y habían vuelto a suturarlo rápidamente para ocultar la masa corrompida que había dentro.

—Demasiado avanzado —había dicho Yancey, y luego había añadido las viejas palabras de desesperación que tantos hombres oyen finalmente—: No podemos hacer nada.

Siddharta Gautama llegó fácilmente al parque recordando a los elefantes. Las leyendas dicen que los árboles se inclinaban ante él. Su madre, Maya, se sentía sostenida por una intensa sensación de poder. La sangre era fuerte, pero el niño era lento y estaba protegido y la realización nunca había sido alcanzada, el don crecía en la vaguedad, sin ser nunca completamente usado.

ítem: Randall estaba sentado bajo un árbol frente a la casa de los Moore. Observaba el mundo a su alrededor con una curiosa intensidad. Una abeja melífera volaba cerca; observó a la criatura con una cierta preocupación, pero la abeja no le atacó. Ya no le molestaban desde que una de ellas le había picado en primavera, y las había destruido a todas en un radio de diez manzanas.

Pudo oír el intenso sonido mucho antes de poder decir de donde procedía. Un camión publicitario apareció y se acercó. En unos pocos momentos estuvo junto a la esquina de Randall y redujo la velocidad. En su costado había un llamativo cartel de un hombre vestido con ropas monjiles sujetando un rifle ante su pecho, los ojos llameando fuego. Debajo decía: «El Padre Tempestad Contra el Comunismo». La música retumbaba por los altavoces, varios decibelios por encima del límite permitido. Randall se cubrió los oídos. El sonido dolía.

El conductor cortó la música y aumentó el volumen de su micrófono de mano.

—¡Gran reunión esta noche! —gritó—. ¡Oigan al Padre Tempestad que va a salvar al mundo y les dirá A USTEDES cómo luchar contra los infiltrados que pretenden destruirnos! ¡En el gimnasio de la escuela superior, a las siete en punto! —La voz adoptó un tono amenazador—. ¡No dejen que sus vecinos estén ahí sin usted!

En el otro asiento junto al conductor, un hombre con una especie de hábito sonrió e hizo gestos de bendición a medida que la gente se asomaba a puertas y ventanas.

Sobre sus cabezas se arracimaron de pronto unas repentinas nubes, y cayeron algunas gotas de lluvia. Un rayo cayó del cielo, esquivó los altos árboles, y golpeó directamente al camión publicitario. Se hizo el silencio, y Randall se quitó las manos de los oídos. La gente echó a correr por la calle y, al cabo de poco tiempo, Randall pudo oír una sirena.

Abandonó el patio delantero y fue a la ventana lateral. Desde allí podía ver a la señora Cable. De alguna forma había conseguido dormir durante todo aquel tiempo. Tenía la boca abierta y roncaba a un ritmo apacible. La televisión seguía conectada, y ahora estaba emitiendo un melodrama.

Randall se dirigió hacia el seto de atrás, para montar la guardia. Hubo un chico que parecía amistoso y que le había sonreído a Randall, pero que luego, cuando nadie miraba, le hacía solapadamente cosas como pincharle y golpearle y darle pequeñas patadas. Era el chico con la pistola de aire comprimido que había disparado contra la ardilla que tomaba los trozos de comida de la mano de Randall, el chico que había matado a uno de los peces del estanque. La ardilla aún vivía, pero ahora era más precavida. Y aún quedaban tres peces en el estanque. Siempre habían habido tres, excepto aquel único día. Ahora uno de los peces no era ni del mismo color ni forma que los otros.

El gran perro entró en el patio cruzando el seto, y brincaron juntos.

Randall sonrió al perro.

—Buen, buen perro —dijo.

Un muñón de cola se agitó en signo de adoración.

Sam pasó un horrible día en el bufete, chillándole a su secretaria, mostrándose indiferente con los clientes. Ahora no tenía tanto trabajo como antes. Había rechazado casos que creía podían prolongarse demasiado. En parte era debido a la cosa extraña que crecía dentro de él, pero en parte —y se sentía en cierto modo tétricamente orgulloso de ello— por simple conciencia profesional. Cuando Ann se fue se había rodeado de trabajo, sumergiéndose en él. Ahora se negaba a aceptar los casos que sabía no iba a vivir hasta el final. Era un aspecto de ética menor, pero un hombre se aferra a esos detalles menores cuando empieza a morir.

Cada vez le costaba más tomar sus decisiones, y sus clientes lo leían fácilmente en sus ojos y voz. La variopinta multitud que antes invadía su bufete fue menguando, y pronto tuvo más tiempo del necesario para sí.

Pensó en el chico. Sabía que lo había ignorado desde la muerte de Ann y, peor aún, había llegado a odiarlo, relacionándolo con Ann, sabiendo que su suicidio había sido una consecuencia de lo que era el chico.

Los periódicos ofrecían una vía de escape. El mundo era más horrible cada día, de modo que parecía mucho más fácil abandonarlo. Hoy, otros dos países habían abandonado las Naciones Unidas. Suecia informaba de un incremento de las precipitaciones radiactivas. Las conversaciones sobre el desarme nuclear seguían en punto muerto. Dos naciones africanas anunciaban el desarrollo de sus propias bombas. En Mississipi, un miembro de una organización fanática blanca había disparado y matado a un juez local que sentenció a nueve hombres acusados y convictos de haber linchado a un defensor de los derechos civiles. En aquel mismo Estado, una enmienda a la Constitución del Estado aboliendo la pena de muerte fue derrotada por un amplio margen.

Camino de casa, empezó a sentir un dolor en la espalda que nunca hasta entonces había sentido.

Ching-tsai soñó profundamente en la noche de la venida. Se le apareció el chi-lin. Soñó y no vio los dragones que cruzaban los tranquilos cielos. Una vez más, el chico era lento y protegido y mantenido aparte.

ítem: La señora Cable seguía durmiendo. Fuera de las horas de mayor audiencia, que estaban reservadas a los westerns, concursos, comedias y cosas así, la televisión presentaba un programa sobre un nuevo plan de alojamientos en Nueva York. La pantalla mostraba las viviendas que iban a ser reemplazadas; mostraba las estrechas calles y la gente cansada y sucia. Las cámaras enfocaban hábilmente a los edificios que eran derruidos y a los altos bloques de apartamentos de alquiler reducido edificados en su lugar. La voz del locutor era llana y lacónica. El crimen proseguía en la zona reedificada. Lo más usual ahora era esperar al cobrador de los alquileres en el ascensor, desnudarlos y meterle moneda pequeña por el recto. Las violaciones iban en aumento, debido a que los nuevos apartamentos estaban mejor aislados de los ruidos que los antiguos.

Randall observaba. La gente seguía mostrando un aspecto cansado y sucio.

Tras el documental hubo otro melodrama. La señora Cable se despertó, y miraron juntos. Se refería a un hombre y a una mujer que estaban enamorados y terminaban casándose, pero desgraciadamente no el uno con el otro.

La casa estaba muy caliente y vacía. Sam fue a la ventana abierta y los vio.

La señora Cable estaba tendida en el sofá, con un periódico sobre sus ojos para protegerse del intenso sol. Randall estaba junto al estanque de peces de colores que Sam había construido en tiempos más felices. Tres resistentes peces habían sobrevivido al último invierno riguroso y a la indiferente primavera. De qué subsistían era algo que Sam no podía ni sospechar. Sabía que él no les daba de comer.

El chico extendía sus pequeñas manos por encima del estanque, y Sam lo observó disimuladamente. Fue como si el muchacho sintiera la mirada de Sam sobre sí, pues giró su cabeza y sonrió directamente a la ventana. Luego se volvió de nuevo a la piscina, hundiendo rápidamente las manos en el agua. La derecha volvió a surgir, sujetando delicadamente uno de los peces. El chico lo pasó de una a otra mano, inspeccionándolo mientras se debatía, luego lo devolvió al agua y su mano pescó otro.

Era algo que Sam nunca había visto antes, pero el chico actuaba con una seguridad que daba la impresión de que fuera algo que hacía muy a menudo.

Randall tenía una afinidad hacia los animales. Sam recordó el incidente del perro. Sus vecinos de atrás poseían un enorme y pendenciero pastor alemán que era el terror del vecindario desde su adquisición. Una vez, cuando Randall hizo una de sus periódicas escapadas, Sam encontró al muchacho agazapado contra el perro. Sam se detuvo observando, medio esperando que el animal, cuyos propietarios mantenían normalmente bien encadenado, gruñera y mordiera. Pero el perro no hizo ningún movimiento, limitándose a lloriquear cuando Sam se llevó al chico.

Más tarde, la conducta del perro debió mejorar con la edad, puesto que Sam lo había visto jugar alegremente con los niños del vecindario.

Extendió un cheque y se lo llevó a la señora Cable. Le pagaba semanalmente, y ella lo aceptó de buen grado. El día de pago era la única vez en que ella se desataba y sentía realmente deseos de hablar.

—Han pasado montones de cosas —dijo—. Un rayo ha alcanzado un camión ahí abajo en la calle. Yo estaba dormida, pero la señora Taldemp me lo ha contado. Dos hombres resultaron muertos. —Agitó la cabeza, asombrada—. Ahí mismo en la calle, y me lo he perdido. —Señaló a Randall con la cabeza—. El pequeño va progresando. Hace cosas que no acostumbraba a hacer. Esos pequeñajos que antes le tiraban piedras ya no se acercan por aquí. Él

normalmente intentaba correr hacia ellos para darles sus juguetes, pero ahora simplemente se queda mirándolos si ve a alguno. No se acercan cuando él está fuera. —Agitó la cabeza—. Sigue sin hablar mucho, pero a veces dice en voz alta algo con sentido y lo dice claramente, aunque lo haga cuando una menos lo espera. —Se rió con su risa parecida a un relincho—. Es una lástima que no pueda hacerse nada por él. ¿Sigue intentando usted inscribirlo en esa escuela especial del Estado?

Sam luchó contra el dolor dentro de él.

—Es difícil —dijo secamente—. Está llena. Se encuentra al final de la lista de espera.

La escoltó hasta la puerta delantera. La mayor parte de los días ella mantenía su conversación al mínimo, pero hoy parecía charlatana.

—Es rápido, ¿sabe? Hay una ardilla ahí arriba en uno de esos árboles. Me he dado la vuelta, y ya estaba ahí arriba, dándole de comer. Creí que había dicho usted que el viejo olmo estaba podrido.

Sam asintió. Cada movimiento creaba una oleada de dolor en su espalda.

—Bueno, pues trepó hasta arriba, y no sé el tiempo que necesité para hacer que bajara. No me parece tan podrido —gruñó.

Estaba podrido. Se había muerto esta primavera y no había vuelto a dar hojas. Sam podía verlo vagamente a través de la ventana trasera. Los otros árboles estaban llenos de hojas. Creyó que podía ver brotes y pequeñas hojas en el olmo, pero sabía que debía estar equivocado.

Finalmente consiguió que la señora Cable se fuera y llamó al doctor Yancey. Una vez hecho esto, se sentó cuidadosamente en una silla. El dolor disminuyó ligeramente. El chico estaba sentado en el suelo, observándole con esa curiosa intensidad de todos los niños, la cabeza ligeramente ladeada, sin la menor vergüenza. Sam tuvo que admitir que el muchacho era guapo. Sus rasgos eran regulares, su cuerpo fuerte y bien moldeado. En una ocasión Sam visitó el Asilo Estatal de Retrasados Mentales, y la mirada de los niños era lo que más recordaba de todo aquello. La mayoría de aquellas miradas eran apagadas, sin el menor brillo. Pocas de aquellas miradas engañaban. La mirada de Randall engañaba. Sus ojos eran brillantes, con el brillo de la fría nieve, pero no parecían interesarse en el mundo que lo rodeaba.

—¿Te duele, padre? —preguntó Randall. Hizo un pequeño gesto con una

mano, como si estuviera testificando y hubiera hallado una repentina verdad y se sintiera sorprendido por ella—. Te duele, padre —dijo de nuevo. Señaló hacia afuera de la ventana—. Todo duele —dijo.

—Sí —dijo Sam—. Todo el mundo duele.

El chico se giró cuando Sam oyó el coche en el camino. Era el doctor Yancey. El hombre entró con pasos secos y Sam sintió un momento de rápido y devorador odio hacia el otro hombre; la enorme y verde envidia del enfermo hacia el sano.

El doctor Yancey se dirigió primero al chico:

—Hola, Randy. ¿Cómo te encuentras hoy?

Por un momento Sam no creyó que el chico fuera a contestar.

Randall miró al doctor sin un interés particular.

—Soy joven —dijo finalmente, con una voz de falsete.

—A veces le dice esto a la gente —dijo Sam—. Creo que quiere decir que está bien.

Yancey se dirigió a la cocina y volvió con un vaso de agua y una cápsula amarilla.

—Esto no te hará ningún daño y te aliviará. —Tendió la cápsula y el agua a Sam, y Sam tragó dócilmente. Dejó que Yancey le ayudara de la silla hasta el diván. Unos dedos expertos lo examinaron. El chico observaba con un cierto interés.

—Estás hinchado, pero no hay ningún síntoma serio de fallo de ningún órgano. De todos modos, deberías estar en un hospital.

—Todavía no —dijo Sam débilmente—. Está el chico. —Alzó la vista a Yancey—. ¿Cuánto tiempo? —preguntó, sin desear realmente saber, y sin embargo deseando saber.

—Ya no mucho, Sam. Creo que el cáncer se ha extendido hasta la columna vertebral.

Mantuvo la voz baja, y se giró para ver si el chico estaba escuchando.

Randall se levantó del suelo. Se dirigió suavemente y con una cierta gracia hacia la salida de la habitación, y cruzó el vestíbulo. El interruptor de la luz del estudio sonó.

—Es algo inquietante —dijo Sam—. Va al estudio y toma algunos libros, y gira las páginas. Tengo una buena enciclopedia ahí, y algunos libros de medicina

que utilizo en los casos de daños. Supongo que le gustan los grabados. A veces se pasa horas ahí.

Algunos dicen que Ubu'l Kassim destruyó a su padre dos meses antes de la venida. La conmoción de la muerte y del nacimiento debilitó a la cosa-madre y murió pocos años después. La vida del niño resultó confusa, trasladándose de pariente a pariente, y maduró con lentitud. Algo dentro de él lo ocultó del mundo hasta el final de su adolescencia.

ítem: los libros eran desconcertantes. Había tanto en ellos que era claramente equivocado, pero no eran crueles en sí mismos, tan sólo estúpidos y descuidados. Recordó la cosa-madre y se preguntó por qué la había herido. La cosa-padre también estaba herida, pero él no era el causante de ello. No había amor en la cosa-padre, pero la cosa-padre nunca lo había herido a él.

Los libros no eran ninguna ayuda.

Solo, sin ayuda sobre lo que el mundo se había convertido y lo que significaba para él, tomó su decisión. La tomó por una vez y para una sola cosa, rechazando todo el resto, retrasándolo.

La píldora fue efectiva durante unas horas, y luego su efecto empezó a menguar. Tomó otra y fue a ver lo que hacía el chico. Randall permanecía tendido en su cama, un pequeño cuerpo perdido entre las sábanas, respirando lentamente, tranquilamente, los ojos abiertos.

—¿Dónde está la madre? —preguntó.

Había dos sentimientos. Sam sentía el deseo de destruir al chico, y un sentimiento igual de tomarlo y apretarlo entre sus brazos. No hizo ninguna de las dos cosas. Arregló las sábanas.

—Se fue muy lejos —le dijo suavemente al chico.

Randall asintió.

Sam regresó al estudio y lo ordenó. El chico había trasteado de nuevo con sus libros. Volvió a colocarlos en sus estantes. Fue a acostarse. El sueño vino rápidamente.

Afuera, en las casas del vecindario, la mayoría de las luces estaban aún encendidas. La gente miraba inquieta las pantallas de sus televisores. Había otra confrontación, esta vez en el Cercano Oriente. Las manos avanzaban hacia el botón rojo, el botón que el hombre había creado. El Presidente habló y las tensiones se relajaron, para algunos. El mundo, tal como era y tal como los

hombres lo habían construido, seguiría existiendo durante un tiempo.

Sam tuvo un sueño.

Los rostros de un millar de clientes se le aparecieron y se fundieron en un solo rostro enfermo e ignorante y lleno de prejuicios, y rostro del «jamás tuve» y «jamás tendré» que se quejaba de la injusticia de la vida mientras engendraba hijos y más hijos que la sociedad debería cuidar, educar y alimentar. Era un rostro que Sam conocía muy bien, un rostro que argumentaba divorcios y exigía pensiones alimenticias y acusaba de violación y confesaba asesinato. Era un rostro que odiaba a todas las minorías y mayorías de las cuales no formaba parte destacada, que maldecía al destino y defraudaba a la Seguridad Social. El rostro le era parcialmente familiar y lo conocía bien, porque era su propio rostro.

Era un sueño construido a base de quince años de práctica profesional. No era una pesadilla, porque era mucho mejor que la vida.

Sin embargo, el sueño se adaptaba a la vida. Y en el momento mismo de estar soñando, si hubiera podido hacer una elección racional, si el instinto hacia la vida no hubiera sido tan fuerte y arraigado, hubiera elegido la muerte.

Estuvo a punto de despertarse una vez, pero volvió a sumergirse en el pozo donde tan sólo había un débil círculo de luz. Ann y el chico estaban allí. Le tocaron con manos suaves. Los giró hacia el círculo de luz, y entonces pudo ver sus rostros, y aquellos rostros llevaban las mismas marcas que los rostros de sus clientes-yo, crueldad, enfermedad, ira y dolor. Sus manos seguían tocándole e intentó escapar, alterado por el contacto. Dominado por un horrible dolor y desgarrado y ardiendo, se apartó de ellos víctima de grandes arcadas.

Despertó.

Sólo un par de manos era real.

Randall estaba junto a la cama. Las manos del muchacho estaban apoyadas ligeramente sobre el pecho de Sam, tranquilas e inmóviles. Había algo en el rostro del chico, una consciencia, un sentimiento. Sam no podía leerlo, pero había satisfacción y realización y quizás incluso amor. Luego la expresión desapareció. El chico bostezó y apartó sus manos. Se alejó caminando, y Sam no tardó en oír el roce de la colcha de seda en la habitación del muchacho.

Le llegó un espasmo de vacío dolor. Sam se levantó débilmente y se dirigió a la cocina y tomó otra píldora y se sentó por un instante en el diván hasta que empezó a hacer efecto. Regresó pasando por delante de la habitación del

muchacho y miró dentro. Randall estaba tendido rígido en su cama. Había una brillante película de sudor en la frente del chico. Sus ojos estaban abiertos, observando y esperando.

—Soy joven —dijo el chico de nuevo, como lamentándose y sin dirigirse a nadie en particular.

—Sí —dijo Sam débilmente—. Tan joven.

—Había una cosa-cabeza —dijo Randall lentamente, buscando las palabras —. Dolía al perrito. —Alzó un pequeño dedo y lo apoyó en la muñeca de Sam —. Peces siempre con hambre. Yo les daba. —Agitó la cabeza—. Veo palabras. No puedo decirlas. —Hubo confianza en su voz—. Creceré más rápidamente ahora. —Apartó sus manos de la muñeca de Sam y las acercó a su abdomen—. Todo ido ahora. Todo ido de todos lados —dijo, y Sam creyó ver de nuevo agitarse el rostro de su anterior sueño.

Sam miraba sin comprender.

Los ojos fríos y perdidos lo observaban, y las siguientes palabras helaron la sangre de Sam. La voz del chico aumentó de volumen, con una ferocidad que Sam nunca le había oído antes.

—Veo cosas en la tele, las leo en los libros y diarios, son tantas cosas malas, todo odio ahí afuera del mismo modo que otros me odian a mí. —Tocó su propia cabecita—. Tantas cosas ahí adentro que aún no están listas. A —Apretó fuertemente sus párpados, y una pequeña lágrima brotó en cada comisura—. Nada de penas. Me haré más viejo —dijo Randall, y su voz era una cruel e inhumana promesa.

Hubo Otro que nació en un pesebre y murió en una cruz. Ese fue protegido durante un tiempo y su maduración no fue forzada.

Pero este nuevo Otro, el Otro nacido para nuestro tiempo, verá el odio hacia su prójimo consumir al hombre, consumirlo de tal modo que el odio se extenderá incluso hacia sí mismo. Lo ve en Alabama y en Vietnam e incluso en el pequeño mundo cercano que Lo rodea. Lo ve en la televisión y lo lee en los periódicos y crece sin protección en este mundo de histérica comunicación de masas.

Y planea. Y luego decide.

Este Otro alcanzará la madurez, y conocerá la cólera.

* * *

Cuando esta historia aparezca yo habré cumplido los cuarenta años, una edad peligrosa en sí misma. Supongo que esta es una historia que he deseado escribir durante mucho, mucho tiempo, pero su redacción y particularmente su final, y la labor de pulido que convierte un relato en una obra literaria, tuvieron un efecto deprimente sobre mí. Era incapaz de sacudirme la sensación de que en alguna forma estaba mofándome de Dios. Hubo un momento en que pensé seriamente retirar la historia, pero me alegro de no haberlo hecho. A su manera, El señor Randy, mi hijo es una historia profundamente religiosa, que combina esa parte mejor que hay en mí con esa parte del mundo que reconozco como la peor, un mundo que siempre ha sido malo pero interesante. Soy abogado de profesión, y admito que algunas partes de la secuencia del sueño son intensamente personales.

Si un escritor ha estado alguna vez satisfecho de una historia, excepto la «próxima», esa que va a hacer, entonces puedo decir que me siento profundamente satisfecho de ésta.

Eutopía

Poul Anderson

Cuando llegó el momento de escribir esta presentación de Poul Anderson, descubrí —con creciente pánico— que de alguna forma no le había pedido a Poul los datos biográficos necesarios para incluir en ella. Todos los demás escritores habían sido requeridos para ello y los habían enviado, así como un epílogo. Tenía un epílogo para Eutopía, pero nada sobre Anderson. Por un momento me pregunté por qué Poul y no otro había sido olvidado. Y entonces todo se me hizo obvio. No necesitan amenazarme con los prensapulgares o la bota para obligarme a admitir que soy un entusiasta de la obra de Poul Anderson. No necesitan hacer presión sobre mí para que confiese que he leído casi todo lo que este hombre ha escrito en el campo de la ficción especulativa durante los últimos dieciséis años. En consecuencia, una tal familiaridad conduce a un sentimiento inconsciente de este recopilador de que puede escribir una presentación sin ningún dato en la mano. Prefiero creer eso antes que la alternativa de que soy un imbécil olvidadizo. Uno debe aferrarse a las piedras angulares de su religión personal.

Tengo mis historias preferidas de Anderson, como supongo que las tienen ustedes. He releído Un-Man y Guardians of Time (Los guardianes del tiempo) y las historias de Hoka (escritas en colaboración con Gordy Dickson) y The High Crusade (La gran cruzada) y Three Hearts and Three Lions (Tres corazones y tres leones), al menos tres veces cada una, y algunas de ellas media docena de

veces. Cuando comprendí que debería rebuscar los datos biográficos en algún lugar, empecé a escudriñar mis estanterías en busca de los volúmenes de Anderson: no tuve demasiada suerte, sólo fui capaz de separar treinta y dos libros. ¡El hombre es incapaz de escribir una palabra aburrida!

Pero aparte las credenciales al uso, tales como que ha ganado dos Hugo, está casado y tiene una hija llamada Astrid, y vive en Orinda, California; que se graduó en la Universidad de Minnesota con un título en física; que su Perish by the Sword (Muere por la espalda), una novela de misterio, ganó el primer premio Macmillan Cock Robin; que en 1959 fue el Huésped de Honor en la Convención Mundial de Ciencia Ficción; que vendió sus primeras historias en 1947 (ambas eran novelas cortas: Tomorrow's Children [Los hijos del mañana] y Logic [Lógica]) a la revista Astounding', que nació en Bristol, Pennsylvania; aparte todos esos hechos más bien mundanos (y el hecho singular de que Esquire, la mundialmente renombrada revista por su profunda y exhaustiva búsqueda de la verdad en lo que publica, consiguió muy hábilmente —en su número de enero de 1966— etiquetar una foto a todo color y página entera de Poul con el nombre de A. E. van Vogt, y la foto de Van Vogt con el nombre de Poul Anderson), hay secretos tan profundamente enterrados que sólo los más íntimos amigos del autor pueden descubrirlos. Así que, por primera vez en todo el mundo, y siendo por ello en sí misma una visión muy peligrosa, el velo es corrido a un lado y la verdad sobre Poul Anderson puede ser dicha:

Porque debido a la mucha estatura de Anderson y su inclinación a escribir historias acerca de héroes fuertemente musculados, muchos de ellos reencarnaciones o descendientes de los conquistadores vikingos, ha persistido el rumor de que Anderson es de ascendencia nórdica. Eso son puras patrañas. Poul Anderson (pronúnciese muy suavemente el Poul) tiene realmente un metro de altura con calcetines (y lleva esos odiosos calcetines de hilo de Escocia bordado), es barrigudo, y tiene el vello dorado, con una cabeza redonda como una bola de billar y pequeños ojillos negros. Excepto sus manos de dedos cortos y gordezuelos, se parece absolutamente a un gigantesco oso de peluche. Es un tributo a sus poderes de persuasión personal y a la amabilidad de aquellos que le rodean el que sea capaz de hacerse pasar por un tipo de dos metros de altura con una cabeza adornada por una abundante cabellera y unos modales de narrador acompañados por amplios gestos de sus manos del tamaño de jamones.

Poul Anderson nunca ha escrito ni una palabra de las historias que se le atribuyen. Todas ellas han sido escritas por F. N. Waldrop, un cartero asmático que trabaja en la estafeta rural de Muscatine, Iowa. Anderson, mediante amenazas y difamaciones personales, mantiene aherrojado a Waldrop desde hace más de veinte años. El hecho de que Anderson raptara a los tres hijos de Waldrop en 1946 no ha ayudado tampoco mucho a mejorar la situación.

Y como última risible mentira, Poul Anderson insiste en que la historia que sigue no es «peligrosa», y hubiera podido ser vendida a cualquier revista. Díganle esto a McCall's o a

Boy's Life después de haberla leído. Y, por favor, dirijan todas las demandas por difamación a F. N. Waldrop, estafeta de correos, Muscatine, Iowa.

* * *

—Gifthitnafn!

Las palabras danska surgieron de la radio del coche mientras el zumbido de un jet ahogaba el ruido del motor y los neumáticos.

—¡Identifíquese!

Jason Philippou lanzó una mirada al cielo a través de la burbuja. Vio una franja azul entre las dos dentadas paredes verdes del bosque de pinos que bordeaba la carretera. La luz del sol se reflejaba en los costados de la máquina de matar allá arriba. Lanzó un gemido, viró, y describió un círculo sobre él.

El sudor empezó a manar de sus sobacos y a deslizarse por sus costados. «No debo dejarme dominar por el pánico —pensó en un rincón de su cerebro—. Que Dios me ayude ahora.» Pero era a su entrenamiento al que invocaba. Psicosomático: controla los síntomas, mantén la respiración regular, ordena disminuir el pulso, y el miedo a la muerte se convertirá en algo que podrás manejar. Era joven, y tenía mucho que perder. Pero los filósofos de Eutopía instruían bien a los niños puestos a su cuidado. Tú serás un hombre, le habían dicho, y el orgullo de la humanidad es que no estamos ligados al instinto y a los reflejos; somos libres porque podemos dominarnos.

No podía pasar por un ciudadano normal (no, aquí les decían mootman) de

Norlandia. Aun prescindiendo de todo lo demás, su acento helénico era demasiado pronunciado. Pero podía engañar al piloto de allá arriba, aunque fuera solo por unos minutos, haciéndole creer que procedía de algún otro campo de su historia. Hizo que su tono fuera más áspero, para disimular un poco, y asumió la arrogancia esperada.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere?

—Runolf Einarsson, capitán de la hirda de Ottar Thorkelsson, el Legislador de Norlandia. Persigo a alguien que ha despertado su cólera. Déme su nombre.

«Runolf —pensó Jason—. Oh, sí, te recuerdo muy bien, de tez oscura y alto y esbelto por el lado tyrker de su herencia, pero con los ojos azules procedentes de Thule.» Y una parte distinta de él que estaba a un lado vigilando rectificó: «No, estoy mezclando mis historias. Yo llamo a los autóctonos erythrai, y vosotros llamáis al país de vuestros antepasados europeos Danarik».

—Soy Xipec, un comerciante de Meyaco —dijo.

No disminuyó su marcha. La frontera estaba a unos pocos estadios de distancia, tan furiosamente había conducido durante toda la noche desde que escapara del castillo del Legislador. No había esperado llegar tan lejos, pero cada vuelta de las ruedas lo llevaba más cerca. El bosque se convertía en una mancha borrosa debido a la velocidad.

—Si es así, por supuesto lamento haberle dado el alto —restalló la voz de Runolf—. Llame al Legislador y él enviará rápidamente a la cofradía para defender sus derechos. Pero me veo obligado a pedirle que se detenga y abandone su vehículo, a fin de que pueda enfocar el visor de largo alcance sobre su rostro.

—¿Por qué?

Otro segundo o dos ganados.

—Un visitante de la Madre Patria, Europa, vino a Ernvik. Ottar Thorkelsson lo recibió con los brazos abiertos. En correspondencia, él hizo algo que sólo su muerte puede limpiar. Antes que enfrentarse a Ottar en el Valcampo, robó un coche, del mismo tipo que el suyo, y huyó.

—¿No bastaría llamarle un nithing ante la gente? «¡He aprendido al menos esto de sus bárbaras costumbres, de todos modos!»

—Es extraño que un meyacano diga esto. ¡Deténgase inmediatamente y salga, o abro fuego!

Jason se dio cuenta de que sus dientes estaban tan encajados que le dolían. ¿Cómo por los Hades podía un hombre recordar los centenares de pequeñas regiones, cada una con sus propias costumbres, en que estaba dividido el continente? Westfall era un embrollo más fantástico que toda la Tierra en aquella historia en la que llamaban al lugar América. «Bien —pensó—, ahora descubriremos qué posibilidades hay de que vuelva a oírlo llamar Eutopía de nuevo.»

—Muy bien —dijo—. No me deja usted otra elección. Pero por supuesto exijo una compensación por ese insulto.

Frenó tan lentamente como se atrevió. La carretera era una cinta negra ante él, acuchillando la inmensidad de los árboles. No sabía si estos bosques habrían sido talados alguna vez. Quizá sí, cuando los hombres blancos habían navegado por primera vez cruzando el Pentalime (llamándolo los Cinco Mares) para fundar Ernvik allá donde estaba Duluth en América y Lykopolis en Eutopía. En aquellos días Norlandia se había extendido poderosamente por todo el país de los lagos. Pero luego vinieron las guerras con los dakotas y los magiares, para sentar los límites; y el desarrollo del comercio —últimamente sintéticos— permitió a la gente utilizar el interior del país para la caza que tanto gustaba. Trescientos años podían reestablecer el climax de un bosque.

Se le presentó vívidamente ante él la visión de aquella zona tal y como la había conocido en su hogar: ordenados bosquecillos y jardines, poblados planificados por su belleza al mismo tiempo que por su utilidad, esbeltos cuerpos morenos en los campos de atletismo, música a la luz de la luna… Incluso la temible América era más humana que este salvajismo.

Se habían ido, perdidos en las múltiples dimensiones del espacio tiempo, y él se había quedado solo y la muerte caminaba por los cielos. «¡Y no te compadezcas, idiota! Guarda tus energías para la supervivencia.»

El coche se detuvo bruscamente en el borde de la carretera. Jason reunió su valor, abrió la portezuela, y saltó.

Quizá la radio tras él lanzó una maldición. El jet hizo un pronunciado viraje y picó como un halcón. Las balas tabalearon a sus talones.

Luego estuvo entre los árboles. Lo cubrieron con un techo de sombras salpicado de manchas de sol. Los troncos se alzaban con una masiva potencia masculina, sus ramas respirando una fragancia que cualquier mujer hubiera

envidiado. Las agujas caídas amortiguaban sus pasos, un petirrojo cantó, un ligero viento refrescó sus mejillas. Se aplastó contra el abrigo de un tronco y se mantuvo allí inmóvil, respirando pesadamente y sintiendo latir tan fuerte su corazón que ahogaba el siniestro silbido sobre su cabeza.

Finalmente se alejó. Runolf debía de haber sido llamado de vuelta por su señor. Ottar enviaría ahora caballos y perros en su lugar, la única forma de perseguirle. Sin embargo, Jason tenía algunas horas de gracia.

Después de eso… Reviviendo su entrenamiento, se sentó y pensó. Si Sócrates, sintiendo el frío de la cicuta, había sido capaz de dar sabios consejos a los jóvenes de Atenas, Jason Philippou podía ser capaz de examinar sus posibilidades. Porque aún no estaba muerto.

Enumeró sus posesiones. Una pistola del tipo local, de balas; una brújula; un puñado de monedas de oro y plata; una capa que podía convertirse en una manta, sobre las ropas (túnica-pantalones-botas) típicas del centro de Westfall. Y él mismo, el instrumento definitivo. Su cuerpo era alto y musculoso —con los cabellos rubios y la nariz corta, una herencia de sus antepasados galos—, y había sido entrenado por hombres que habían ganado laureles en el Olimpeyón. Su mente, todo su sistema nervioso, estaba más adiestrado aún. Los pedagogos de Eutopía habían hecho que la lógica, la consciencia semántica, la perspectiva, fueran algo tan natural para él como el respirar; su memoria estaba bajo tal control que no necesitaba ningún mapa; pese a un error calamitoso, sabía que estaba entrenado para luchar con las manifestaciones más extrañas del espíritu humano.

Y, sí, por encima de todo lo demás, tenía una razón para vivir. Iba mucho más allá que cualquier deseo ciego de continuar una identidad; era simplemente algo que la molécula de ADN había elaborado a fin de fabricar más moléculas de ADN. Tenía a su amor aguardando su regreso. Tenía su país: Eutopía, la Buena Tierra, que su gente había fundado hacía dos mil años en un nuevo continente, dejando tras ella los odios y los horrores de Europa, llevándose consigo la obra de Aristóteles y escribiendo finalmente en su Syntagma: «La finalidad nacional es alcanzar la cordura universal».

Jason Philippou quería regresar a casa.

Se alzó y echó a andar en dirección al sur.

Estaba en Tetrade, que sus perseguidores llamaban Onsdag. Unas treinta y

seis horas más tarde, supo que ya no estaba en Pentade sino cerca de las tierras del ocaso de Thorsdag. Porque andaba tambaleándose a través del bosque, la boca llena de un polvo de momia, el vientre una caverna de vaciedad, las rodillas estremeciéndose bajo él, las moscas zumbando a su alrededor mientras el sudor se secaba sobre su piel, y oyó el distante ladrido de los perros.

Un cuerno respondió, un largo grito de cobre que atravesó las arcadas de hojas. Habían encontrado su rastro, ya no podía despistar a los jinetes, jamás volvería a ver las estrellas.

Una mano cayó sobre su pistola. «Me llevaré a un par de ellos conmigo… No.»

Seguía siendo un heleno, que no mataba innecesariamente, ni siquiera a los bárbaros que pretendían abatirlo porque había infringido uno de sus tabúes.

«Me mantendré bajo un cielo abierto, recibiré sus balas, y me hundiré en la oscuridad recordando Eutopía y a todos mis amigos y a Niki mi amor.»

Se dio cuenta vagamente de que había abandonado el bosque de pinos y se encontraba en un segundo bosque de hayas. La luz doraba sus hojas y acariciaba los esbeltos troncos blancos. ¿Y qué era ese gruñido ante él?

Se detuvo. Podía haber todavía alguna posibilidad. Estaba al borde del colapso; pero el organismo posee una reserva a la que el hombre plenamente integrado puede apelar. Eliminó el sonido de los perros de su conciencia, sus dolores y su agotamiento. Inspiró bocanada tras bocanada de aire, todo tranquilidad y pureza, visualizando los átomos de oxígeno que penetraban a través de sus agotados tejidos. Hizo que los latidos de su corazón disminuyeran su ritmo, el pulso se hiciera más pausado; tensó y relajó los músculos hasta que cada uno de ellos funcionó de nuevo suavemente; el dolor dejó de alimentarse de sí mismo y desapareció; la desesperación cedió su lugar a la calma y al cálculo. Siguió adelante.

Las tierras cultivadas se extendían hacia el sur ante él, su joven grano germinando esplendorosamente a la luz de los últimos dorados rayos del sol que le llegaban del oeste. No lejos de él había un grupo de edificios como granjas, largos, bajos, y de techos puntiagudos. El humo de la chimenea manchaba el cielo. Pero sus ojos se fijaron primero en el hombre que estaba cerca de ellos. Estaba cultivando los campos con un tractor. Aunque el motor dieléctrico había sido inventado en este mundo, su uso aún no se había extendido tan al norte, y

los humos de la gasolina irritaron el olfato de Jason. Siempre había pensado que aquel hedor era una de las peores abominaciones de América —¡esa porqueriza a la que llamaban Los Ángeles!—, pero ahora le parecía delicioso y vivificante, porque significaba esperanza.

El conductor le vio, se detuvo, y blandió un rifle. Jason avanzó con las palmas de sus manos alzadas, en signo de paz. El conductor se relajó. Era un típico magiar: rechoncho, de pómulos salientes, la barba trenzada, su túnica bordada con vivos colores. «¿Así pues, he cruzado la frontera! —exultó Jason—. ¡Estoy fuera de Norland y en el voivodaío de Dakoty!»

Antes de enviarle ahí, los antropólogos del Instituto de Investigaciones Paracrónicas le habían inculcado naturalmente de forma electroquímica las principales lenguas de Westfall. (Lástima que no hubieran sido más cuidadosos enseñándole las costumbres. Pero había sido reclutado apresuradamente para el puesto de Norlandia tras la muerte accidental de Megasthenes; y se suponía que su experiencia en América le proporcionaba calificaciones especiales para esta historia, que era también no alejandrina; y, en realidad, el objetivo principal de las misiones como aquella era precisamente aprender en qué formas variaban entre sí las sociedades de las distintas Tierras.) Formó las palabras ural-altaicas con facilidad.

—Mis saludos. Vengo como suplicante.

El granjero permanecía sentado inmóvil, tenso, mirándole y escuchando a los perros a lo lejos en el bosque. Su rifle estaba dispuesto.

—¿Eres un fuera de la ley? —preguntó.

—No en este reino, hombre libre. —(De nuevo otro nombre y concepto para «ciudadano».)—. Era un pacífico comerciante de la Madre Patria, visitando al Legislador Ottar Thorkelsson en Ernvik. Su ira cayó sobre mí, tan grande que rompió la sagrada hospitalidad e intentó robarme la vida a mí, su huésped. Ahora sus cazadores están tras mi rastro. Puedes oírles en la lejanía.

—¿Norlandeses? Pero esto es Dakoty.

Jason asintió. Dejó asomar sus dientes en una sonrisa que dividió en dos su sucio y polvoriento rostro.

—Exacto. Han entrado en vuestro país sin siquiera pediros autorización. Si tú no haces nada, entrarán en tus dominios y me matarán, a mí que te pido ayuda.

El granjero sopesó su arma.

—¿Cómo sé que dices la verdad?

—Llévame al voivode —dijo Jason—. Así defenderás a la vez la ley y tu honor. —Muy cuidadosamente, desenfundó su pistola y se la tendió, la culata por delante—. Seré tu deudor eterno.

Duda, miedo e irritación se alternaron en el rostro del hombre sobre el tractor. No tomó el arma. Jason aguardó. «Si le he interpretado bien, he ganado varias horas de vida. Quizá más. Eso dependerá del voivode. Mi única oportunidad es utilizar su propia barbarie… su división en pequeños estados, su loca idea del honor, su fetichismo hacia la propiedad y la intimidad… para sujetarles.»

«Si fracaso, entonces moriré como un hombre civilizado. Eso no podrán quitármelo.»

—Los perros te han olido. Estarán aquí antes de que podamos escapar —dijo el magiar, inquieto.

El alivio hizo tambalearse a Jason. Luchó por dominarse y dijo:

—Podemos hacernos cargo de ellos durante un tiempo. Dame algo de gasolina.

—¡Oh… eso! —El otro hombre se echó a reír, y saltó al suelo—. Bien pensado, extranjero. Y gracias. La vida ha sido muy aburrida por aquí desde hace demasiados años.

Tenía en su vehículo un bidón de carburante de reserva. Lo transportaron durante un considerable trecho a lo largo del camino por el que Jason había venido, regando suelo y árboles. Si eso no desviaba a la jauría, nada lo haría.

—¡Ahora apresúrate! —le urgió el magiar, echando a correr.

Las dependencias de su granja estaban edificadas en torno a un patio abierto. Suaves olores a heno y a ganado brotaban de los establos. Varios niños llegaron corriendo para verles. La mujer les gritó que volvieran dentro, tomó el rifle de su marido y montó guardia en la puerta sin apenas cambiar de expresión.

Su casa era sólida, amplia, estéticamente agradable si uno podía aceptar los tapices chillones y las columnas pintadas. Sobre la chimenea había una hornacina para el altar familiar. Aunque la mayoría de los habitantes de Westfall habían dejado los mitos muy atrás, esos campesinos parecían seguir adorando al Triple Dios Odín-Atila-Manitú. Pero el hombre se dirigió hacia un sofisticado

radiófono.

—No tengo ninguna aeronave —dijo—, pero puedo conseguir una.

Jason se sentó para aguardar. Una muchacha se le acercó tímidamente con una jarra de cerveza y una loncha de queso puesta sobre una rebanada de pan moreno.

—Sé nuestro huésped santificado —dijo.

—Que mi sangre sea la vuestra —respondió Jason según la costumbre.

Consiguió tomar la comida y no devorarla como un lobo. El granjero regresó.

—Unos minutos más —dijo—. Soy Arpad, hijo de Kalman.

—Jason Philippou.

Le pareció que sería un error dar un falso nombre. La mano que estrechó era dura y cálida.

—¿Qué es lo que has hecho para caer en desgracia ante el viejo Ottar? —preguntó Arpad.

—Fui engañado —dijo Jason amargamente—. Viendo lo libres que eran las mujeres no comprometidas…

—Oh, claro. Son unos libidinosos, esos danskar. Casi tan desvergonzados como los tyrkers. —Arpad tomó una pipa y una bolsa de tabaco de un estante—. ¿Fumas?

—No, gracias.

«No nos degradamos con drogas en Eutopía.»

Los perros estaban cerca. Sus ladridos se convirtieron en gañidos desconcertados. Los cuernos resonaron. Arpad cargó su pipa tan fríamente como si aquello fuera una diversión.

—¡Cómo deben de estar maldiciendo! —sonrió—. Tengo que reconocer que los danskar son poetas, incluso en sus maldiciones. Y hombres valientes, lo admito. Fui a sus posesiones hace diez años, cuando el voivode Bela envió a gente a ayudarles tras las inundaciones que sufrieron. Les vi reír mientras luchaban contras las desencadenadas aguas. Y también nos proporcionaron duros momentos durante las viejas guerras.

—¿Crees que habrá nuevamente guerras? —preguntó Jason. Lo que más deseaba era evitar hablar de sus propios problemas. No estaba seguro de cómo podía reaccionar su anfitrión.

—No en Westfall. Hay demasiado trabajo que hacer. Si la sangre joven no se enfría lo suficiente con un duelo de vez en cuando, entonces siempre les queda el recurso de hacerse mercenarios entre los bárbaros al otro lado del mar. O bien los planetas. Mi chico mayor sueña con ir allí.

Jason recordó que varios reinos más al sur estaban reuniendo sus recursos para misiones astronáuticas. Hallándose aproximadamente en el mismo nivel tecnológico que la historia americana, y no necesitando mantener enormes programas militares o sociales, habían instalado una base en la Luna y enviado expediciones a Ares. A su debido tiempo, suponía, conseguirían hacer lo que los helenos habían hecho hacía mil años, convertir Afrodita en una nueva Tierra. (Tero tendrían entonces una auténtica civilización… serían hombres racionales en una sociedad racionalmente planificada? Desanimadamente, lo dudaba.

Un retumbar en el exterior hizo saltar a Arpad sobre sus pies.

—Es tu vehículo —dijo—. Será mejor que te vayas. Caballo Rojo te conducirá a Varady.

—Los danskar llegarán seguramente muy pronto —se preocupó Jason.

—Dejémosles que vengan —se alzó de hombros Arpad—. Avisaré a los vecinos, y ellos no son tan estúpidos como para no saber que voy a hacerlo. Mantendremos un combate dialéctico, y luego les ordenaré que abandonen mis tierras. Adiós, amigo.

—Yo… me gustaría poder pagarte tus bondades.

—¡Bah! Ha sido divertido. Y me has dado también una oportunidad de ser un hombre ante mis hijos.

Jason salió. La aeronave era un helicóptero —aquí aún no habían descubierto la gravítica— pilotado por un joven autóctono taciturno. Explicó que era un criador de ganado, y que llevaba al extranjero menos por hacerle un favor a Arpad que para darles una respuesta a la imprudencia de los norlandeses de entrar en Dakoty sin permiso, Jason se sintió feliz de no tener que entablar una conversación.

El aparato se elevó en vertical. Mientras tomaba rumbo al sur vio racimos de caseríos, la edificación ocasional de algún magnate, y aparte eso tan sólo feraces llanuras ondulantes. La población era mantenida dentro de las posesions familiares, tanto en Westfall como en Eutopía. Pero no porque supieran que los hombres necesitaban espacio y aire puro, pensó Jason. No, actuaban por

egoísmo, en bien de la familia materializada. Un padre no deseaba tener que dividir sus posesiones entre varios hijos.

El sol se puso, y una luna casi llena ascendió por el cielo, enorme y del color de una calabaza, desde el horizonte oriental del mundo, Jason se reclinó en su asiento, sintiendo en sus huesos el palpitar del motor, casi saboreando su cansancio, y observó. No era visible el menor signo de la base lunar. Debería regresar a casa antes de poder ver la luna resplandeciendo llena de ciudades.

Y su casa estaba más que infinitamente lejos. Podría viajar hasta la más lejana de aquellas estrellas que empezaban a parpadear contra el crepúsculo púrpura —si fuera posible superar la velocidad de la luz— sin hallar Eutopía. Estaba separada de aquel lugar por las dimensiones y por el destino. Nada excepto los campos de desviación de un paracronión podrían llevarle a través de las líneas del tiempo hasta los suyos.

Pensó en los porqués. Era una especulación vacía, pero su cansado cerebro hallaba alivio en la puerilidad. ¿Por qué había querido Dios que el tiempo pasara y volviera a pasar, enorme, sombrío, albergando universos como los yggdrasil de la leyenda danskar? ¿Era a fin de que el hombre pudiera realizar todas las potencialidades que había en él?

Seguramente no. Muchos de ellos eran un horror absoluto.

Supongamos que Alejandro el Magno no se recuperó de la fiebre que se abatió sobre él en Babilonia. Supongamos que, en vez de ser un hombre moderado que pasó el resto de su larga vida afirmando los cimientos de su imperio… supongamos que simplemente murió.

Bien, esto ocurrió, y probablemente en más historias que en las que no murió. Aquí el imperio se desmoronó en salvajes guerras de sucesión. La Hélade y el Oriente se separaron. La naciente ciencia se sumió en la metafísica, finalmente incluso en el misticismo. Un convulsionado mundo mediterráneo cayó en manos de los romanos: fríos, crueles, sin creatividad, proclamando ser los herederos de la Hélade pese a que habían destruido Corinto. Un profeta judío herético fundó un culto misterioso que cobró raíces por todas partes, porque los hombres desesperaban de sus vidas. Y ese culto ignoraba la palabra tolerancia. Sus sacerdotes negaban todas las manifestaciones de Dios excepto una; talaron los bosquecillos sagrados, retiraron de las casas los humildes ídolos, y martirizaron a los últimos hombres cuyas almas eran libres.

«Oh, sí —pensó Jason—, a su debido tiempo perdieron su poder. La ciencia pudo renacer, casi dos milenios más tarde que entre nosotros. Pero el veneno permanecía: la idea de que el hombre debe conformarse no sólo en su comportamiento sino también en sus creencias. Ahora, en América, a eso le llaman totalitarismo. Y debido a ello, los cohetes nucleares han sido incubados en una pesadilla.

»Odio esta historia, su suciedad, su derroche, su fealdad, sus restricciones, su hipocresía, su locura. Nunca tendré una tarea más dura que cuando tuve que pretender ser un americano a fin de ver desde dentro cómo creían ordenar sus vidas. Pero esta noche… Siento piedad por ti, pobre mundo violado. No sé si desear tu pronta muerte, como probablemente ocurrirá, o esperar que algún día tus descendientes puedan luchar para conseguir lo que nosotros hemos conseguido hace más de una era.

»Tuvieron más suerte aquí, debo admitirlo. El cristianismo cayó ante los asaltos de los árabes, vikingos y magiares. Después, el imperio islámico se suicidó en guerras civiles, y los bárbaros de Europa pudieron abrirse camino a su comodidad. Cuando cruzaron el Atlántico, hace un millar de años, no tenían el poder de cometer genocidio con los nativos; tuvieron que llegar a un acuerdo. No tenían industria, entonces, para destripar el hemisferio; forzosamente se vieron obligados a conquistar esta tierra lentamente, tomándola como un hombre toma a su recién desposada.

»Pero estos enormes bosques sombríos, esas tristes praderas, esos despoblados desiertos y montañas por donde pululan las cabras monteses… todo eso entró en sus almas. Seguirán siendo, inevitablemente y por siempre, unos salvajes.»

Suspiró, se reclinó, e intentó dormir. Niki pobló sus sueños.

Allá donde una catarata señalaba el principio de la navegación de ese gran río conocido variadamente como el Zeus, el Mississippi y el Longflood, un pueblo básicamente agrícola que no había desarrollado el transporte aéreo tanto como en Eutopía edificaría seguramente una ciudad. El comercio y la potencia militar trajeron consigo el gobierno, el arte, la ciencia y la educación. Varady albergaba a unas cien mil personas o así —no existían censos en Westfall—, cuyas casas abocadas hacia el interior rodeaban las torres del castillo del voivode. Despertándose, Jason salió a su balcón y oyó el rumor del tráfico. Más

allá de los techos se alzaban las murallas defensivas. Se preguntó si una paz fundada en el equilibrio del poder entre pequeños estados podría durar.

Pero la mañana era demasiado fresca y resplandeciente para tales reflexiones. Allí estaba él, a salvo, limpio y descansado. Había habido poca conversación cuando llegó. Viendo las condiciones del fugitivo que le traían solicitando asilo, Bela Zsolt le había hecho servir la cena y lo había enviado a la cama.

«Pronto conferenciaremos —comprendía Jason—, y tendré que ser muy cuidadoso si quiero seguir viviendo.» Pero la salud que le había sido restituida era tan fuerte que no sentía la necesidad de suprimir las preocupaciones.

Una campanilla sonó en la habitación. Volvió a entrar en la estancia, que era espaciosa y aireada pese a estar demasiado ornamentada. Recordando que la costumbre desaprobaba la desnudez, se envolvió en una ropa de colores chillones con un dibujo en zigzag.

—Sean bienvenidos —dijo en magiar.

La puerta se abrió y una mujer joven entró con su desayuno.

—Buena suerte para ti, oh huésped —dijo con un pronunciado acento; era una tyrker, y llevaba todavía el atuendo bordado y orlado de su pueblo—. ¿Has dormido bien?

—Como Coyote tras una travesura —rió él.

Ella le devolvió la sonrisa, complacida de su alusión, y preparó la mesa. Luego se sentó ante él. Los huéspedes no debían comer solos, Jason encontró el venado más bien fuerte a aquella temprana hora del día, pero el café era delicioso y la muchacha charlaba encantadoramente. Estaba empleada como doncella, le dijo, y así ahorraba dinero para su dote cuando regresara a su país cherokee.

—¿Me recibirá el voivode? —preguntó Jason cuando hubieron terminado.

—Te aguarda cuando tú desees. —Sus pestañas aletearon—. Pero no tenemos prisa.

Empezó a soltar su cinturón.

Una hospitalidad tan espléndida debía de ser el resultado de una superposición de costumbres, los hábitos libertinos de los danskar y los aún más libres de los tyrker influenciando a los austeros magiares, Jason se sintió casi como si estuviera en casa, en un mundo donde los individuos daban y recibían

mutuamente placer cuando les apetecía. Se sintió tentado… aquella frente amplia y lisa le recordaba a Niki. Pero no. Tenía poco tiempo. A menos que estableciera firmemente su posición antes de que Ottar pensara en llamar a Bela, estaría atrapado.

Se inclinó sobre la mesa y palmeó una pequeña mano.

—Te lo agradezco, encanto —dijo—, pero he hecho votos.

Ella aceptó la respuesta tan naturalmente como había hecho la pregunta. Este mundo, que tenía los medios de unificarse, prefería permanecer deliberadamente separado en fragmentos de culturas separadas. Algo de su alienación volvió a él mientras la contemplaba cimbrearse cruzando la puerta. Porque tan sólo había captado un pequeño destello de libertad. La vida en Westfall seguía siendo un laberinto de tradiciones, modales, leyes y tabúes.

Lo cual había estado a punto de costarle la vida, pensó; y aún podía costársela. ¡Era mejor apresurarse!

Se enfundó rápidamente las ropas que habían dispuesto para él, y buscó su camino por los largos corredores de piedra. Otra sirvienta le dirigió hacia el trono del voivode. Había varias personas aguardando fuera para hacer oír sus quejas o pedir que fueran enjuiciadas sus disputas. Pero cuando se anunció, Jason fue introducido inmediatamente.

La sala en la que entró se hallaba en la parte más antigua del edificio. Columnas de madera cuarteadas por la edad, grotescamente talladas con dioses y héroes, sostenían una techo bajo. Un fuego excavado en el suelo lanzaba volutas de humo hacia un orificio; dentro quedaba el suficiente como para que los ojos de Jason empezaran a escocerle. Hubieran podido proporcionarle muy fácilmente una oficina más moderna a su magistrado en jefe, pensó… pero no; puesto que sus antepasados habían emitido sus juicios en esta perrera, él también debía hacerlo.

La luz que se filtraba por las estrechas ventanas rozaba los angulosos rasgos de Bela y se perdía entre las sombras. El voivode era grueso y de pelo gris; sus facciones hablaban de una considerable mezcla de cromosomas tyrker. Permanecía sentado en un trono de madera, su cuerpo envuelto en una manta, su cabeza llena de cuernos y plumas. Su mano izquierda sostenía un cetro adornado con una cola de caballo, y un sable desnudo estaba apoyado cruzando sus rodillas.

—Bienvenido, Jason Philippou —dijo gravemente. Señaló un taburete—. Siéntate.

—Doy gracias a mi señor.

El eutopiano recordó cómo su propio pueblo había prescindido de los títulos.

—¿Estás preparado para decir la verdad?

—Sí.

—Bien. —Bruscamente su silueta se relajó, cruzó las piernas y extrajo un cigarro de debajo de la manta—. ¿Fumas? ¿No? Bien, yo sí. —Una sonrisa frunció el correoso rostro, llenándolo de arrugas—. Siendo como eres un extranjero, no necesito seguir manteniendo esa maldita ceremonia.

Jason intentó responder de la misma forma.

—Es un alivio. No tenemos mucha en la República Peloponesa.

—Tu país natal, ¿eh? He oído que las cosas no van demasiado bien por allí.

—No. Mi patria se está haciendo vieja. Miramos hacia Westfall para nuestro futuro.

—Dijiste la pasada noche que habías venido a Norlandia como comerciante.

—Para negociar un acuerdo comercial. —Jason deseaba mantenerse tan ajustadamente a su historia tapadera como fuera posible. Uno no podía contarles a las distintas historias que los helenos habían inventado el paracronión. Además de cambiar todas las condiciones que deseaban estudiar, sería demasiado cruel dejar que los hombres supieran que otros hombres vivían en la perfección—. Mi país está interesado en comprar madera y pieles.

—Hum. De modo que Ottar te invitó a quedarte a su lado. Puedo comprender por qué. No tenemos muchas ocasiones de recibir a personas procedentes de nuestra Madre Patria. Pero un día quiso arrebatarte tu sangre. ¿Qué ocurrió?

Jason podía haberse refugiado en el derecho a la intimidad, pero eso no hubiera sentado bien. Y una mentira completa sería peligrosa; ante aquel trono, uno estaba automáticamente bajo juramento.

—En una cierta medida, sin lugar a dudas, la falta fue mía —dijo—. Uno de los miembros de su familia, casi adulto, se sintió atraído hacia mí y… llevo mucho tiempo alejado de mi esposa, y todo el mundo me había dicho que los danskar eran partidarios de la libertad antes del matrimonio, y… bien, no quería causar ningún daño. Simplemente alenté… Pero Ottar lo descubrió, y me desafió.

—¿Por qué no te enfrentaste a él?

Era inútil decir que un hombre civilizado no se enzarza en una lucha violenta cuando existe alguna otra alternativa.

—Considera, mi señor —dijo Jason—. Si perdía, estaría muerto. Si ganaba, este sería el final del proyecto de mi compañía. Los Ottarson nunca me hubieran perdonado, ¿no? Como mínimo, nos hubieran barrido de sus tierras. Y los peloponesos necesitamos esa madera. Pensé que lo mejor que podía hacer era escapar. Más tarde mis asociados podrían desacreditarme ante Norlandia.

—Hummm…, un extraño razonamiento. Pero eres leal, de todos modos. ¿Qué quieres de mí?

—Sólo un salvoconducto hasta… Steinvik. —Jason estuvo a punto de decir «Neathenai». Refrenó su vehemencia—. Tenemos un factor allí, y una nave.

Bela lanzó una bocanada de humo por la boca y frunció el ceño a la resplandeciente punta del cigarro.

—Me gustaría saber por qué Ottar se irritó tanto. No parece propio de él. Aunque supongo que cuando la hija de un hombre se halla implicada en el asunto, las cosas resultan algo distintas. —Se inclinó hacia delante—. En lo que a mí respecta —dijo con voz dura—, lo más importante es que esos norlandeses armados cruzaron mis fronteras sin solicitar permiso.

—Una grave violación de vuestros derechos, ciertamente. Bela pronunció una obscenidad de criador de caballos.

—Tú no comprendes. Las fronteras no son sagradas porque Atila lo quiera, digan lo que digan los chamanes. Son sagradas porque son la única forma de mantener la paz. Si no me irrito abiertamente por esta violación, y castigo a Ottar por ella, algún cabeza caliente puede sentirse tentado algún día; y en la actualidad todo el mundo posee armas nucleares.

—¡No deseo ser la causa de ninguna guerra! —exclamó Jason, alarmado—. ¡Antes envíame de vuelta a él!

—Oh, no, no digas tonterías. El castigo de Ottar será que le negaré su venganza, sin tener en cuenta los derechos o errores de tu caso. Tendrá que tragarse eso.

Bela se alzó. Colocó su cigarro en un cenicero, levantó el sable, e inmediatamente pareció transfigurado. Un dios pagano hubiera podido hablar por su boca:

—A partir de ahora, Jason Philippou, tu persona será sagrada en Dakoty. Mientras permanezcas dentro de nuestros límites, el daño que te hagan es como si me lo hicieran a mí, a mi casa y a mi gente. ¡Que los Tres me protejan!

Su autocontrol cedió. Jason se arrodilló y balbuceó su agradecimiento.

—Ya basta —gruñó Bela—. Arreglemos las cosas para tu traslado tan rápido como sea posible. Te enviaré por aire, con un escuadrón militar. Pero, por supuesto, necesitaré el permiso de los reinos que tengas que cruzar. Eso tomará tiempo. Vuelve a tus habitaciones, descansa, te mandaré llamar cuando todo esté preparado.

Jason salió de la estancia, aún estremeciéndose.

Pasó un par de agradables horas vagabundeando por el castillo y sus patios. Los jóvenes de la corte de Bela se sentían ansiosos de exhibirse ante un representante de la Madre Patria. Tuvo que admirar el pintoresquismo de su forma de cabalgar, sus torneos, sus concursos de tiro y sus desafíos intelectuales; algo en su interior se emocionó cuando escuchó los relatos de los viajes por las llanuras y los bosques y por el río hacia la fabulosa metrópoli de Unnborg; el canto de un bardo despertó glorias que emocionaban más profundamente que lo que contaba la historia, llegando hasta los instintos del hombre, el mono asesino.

«Pero estas son precisamente las brillantes tentaciones a las que hemos vuelto la espalda en Eutopía. Porque nosotros negamos que seamos monos. Somos hombres que pueden razonar. En eso reside nuestra humanidad.

»Estoy volviendo a casa. Estoy volviendo a casa. Estoy volviendo a casa.»

Un sirviente palmeó su brazo.

—El voivode desea verte.

Había un asomo de miedo en su voz.

Jason se apresuró a regresar. ¿Qué había ido mal? No fue conducido a la sala con el alto trono. En vez de ello, Bela lo aguardaba en un parapeto. Dos hombres de armas se mantenían firmes tras él, los rostros inexpresivos bajo los emplumados cascos.

El día y la brisa eran una burla en los ojos de Bela. Escupió a los pies de Bela.

—Ottar me ha llamado —dijo.

—Yo… Él ha dicho…

—Y yo que creía que lo único que intentabas era llevarte a una muchacha a

la cama. ¡No que pretendieras destruir la casa que te había acogido!

—Mi señor…

—No temas nada. Me has arrancado una promesa. Ahora deberé pasar años intentando compensar a Ottar por haberle defraudado.

—Pero…

«¡Calma! ¡Calma! Tenías que haberte esperado esto.»

—No viajarás en un aparato de guerra. Tendrás tu escolta, sí. Pero la máquina que te lleve será quemada inmediatamente después. Ahora ve a esperar junto a los establos, cerca del montón de estiércol, hasta que estemos dispuestos.

—No pretendía hacer ningún daño —protestó Jason—. Yo no sabía.

—Lleváoslo antes de que lo mate —ordenó Bela.

Steinvik era vieja. Aquellas estrechas calles adoquinadas, aquellas sombrías casas, habían visto las naves dragón. Pero el mismo viento soplaba del Atlántico, salado y fresco, para apartar de Jason los últimos vestigios de aquel dolor que lo había seguido en su viaje hasta allí. Anduvo silbando por entre la multitud.

Un hombre de Westfall, o de América, hubiera vuelto con las orejas gachas. ¿Acaso no había fracasado? ¿Acaso no tendría que ser reemplazado por alguien cuya historia falsa no mencionara la Hélade? Pero en Eutopía todo se miraba con miradas serenas. Su fracaso era debido a un error honesto: un error que no hubiera cometido si hubiera sido adiestrado más cuidadosamente antes de ser enviado. Uno aprende a través del error.

El recuerdo de la gente de Ernvik y Varady —generosa, alegre, una gente cuya amistad le hubiera gustado poder conservar— le atormentó un poco. Pero también dejó aquello de lado. Eran otros mundos, una infinidad de ellos.

Una enseña crujía al viento. La Hermandad de Hunyadi e Ivar, Armadores. Un buen camuflaje aquel, en una ciudad donde una de cada dos empresas estaba consagrada al mar. Corrió hasta el segundo piso. Los escalones crujieron bajo sus botas.

Abrió la palma de su mano ante un mapa en la pared. Un rastreador oculto identificó sus huellas dactilares, y una puerta oculta se abrió. La habitación al otro lado estaba decorada a la moda local. Pero sus hermosas proporciones hablaban del hogar; y una estatuilla de Niki extendía sus alas sobre una estantería.

«Niki… Niki… ¡Vuelvo a ti!» Su corazón estaba desbocado.

Daimonax Aristides alzó la vista desde su escritorio. A veces Jason se preguntaba si había algo en el mundo que pudiera hacer perder la calma a aquel hombre.

—¡Alegrémonos! —rugió su profunda voz—. ¿Qué es lo que te trae aquí?

—Malas noticias, me temo.

—¿Sí? Tu actitud sugiere que el asunto no es catastrófico. —Daimonax abandonó su silla, se dirigió al gabinete de las bebidas, llenó un par de sencillos y hermosos vasos con vino, y se relajó en un diván—. Ven, cuéntame.

Jason se le unió.

—Sin saberlo —dijo—, violé lo que parece ser un tabú primario. Tuve suerte de salir con vida de ello.

—Oh. —Daimonax se acarició la barba color gris acero—. No es la primera vez que ocurre, y tampoco será la última. Tanteamos nuestro camino hacia el conocimiento, pero la realidad siempre nos sorprenderá… Bien, felicitaciones por salvar la piel. No me hubiera gustado tener que llorarte.

Solemnemente, derramaron una libación antes de beber. El hombre racional reconoce su propia necesidad de ceremonial; ¿y por qué no satisfacerla observando los ritos de un antiguo mito? Además, el suelo era a prueba de manchas.

—¿Estás preparado para informar? —preguntó Daimonax.

—Sí. He ordenado los datos en mi cabeza en mi viaje hasta aquí., Daimonax conectó una grabadora, pronunció algunas palabras de catalogación, y dijo:

—Adelante.

Jason se felicitó por haber preparado tan bien su informe: claro, franco y completo. Pero mientras hablaba, pese a su voluntad, sus experiencias volvieron a él, no a su cerebro sino a sus entrañas. Vio las olas brillar en el mayor de los Pentalimne; recorrió los salones del castillo de Ernvik con el orgulloso y maravilloso joven Leif; se enfrentó a un Ottar convertido en animal; huyó de su encierro dominando a un guardia y haciendo una derivación en los controles de un coche con dedos temblorosos; escapó por una carretera desierta y se tambaleó en mitad de un vacío bosque; Bela escupió a sus pies y su triunfo no fue de pronto más que cenizas. Finalmente, no pudo contenerse:

—(Por qué no fui informado? Hubiera tenido más cuidado. Pero ellos decían que eran gente libre y sana, antes del matrimonio al menos. ¿Cómo podía

saberlo?

—Fue un olvido —admitió Daimonax—. Pero hemos estado apartados de esto durante tanto tiempo que aún tendemos a dar demasiadas cosas por sabidas.

—¿Por qué estamos aquí? ¿Qué es lo que tenemos que aprender de esos bárbaros? Con un infinito que explorar, ¿por qué estamos malgastándonos en el segundo de los mundos más horribles que hemos encontrado?

Daimonax detuvo la grabadora. Durante un rato se produjo un silencio entre los dos hombres. Sonaban ruedas fuera, risas, y las estrofas de una canción penetraron por una ventana; el océano resplandecía bajo el sol poniente.

—¿Tú no lo sabes? —preguntó finalmente Daimonax, con suavidad.

—Bueno… El interés científico, por supuesto… —Jason tragó saliva—. Lo siento. El Instituto trabaja en base a sólidas razones. En la historia americana estamos observando formas en que el hombre puede equivocarse. Esto cuenta también, supongo.

Daimonax agitó la cabeza.

—No.

—¿Qué?

—Estamos aprendiendo algo demasiado precioso como para que lo abandonemos —dijo Daimonax—. La lección es humillante, pero nuestra maravillosa Eutopía necesita algo de humildad. Vosotros no sois conscientes de ello, porque hasta ahora no poseemos todavía datos suficientes como para hacer pública ninguna conclusión. Y además, tú eres nuevo en la profesión, y tu primera misión fue en otro tiempo. Pero entiende, tenemos excelentes razones para creer que Westfall es también el Buen País.

—Imposible —murmuró Jason. Daimonax sonrió y tomó un sorbo de vino.

—Piensa —dijo—. ¿Qué es lo que necesita un hombre? En primer lugar, las necesidades biológicas: comida, abrigo, medicinas, sexo, un entorno sano y razonablemente seguro donde educar a sus hijos. Segundo, la necesidad exclusivamente humana de esforzarse, aprender, crear. Bien, ¿no tienen todas esas cosas aquí?

—Uno podría decir lo mismo de cualquier tribu de la Edad de la Piedra. No puedes igualar el contentamiento con la felicidad.

—Por supuesto que no. ¿Pero no crees que nuestra ordenada, unificada, planificada Eutopía es el país de los borregos? Hemos terminado con todos los

conflictos, hasta el conflicto del hombre con su propia alma; hemos dominado los planetas; las estrellas están demasiado distantes; si el Dios no hubiera sido tan bueno como para hacer posible el paracronión, ¿qué nos hubiera quedado?

—¿Quieres decir…? —Jason buscó las palabras. Se recordó a sí mismo que no era sano ampararse en una simple afirmación, por escandalosa que fuera—. ¿Quieres decir que sin lucha, espíritu de clan, supersticiones, rituales y tabúes… el hombre no tiene nada?

—Más o menos sí. La sociedad necesita estructura y significado. Pero la naturaleza no dicta qué estructura ni qué significado. Nuestro racionalismo es una elección irracional. Nuestro alejamiento de todo lo que es puramente animal en nosotros es simplemente otro tabú. Podemos amar a placer, pero no odiar a placer. ¿Somos así más libres que los hombres de Westfall?

—¡Pero seguramente algunas culturas son mejores que otras!

—Nunca he negado eso —dijo Daimonax—. Sólo señalo que cada una de ellas tiene su precio. Nosotros pagamos mucho por lo que disfrutamos en casa. No nos permitimos el menor pensamiento irreflexivo, nada que sea impulsivo. Excluyendo el peligro y las dificultades de la vida, eliminando las distinciones entre los hombres, no dejamos esperanza de victoria. Peor aún, quizá: nos hemos convertido en individualidades puras. No pertenecemos a nadie. Nuestra única obligación es negativa, no forzar a ninguna otra individualidad. El estado, es decir, una organización fabricada artificialmente, un mecanismo sin rostro ni exigencias, se preocupa de todas las necesidades y de todos los conflictos. ¿Dónde está la lealtad hasta la muerte? ¿Dónde está la intimidad de una vida enteramente compartida? Jugamos en las ceremonias, pero puesto que sabemos que son gestos arbitrarios, ¿cuál es su valor? Puesto que hemos hecho de nuestro mundo uno, ¿dónde están el color y el contraste, dónde el orgullo de ser particularmente nosotros mismos?

»En cambio esa gente de Westfall, con todas sus carencias, saben lo que son, quiénes son, a quién pertenecen y quién les pertenece. La tradición no está enterrada en libros sino que forma parte de la vida; y así sus muertos permanecen con ellos en los recuerdos afectuosos. Sus problemas son reales; en consecuencia, sus éxitos son reales. Creen en sus ritos. La familia, el reino, la raza, es algo por lo que vivir y morir. Utilizan menos sus cerebros, quizá, aunque no estoy seguro de ello, pero utilizan sus nervios, glándulas, músculos, mucho

más. De modo que conocen un aspecto de la condición humana que nuestro cuidadoso mundo se ha negado a sí mismo.

»Si han conservado esto mientras creaban una ciencia y una tecnología mecánica, ¿no debemos intentar aprender de ellos?

Jason no supo qué responder.

Finalmente, Daimonax dijo que sería mejor que regresara a Eutopía. Tras unas vacaciones, podría ser reasignado a alguna historia con la que pudiera congeniar más. Se despidieron amigablemente.

El paracronión zumbaba. Las energías pulsaban entre los universos. La puerta se abrió, y Jason la cruzó.

Entró en una columnata barnizada. La blanca Neathenai se extendía graciosa y serena hasta el borde del agua. El hombre que lo recibió era un filósofo. Una túnica decente y unas sandalias estaban preparadas para él. En alguna parte sonaba una lira.

La alegría hizo temblar a Jason. Leif Ottarson desapareció de su memoria. Sólo había sido tentado en su soledad por un ligero parecido con su amor. Ahora estaba en casa. Y Niki lo estaba aguardando. Nikias Demostheneou, el más hermoso y encantador de los muchachos.

* * *

Los lectores deberían saber que los escritores no son responsables de las opiniones y. comportamientos de sus personajes. Pero mucha gente no lo sabe. En consecuencia, yo, por ejemplo, he sido llamado fascista a la cara. Indudablemente este relato me proporcionará acusaciones peores. ¡Y yo sólo deseaba contar una historia!

Bueno, quizás algo más. Uno no puede hacer nada al respecto. Todo el mundo observa el mundo desde su particular plataforma filosófica. En consecuencia, todo escritor que intenta reflejar lo que ve, está haciendo inevitablemente propaganda. Pero en general la propaganda se queda bajo la superficie. Esto es doblemente cierto en la ciencia ficción, que empieza transmutando la realidad a una franca irrealidad.

Así que, ¿qué es lo que he estado defendiendo aquí? No ninguna forma particular de sociedad. Por el contrario, la humanidad me parece tan espléndida e irónicamente variable que no puede existir ningún orden social perfecto. Sospecho que muy poca gente está biológicamente adaptada a la civilización; consideren sus repetidos colapsos. Esta idea puede estar equivocada, por supuesto. Incluso aunque fuera cierta, puede que sea simplemente otro factor que debamos tener en cuenta en nuestros planes. Pero la mutabilidad del hombre es difícil de poner abiertamente en duda.

Así que cada arreglo que haga tendrá sus fallos, que finalmente lo conducirán a la ruina; pero cada uno de ellos tendrá también sus virtudes. Yo mismo no creo que nuestro aquí-y-ahora sea un lugar tan malo donde vivir. Pero otros sí pueden creerlo. De hecho, otros lo creen. Al mismo tiempo, no podemos negar que algunas formas de vida son, en la balanza, malas. Las peores y más peligrosas son aquellas que no pueden tolerar nada que sea distinto a ellas.

De modo que, en una época de conflictos, necesitamos aclarar la comprensión de nuestros propios valores… y los del enemigo. Del mismo modo, tenemos que ver con igual claridad las desventajas de ambas culturas. Esto es un imperativo menos moral que estratégico. Sólo sobre tales bases podemos saber lo que debemos hacer y lo que nos es posible hacer.

Porque no nos hallamos aprisionados en una pesadilla sin significado. Estamos habitando un mundo real donde los acontecimientos poseen causas comprensibles y esas causas producen efectos. Nunca hemos tenido ninguna misión sagrada, y sería fatal creer otra cosa. Pero tenemos el derecho a la autoconservación. Sepamos qué es lo que queremos conservar. Luego el sentido común y el viejo valor probablemente nos ayudarán a seguir adelante.

He aquí un sermón más bien pesado para lastrar una historia que, después de todo, fue escrita únicamente para distraer. Todo este asunto fue expresado mucho mejor por Robinson Jeffers:

«Larga vida a la libertad, y malditas sean las ideologías.»

Incidente en Moderan

David R. Bunch

Sólo un escritor tiene dos historias en esta antología y, ¡sorpresa!, no soy yo. Es David R. Bunch, un escritor cuya obra admiro enormemente. Y un escritor que, sorprendentemente, no ha recibido las aclamaciones que se merece. La primera vez que leí una historia de Bunch fue en una preciosa revista de aficionados llamada Inside, publicada por Ron Smith. Ron había conocido a Bunch (o viceversa), y se sintió intrigado por el poco habitual estilo del hombre, su sentido de la poesía, las visiones casi dadaístas que era capaz de introducir en el campo de la fantasía y la ciencia ficción. Bunch publicó regularmente en Inside. Su obra produjo entremezcladas reacciones. Algunos críticos muy perceptivos (tales como John Ciardi) la comentaron muy inteligentemente. La mayoría de los fans se rascaban la cabeza y se preguntaban por qué se malgastaba espacio en Bunch cuando podían leer más y mejores análisis de la conducción inercial tal como era utilizada en las historias de Ed Earl Repp, o algo así. Hace media docena de años, la atractiva e inteligente ex directora de la revista Amazing Stories, Cele Goldsmith Lalli, empezó a publicar historias de Bunch. Una vez más el furor y las reacciones entremezcladas. Pero Bunch había hallado un hogar. Con considerable valor, tanto Bunch como Cele empezaron a publicar historias acerca de Moderan, un mundo de robots. Eran relatos francamente premonitorios, el dedo de la advertencia clavado directamente en el ojo o en la nariz del lector. He tenido que aguardar diez años para ser capaz de

publicar yo también a Bunch. Por ello, dos Bunch, un pequeño ramillete de Bunch, apenas un pomito.

Bunch es nativo de Missouri. Tiene un amplio pasado universitario; tras pronunciar el discurso de fin de curso en la escuela superior, fue premiado con una beca para la Universidad Central Estatal de Missouri, donde se especializó en inglés además de en física y ciencias sociales, y se graduó con una Licenciatura en Ciencias; recibió un Título en Humanidades en la Universidad de Washington, donde se especializó en inglés y en literatura americana. Siguió unos cursos para doctorarse en filosofía, pero poco antes de presentar su tesis los abandonó para entrar en la Writer's Workshop de la Universidad Estatal de Iowa. Allí estuvo un cierto tiempo, y finalmente la abandonó también para empezar a escribir tal como él creía que debía hacerlo. Nunca regresó a ella.

Este abandono no parece haberle perjudicado en absoluto. Ha publicado, en más de cuarenta revistas, poesía y relatos cortos de una gran variedad. La mayor parte de su obra ha sido publicada en «pequeñas» revistas o en revistas de ciencia ficción. De las primeras podemos citar, San Francisco Review, Southwest Review, New México Quarterly, Chelsea, Perspective, Génesis West, The Smith, Shenandoah, New Frontiers, Simbólica, The Fiddlehead, Epos, The Galley Sai! Review, Forum y un montón de otras. Ha publicado también en casi todos los periódicos de ciencia ficción existentes, y ha sobrevivido a muchos otros. Ha sido honrado por tres veces por Judith Merril en sus antologías Year's Best SF (La mejor ciencia ficción del año). Una recopilación de sus relatos cortos ha sido aceptada para su publicación en tapa dura este año. Sus versos han aparecido en más revistas aún que las citadas antes, y una colección de su poesía está contratada para su publicación en libro.

Bunch es posiblemente el más peligroso visionario de todos los representados aquí. Ha sido siempre así desde que inició su carrera literaria especulativa, no ha hecho simplemente un esfuerzo para esta ocasión en particular como otros de sus compañeros.

Escribe de los enigmas, de los acertijos, de las preguntas, de las fábulas, del futuro. Habla en misterios. La ventaja del lector es intentar adivinarlos.

* * *

En Moderan no nos hallamos a menudo entre guerras, pero este era un tiempo de tregua. Un par de Fortalezas en el norte habían funcionado mal —alguna avería en sus cintas transportadoras de municiones, creo—, y todos habíamos votado una suspensión de la guerra durante un día o dos para darles la posibilidad de recuperar su capacidad de tiro. No me interpreten mal… no se trataba de un asunto de consideración o fair-play ni de ningún tipo de hipocresía estilo ama-a-tu-fortaleza-vecina, como podía haber sido en los Viejos Días. Se trataba de un compromiso de puro sentido común con la realidad. Cuanto más grande y mejor es la guerra, más grandes y mejores son las posibilidades de odiar enormemente y de ganar honores. Era tan sencillo como eso.

Pero de cualquier modo estábamos entre guerras, y yo me dedicaba a algunos vagos trabajos en el exterior del onceavo, el más exterior, Muro de mi Fortaleza. Para ser completamente franco, no hacía más que permanecer sentado allí en mi sillón anatómico a la última moda, gozando del resplandeciente sol veraniego a través de la pantalla de vapor ocre de julio y diciendo a mi jefe de armas lo que tenía que hacer. Él estaba, en aquel momento, puliendo una placa honorífica que proclamaba en la Pared 11 cómo nuestro fuerte, la Fortaleza 10, era PRIMERA EN LA GUERRA, PRIMERA EN EL ODIO, Y PRIMERA EN ATEMORIZAR AL ENEMIGO.

Las cosas se estaban volviendo tediosas. Quiero decir que estaba empezando a hacerse aburrido, ese permanecer sentado por ahí entre guerras, dirigiendo el pulido de placas y dormitando al filtrado sol del verano. Para aliviar el aburrimiento, y para divertirme un poco, estaba dispuesto a levantarme y empezar a golpear a mi hombre de armas con mi ligero bastón de metal nuevo lastrado con plomo. No porque no estuviera haciendo un excelente trabajo, entiendan, sino simplemente por tener algo que hacer. Fui salvado de este proceder más bien estúpido y quizá incluso sin sentido, aunque no completamente desagradable, por un movimiento en la novena colina a mi izquierda. Ajusté rápidamente mi visión Moderan de amplio alcance a alta precisión, llevé a mis ojos mi pequeño visor pocko-scope, y capté una silueta.

¡Cuando se acercó, vi que era una silueta, sin lugar a dudas! Inmediatamente comprendí que era una de esas piezas de movimiento…, ¿hombre?, ¿animal?, ¿vegetal andante?…, bueno, ¿qué puede uno decir de la mayoría de esas formas

mutantes que vagan sin hogar por el plástico de Moderan? Cuando se detuvo ante mí, me sentí inquieto. Extrañamente, tuve una sensación de culpabilidad y de vergüenza, tan deforme y retorcido y lleno de carne por todas partes era. Oh, ¿por qué no pueden ser todos ellos duros y brillantes y metálicos, y limpios, como nosotros los amos de las Fortalezas, con un mínimo de bandas de carne manteniéndolos en forma? La manera en que nosotros los amos estamos en Moderan hace la vida tan bien ordenada y odiosa—feliz, tan brillantes y acerados somos en nuestra gloria, con nuestras escasas bandas de carne contrastando con el esplendor corporal de nuestras aleaciones de metal nuevo. Pero supongo que siempre tienen que existir formas inferiores, insectos a los que aplastar… Decidí intentar hablar, puesto que no podía simplemente quedarme allá sentado, con él mirándome.

—Estamos entre guerras aquí —dije en tono conversacional—. Dos de las poderosas Fortalezas del norte se han averiado, así que hemos decidido hacer una pausa.

Él no dijo nada. Estaba mirando a la placa honorífica en el Muro 11 y al hombre de armas puliendo las orgullosas palabras.

—Es sólo una forma de llenar el tiempo entre dos campañas —dije—. Además, me da la oportunidad de dormitar aquí en este filtrado sol de verano mientras el hombre de armas hace el trabajo. Pero resulta tedioso. Antes de que tú llegaras, estaba a punto de levantarme y empezar a golpearle con mi bastón ligero de metal nuevo lastrado con plomo, pese a que él es todo de aleación de metal nuevo y está haciendo un excelente trabajo, y probablemente ni siquiera sentiría los golpes. Sólo para tener algo que hacer, ya sabes. Como tal vez te des cuenta, un amo de Fortaleza no debe hacer ningún auténtico trabajo en Moderan. Va contra el código.

Reí un poco, pero extrañamente me sentí nervioso en mis bandas de carne y vacilante en torno a mis articulaciones. ¿Por qué me miraba de esa forma? Es más, ¿por qué deberían afectarme en absoluto las miradas de una tan insignificante muestra de vida?

¿Podía hablar él? Sí, podía. Unos blandos labios azules se abrieron y un trozo de cartilaginosa carne amarillo-rosada se agitó arriba y abajo en la húmeda cavidad de su boca que era roja como la carne en vivo. Cuando esta vulgar obra de carne y aire hubo terminado, me di cuenta de que había dicho:

—Hemos realizado un pequeño funeral para Hijo hace un momento. Hemos cavado en el plástico con nuestros pobres utensilios de fortuna y lo hemos puesto bajo la costra a tiempo. Nos hemos apresurado. Sabíamos que no podrías garantizarnos mucha tregua. He venido a darte las gracias por lo que has hecho.

Me agité un poco ante estas extrañas palabras y me giré, luego me recobré rápidamente y agité con frivolidad una mano de acero.

—Considera que ya me las has dado —dije—. Si deseas una flor de acero para decorar la tumba, toma una.

Se estremeció en todas sus partes de fláccida carne.

—He venido a darte las gracias —me dijo en lo que supuse pasaba por ser un atrevimiento de su tribu—, no para ser ridiculizado.

En sus ojos había ahora una mirada de desconcierto y duda.

Repentinamente, me di cuenta de que todo aquello era ridículo. Allí estaba yo, un hombre de Moderan entre guerras, ocupándome de mis propios asuntos, sentado en el exterior del onceavo Muro de mi Fortaleza, aguardando a que la guerra se reanudara, y de pronto un extraño montón de sentimentalismo andante cuya existencia ni siquiera conocía acude desde la novena colina de mi izquierda para darme las gracias por un funeral.

—¿Ha estado bien? —pregunté.

Intenté recordar cómo eran las cosas en los Viejos Días. ¿El duelo se extendía a lo largo de kilómetros? ¿Había música… mucha? ¿Flores… cubriéndolo todo?

—Sólo nosotros —dijo—. Yo y su madre. E Hijo. Fuimos aprisa. Estábamos seguros de que no podrías concedernos mucho tiempo en esta época tan ajetreada. Te damos las gracias por lo que hiciste… por la decencia.

¿Decencia? ¡Qué vieja palabra! ¿Qué podía querer significar decencia?

—¿Decencia? —dije.

—Los ritos. ¡Ya sabes! Tuvimos tiempo para una pequeña plegaria. Pedimos que se le permitiera a Hijo vivir eternamente en una mansión feliz.

—Escucha —dije, un poco cansado ya de todo aquello—. Ya no recuerdo nada de los Viejos Días lo suficiente como para discutir eso. Pero vosotros, pobres mutantes de carne, ¿enterráis a vuestros muertos y luego pedís que les sea concedido el levantarse y vivir de nuevo unas veinticinco veces más ligeros que una burbuja de aire deshumidificada? ¿No es así? ¿Pero no es eso correr un

riesgo? ¿Por qué no sois un poco más juiciosos y hacéis las cosas como nosotros los amos de Moderan las hacemos? ¿Simplemente someterse a esa operación cuando sois jóvenes y vigorosos, extirpar toda esa carne que no necesitáis, «reemplazaros» todos con «repuestos» de aleación de metal nuevo, y vivir eternamente? Alimentaos con ese extracto puro de miel de introven que hemos descubierto y lo conseguiréis. Nosotros sabemos lo que tenemos y sabemos cómo vivir…

Y ahora, si me disculpas, según este informe que acaba de llegarme en este mismo momento por el Avisador, esas Fortalezas que hicieron interrumpir la guerra ya han sido reparadas. Detuvimos los disparos a causa de ellas, de modo que ahora debemos apresurarnos para recuperar el odio perdido. Creo que el fuego va a ser un poco más intenso de lo que estabas acostumbrado.

Mientras acababa de pronunciar estas palabras observé lo que parecía desconcierto y duda aletear extrañamente por sus rasgos repletos de carne.

—¿Detuviste la guerra porque… porque esas dos Fortalezas se averiaron en el norte? ¿Entonces… no lo hiciste para que pudiéramos enterrar a Hijo y tuviéramos la decencia?

Un frío pensamiento parecía haberle envuelto; dio la impresión de arrugarse y encogerse, de hacerse unos centímetros más pequeño allí delante en el plástico. Me maravillé nuevamente de los grandes sufrimientos a los que se ven expuestas esas cosas de carne con sus emociones y sus palpitaciones cardíacas. Golpeé mi pecho «reemplazado» en una especie de meditación, y di las gracias a las propicias estrellas de hierro de nuestros espléndidos cielos de satélites nuevos por mi capacidad de mantenerme tranquilo.

—Dentro de un momento abriremos nuevamente el fuego —dije—. Ahora estamos limpiando las líneas para la primera cuenta atrás y la reanudación general de las hostilidades. Como ves, intentamos empezar en buen equilibrio. Tras lo cual cada Fortaleza irá por su lado, a fin de sacarle el mejor partido a sus municiones.

Me miró durante largo rato como en busca de cualquier signo de burla. Tras un momento, dijo en un tono que supuse pasaba entre las cosas de carne por una gran tristeza y una gran resignación:

—No, supongo que realmente no te detuviste para que pudiéramos enterrar a Hijo y tener la decencia. Supongo que es cierto que las Fortalezas del norte se

averiaron. Ahora comprendo que creí ver algo hermoso y cierto donde no había nada ni hermoso ni cierto.

Y así… he venido a darte las gracias por la decencia… para nada…

Yo probablemente asentí con la cabeza, ligeramente, o tal vez no lo hice, porque estaba oyendo la Voz ahora, estaba oyendo al Avisador decir que todo estaba casi listo para la Gran Ofensiva, y que todos los amos debíamos ir de nuevo a ocupar nuestras secciones en los paneles de control de las Salas de Guerra.

—¡Ya estamos! —dije, a nadie y a nada en particular—. Habrá! doble fuego ahora, y lanzamiento de cabezas de guerra durante! todo el día, hasta que recuperemos nuestro tiempo en unidades de odio.

Justo en el momento en que, haciendo un gesto a mi hombre de armas para que no olvidara el sillón anatómico, iba a volverme para irme corriendo hacia mi Sala de Guerra y reasumir la Gran Ofensiva, un sonido helado golpeó mi acero. ¿Qué era ese agudo sonido que hacía vibrar el plástico? Entonces vi. Era la pequeña cosa de carne. Había perdido el control de sus emociones, se había derrumbado, y ahora estaba sollozando y derramando auténticas lágrimas.

—Todo está bien, no te asustes —le grité mientras me volvía de nuevo y me apresuraba—. Mantente por las hondonadas, evita las colinas a partir de media ladera, y camina rápidamente. Lo conseguirás. Al principio sólo tiramos a las cimas.

Pero mientras atravesaba el Muro y ordenaba a mi hombre de armas que lo cerrara y asegurara todo, observé que el pequeño ser de carne permanecía postrado, sollozando junto al plástico. ¡No hacía ningún esfuerzo por huir y salvarse! Y repentinamente la vieja Fortaleza Vecina al este abrió fuego prematuramente, con tanta precisión que la pequeña masa de carne se vio aplastada como si fuera una torta… de hecho mucho más que una torta, mientras recibía el impacto de una mortal bomba Zump que estoy seguro era capaz de hundirlo hasta el centro de la tierra al tiempo que lo vaporizaba hasta lo más alto del cielo y a todos los vientos, y me alegré sobremanera de que el tiro hubiera quedado un poco corto y no le hubiera dado a mi complejo. Pero mientras miraba la nube de humo y la gran extensión de nada ahora, allá donde un momento antes había habido una buena cubierta de plástico, no pude evitar de alegrarme de que la guerra hubiera EMPEZADO de nuevo. En cuanto al ser de

carne, ni siquiera pensé en llorarle, y nada en mi mente condujo a mi corazón a sangrar mientras corría a toda prisa hacia la Sala de Guerra para accionar mis palancas de tiro.

La escapada

David R. Bunch

Desde mi pequeña habitación con la cama roja y las dos cortinas grises que cubrían las ventanas podía ver la Torre, no en el crepúsculo del recuerdo, ya que por supuesto nunca había estado allí, sino a la luz lunar del pensamiento. Y en mi pensamiento era algo glorioso, aunque sólo tuviera metro y medio de altura, con la luna brillando sobre la celda que contiene mis cadenas, y la plataforma invitadora y vacía. Una silueta alta estaba de pie en la calle, alta y erguida por un instante, a la luz lunar del pensamiento (aunque yo tengo mis buenos diez centímetros menos que una altura decente), luego se giraba y se dirigía rápidamente hacia la meta, con buenos pasos, a buena velocidad, las cadenas conducidas fácilmente sobre dos pequeños carritos con ruedas silenciosas y libres en la calzada. En una celebración de claro de luna escalábamos la Torre hasta su cima y nos sentábamos tranquilamente en la plataforma sobre la celda de metal. Las cadenas se deslizaban silenciosamente de los carritos con ruedas, penetrando en los estrechos orificios de la celda, tirando de nuestros pies tras ellas, hasta que nos sentábamos triunfantes en silencio midiendo la victoria que habíamos obtenido. No avergonzados por la pequeñez de nuestra victoria, por supuesto que nada avergonzados, sacábamos las alegres banderolas que habíamos guardado para esta hora de grandes hazañas. Hinchando los dos pequeños globos, el uno rojo, el otro de un verde brillante casi imposible, y atando uno a cada muñeca, permanecimos sentados allá, alegres y victoriosos a

la luz de la luna, nuestras cadenas dentro en la celda, nuestras cabezas mirando a las estrellas, desde la Torre, pero de metro y medio de alto… Tanto peor para el claro de luna.

Las mañanas bostezan, el sol se vuelve real, cruel y brillante, para hacer brillar nuestras cadenas. La luz lunar ha desaparecido, y el pensamiento. Ahora es instinto, puro instinto y lucha, para enfrentarse a ellos cuando empiecen a gruñir. Seguro, hemos soñado con elefantes, grandes elefantes pardos con casas doradas en sus lomos y nosotros en una casa cada mañana, llevados en triunfo, desfilando al paso majestuoso de los elefantes hacia nuestra celda y saltando tan aprisa a la plataforma que nadie pudiera ver nuestras cadenas. Un tintinear, un deslizarse, un pequeño cliquetear y ya no están, están metidas en la celda, las cadenas han desaparecido para todo el mundo excepto para nosotros, y permanecemos sentados arriba en la plataforma, metro y medio de alto, hinchando los globos y mirando a la multitud con cara de piedra. Y la multitud murmurando, irritada, decepcionada, un poco envilecida, y negándose finalmente a creer que su víctima se ha desembarazado realmente de sus cadenas. Puedo verles ahora, agitando sus viejas cabezas tonsuradas y grisáceas y calvas y rizadas y afeitadas todas juntas en núcleos preocupados, rumiando su vergüenza y sus vergonzosas necesidades, deseando de algún modo saber, necesitando desesperadamente saber, que aunque no estén ahora visibles en el aire las cadenas aún están de algún modo allí. ¡Deben estar! Oh, sí, rodean la celda; miran y golpean y con un despecho pueril patean a mi elefante, y me odian mientras yo permanezco sentado tan alegre con mis globos de celebración agitándose en el viento con aromas de cereza y manzana en este radiante día de primavera. Y algunos de ellos, alguno entre los más desesperados y rabiosos, pensará repentinamente en un momento de lúgubre tristeza:

—¡Están en la celda! Probablemente. ¡Las ha dejado caer por los agujeros!

Entonces todos comprenderán la verdad, les golpeará como una gran ola en una playa, se romperá sobre ellos y los engullirá con el húmedo y agradable pensamiento:

—¡Lo tenemos de nuevo! Están en la celda. ¡Probablemente! ¡Las ha dejado caer por los agujeros!

¡Bien!… Entonces se apresurarán a traer máquinas de rayos X, tomar fotos desde todos lados y todos los ángulos para confirmar lo que tiene que

confirmarse. Tras lo cual cortarán, con sus grandes antorchas de acetileno, y algunos se situarán al lado contrario del calor, con pequeños abrelatas, trabajando ajetreadamente, tan desesperadamente ansiosos de alcanzar el fondo, de exponerme y confirmar que aún sigo teniendo mis cadenas. Las antorchas de acetileno penetrarán; los abrelatas no lo conseguirán. Pero será lo mismo. Tirarán de mis cadenas hacia fuera a través del fondo de la celda, y a través de los agujeros que habrán practicado con el acetileno, y tirarán de mis piernas también, haciéndolas salir tanto como es posible razonablemente. Y sé que entonces no ofreceré una visión muy agradable, con mis globos de celebración agitándose alegremente encima mío, destellos rojos y verdes en el aire inundado de olores a cerezas y manzanas, las cadenas en mis piernas, pies y piernas floreciendo en pequeños arcos inútiles, dos péndulos gemelos colgando de los agujeros de la celda, y yo en medio de la alegría y la vergüenza común, sombrío y expuesto y determinado… Tanto peor por los elefantes. Tanto peor por las Torres y las celdas también, incidentalmente. Pero no piensen que hemos sido vencidos. ¿Derrotados? «¡Oh, no!» Tengo un truco para ello; precisamente para ese tipo de cosas. Tengo un truco.

Se le llama fantasear el huevo celeste y hacer ascender el aire. Lo que hacemos es situar una estructura semejante a un huevo, una con suaves paredes pardas y pequeñas ventanas moteadas, arriba en el cielo, arriba en lo azul, alta, alta, imposiblemente, increíblemente alta, tan alta como es posible imaginar, sin límites para la imaginación. Entonces buscamos una tarea para el más bajo de nuestros yoes —puesto que todos tenemos al menos dos yoes, supongo que todo el mundo me comprenderá sin problemas—, y lo colocamos en el montón rocoso de su trabajo. Mi yo con piernas encadenadas, el yo que sueña con trepar una pequeña Torre para conseguir una mezquina victoria y un ocultamiento de las cadenas, pero nunca lo hace, me he visto confiar últimamente un trabajo que llaman enrollar el aire, o un trabajo que es casi el equivalente a enrollar el aire, y que llaman desenrollar el aire. Cualquiera de esos trabajos requiere muy poco o ningún esfuerzo físico, tampoco un prohibitivo aporte de fuerza mental o de salud mental, y cualquiera de esos trabajos puede mantener el yo de una persona muy ocupado durante mucho, mucho tiempo. Y a veces, pensando en ello, me pregunto por qué este tipo, u otro tipo muy parecido, de trabajo, no podía ser la tarea de todo el mundo para conseguir realizar toda una vida.

Para enrollar el aire, primero divido, mentalmente, todo el aire en mi banco de trabajo en bandas uniformes y claramente delimitadas, con cada banda teniendo la amplitud y el espesor que deseo para efectuar el tipo de enrollamiento que creo irá mejor al conjunto de la misión de enrollamiento de ese día. Y este seccionado del aire, por decirlo así, se presta necesariamente a un casi infinito, o completamente infinito, número de variaciones en el ancho y el grueso de cada banda. Puedo elegir hacer todas las bandas iguales, o cada tres bandas iguales, bandas alternas, iguales, ninguna banda igual, todas las bandas iguales, cada cinco bandas iguales, y luego variarlas cada cuatro, o cinco, o seis, y así sucesivamente. Pero siempre debo intentar mantener un esquema en cierto modo reconocible, que tenga algún sentido, una vez haya cortado las bandas. Y nunca empiezo el enrollado real hasta que he completado la división en bandas de mi espacio de trabajo o, si lo prefieren ustedes, del espacio aéreo que me ha sido asignado, y lo tengo completamente tabulado en mi mente. Entonces, tras haber diseñado completamente mi espacio aéreo y haberlo tabulado con seguridad en mi mente, no me queda más que dedicarme a mi alegre y divertida tarea sentado allí sobre mis cadenas en mitad de la calle al borde de mi espacio de trabajo, y entre las risas, las toses y los comentarios ingeniosos de la multitud, empezar a enrollar, ¡y enrollar completamente! Por supuesto, tengo que estar mentalmente alerta, completamente en guardia, como se dice, para mantener cada banda almacenada con su hermana o hermano en tamaño, lo cual da una visión de la intensidad de mi tarea para cuando llegue la parte de desenrollado de la misma. Porque hago esto simplemente como una especie de ejercicio mental, o como una diversión en su realización, podríamos decir, pero no tengo absolutamente ninguna intención ni deseo de reacondicionar permanentemente el aire en mi zona de trabajo o, por decirlo así, en mi espacio aéreo. Dejarlo de esta forma, reacondicionado permanentemente, me parece indigno, y un acto así me haría sentir completamente culpable de una violación de la naturaleza.

Y allá arriba en el huevo celeste, arriba, muy arriba, completamente lejos de las cadenas, las celdas, los trabajos, y las cabezas tonsuradas y grisáceas y calvas y rizadas y afeitadas… todas, ¡todas!… todos los maliciosos observadores… ¿qué ocurre? Bien, ocurre que me porto muy bien. ¿Y qué significa esto? Bien, significa que todo está muy bien. Hummm… mm… mmm… mmmm… Oh, esa bendición de balancearse en el huevo celeste, allá, muy arriba…

* * *

Cuando no estoy escribiendo relatos literarios (y versos) que la mayor parte de las veces no me reportan económicamente nada o casi nada, o historias de ciencia ficción y fantasía que normalmente me reportan económicamente mucho menos de lo que deberían, me gano la vida trabajando (civilmente) para las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Debido a que no dependo de mi pluma para vivir, no llevo el collar del director o del editor cuando me siento ante una hoja en blanco. Lo cual no quiere decir que no me gustaría aprender a vivir como escritor. Pero también desearía mantener intacta mi alma de escritor. Y puesto que no soy un estúpido en tales asuntos, he aceptado un compromiso. Es un compromiso realmente duro, porque mi otro trabajo me toma considerable tiempo y energías que he de robar a la literatura. Pero todo es un compromiso, supongo, el pequeño drama de luchas y agitarse entre el largo sueño del Antes y el largo sueño del Después.

¡Excepto en Moderan! En Moderan no existe el sueño del Después. Esos tipos están diseñados para la eternidad. ¿Y tienen algún compromiso? ¡Será mejor que crean que no! Simplemente se sientan ante los paneles de control de sus Salas de Guerra durante veinticuatro horas cada veinticuatro horas lanzando sus cabezas de guerra —barum barum barum— en su eterno juego de la guerra. Y cuando se produce alguna tregua inesperada, no se van a plantar flores o a acudir a la escuela dominical. Son realmente ellos mismos en toda situación. Saben cómo mantenerse en su puesto tanto en la paz como en la guerra. Y no ceden ni pretenden nunca ceder. El odio es su principal virtud, del mismo modo que la guerra es su principal juego. Y son completamente admirables, puesto que no poseen hipocresía. Se mantienen firmes y lo dicen a plena luz del día, hablan de buenos lanzamientos, de laberínticas Fortalezas y de brazos y piernas del enemigo apiladas junto al Muro.

Quizás haya cargado un poco las tintas. Pero estoy diciendo algo en estas dos historias acerca de la verdad y de la mentira, puesto que, ¿qué otra cosa puede tener en mente un escritor serio? El yo en ambas es cierto. En una de ellas el yo sufre una gran prueba, puesto que es un soñador, a causa de las pequeñas y

mezquinas preocupaciones del mundo cotidiano y de su gente. Pero finalmente escapa hacia la verdad en su huevo celeste, tras confundir a sus verdugos y decirles algo a su propia manera (la absurda tarea de enrollar y desenrollar el aire) que sin la menor duda ellos no comprenderán. En la otra historia el yo ha llegado a la verdad hace mucho tiempo. Siendo simplemente un amo de Moderan, brillante y seguro de sí mismo, está en posesión de la verdad, la fría e indiscutible verdad de los paneles de control, de las Salas de Guerra, de los «repuestos» para vivir eternamente, del introven como opuesto a las absurdas esperanzas e inseguridades de los débiles seres de carne y su hablar acerca de la decencia, signifique lo que signifique esta palabra procedente de un mundo desconocido… En una historia, el yo debe escapar a la fantasía para hallar el mundo de verdad que desea. En la otra, no se exige ningún escape. Tiene el mundo que desea, el único mundo que conoce realmente, y el único que considera deseable para satisfacer una vida eterna. El mundo de los seres de carne, repleto de esperanzas carnales y dudas carnales, es simplemente un absurdo que la gente de Moderan ha dejado atrás hace muchísimo tiempo.

La casa de muñecas

James Cross

El acto de compilar la mayor parte de las antologías (lo observé antes de empezar a trabajar en el volumen que tienen ante ustedes) es desconcertantemente fácil. Existen hombres y mujeres que han hecho auténticas carreras de este acto. Un acto aproximadamente tan complicado como carraspear. No minimizaré ni por un momento la destilación de gusto y selectividad que debe estar presente en el recopilador de una antología para que ésta sea agradable y bien redondeada; es la única cualidad que necesita un lector para convertirse en un antologista. (Y cuando incluso esto está ausente, entonces, por supuesto, el libro resultante no merece ser comprado.) Pero esencialmente, incluso en el mejor de los casos, la reunión de las obras de otros autores en un grupo coherente, o «temario», no es una labor particularmente trabajosa. Simplemente requiere una colección lo más completa posible de viejas revistas, un número de amigos con memorias eidéticas, y una línea directa con la oficina de copyrights para asegurarse de cuáles son ya del dominio público.

El libro que tienen entre sus manos es algo más bien distinto. No pretendo hacer grandes declaraciones diciendo que soy el mejor antologista del mundo, o sugerir que se necesita un tipo especial de valor para aprender este trabajo (o un tipo especial de estupidez). Pero este libro exigía aguijonear y pinchar a algunos autores específicos a fin de que se liberaran, que se abrieran completamente y escribieran historias que quizá siempre habían deseado escribir, pero que nunca

habían creído poder vender. Se necesitaron laboriosos meses de escudriñar manuscrito tras manuscrito para descubrir historias que fueron lo suficientemente insólitas y compulsivas como para situarse a la altura de la publicidad hecha por anticipado que el libro había recibido, y que fueran tan intensas y explosivas como yo creía que debían de ser para justificar la existencia de Visiones peligrosas. No simplemente «otra antología», eso no me bastaba. Se trataba no de reunir amarillentas páginas de viejas revistas que amenazaban con convertirse en polvo o desteñidas copias de los cajones de algunos escritores, sino de crear casi una entidad, algo vivo.

La lista inicial de autores que esperaba aparecieran en la versión definitiva tuvo que ser constantemente revisada. Un escritor estaba muy enfermo, otro se hallaba en una depresión que duraba dos años, un tercero estaba tan abrumado por las facturas del doctor de su esposa que había firmado un contrato para actuar de negro para otro autor de best-sellers de nombre muy conocido, y otro aún había abandonado el país para efectuar un reportaje para una revista de gran tirada. Revisar, revisar, tantear y revisar. Y cuando parecía imposible crear la carnosa obra que yo deseaba —al principio cedía al pánico más fácilmente que ahora—, contacté a agentes literarios y les envié folletos del libro, pidiéndoles que seleccionaran cuidadosamente las obras que iban a someterme.

De un agente recibí montones de originales rechazados extraídos de sus cajones. (Uno de los manuscritos llevaba una nota de rechazo de Dorothy Mcllwraith, directora de la hacía mucho tiempo difunta Weird Tales, metida entre las páginas. Dudo en adivinar desde cuánto tiempo llevaba dando vueltas aquel original.) De otro agente recibí originales increíblemente malos de un profesional de gran fama en la literatura general. De un tercero recibí una historia tan absolutamente licenciosa que seguramente había sido escrita para una de esas «ediciones privadas» de las que oímos hablar. Era tan horriblemente mala que esta debía de haber sido la razón de que nunca hubiera sido adquirida, porque las explicaciones sexuales eran suficientes como para permitir su publicación al menos en Eros. Pero de mi propio agente, Robert P. Mills (un gran agente, por supuesto), recibí sólo dos manuscritos. Ambos fueron adquiridos. Uno de ellos era de John Sladek, que hallarán en el siguiente y último volumen de la obra; el segundo era La casa de muñecas de James Cross.

Confieso no haber oído hablar nunca de James Cross antes de recibir esta

historia. No me resultaba conocido como escritor de ciencia ficción, lo cual no es extraño, pues normalmente no es un escritor de ciencia ficción. De hecho, no existe ninguna persona llamada «James Cross». Es un seudónimo. Ha solicitado que su auténtico nombre sea considerado como información privilegiada, y así será, aquí al menos. No es pues sorprendente que al recibirlo pensara en este manuscrito como uno más de los que salen del polvoriento fondo de los cajones cuando alguien pide algún material a un agente y de los que había estado recibiendo ya montones. Hubiera debido pensar de otro modo. Bob Mills no trabaja así. La casa de muñecas es un brioso esfuerzo. Es una historia tan singular y efectiva como el Evening Primrose de John Collier o el Nacido de hombre y mujer de Richard Matheson o el Miss Gentilbelle de Charles Beaumont. Es un acontecimiento insólito. Es en parte ciencia ficción, y casi completamente fantasía, y enteramente estremecedor.

De «Cross», el autor escribe lo siguiente:

> «Desde hace un año soy a la vez profesor de sociología en la Universidad George Washington y director asociado del Grupo de Investigaciones Sociales de la Universidad, donde mi trabajo habitual es dirigir un estudio nacional sobre la incidencia de varios síntomas psicosomáticos y el uso de drogas psicotrópicas entre la población adulta de los Estados Unidos.
>
> »Antes de eso, y durante más de una década, estuve trabajando en investigación extranjera especializada por cuenta de la Agencia de Información de los Estados Unidos y otras ramas del gobierno… un trabajo consistente en reunir informaciones sociológicas y psicológicas y con ellas medir la efectividad de la propaganda. Este tipo particular de investigación era mi campo específico desde el inicio de la segunda guerra mundial. Antes de ello, era periodista. Tengo diplomas de Yale, Columbia y California del Sur.
>
> »Vivo en Chevy Chase, Maryland. Estoy felizmente casado y tengo cuatro interesantes (y a veces deplorables) hijos, que se escalonan de los ocho a los dos años. Mi esposa es una consultora de relaciones públicas

muy buena. En mi tiempo libre, cuando no estoy escribiendo, estoy leyendo, durmiendo, comiendo, viajando, jugando al golf o al tenis, o viendo partidos de béisbol por televisión. En el transcurso de mi vida he sido: agente de prensa teatral; profesor en tres universidades; jugador semiprofesional de béisbol («knuckle ball» izquierdo y pitcher de desecho); oficial naval, y más tarde oficial de asuntos extranjeros; escritor y actor en un abortado programa educativo de televisión.

»«James Cross» es un seudónimo. Empecé a utilizarlo debido a: a), publico artículos en varios periódicos profesionales bajo mi auténtico nombre, y no deseaba mezclar las dos entidades ni dar a los críticos la posibilidad del chiste fácil de decir que como escritor de novelas de suspense era un buen sociólogo y como sociólogo un buen escritor de novelas de suspense; y b), la mayor parte de mi obra la escribí mientras trabajaba para el gobierno, y si la firmaba con mi propio nombre tenía que pasar primero por censura…, incluso las obras de ficción. «James Cross» es una forma de hacerme no oficial.

»Tengo cuatro novelas publicadas hasta la fecha: Root of Evil (La raíz del mal), The Dark Road (La carretera oscura), The Grave of Héroes (La tumba de los héroes), y To Hell for Half-a-Crown (Al infierno por media corona). Todas ellas han aparecido en tapa dura y luego han sido reeditadas en libro de bolsillo, y han sido traducidas a idiomas tales como el francés, italiano, sueco, holandés y noruego. The Dark Road fue señalizada en el Saturday Evening Post. Otras dos fueron adquiridas por clubs del libro, pero puesto que eran suecos y holandeses, su circulación fue relativamente limitada y no me hicieron rico. Lástima.»

Ellison de nuevo. Así, «James Cross» nos prepara para lo que no tiene ninguna preparación: una genuina experiencia. La casa de muñecas es una maravillosa historia.

Después de leer esta historia, aquellos de ustedes con hijas pequeñas no serán capaces nunca más de verlas jugar en el suelo con sus muñecas Barbies en sus casitas de juguete sin un escalofriante recuerdo.

* * *

—Doscientos cincuenta dólares para tu asquerosa Fundación Universitaria —dijo Jim Eliot, blandiendo el cheque compensado en su mano—. ¿Qué infiernos crees que van a hacer con ese dinero… darle tu nombre a alguno de sus edificios, el memorial Julia Wardell Eliot?

Su esposa le miró fríamente.

—Sólo por el hecho de que tú hayas frecuentado este tipo de lugares subvencionados por el estado, donde todos los profesores no son más que funcionarios…

—De acuerdo, de acuerdo, dejémoslo… Sólo que la próxima vez intenta comprobar la cuenta antes; has tenido suerte de no extender un cheque sin fondos. ¿Cuánto crees que tenemos en la cuenta?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Tú eres el cerebro, tú llevas las cuentas.

—Unos treinta y cinco dólares, más mi paga de mañana… Exactamente 461,29 dólares, después de las deducciones. Y la semana próxima vienen la hipoteca, el gas y la electricidad, y el fuel, y el doctor y el dentista y el plazo del coche, y todas las facturas de tu vestuario.

—¡Mi vestuario! Como los doscientos cincuenta dólares del traje de cachemira que tuviste que comprarte el mes pasado. Y los nuevos palos de golf, y las comidas con la tarjeta de crédito… ¿Por qué no tienes notas de gastos como todo el mundo?

—De acuerdo —dijo Eliot cansadamente—, déjame tan sólo equilibrar esa maldita cuenta. Si alguna vez extiendes un cheque sin fondos, me gustaría saberlo.

—Tú limítate a eso, querido —dijo Julia—. Voy a acostarme…, y no me despiertes cuando te vayas a la cama.

Se dirigió hacia la puerta; el tafetán de seda de su camisón rojo susurrando como una bandada de cigarras… 99,75 dólares, pensó Eliot salvajemente. Saks, Quinta Avenida. Pero la irritación lo abandonó lentamente mientras pensaba en las facturas, las suyas y las de Julia, las de los niños, el American Way of Life.

Hipoteca; club de campo; escuelas; lecciones… por el amor de Dios, y el baile, y la natación, y el golf y el tenis y el ballet y el trombón de varas; el doctor Smedley, el ortodoncista, veinticinco billetes cada vez que apretaba un tornillo en el aparato de Pamela; Michael en una escuela preparatoria y sus ropas deportivas J. Press a una media de cuatro al año; las cuentas de las compras de Julia y el doctor Himmelfarb a treinta dólares la hora porque ella estaba aburrida y asustada, y muy pronto él sería un candidato también al diván del buen doctor; y, se obligó a admitir, sus propios trajes, sus facturas del bar, los palos de golf, las caras mujeres a las que recurría de tanto en tanto cuando llamaba a Julia y le decía que tenía que quedarse en la ciudad. Y sobre todo lo demás, pensó, sobre todo lo demás, yo, yo mismo, por permitir que todos nosotros vivamos de este modo, cuando sólo gano 15.000 dólares al año. ¿Pero qué puedo hacer?, pensó. En un par o tres de años el cargo de vicepresidente quedará libre cuando el viejo Calder se retire; y yo tengo que vivir como si ya lo tuviera, y si no actúo así no me tendrán en cuenta —«no tiene madera de ejecutivo»—, y terminaré como Charlie Wainwright —el buen viejo Charlie—, cajero en jefe, con el pequeño reloj de oro y la pequeña pensión.

Había una tormenta preparándose, el viento se estaba levantando, podía sentir la casa demasiado grande, con su segunda hipoteca, crujiendo en medio del viento y pidiendo dinero y más dinero, no sólo el préstamo personal extra que estaba pagando a intereses de usurero sino auténtico dinero, montones de dinero, toda una pila.

Se sentó cansadamente en el escritorio y empezó a hacer números. Pero incluso con la hipotética prima de Navidad, se quedarían en números rojos. Por un tiempo podría hacer juegos malabares con las facturas, olvidar al doctor y al dentista, hacer que los acreedores se lo tomaran con un poco de tranquilidad, pero más pronto o más tarde se pondrían pesados (mientras las nuevas facturas no dejaban de llegar) e intervendrían su sueldo, y sería su fin en el banco. Eran las dos antes de que se arrastrara hasta la cama.

El día siguiente era sábado y se levantó temprano, aún aturdido por el cansancio, mientras el resto de la casa dormía. Dejó una nota a Julia, diciendo que volvería por la tarde, y luego tomó la carretera hacia el norte, en dirección a su última esperanza.

No era una esperanza demasiado grande. John Wardell, el tío de Julia, nunca

lo había apreciado, y nunca había ocultado sus sentimientos. Siempre había dejado que Eliot supiera que lo consideraba un arribista provinciano que había tenido la insolencia de casarse con un miembro de una antigua familia de Nueva Inglaterra. Con una cátedra a su nombre en Harvard, con su reputación mundial como una autoridad en civilización clásica, hacía que Eliot se sintiera como una especie de barbudo Goth penetrando en el senado romano. Pero el tío John estaba retirado ahora; vivía bien en una vieja granja al norte del estado; viajaba a Grecia e Italia cada verano; invernaba en las Indias Occidentales. Seguramente le dejaría una fortuna a Julia, su única familia, y Jim Eliot deseaba obtener una parte de esa herencia ahora, cuando la necesitaban, no más tarde, cuando fuera simplemente un ingreso extra.

El enorme perro negro le ladró salvajemente, tirando de su cadena, recordándole a Eliot el perro romano del mural de Pompeya. Cave canem, pensó, retrocediendo nerviosamente, tendiendo una mano cuidadosamente tranquilizadora mientras esperaba a que alguien llamara al animal. Al cabo de uno o dos minutos la puerta delantera se abrió y John Wardell apareció por ella, con unos pantalones de pana y una camisa roja de franela.

—Tranquilo, Brennus —dijo—. Quieto, muchacho. El perro se sentó impasible, y Eliot avanzó nerviosamente, la mano tendida.

—Bueno, Jim —dijo John Wardell, estrechándole indiferentemente la mano—. No se os ve muy a menudo por aquí; supongo que debes tener algún problema. Entra y bebamos algo.

Le tomó bastante tiempo decidirse —tres copas, de hecho—, pero finalmente Eliot se lo contó todo al anciano que le odiaba.

—No es para mí, es por Julia y los chicos. Si no encuentro alguna ayuda, estamos perdidos.

—Por supuesto, por supuesto, Jim —dijo el anciano—. Sé que no estás pensando en ti. Pero de todos modos —dijo, sonriendo maliciosamente— no veo cómo puedes salirte de esto… a menos que hagas alguna trampa en el banco.

Eliot agitó nerviosamente su cabeza, como si el viejo hubiera estado leyendo su mente. Luego forzó una sonrisa.

—Pensaba que quizá tú pudieras echarnos una mano provisionalmente…, tío John —añadió, grave y sinceramente. John Wardell se echó a reír.

—¿Crees que tengo mucho dinero, Jim? ¿Crees que Julia tiene esperanzas?

¿Estás esperando heredar los zapatos del muerto? Buen Dios, todo lo que tengo es mi pensión, y no es mucha, y un vitalicio bastante grande que me hice hará unos años. Eso es todo. Me basta para vivir, y se acabará cuando yo me muera.

Eliot lo miró desesperadamente, y tendió su vaso para que se lo llenara de nuevo. Esforzándose por ignorar el cínico e indiferente regocijo del viejo.

—Lo peor de todo —dijo abrumado— es que si tuviera algo de dinero no podría perderlo. Podría correr riesgos. El mercado está en alza. Sería rico.

—Pero si tienes menos que nada, Jim —dijo el viejo—, debes más de lo que posees. Aunque pudieras conocer el futuro, no tendrías con qué jugar y ganar.

—Si yo conociera el futuro —dijo Eliot— obtendría de algún lado el dinero.

—¿Es eso todo lo que deseas, Jim? De veras, es muy sencillo. Todo lo que necesitas es consultar a un oráculo… o a una sibila, como la llamaban los romanos. Tú haces las preguntas, y el dios te proporciona la respuesta a través de su sacerdotisa. Todas las casas deberían tener una.

Por un momento Eliot tuvo la sensación de que el viejo se estaba ablandando. Pero, mirando los cínicos labios demasiado rojos debajo de la nariz de halcón y el halo blanco de su pelo, comprendió que todo era ilusión.

—¿Cómo preferirías tu propio oráculo, Jim?

—Si no estás dispuesto a ayudarnos, al menos no te burles de mí.

—Petronio cuenta una historia acerca de un oráculo en una botella en Cumae. Sólo tienes que alimentar regularmente a la sibila, y vive eternamente. ¿Podrías utilizar algo así?

—Me voy —dijo Eliot, alzándose tambaleante.

—No es una broma, Jim. Hace dieciocho años que os debo mi regalo de boda, y ahora creo que os voy a dar uno. Siéntate.

John Wardell abandonó la habitación, y al cabo de dos minutos regresó trayendo una pequeña casa de muñecas. La dejó cuidadosamente sobre la mesa. Eliot la miró curiosamente. No era la mansión victoriana standard hecha casa de muñecas, pero le recordó extrañamente algo que había visto hacía diez años, en su viaje a Europa, en Pompeya.

El viejo lo observó atentamente.

—¿La reconoces? La casa de los Vettii en Pompeya. Perfectamente a escala. Mira el atrio y el estanque, las habitaciones a los lados. La compré allí.

Eliot inclinó su cabeza para mirar a través de la puerta al atrio y el estanque.

Desde aquella posición no podía ver nada más; pero recordó que en la mayoría de las casas de muñecas el techo estaba montado sobre bisagras y podía levantarse de modo que permitiera una vista de pájaro sobre todo el interior. Tanteó los lados del modelo en busca del cierre para soltarlo. Por un momento creyó haber oído un ruido deslizante dentro de la casa de muñecas. Retiró rápidamente su mano, golpeando la estructura y estando a punto de tirarla de encima de la mesa.

—No la toques —dijo John Wardell, repentina y secamente—. No mires al Oráculo, a ella no le gusta. No lo hagas nunca, en toda tu vida.

—¿Estás pretendiendo decir que hay algo dentro?

—No necesito hacerlo, la has oído moverse. Pero no la abras, nunca.

—¿Cómo funciona, entonces? —preguntó Eliot, siguiéndole la corriente al viejo.

—¿Ves ese estanque vacío pasado el atrio? Bien, escribe tu pregunta en un trozo de papel, dóblalo, y ponlo en el estanque. Toma un cazo pequeño y llénalo con leche endulzada con miel y colócalo en el portal. Luego vete, y a la mañana siguiente toma el trozo de papel del estanque. Hallarás la respuesta escrita en él.

—¿No se puede hacer que funcione más aprisa?

—A veces puede hacerse, pero te aconsejo que no lo intentes. Es precipitar las cosas.

—¿Puedes hacerlo funcionar ahora? Muéstramelo.

John Wardell se alzó de hombros. Luego se dirigió a la cocina y regresó con una hoja de laurel seca. La prendió, sujetándola hasta que empezó a desprender un humo aromático. Luego la metió en la casa de muñecas, observando las volutas que se iban formando.

—Ahora —dijo—, ¿qué es lo que quieres saber? Cualquier cosa. Escríbela rápidamente.

Eliot arrancó un trozo de papel y escribió en una de las caras: «¿Quién ganará la Copa Mundial?». Luego dobló el papel y lo deslizó en el estanque vacío.

—Correcto —dijo John Wardell—. Ahora tenemos que irnos. Tráete la botella.

Cuando regresaron, media hora más tarde, el intenso aroma del laurel había desaparecido. Wardell se inclinó y metió los dedos en la casa de muñecas.

Extrajo una hoja de papel doblada, que tendió a Eliot.

Eliot la desdobló y leyó rápidamente. Luego volvió a leer más lentamente.

—Fringillidae sunt —recitó—. ¿Qué clase de acertijo es ese?

—La segunda palabra es fácil —dijo John Wardell—. Significa «los (vencedores) son». Pero Fringillidae, espera un minuto.

Tomó el tercer volumen de un diccionario clásico en veinte volúmenes, pasó hojas durante un minuto o dos, luego agitó la cabeza.

—Es una palabra nueva para mí. Nunca la he visto antes.

—Entonces, ¿para qué infiernos me sirve?

—Debí haberte advertido que el Oráculo utiliza varios lenguajes, y tiende a ser críptico. Ya sabes… «Si el rey Creso cruza el río Halys con su ejército, destruirá un poderoso imperio»… ¿pero cuál? Bueno, resultó ser el suyo. Simplemente no lo leyó correctamente.

—No te preocupes por mí, me las arreglaré.

—Bueno, en ese caso no tendrás problemas.

Había un asomo de desagradable burla en la voz del tío John, como si supiera algo muy peligroso acerca de Eliot, algo que el joven debería saber también, algo, por encima de todo, que debería refrenar si poseía la sensibilidad de comprender o el buen sentido del honor personal para ofenderse.

Luego, bruscamente, Eliot se dominó. Aquello no era más que una chachara senil. El deseaba dinero, una tabla de salvación, algo a lo que agarrarse en la montaña de la que estaba cayendo, y aquí estaba ese viejo loco maligno ofreciéndole sueños y fantasías.

—Mira, no sé cómo has hecho funcionar esa Casandra de bazar barato, pero si no te importa mucho, ¿te molestaría decirme cómo…, cómo funciona este Oráculo? Quiero decir, ¿quién infiernos es ella? ¿De dónde viene?

—¿Realmente no lo sabes? —le preguntó el anciano—. No, lo había olvidado, no puedes saberlo, por supuesto. Imagino que conseguiste tus títulos de administración comercial, o de ventas, o de valoración del arte, en esa cafetería educativa que frecuentabas.

A tal tío, tal sobrina, pensó Eliot rabiosamente, recordando las burlas de Julia la noche antes. «Piensas que soy una especie de salvaje debido a que no he ido a Harvard.» Por un momento se sintió tentado de irse, pero su necesidad y su desesperación eran demasiado grandes; y, también, por primera vez desde que se

conocían, se dijo a sí mismo que podía sentir algo distinto de la fría y burlona hostilidad con la cual el viejo lo trataba normalmente, como si Eliot hubiera progresado del estatus de extraño al de pariente lejano, inferior, pero pariente pese a todo. O quizás al estatus de un gran, estúpido, torpe perro con hábitos fastidiosos, pero no completamente extraño.

—La sibila cumaeana —prosiguió el tío John—, como sabrías si hubieras recibido una educación decente, se creía que era inmortal.

Originalmente, era una joven sacerdotisa de Apolo, y el dios hablaba a través de sus labios cuando ella estaba en trance y predecía el futuro a aquellos que preguntaban. Hubo media docena de tales sacerdotisas, pero la de Cumae complació al dios Apolo y este le hizo dos presentes… el don de la profecía, y la inmortalidad. Como cualquier otro galán mortal, se sentía enamorado… pero no completamente: cuando descubrió a su joven amiga retozando en la hierba una noche con un pescador del lugar, no pudo retirarle los dones que le había dado, pero se había guardado muy bien de entregarle la juventud eterna junto con la inmortalidad. Y sólo para asegurarse de que no habría más jóvenes pescadores, la redujo al tamaño de un ratón grande, la encerró en una caja, y la confió a los sacerdotes del templo para que la utilizaran durante toda una eternidad.

—¿Crees realmente todas esas tonterías? El tío John casi se alzó de hombros. Su gesto fue demasiado vago como para ser calificado como un movimiento definido.

—Realmente no lo sé. Hay una historia en Livio acerca de que el segundo rey de Roma habló con el oráculo inmortal en Cumae, y eso fue aproximadamente en el año 700 antes de Cristo. Y luego una referencia contemporánea en Petronio setecientos u ochocientos años más tarde indica que la misma persona, o quizá criatura, estaba viva aquel día, y seguía prediciendo. He intentado hacer preguntas en algunas ocasiones, ir más allá del mito, pero cada vez he recibido respuestas que aún me han confundido más. Quizás ella haya caído del cielo y no haya podido volver allá arriba. Quizá lo consideraras más científico y racional si te hablara en términos de un deslizamiento desde otro continuum, desde otro sistema de ilusión, desde otro…

«Oh, Cristo, ya basta de tonterías», pensó Eliot para sí mismo. Y luego dijo en voz alta:

—¿Qué es lo que hay dentro… una cucaracha, un ratón, o qué? ¿.Cómo

haces lo de la escritura? ¿Es como la vieja máquina a monedas?

—Mientras tú no abras el techo e intentes descubrirlo, y mientras ella te diga lo que deseas, ¿qué importa? Si crees más tranquilizador el pensar que adiestro roedores o pulgas, o que estoy cayendo en la senilidad, allá tú. O si tu concepción del universo es demasiado limitada como para aceptar un milagro… procedente de Marte o de la Luna, o del pasado o del futuro, o de donde sea… entonces déjala aquí, y consideremos esta visita como no fructífera. Todo lo que puedo decirte es que la compré hace unos años en algún lugar entre Cumae y las ruinas de Pompeya, que me costó barata, y que he comprobado que funciona. «La vecchia religione»… la vieja religión, dijo el hombre, y deseaba desprenderse rápidamente de ella… probablemente la había conseguido de forma ilegal.

El viejo cretino creía realmente aquello, pensó Eliot. Se dio cuenta de que estaba mirando al viejo con creciente inquietud. Ni por un momento se le ocurrió pensar que dentro de la casa de muñecas estaba el Oráculo de Pompeya o de Cumae o de donde infiernos fuera; pero el viejo parecía convencido de ello, y había aprendido a no subestimarlo. ¿Era aquello posible? ¿Se había abierto repentinamente la noche como una gigantesca boca, justo más allá de los límites periféricos de la comprensión, para dejar escapar un genuino milagro? Decidió no discutir lo extraño…

—Mira —dijo Eliot repentinamente—, te creo respecto al dinero. Sólo tienes la pensión y el vitalicio. Aparte esto estás sin blanca, como yo. ¿Pero quieres venderme esto? Ahora no puedo pagártelo, pero si eso funciona, voy a forrarme. Ya he calculado algunas operaciones. Pon simplemente un precio.

—No —dijo el viejo—. Tómala simplemente como un regalo de bodas un poco retrasado. Te la doy. Ya conozco todo lo que me interesa del futuro, a mi edad. Como un estúpido, el año pasado le pregunté cuánto iba a vivir aún… y no es agradable saberlo.

El tío John Wardell hizo una pausa y observó a Eliot con una expresión extraña. Fue una pausa muy breve, y un momento más tarde el viejo había reasumido su actitud normal, controlada y en guardia; pero durante este fugaz segundo Eliot, generalmente impermeable a los sentimientos no expresados de los demás, leyó el frío y desesperado odio de aquel que va a morir hacia aquel que va a vivir.

—Toma, llévatela —continuó el anciano—. Tan sólo recuerda que debes alimentar al Oráculo cada noche, leche y miel. No abras el techo de la casa. No le gusta ser molestada o que la miren. Deja tus preguntas por la noche, pero no esperes una respuesta hasta la mañana siguiente. No intentes apresurarla.

—Realmente te lo agradezco —dijo Eliot.

—No tiene importancia —respondió el anciano, sonriendo de una forma extraña—. No me des las gracias todavía. Sabes el camino, supongo.

Cuando Eliot regresó a su casa, se sorprendió al descubrir que Julia se sentía casi emocionada de que hubiera visitado al tío John por iniciativa propia. Se mostró cálida y afectuosa, y no fue hasta bien entrada la noche que pudo bajar con cuidado hasta el coche, mientras ella dormía, y tomar la casa de muñecas para llevarla a la pequeña habitación de trastos en el sótano que había convertido en su estudio particular.

El lunes llevó el trozo de papel a la biblioteca pública y pidió una traducción. Durante los días siguientes hizo diez llamadas telefónicas infructuosas, mientras el Campeonato del Mundo permanecía empatado a tres juegos y las apuestas fluctuaban locamente. Finalmente, dos días después de terminar el Campeonato, el trozo de papel llegó a un bibliotecario que había estudiado zoología aunque no se había doctorado. Los fringillidae, le dijo a Eliot, eran un género de pájaros de los que el más conocido era el cardenal norteamericano.

Se quedó allí, rascándose la cabeza, dos días demasiado tarde para aprovecharse de la victoria de los Cardenales de St. Louis. Fue entonces cuando comprendió que las predicciones del Oráculo eran en ocasiones demasiado oscuras como para tener ningún valor, en ocasiones demasiado tardías como para aprovecharse de ellas.

Durante las siguientes semanas probó el Oráculo, colocando fielmente cada noche el cazo de leche y miel, desentrañando pacientemente cada mañana, cuando había dejado una pregunta, la respuesta. Empezó a sentirse satisfecho con las pruebas.

A finales de octubre le preguntó al Oráculo quién ganaría las elecciones presidenciales, y recibió la respuesta: filius Johanni victor est. Por aquel entonces había comprado ya un diccionario de latín y no tenía dificultad en traducir el bajo latín (después de todo, el Oráculo era griego de nacimiento): «El hijo de John es el vencedor», un día o así antes de leer los titulares: «Aplastante

victoria de Johnson».

Pero seguía siendo cauteloso. La siguiente semana preguntó al Oráculo si debía comprar acciones de Industrias Espaciales, una sociedad canadiense, que se vendían a dos centavos la participación. Las dos palabras, «caveat emptor», le pusieron sobre aviso, y no se sorprendió cuando al mes siguiente leyó que las participaciones habían bajado a cero y que los directores de la sociedad habían sido procesados.

Como prueba final, preguntó al Oráculo cuándo moriría John Wardell. Estaba aún estudiando la respuesta, «illefuit», cuando una llamada de larga distancia para Julia le dijo que el viejo había muerto aquella noche mientras dormía. «Pobre viejo tipo —pensó Eliot durante la interminable ceremonia fúnebre—. Habíamos tenido nuestras peleas, pero al final creo que empezó a quererme un poco después de todo. Quiso hacerme un favor… al final.»

Uno de los mejores clientes del banco, y un hombre con el que Jim Eliot había estado tratando durante cinco años, estaba en el negocio de los textiles en crudo. Oyendo a Max Siegal hablar de ello, la cosa parecía relativamente sencilla: uno compraba una buena cantidad de telas en crudo —la mayor parte de las veces a crédito—, imaginaba qué colores iban a estar de moda en la siguiente estación, luego hacía teñir sus telas y las revendía con un buen beneficio. Pero era mucho más complicado y peligroso que eso. Si uno calculaba mal, podía encontrarse con unos cuantos centenares de miles de dólares de telas teñidas en colores equivocados. Si ocurría esto, uno podía almacenar las telas, pagando los gastos de almacenamiento, durante años, hasta que los colores se pusieran de moda; uno podía venderlas con grandes pérdidas; o uno podía teñirlas de nuevo y rogarle a Dios para que el coste del retintado no fuera ruinoso. Max Siegal había demostrado tener un don especial en anticipar los colores de moda, y el banco estaba encantado en ofrecerle préstamos a corto plazo, puesto que siempre los había reembolsado antes de su vencimiento.

—De acuerdo, Max —dijo Jim Eliot tras el segundo martíni antes del almuerzo—, no habrá problemas con el préstamo. Sabes que tu crédito es bueno. Por cierto, ¿cuál es el color este año?

—¿Piensas en dar el golpe, Jim? Olvídalo. Tú recibes un sueldo regular cada dos semanas. Mejor que pongas tu dinero en el banco.

—Sólo pensaba en darle a Julia una ligera predicción de la moda.

—Bien, yo estoy lanzándome al verde bosque, al cien por cien.

Aquella noche, Eliot le preguntó al Oráculo, y a la mañana siguiente tenía la respuesta: «ex Tyre ad Caesarem». Era fácil de interpretar —«de Tiro a César»—, pero para él no tenía sentido. Probó de nuevo la biblioteca, y esta vez supo en diez minutos que la ciudad de Tiro manufacturaba un raro tinte púrpura que era reservado a los emperadores romanos.

Jim Eliot manejaba unas pocas cuentas de inversiones, y la mejor de ellas representaba unos 500.000 dólares pertenecientes a una solterona de fuera de la ciudad a la que raramente veía, una vieja mujer que normalmente dejaba los asuntos enteramente en manos del banco siempre que la rentabilidad se mantuviera a un nivel superior al cinco por ciento. Normalmente, un diez por ciento de su capital se hallaba en cuentas de ahorro esperando a ser transferido a inversiones más provechosas; otro diez por ciento se hallaba en efectivo en una caja de seguridad, por expreso deseo de la vieja dama. Era la primera ocasión para Eliot, y sus manos sudaban cuando tomó 10.000 dólares de la caja de seguridad.

Con el dinero, compró 10.000 dólares de telas en crudo, y luego llegó a un trato con el tintorero sobre un crédito a treinta días. Cuando especificó el color —púrpura real—, el hombre le miró como si deseara anular el trato. Pero Eliot se sentía más allá del miedo.

—Púrpura —dijo—, púrpura real, toda ella.

A la semana siguiente Max Siegal le llamó para comer juntos.

—Jim —dijo—, estoy en auténticos problemas. Acabo de ver los avances en Yogue, y este año es el púrpura, el púrpura real, y yo estoy con el verde bosque hasta las orejas.

—¿Deseas otro crédito, Max?

—Es demasiado tarde. Cuando tenga todas las telas teñidas de nuevo, el mercado estará saturado. Puedo soportar la pérdida del verde y esperar al año próximo; pero si pudiera poner mis manos sobre algo de púrpura, podría recuperarme mucho antes.

—Supongamos que puedes poner tus manos sobre unos 10.000 dólares de tela que ha sido teñida de púrpura real.

—Pagaría veinticinco mil dólares, y aún haría algo de beneficio.

El siguiente lunes, Jim Eliot cobró el cheque de Siegal, pagó al tintorero,

devolvió los 10.000 dólares a la caja de seguridad, y saneó su propia cuenta con el resto. Era suficiente para pagar las deudas más apremiantes, retirar buena parte de la segunda hipoteca, pagar el préstamo personal a la compañía financiera; pero al final las finanzas seguían a cero, y las facturas seguían llegando. Un golpe no era suficiente.

Unas de las acciones que más frecuentemente cambiaban de manos en el mercado eran las de una mina de oro en Asia, que fluctuaban diariamente entre un dólar y un dólar y medio. Era del dominio público en Wall Street que si el precio del oro subía alguna vez, harían verdadero daño. Eliot le hizo la pregunta al Oráculo y recibió la respuesta, esta vez en inglés: «El mar estará tan lleno de oro como lo está de peces». Resultaba algo enigmático, de modo que esperó. A la semana siguiente supo, tocando agradecidamente madera, que un nuevo proceso de extracción de oro del agua del mar había hecho que el precio del oro cayera en picado en todo el mundo.

Pero hallarse en posición de evitar las pérdidas no era suficiente. Lo que necesitaba era una respuesta favorable, algo con lo que pudiera actuar. Las facturas seguían llegando sin interrupción, y la cuenta del banco estaba de nuevo en el límite del centenar de dólares.

Estaba empezando a cansarse de las respuestas crípticas del Oráculo y de las respuestas en lenguajes extraños. Escribió una nota solicitando mensajes claros en inglés. A la mañana siguiente recibió su respuesta: «Vox dei multas linguas habet» (La voz del dios tiene muchas lenguas).

Muy divertido, pensó Eliot; y aquella noche prescindió deliberadamente de alimentar al Oráculo. El cazo fue colocado en su lugar, pero vacío de leche y miel. Repitió su petición. Quemó hojas de laurel. A la mañana siguiente seguía sin haber respuesta. La cosa siguió así durante una semana. Ocasionalmente, cuando aplicaba su í oído a la casa de muñecas, podía oír un movimiento dentro, y en una ocasión, creyó, una vocecita gritando. Pero seguía sin haber respuesta, y se dio cuenta de que alguien que podía vivir durante dos mil años podía ayunar durante largo tiempo.

La noche del miércoles fue una mala noche. Había olvidado responder una carta de uno de sus clientes, y el viejo caballero indignado había escrito directamente al presidente del banco para quejarse. Cuando volvió a casa, había una carta del colegio de Michael recordándole que los derechos de matrícula de

aquel año aún no habían sido pagados. Entonces Julia, muy hermosa en sus nuevos pantalones ajustados de lame dorado y su pullover imitando piel de leopardo, alzó la vista del vaso de martini que estaba bebiendo para decirle que había inscrito a Pamela en un curso de dicción —«es su aparato, querido, que la hace trabucarse»— y a un cursillo de urbanidad; que la lavadora se había estropeado; que sus vecinos los Durkee se habían comprado un nuevo coche; que ya era tiempo de que tuvieran una criada a todo estar, aunque para ello tuvieran que construir una nueva habitación en la casa; y finalmente, que Pongo, el gato, necesitaba una tanda de vitaminas en inyectables.

Eliot se bebió cinco martinis antes de la cena, y luego se quedó dormido en un sillón. Cuando se despertó era la una pasada; Julia se había ido ya a la cama. Se echó agua fría por la cabeza y cuello. Luego se preparó un escocés largo y se sentó, pensando. Tras un cierto tiempo se dirigió hacia el sótano, con Pongo, el gordo, insociable y castrado gato, bajo el brazo, arañando y maullando.

Julia se divertía ocasionalmente paseando a Pongo con una correa, como si fuera un perro. En su camino al sótano, Eliot rebuscó en los cajones de la cocina y encontró la adornada correa con sus trenzadas tiras de plata, y la ató al collar repleto de diamantes de imitación del gato. Cuando llegó cerca de la casa de muñecas ató sólidamente el extremo de la correa a una tubería. Pongo se sentó, lamiéndose tranquilamente.

Eliot se dirigió a la casa de muñecas y tanteó uno de los lados del techo en busca del pequeño cierre que la mantenía en su lugar, y lo soltó. Por un momento recordó cómo el viejo Wardell le había advertido acerca de mirar dentro de la casa de muñecas. Luego alzó el techo sobre sus bisagras. Apuntó una linterna hacia el interior y miró atentamente. En una de las pequeñas habitaciones que daban al atrio pudo ver lo que parecía una pequeña mujer muy vieja tendida en una cama. Tendría unos quince centímetros de estatura, e iba vestida con ropas oscuras. Giró su cabeza y miró a Eliot, fría y malévolamente.

Él la alzó, sujetándola firmemente entre su dedo medio doblado y los dos adyacentes, como un pescador sujeta una anguila; pero ella se debatía muy débilmente. Entonces la llevó cerca del gato. Por un momento pensó que Pongo iba a romper la correa. El gato se tensó hacia delante, maullando horriblemente en su avidez de clavar sus dientes en la pequeña y cálida criatura. Sólo unos pocos centímetros los separaban. Eliot podía ver las frustradas mandíbulas del

gato moverse incesantemente, y oír el frenético rechinar de sus dientes. Acercó un poco más aún a la mujer-muñeca, tan cerca que pudo sentir el aliento del gato y las gotitas de saliva que salían proyectadas en el dorso de su mano. El cuerpecillo que sujetaba entre sus dedos estaba temblando débilmente. Entonces Pongo empezó a gritar. Al cabo de un momento, Eliot puso al Oráculo de nuevo en su cama y cerró el techo de la casa de muñecas. Dejó el mensaje que había estado repitiendo durante varias noches, pero dejó de nuevo el cazo de comida vacío.

A la mañana siguiente había un mensaje para él… «pregunta y se te contestará».

Aquella noche volvió a alimentar al Oráculo.

Al día siguiente tomó 5.000 dólares de la misma cuenta que había utilizado antes, y esa noche hizo la pregunta. Ya no había tiempo para aguardar la subida de unas acciones o una oportunidad de un negocio; estaba próximo a la bancarrota; de hecho, estaría en la bancarrota cuando hubieran llegado todas las facturas. Todo lo que deseaba era tres vencedores; tres caballos. Aunque los tres fueran favoritos, podría ganar hasta 100.000 dólares, devolvería lo que había tomado, saldaría sus deudas y le quedaría capital para emplear de nuevo.

Por la mañana los tres nombres estaban en el trozo de papel. Los copió cuidadosamente en un bloc de notas; Rayo de Sol, Mataserpientes y Apolo: primera, segunda y tercera carreras en el hipódromo local.

En la ventanilla de 100 dólares, apostó cincuenta boletos a Rayo de Sol, y unos pocos minutos más tarde, en su asiento junto a la línea de llegada, observó las apuestas caer de 5-3 a 3-2. Aún así, pensó, eso le dejaría 12.500 dólares para apostar en la segunda carrera. Ni siquiera aguardó a ver el final. En la última recta, Rayo de Sol llevaba siete largos de ventaja y seguía ganando terreno. Se situó cerca de las ventanillas de apuestas, preparando sus boletos.

Tuvo que esperar un poco para cobrar sus boletos. Se vio obligado a dar su nombre y dirección, puesto que actuaba sin corredor de apuestas… «es por los chicos de los impuestos», le explicó el cajero como disculpándose, mientras contaba 12.500 dólares. «Oh, Cristo —pensó Eliot—, los había olvidado; no me va a quedar mucho después de que se hayan echado sobre mí. La próxima vez —pensó—, la próxima vez, lo arreglaré todo, una vez haya salido de este agujero.»

En la ventanilla de 100 dólares, lo apostó todo a Mataserpientes. Por un

momento se preguntó si no sería más seguro dejar a un lado los 5.000 dólares originales que tenía que devolver al día siguiente; pero no tenía ninguna utilidad tomar precauciones ahora, estaba metido demasiado profundamente en aquello. No le gustaba Mataserpientes, las apuestas estaban demasiado igualadas; pero tenía a Apolo en la tercera a 10-1, y aunque él apostara sus 25.000 dólares descenderían como máximo a 4-1 o 5-1.

No abandonó su sitio durante la segunda carrera. Estaba demasiado igualada. Permaneció allí, inundado por el frío del miedo, mientras Mataserpientes y otra maldita potranca luchaban nariz con nariz. Cuando vio el número aparecer en el tablero y comprendió que Mataserpientes había ganado, su respiración era muy rápida, sus ojos estaban nublados por el sudor, y se dejó caer desfallecido en su asiento.

Luego Eliot se apresuró hacia la ventanilla de pagos, sintiendo que su corazón quería salírsele del pecho. No había mucho tiempo para la tercera y, para él, última carrera.

De nuevo le pidieron que se identificara, y dio rápidamente su nombre y dirección.

En un par de minutos estaba frente a la ventanilla de los 100 dólares, con 25.000 dólares para apostar a Apolo, y pronto se metía en el bolsillo un grueso fajo de boletos. De nuevo, por el espacio de medio segundo, se pateó mentalmente por no haber separado los primitivos 5.000 dólares que había tomado de la cuenta. «Mañana por la mañana los reintegraré —se dijo a sí mismo—. Será lo primero que haga.» Miró las apuestas en el tablero; incluso después de su fuerte apuesta, estaban 5-1; 125.000 dólares para él dentro de cinco minutos.

Esta vez ni siquiera fue a contemplar la carrera, se quedó allá junto a las cajas, contemplando el tablero y esperando a que el número 11, Apolo, apareciera ante él. Todo transcurrió muy rápidamente. Oyó el rugido que señalaba la salida, luego el constante crescendo de los gritos cuando los caballos desaparecieron en la vuelta, luego el rugido final cuando aparecieron en la recta final; luego algo parecido al silencio mientras el número 11 aparecía en el cartel. Eliot se dio la vuelta y caminó rápidamente hacia la caja exhibiendo sus boletos. «Junto al hipódromo —pensó—, hay una sucursal de mi banco. Lo ingresaré directamente allí, todo menos los 5.000 dólares. Pero por Dios, en una cuenta

solo a mi nombre. No dejaré que Julia ponga la mano sobre esto.»

—Un minuto —dijo el cajero—. Hay una reclamación contra Apolo.

Eliot sonrió confiadamente. La sonrisa estaba aún en su rostro cuando el cajero se volvió de nuevo hacia él.

—Mal día para usted, amigo. Acaban de descalificar a Apolo. Puede romper esos boletos.

Eliot miró a su alrededor y vio el número 11 desaparecer del cartel, y ser sustituido por el número 4.

—No pueden hacerlo —murmuró—. Ella me dijo…

—Vamos, amigo, muévase; salga de aquí; están esperando.

Se apartó tambaleándose, mirando durante largo rato el tablero, esperando que de alguna imposible manera se produjera una reclamación contra la reclamación. Pero nada ocurrió, y tras un rato regresó a casa.

En el tren, miró de nuevo el mensaje: «Esos serán los que correrán más rápido mañana: Rayo de Sol, Mataserpientes, Apolo». Oh, Cristo, pensó, la zorra me engañó de nuevo… «correrán más rápido», nada acerca de descalificaciones. Esta vez dejaré que el gato juegue un poco con ella.

Cuando llegó a casa no había nadie. Sólo una nota de Julia: «Pamela está en una fiesta en casa de los Evans. Yo me voy al cine. Hay comida en la nevera. Pongo está en el sótano, recuerda sacarlo».

Se sentó y se preparó rápidamente algo de beber. Cinco mil dólares. Y no veía forma de reponerlos. Dos hipotecas sobre la casa; nada que hacer con los coches; y ya había pedido un préstamo sobre su seguro de vida. Y uno de esos días la vieja señorita Winston podía presentarse de pronto en el banco, como hacía siempre, y contar el dinero en la caja de seguridad. O los interventores realizar su periódica comprobación. Si tan sólo hubiera alguna forma de estar seguro con ese asqueroso Oráculo. Quedaba aún bastante dinero en la caja de seguridad.» Podía intentarlo de nuevo. «No me van a condenar a una sentencia mucho más larga si me descubren. Esta vez —se dijo—, voy a matarla realmente de hambre; esta vez dejaré que el gato juegue un poco con ella, hasta que me llame pidiendo ayuda.»

Estaba casi borracho cuando recordó la nota de Julia y se dirigió tambaleante al sótano para dejar salir al gato. Al primer momento no vio realmente a Pongo en un rincón de su estudio; sólo percibió con el rabillo del ojo que el gato estaba

allí, mientras se dirigía rápidamente hacia la casa de muñecas, la correa en la mano.

Miró a la casa de muñecas. La entrada estaba echa una ruina. La frágil madera y el papel maché habían sido destrozados, y pudo ver profundas marcas de arañazos en torno al estanque, allá donde las garras habían estado buscando. Abrió rápidamente el cierre y alzó el techo. La cama donde el Oráculo había descansado estaba volcada en un ángulo de la pequeña habitación, hecha pedazos. No había nadie dentro de la casa de muñecas.

En el rincón más alejado del estudio, Pongo ronroneaba extasiadamente. Eliot avanzó lentamente hacia el gato, mientras este se acurrucaba defensivamente sobre algo que mantenía sujeto entre sus dos patas delanteras y que parecía como un arrugado trozo de tela oscura. Eliot dejó caer salvajemente la correa sobre los hombros del gato, observándolo huir arrastrándose, abandonando lo que fuera con lo que había estado jugando.

Lo tomó. Era tan sólo una retorcida masa de tela negra con algo roto dentro. Si no hubiera notado las oscuras manchas en la tela y alzado sus dedos hacia la luz para contemplar los pequeños regueros de sangre, hubiera podido pensar que se trataba simplemente de una muñeca sin cabeza.

Julia, entre sus otras manías, tenía un miedo exagerado a los ladrones; pero cuando Eliot le compró el rechoncho revólver.38 Especial Banqueros, se lo hizo guardar, no en la mesilla de noche junto a su cama —la aterraban también las armas—, sino en el cajón del escritorio de su estudio en el sótano, cerrado con llave.

La llave estaba en su llavero, y abrió rápidamente el cajón y tomó el revólver, sopesándolo en su mano. Se dirigió hacia la casa de muñecas, esgrimiendo el revólver. Miró una vez más al interior, con la loca e imposible esperanza de que el Oráculo estuviera aún allí, que la anciana hubiera escapado de alguna manera del gato. Pero la casa de muñecas estaba vacía, o más bien casi vacía; porque había un trozo de papel en un rincón del estanque.

Lo tomó. «¿Cuándo voy a morir?», pensó, y leyó el último mensaje que recibiría nunca… «Ule die» (hoy).

Cuando el revólver resonó en el cerrado sótano, lo hizo tan fuertemente como una descarga de artillería.

El cine al que había acudido Julia era de programa doble. Ninguna de las dos

películas era demasiado buena, pero ella era ahorrativa en las pequeñas cosas y una vez había pagado por su entrada se quedaba durante todo el programa aunque se aburriera soberanamente. Cuando volvió a casa, aparcó el coche y pasó de la entrada del garaje a la cocina. Parecía como si un chef se hubiera vuelto loco. En las estanterías, cajas y botellas estaban volcadas. El armarito de las especias clavado en la pared había sido arrancado, y sobre la mesa de la cocina un tarro abierto de hojas de laurel esparcía su aromático contenido.

Lo limpió todo mecánicamente, casi sin pensar en ello, luego buscó a su esposo. No estaba en el salón ni en el dormitorio, de modo que finalmente los buscó en el estudio del sótano. Cuando entró en el sótano, las luces estaban apagadas en la sección principal, pero pudo ver un leve resplandor brotar por debajo de la puerta del estudio. Encendió la luz.

Pongo el gato estaba en el suelo, rígido y horrible en medio de un gran charco de sangre. Por un momento se preguntó qué habría ocurrido; luego vio el revólver arrojado al suelo junto a la destrozada cabeza del gato muerto. Se dirigió hacia la puerta del estudio. Todo lo que pudo oír fue una suave y monótona cantinela cuyas palabras no pudo comprender. Abrió la puerta, lenta y cuidadosamente.

Lo primero que la sorprendió fue el acre y aromático olor de hojas de laurel quemándose y las volutas de humo grisazulado que ascendían de un pequeño cenicero de cobre.

Su esposo estaba arrodillado frente a una gran casa de muñecas en un extremo de la habitación. Su mano izquierda sujetaba un pequeño cazo de madera e, incongruentemente, en su mano derecha tenía una botella medio llena de leche que estaba echando en el cazo. Lo llamó secamente, pero él no respondió. Entonces ella avanzó. El techo de la casa de muñecas estaba alzado. Nunca había mirado dentro, así que se inclinó hacia delante para hacerlo ahora. Todo lo que pudo ver fue un patio interior con un estanque vacío, y varias pequeñas habitaciones rodeándolo. En una de ellas había lo que parecía ser una reproducción en pequeño de una antigua cama, con algo tendido sobre ella. Tras un momento, Eliot se volvió para mirarla ciegamente. Luego metió la mano en la casa de muñecas y tomó de la cama lo que parecía una pequeña muñeca de trapo. Empezó a hablar a la muñeca, canturreando en un lenguaje que ella no conocía, ignorándola completamente. Seguía aún de rodillas, canturreando, cuando ella

subió las escaleras, y no se había movido cuando, mucho rato después, llegó la ambulancia.

* * *

Para recrear los pasos que condujeron a la redacción de una determinada historia, normalmente se requiere algo parecido a una memoria total, a menos que uno sea uno de esos escritores realmente metódicos que apuntan todas sus ideas para futuras historias, desarrollos y progresos en un bloc de notas. En el caso de La casa de muñecas, sin embargo, recuerdo muy bien cómo empezó todo.

Yo estaba con mi hijo Brian, que entonces tenía dos años, y estábamos contemplando la fantástica casa de muñecas en el viejo edificio Smithsoniano de aquí. Brian estaba fascinado por alguna de las muñecas que había en la vieja casa de muñecas, y me preguntaba si eran realmente «gente auténtica», si se movían, y cosas así. Pensé en una historia de M. R. James sobre una casa de muñecas del siglo XVIII donde las muñecas cobraban vida después de medianoche, de una forma más bien aterradora; pero obviamente no podía utilizar de nuevo eso como una idea. Sin ninguna razón en particular, pensé entonces en el Palazzo Vettii de Pompeya, y en cómo aquella preciosa casa de verano romana haría una encantadora casa de muñecas. Luego, siguiendo mentalmente en la zona de Nápoles, recordé la historia de Petronio acerca del Oráculo que, de alguna forma, fue capturado y aprisionado en una botella. Cuando pensé de nuevo en la pregunta de mi hijo, y las diversas asociaciones de ideas fueron encajando, me encontré con un esbozo de argumento. (Todo esto ocurrió en unos treinta segundos.) Camino de casa, empecé a pensar más deliberada y sistemáticamente en ello; y cuando llegamos allí tenía ya una historia bastante esbozada. Así realizo la mayor parte de mis historias… utilizando todos los estímulos y todos los ratos que tengo disponibles; porque siempre he trabajado en otras cosas a tiempo completo y he escrito por diversión, para relajarme, porque he descubierto que me resulta difícil no escribir.

La parte peligrosa de la «visión peligrosa» en mi historia está realmente ahí

desde el principio.» Jim Eliot es un arribista que no ha llegado, alguien con un gran futuro tras él. Le gustaría ser «ascendentemente móvil», como dicen los sociólogos, tanto de hecho como de temperamento. Se casó con alguien por encima de él, vive en un barrio caro, y espera que sus ingresos alcancen algún día su nivel de vida… del mismo modo que algunas culturas primitivas creen que produciendo los efectos que siguen a una causa lograrán realmente atraer a la causa: mójate y lloverá. Sigue teniendo la visión peligrosa que guía su vida… la visión del País de Pelf, las grandes extensiones verdes, los crujientes billetes cayendo suavemente de los árboles de dinero como hojas muertas; y mientras tanto, incluso antes de poseer la casa de muñecas, actúa como si la visión fuera cierta. Y lo que él no puede gastar, su mujer se encarga de ello. Está en descubierto; debe; los acreedores lo acosan; está en la cuerda floja; al borde de la depresión. Por eso está dispuesto a creer lo increíble. Por eso se siente ávido de aceptar un dudoso regalo de un hombre a punto de morir que es obviamente su enemigo. Y es por eso por lo que uno o dos fracasos —claras advertencias— no le detienen: sigue teniendo esa visión peligrosa de la operación perfecta que le abrirá las puertas de la Casa de la Moneda de los Estados Unidos.

«Es costumbre de los dioses —dijo César al Rey Ariovisto—, alzar altos a los hombres, de modo que más grande sea su caída.» Jim Eliot ni siquiera alcanza esas alturas, excepto durante algunos minutos; pero su caída es tan grande como si las hubiera alcanzado.

He descubierto que la mayoría de mis novelas y relatos cortos giran enormemente en torno al dinero, el sexo y el estatus. Esta en particular gira en torno al dinero y los diversos símbolos por los que los hombres lo cambian; en torno al dinero fácil y a la eterna visión peligrosa… la idea de que en algún lugar, a la vuelta de la esquina, en otro país, en otro tiempo, en otra dimensión, hay una forma infalible de conseguirlo.

El sexo y/o el señor Morrison

Carol Emshwiller

Nadie escribe como Carol Emshwiller. Absolutamente nadie. Ni nadie ha escrito. Es única, es su propia voz, desafía toda comparación, tantea áreas normalmente consideradas como peligrosas, y está más cerca de ser la artista pura que cualquier otro escritor al que haya conocido.

Es difícil hablar de Carol…, como difícil es hablar de su obra. No se alinea con las simbologías y estándares habituales. Y Carol (con los que no la conocen) tiene problemas en hablar de sí misma. En sesiones de análisis críticos, tiene tendencia a caer en la gesticulación, murmullos, búsqueda de las palabras. Esta vacilación no se refleja en sus historias. (Puede que sea cierto que debe reescribir varias veces sus historias para hallar el lenguaje adecuado a cada una de ellas, pero eso es ex post fado. La idea estaba ahí, lo demás es solamente la habilidad del escritor en aceptar y rechazar los distintos elementos vibratorios hasta conseguir la armonía especial.) De esta disparidad extraigo una conclusión natural: Carol Emshwiller habla más elocuentemente a través de su obra. A menudo es así con los mejores escritores. A menudo es así también con la gente muy especial.

En cuanto a ser una artista pura, ella es el primer escritor al que haya encontrado nunca que diga que escribe por su propio placer, y me lo haya creído. El tipo de historias que Carol elucubra es raramente comercial. Son más bien visiones francamente personales. (Siempre he afirmado que un escritor debe

aprender primero las bases de su arte, la forma comercial de contar una historia en su forma más simple y directa, antes que intentar romper las reglas y establecer nuevas aproximaciones. Carol es, de nuevo, una excepción a esa regla. Desde la primera obra suya que leí, era una innovadora, una experimentadora. O bien conoce las reglas tan bien, inherentemente, que puede aceptarlas o rechazarlas de acuerdo con las necesidades del proyecto, o bien se trata —como sospecho— de un talento natural que no es gobernado por las mismas reglas que el resto de nosotros. Esto es retórico, por supuesto, pues la prueba está en la lectura. Puede intentarlo todo, y siempre le sale bien.) Sus «visiones» no son nunca completamente sustanciales. Se retuercen y oscilan, como los arco iris de aceite en un estanque. Es casi como si las historias de Carol giraran una esquina en dirección a otra dimensión. Sólo una porción del trabajo total es visible. Lo que ella puede estar diciendo realmente está medio esbozado, entre claroscuros, alusiones, como una señal entre la niebla. No es como la parte visible de un iceberg, o el significado oculto de un haiku, o nada conocido anteriormente. Una vez más, es algo singular. Pero, a falta de otra explicación más a mano, me quedaré con el girar-la-esquina-en-dirección-a-otra-dimensión.

Pero ser un artista «puro» no es simplemente un resultado del tipo de trabajo que uno hace. Es un estado mental, desde el principio. Y es mucho más difícil, infinitamente más difícil, seguir esa senda que simplemente aspirar a vender lo que uno escribe. Carol parece no preocuparse acerca de la salida de sus historias… al menos en la forma en que preocupa a la mayoría de escritores. Naturalmente, desea la realidad de ver su obra publicada, siempre que ello no entrañe escribir lo que ella no desea escribir. Se ha fijado a sí misma un alto nivel de calidad y de ataque que casi roza lo imposible. Y escribe las historias totalmente consciente de que puede que nunca lleguen a ver la luz. No se trata, sin embargo, de una escritora de torre de marfil, alguien que escribe simplemente para sí, alguien que se siente demasiado inseguro como para presentar su obra al público. No hay nada de eso en Carol. Sin embargo, conoce perfectamente los hechos y los condicionamientos del mundo editorial. Hay muy pocas revistas y muy pocos editores que se atrevan a correr el riesgo de lo experimental, lo insólito, lo individual cuando pueden seguir ganando dinero con la fantasía antediluviana barata. Nada de eso preocupa a Carol. Ella prosigue su camino, escribiendo magníficamente.

El genio del talento de los Emshwiller (y utilizo la palabra «genio» plenamente consciente de cada una de las implicaciones de su definición) no está limitado a Carol, incidentalmente. Como mucha gente sabe, ella es la esposa del gran artista y realizador cinematográfico Ed Emshwiller, cuyos films de vanguardia hemos disfrutado antes de que los cinefilos underground lo alinearan erróneamente junto con Warhol y Brakhage y Anger y David Brooks. El genio de los Emshwiller —marido y mujer— es una combinación de talento profesional juiciosamente utilizado en la creación de un arte singular, sombrío y ocasionalmente ominoso, tanto en la literatura como en el cine. Sería una feliz inevitabilidad el que Ed trasladara la obra de Carol a la pantalla.

Describiéndose a sí misma, Carol se presenta como la imagen de un cuadro de Levittown de un ama de casa típica —tres hijos, no le gusta el trabajo de la casa, puede cocinar si hace un esfuerzo y a veces, no muy a menudo, lo hace—, y sospecho que la imagen es algo falsa. Carol el ama de casa es alguien a quien Carol la escritora tiene que verse obligada a apartar un poco a un lado. Pero bajo la superficie hay algunos detalles fascinantes que ayudan a conocer a la mujer: «Hubo un tiempo en que odiaba todo lo que tenía algo que ver con la literatura, pero si hubiera tenido a alguien que me hubiera explicado, aunque sólo fuera superficialmente, de qué se trataba, creo que la hubiera adorado como la adoro ahora. Casi suspendí el inglés en la universidad, y tuve que pasarme un horrible semestre extra estudiando inglés a causa de mi mala nota. (Tengo la fuerte sensación de que todo lo que tiene que ver con la literatura está generalmente muy mal enseñado.) Empecé en una escuela de música, tocando el violín, y luego me pasé a una escuela de arte. Conocí a Ed en la escuela de arte de la Universidad de Michigan. Obtuve una beca Fulbright para Francia. Cuando conocí a algunos escritores en Nueva York, más tarde, empecé a comprender que lo que quería era escribir. Veo todos los films underground que me es posible. Me gustan más los fallos interesantes que las obras en las que el artista siempre sabe exactamente lo que está haciendo».

La historia que cuenta Carol aquí no significa un fallo. Al contrario, es un completo logro, y con mucho la más extraña historia sexual jamás escrita, y funcionalmente ciencia ficción también. Se halla considerablemente mucho más allá que el conjunto de las historias que ha publicado Carol en las revistas comerciales, y está más cerca de ser «la nueva cosa» que cualquier otro relato de

este libro. La recomiendo a todos los jóvenes escritores que buscan nuevos caminos de experimentación.

* * *

Podía poner mi reloj en hora al escuchar los pasos del señor Morrison en la escalera, no porque fuera extraordinariamente puntual, pero sí lo suficiente para mí. Más o menos las ocho y media. (Mi reloj adelanta.) Cada día que baja las escaleras tengo que retrasarlo diez minutos, ocho o siete. Supongo que podría hacerlo igualmente sin él, pero me parece una vergüenza desperdiciar esos fuertes pasos, esos resoplidos y otras formas de perder energía que pone en práctica al bajar las escaleras, de modo que he cronometrado mi vida de acuerdo con ese golpetear mañanero. Podría decirse que bajaba a ritmo de funeral, pero ello se debe a que el señor Morrison es grueso y por ello lento. En realidad, comparado con la media, es un hombre muy agradable. Siempre sonríe.

Yo le espero abajo, a veces mirando hacia arriba y a veces sosteniendo mi despertador en las manos. Sonrió con una sonrisa que espero no sea tan triste como la suya. La cara de luna del señor Morrison tiene algo de Monna Lisa. No cabe duda de que tiene secretos.

—Estoy poniendo mi reloj en hora con usted, señor Morrison.

—Je, je… yo, yo —respira fatigado—. Bueno —se pasa la mano derecha por el estómago—, espero que…

—Oh, usted va lo suficientemente en punto para mí.

—Je, je, oh, sí, sí.

Parece que sostiene el peso del mundo o tal vez está aplastado por cien kilómetros de aire. ¿Cuántos kilos de aire por centímetro cuadrado le deben corresponder? No tiene la suficiente energía interna. Todos sus músculos se expanden como mermelada en el interior de su piel.

—No tengo tiempo de charlar —dice.

(Nunca lo tiene.) Sale. Me gusta, y me gusta su acentillo de Boston. Pero sé que es demasiado orgulloso para ser amistoso. Bueno, orgulloso no es la palabra correcta. Es tímido. En fin, dejemos eso.

Se volvió con una mueca de mal humor y luego me hizo un guiño, como para suavizarla. Tal vez no fue más que una contracción nerviosa. Él debe de pensar, si es que piensa en mí de alguna forma: «¿Qué puede decirme ella y qué puedo decirle yo? ¿Qué puede ella saber que yo no conozca ya?» Y así atravesó, andando como un pato, la puerta.

Y ahora comienza el día.

En verdad hay bastantes cosas que yo pueda hacer. Normalmente paso el tiempo en el parque. A veces alquilo un bote, remo un rato y alimento a los patos. Adoro los museos, y están todas esas galerías de arte y los escaparates de las tiendas, y si soy cuidadosa con mi presupuesto, de vez en cuando puedo hacer algún gasto. Pero no me gusta estar fuera de casa después del regreso del señor Morrison. ¿Cerrará su habitación mientras está en su trabajo?

Su habitación está situada directamente sobre la mía, y él es demasiado grande para ser un hombre silencioso. La casa gime con él y retumba cuando salta fuera de la cama. El suelo cruje bajo sus pies. Incluso las paredes tiemblan y caen los trozos de pintura seca. Pero a mí no me importa el ruido. Gracias a él puedo seguirle la pista. A veces imito desde mi apartamento sus movimientos. De la cama a la cocina, pasos, de la cocina al lavabo y otra vez de vuelta. Le imagino allí, en zapatillas. Le imagino. Imagino cómo mete sus enormes piernas en los pantalones, anchas como las de un dios (porque ningún hombre normal puede tener unas piernas como ésas), esas piernas que se introducen en unos pantalones grandes como cuevas. Imagino esos dos paisajes, con un vello escaso, en forma de cepillo del color del trigo, dirigiéndose ciegamente a sus anchos calcetines de lana marrón que están todavía húmedos del día anterior. Oooh. Ugh. Arriba con las ligas. Creo que puedo escuchar su respiración desde aquí.

Puedo cepillarme el pelo tres veces antes de que él lo haga una y estar fuera esperándole al pie de la escalera cuando él abre la puerta.

—Estoy poniendo mi reloj en hora con usted, señor Morrison.

—No tengo tiempo, no tengo tiempo. Salgo ahora. Bueno…

Y empuja la puerta de entrada tan cuidadosamente que una piensa que tiene miedo de sus propias manos gruesas.

Y así, como ya he dicho, comienza el día.

La cuestión es (y tal vez sea la cuestión de hoy): ¿Quién es en realidad, uno de los Normales o uno de los Otros? No va a ser fácil averiguarlo siendo tan

gordo. Me pregunto si llegaré a ello. Sin embargo, estoy dispuesta a llegar lejos y todavía estoy ágil. Todo ese escándalo y todo ese andar de arriba abajo; y luego, recientemente, me pasé toda una noche arrebujada bajo un arbusto en el Central Park y he subido dos veces por la escalera de incendios hasta arriba (pero no he visto demasiado y no puedo estar segura aún de los Otros).

No creo que estén en el armario porque no hay cerradura, pero podría abrir la puerta una rendija y luego hacer cuña con mi zapato. Puede que no se percate. O ponerme debajo de la cama. Aunque es verdad que soy delgada y bajita, se podría decir que del tamaño de un niño, no va a ser fácil; pero tampoco es fácil buscar amantes en el tejado.

A veces me gustaría ser una pequeña y rápida lagartija, verde o marrón amarillenta. Podría escabullirme bajo su estómago cuando abriera la puerta y no me vería, aunque sus ojos son tan rápidos como torpes sus pies. Sin embargo, yo lo sería más. Me escondería en la biblioteca o en la parte de atrás de su escritorio, o tal vez me haría un ovillo en un rincón, porque lo más seguro es que no mire con mucha frecuencia al suelo. Su habitación no es mucho más grande que la mía y su presencia debe llenarla, o más bien su estómago, que le ocultará sus piernas de gigante. Él mira el techo y los cuadros de las paredes, las superficies de la mesita de noche, el escritorio y la mesa; pero el suelo y las mitades inferiores de las cosas están fuera del alcance de su mirada, y es en ellas donde estaré a salvo. Pero no, ni siquiera tengo que lamentar no ser una lagartija, excepto por la cuestión de introducirme en su apartamento. Pero si no cierra su habitación con llave no habrá ningún problema y puedo pasarme el día eligiendo mi escondite. Puedo llevar conmigo también un poco de comida si decido quedarme por la noche. Nada de nueces ni avellanas; sólo cosas silenciosas, como el queso y los higos.

Ahora que pienso en ello, creo que estoy dejando al señor Morrison para el final, como un niño que deja la costra de su pastel para comérsela después de haberse acabado éste por completo. Pero me doy cuenta de que me estoy portando como una tonta, porque puesto que él es una de mis mejores esperanzas, ha de ser el primero.

Por consiguiente, este día comienza con un aprovisionamiento de alimentos y una expedición de exploración a la parte de arriba.

La habitación está desordenada. No hay librería, pero hay libros y revistas a

centenares. Investigo tras los montones. Investigo en el armario, lleno de trajes y abrigos gigantes donde puedo esconderme fácilmente. No hay más que ver cómo sobresalen los hombros por las perchas normales. Investigo bajo la cama y bajo la mesa escritorio, en el hueco destinado a meter las rodillas. Paso la mano bajo la mesita de noche. Revuelvo por entre los zapatos y los calcetines sucios apilados en un rincón. Oh, hay lugares para esconderse mucho mejores que los del Central Park. Decido utilizarlos todos.

Hay algo muy agradable en el hecho de estar aquí, porque me gusta el señor Morrison. Incluso su tamaño es confortable; es lo suficientemente grande como para ser el padre de cualquiera. Su cuarto tranquiliza con todas esas cosas adecuadas a un padre que hay en él. Aquí me siento joven.

Me como unos pocos higos mientras me siento en el armario sobre sus zapatos. Luego echo una siesta entre las camisas sucias. Parece que hubiera dieciséis o así, aunque sólo hay siete y algunos calcetines. Luego me acomodo debajo de la mesa del escritorio, arrodillada, espero y comienzo a tener mis dudas. Aquel estómago colgante va a ser más grande de lo que había esperado. No hay nada que pueda esconderse, de modo que, ¿por qué permanecer aquí, agarrada a las patas del escritorio, cuando podía estar fuera dando de comer a las palomas? «Sal ahora —me digo—. ¿Vas a pasarte realmente todo el día, o tal vez incluso toda la noche, oculta y confinada aquí?» ¿Pero no lo he hecho ya antes multitud de veces y siempre para nada? ¿Por qué no intentarlo una vez más? Pues el señor Morrison es, con toda seguridad, el más prometedor de todos. Sus ojos, la forma en que sus gordas mejillas se inflan bajo sus ojos, le dan un aspecto achinado. Su nariz romana en una cara normal sería excesiva, pero en la suya se pierde, queda empequeñecida. «¡Sálvenme! —grita la nariz—, ¡me hundo!» Yo lo intentaría, pero haré otras cosas más importantes antes de que el señor Morrison regrese. La tarea es también para bien de todo, y quiero decir todo, pero no crean que yo soy la menos perjudicada en esto.

¿Saben? Hace unas semanas fui a una matinée y vi al Royal Ballet bailar Los ritos de primavera y se me ocurrió entonces… Bueno,¿qué pensarían ustedes si les vieran enfundados en unos trajes que simulaban ser la piel desnuda? Trajes desnudos, yo les llamé. Y toda aquella gente bien vestida, culta, aplaudiéndoles, aceptándoles pese a que sabían perfectamente bien…, como una especie de Traje Nuevo del Emperador al contrario. Pero deténganse a pensar sólo una cosa. Hay

solamente dos sexos y cada uno de nosotros pertenece a uno de ellos, y sin duda, o al menos es lo más probable, cada uno sabe algo acerca del otro. Pero pudo ser allí donde yo cometí mi error: ¿Nunca han pesado ustedes…? Bueno, eso que yo comencé a pensar: «Ha de haber Otros entre nosotros».

Pero no es a causa del miedo o del desagrado por lo que yo los busco. Soy una persona abierta y sin prejuicios. Pueden darse cuenta de lo que soy cuando les diga que yo nunca vi (¿no parece realmente extraño?) los auténticos órganos de mi propia concepción, ni los de mi padre ni los de mi madre. ¿Quién sabe lo que eran?

De modo que esperé allí, mordiéndome las uñas. Contemplaba la madera sin barnizar de la parte interior del escritorio. Estuve arañándola. Comí más galletas y estuve considerando si hacerle la cama. Finalmente, decidí que no lo haría. Me chupé un brazo hasta que se puso rojo en la parte interior del codo. El tiempo transcurría tan lentamente como en el reloj de un colegio, y me arrastré por el suelo y me oculté tras los libros y las revistas. Leí los primeros párrafos de decenas de ellos. Debido al polvo que había allí y tendida sobre los calcetines y la camisas, sentí un cierto olor y una especie de aliento animal que me hizo sentirme segura, como si realmente perteneciera a esa habitación y pudiera pasearme por ella sin que el señor Morrison lo notase, a excepción de que tal vez me diera un ligero golpecillo en la cabeza al pasar.

Zump…, pausa. Clump…, pausa. Sus pasos no pueden pasar inadvertidos. La casa proclama su presencia. El suelo vibra y las ondas se extienden hacia la escalera. La baranda se desliza y se inclina desde su base. El papel de la pared parece llenarse repentinamente de insectos. Él debe de estar pensando: «Bueno, esta vez no me está espiando desde la entrada de su casa. Qué descanso. Puedo concentrarme totalmente en su ascenso.» Ooo. Ump. Pausa. Parece estar contemplando la pintura de la pared. Vuelvo a arrebujarme bajo el escritorio.

Resulta extraño que lo primero que haga es poner el periódico sobre el escritorio y sentarse con las rodillas rozándome la nariz, unas rodillas como hornos que desprenden calor y humedad y exudan un delicado olor a lana húmeda y a sudor. Qué redondas son esas rodillas. Como senos maternos presionándome. Probablemente igual de suaves. ¿Por qué no puedo apoyar mi mejilla sobre ellas? Observo cómo es capaz de permanecer sentado sin moverse, sin agitar los tobillos ni golpear rítmicamente con la punta de los pies. Él no es

como nosotros. ¿Pero puede acaso un hombre como éste hacer cosas pequeñas!

Todo lo que puedo reunir son evidencias circunstanciales, pero ya es hora de hacer algo concreto. Una cosa, nada más que un hecho es todo lo que necesito.

Lee, coloca su ropa en la percha y vuelve a leer. Su aliento huele a salchichas y entonces me acuerdo de que ya ha pasado la hora de cenar y como mi queso lentamente, a pequeños mordiscos. Tardo media hora en comer un trozo pequeñito.

Finalmente abandona la sala y se dirige al baño y yo me deslizo bajo las camisas y los calcetines y encojo las piernas. ¿Y si se desnuda como lo hacía mi abuela, bajo una bata? ¿Bajo una enorme cosa del tamaño de dos camas?

Pero no lo hace. Cuelga su chaqueta en una percha y su corbata en otra adherida a la puerta del armario. Me echa encima la camisa y debo hacer otro huequecito para seguir espiando. Luego se quita los zapatos. Después los calcetines. Los pantalones caen con lentitud, sin esfuerzo, mientras él mira hacia la ventana. Se queda con unos calzoncillos amarillentos, rascándose por detrás y provocando un auténtico terremoto en su trasero.

¿Dónde puede haber comprado esos calzoncillos de elefante? ¿En qué almacenes los tuvieron colocados en sus estantes? En qué fábrica cosieron las mujeres, una tras otra, aquellas indescriptibles prendas? ¿En Marte? ¿Venus? ¿Saturno? Seguramente en Saturno. O tal vez, por el contrario, en un lugar pequeño, en alguna luna de Júpiter, con menos aire por centímetro cuadrado sobre la piel y menos gravedad, donde el señor Morrison podría subir las escaleras de tres en tres, y saltar (porque estoy segura de que no es demasiado viejo) y bailar toda la noche con jóvenes de su estatura.

Dirige sus ojos orientales hacia el techo y se quita los calzoncillos, dejándolos caer en el suelo. Veo montañas de muslos y trasero. ¿Cómo puede un hombre como ése permanecer desnudo incluso delante de un pequeño espejo? Me quedo hipnotizada. Es imposible descubrir el color de su piel, como sucede con los ojos verde azulados y con el océano. Es bronceado, rosado, oliváceo, rojizo y a veces cubierto de un vello gris elefante. Sus ojos han de estar acostumbrados a multiplicidades como aquellas, y a plétoras, conglomeraciones, a una opulencia de sí mismo, a una exuberancia desmedida, a lo universal, a lo astronómico.

Me siento totalmente avasallada. Me acurruco en mi nido de camisas sin

atreverme a respirar. Mis ojos no dan crédito a lo que ven. Está más allá de mi comprensión. ¿Pueden imaginar lo diminutas que deben de parecerle mis muñecas? Estará pensando (si es que piensa en mí): «Ella debe de ser de otro mundo. Qué extrañas son sus caderas y los huesos de sus piernas. Cómo miran sus ojos. Qué verdosas son las sombras que se forman en los bordes de su cara». (Porque debo admitir que tal vez estoy tan lejos en la escala de mi humanidad como él en la suya.)

De pronto me doy cuenta de que estoy cantando. Mi aliento vibra en mi garganta, formando himnos tan lentamente como lo haría el propio señor Morrison. Me pregunto si esto será amor. ¿Será mi primer auténtico amor? ¿Pero acaso no he estado siempre apasionadamente interesada en la gente? ¿O tal vez sólo en aquellos que captan mi fantasía? ¿Pero no es acaso diferente este sentimiento de ahora? ¿He amado verdaderamente, así como ahora, en algún otro momento de mi vida? (La, la, la, li, la.) Cierro los ojos y escondo la cabeza entre las camisas. Sonrío entre los calcetines sucios. ¡Imagínenselo haciendo el amor conmigo!

Mucho más abajo de sus miradas abstraídas dirigidas hacia el techo, me escondo apoyada en codos y rodillas tras los viejos libros. Un lugar seguro para desterrar la estupidez. Porque soy lo suficientemente vieja como para que él sea (nunca me he casado) mi hijo más pequeño. Sólo que si fuera hijo mío, difícilmente podría haber crecido tan desmesuradamente más que yo. Veo que no puedo ni tan siquiera seguirle (como sucede con los hijos). Puedo amarle como ama el ratón la mano que limpia su jaulita, de un modo igualmente limitado, porque aquí yo tampoco veo más que una parte de él. Tengo más sensaciones. Siento una mayor grandiosidad. Siento el exceso de volumen que no puedo ni siquiera imaginar. Redondeadas imágenes posteriores bailan en mis globos oculares. Parece haber una oscuridad misteriosa en los rincones de la habitación, y su sombra cubre, al mismo tiempo, la ventana que hay en una de las paredes y el espejo situado en la otra. No cabe duda de que él es como un iceberg, sumergido en sus siete octavas partes.

Pero ahora se vuelve hacía mí. Lo contemplo desde el montón de libros sosteniendo una revista sobre mi cabeza como hace la gente cuando llueve. Lo hago para protegerme de la excesiva enormidad de su persona que de repente aparece ante mí más que para ocultarme.

Y ahí estamos los dos, mirándonos a los ojos. Nos miramos y él no parece comprender aún como yo le comprendo a él, y sin embargo, normalmente su cabeza está por encima de la mía, saltando sobre frases inacabadas. Sus ojos no comprenden todavía la situación y aún no muestran sorpresa. Pero su ombligo, eso es otra cuestión. Al fin, ahí está el ojo de Dios. Anida en un cielo blando y extenso, como un sol en su curva por el universo que brilla y me lanza un cálido guiño, un guiño grueso y benigno. El ojo del estómago acepta y comprende: el ojo del estómago me reconoce y me mira como si siempre hubiera deseado mirarme. (Sí, aunque yo camino a través del valle de sombras de la muerte.) Ahora te veo.

Pero ahora le veo. Ahí, la piel cuelga en pliegues fláccidos, blandos, y hay un pequeño círculo color cobre como una moneda de cincuenta centavos. Hay un agujero en el centro, verdoso en los bordes. Eso debe de ser una especie de «traje desnudo», y sean los que fueran los órganos sexuales, han de estar ocultos tras esa caliente y abolsada imitación de piel.

Le miro a esos ojos que tiene y están tan vacíos como blancos son los globos oculares, tan vacíos como si no tuvieran sexo, huevos sin yemas, como si estuvieran hechos como los de un muñeco de sexo varón con un agujero redondo para evacuar el agua.

Dios mío, pienso. No soy religiosa, pero pienso, Dios mío, me levanto y de un salto alcanzo la puerta y echo a correr escaleras abajo dando saltos, con la sensación de volar. Cierro violentamente la puerta de mi habitación y me deslizo dentro de mi cama. Es el lugar más obvio para esconderse, pero una vez que estoy dentro no puedo moverme. Permanezco allí y escucho el trueno de sus pasos en la escalera, el arrastrar de sus pies por los peldaños, su mano deslizándose por la baranda.

Sé que yo diré:

—Acepto. Acepto. Te amaré. Te amaré, seas quien seas. (¿Cómo hace una para conocer esas cosas cuando todo está oculto?) Diles que nosotros aceptamos. Diles que son los trajes desnudos los que resultan feos. Aceptamos vuestros colgantes, vuestras arrugas, vuestras redondeces, vuestros bultos y jorobas, todo lo que sea. Vuestras curvas, fibras, gusanos, botones, higos, cerezas, pétalos de flores, vuestras pequeñas y suaves formas de sapo, vuestras lenguas de gato o vuestras colas de ratón, vuestras ostras, vuestro único ojo entre las piernas,

vuestras culebras, vuestros caracoles, todo lo aceptamos. Creemos que la verdad es adorable.

Pero qué silencio tan prolongado. ¿Dónde está él? Porque él debe (¿o no?) venir por mí después de lo que he visto. ¿Pero adonde ha ido? Tal vez cree que he cerrado con llave mi puerta, pero no lo he hecho, no lo he hecho.

¿Por qué no viene?

* * *

Blake escribió: «La cabeza Sublime, el corazón Pathos, los genitales Belleza, las manos y pies Proporción».

Sería agradable vivir en una sociedad en la que los genitales fueran considerados realmente Belleza. Me parece que cualquier otra forma de verlos es obscena. Después de todo, ahí están. ¿Por qué no amarlos? No podemos mantenerlos así ocultos y dejar que la gente crezca sin pensar que hay una razón para ocultarlos. (Y cuando pensamos en que todos los animales, o casi todos los animales, del mundo, han surgido a la existencia de lo que llamamos una palabra «sucia», la sociedad parece realmente enferma.)

He escrito una serie de historias sobre este tema. El sexo y/o el señor Morrison me vino a la cabeza mientras contemplaba el ballet Los ritos de la primavera en el Metropolitan Opera House. No suelo acudir a ese tipo de espectáculos, pero nos habían regalado las entradas. Los bailarines llevaban «trajes desnudos», leotardos color piel con huellas de manos y rayas imitando maquillaje. Sentada ahí en medio de aquella gente de apariencia madura y casada (cada uno de ellos era de uno de los sexos y solamente hay dos… ¡Señor, tan sólo dos!), recordé repentinamente que de niña había llegado a creer realmente que la gente se ocultaba tan cuidadosamente porque eran completamente distintos los unos de los otros. Imaginaba que debía haber una oposición general macho-hembra, ya saben, los machos fuera, las hembras dentro (aunque a aquella edad supongo que sentía, los machos fuera, las hembras nada), pero que esa era toda la semejanza posible. Y si la gente no llevara ropas, pensaba, qué cosas más peculiares y maravillosas veríamos.

Todo eso volvía a mí mientras permanecía sentada allí contemplando el ballet. Repentinamente me parecieron muy extraños todos aquellos trajes de desnudo, como si lo que había pensado de niña fuera la única explicación posible y lógica de toda aquella ocultación. Si no, ¿por qué unos adultos, especialmente aquel público, de apariencia educada y más bien maduros, pertenecientes a ambos sexos y seguramente casados entre sí, por qué acudirían a ver un espectáculo en el que los bailarines llevaban una falsa piel? ¡Ridículo!

Así nació esta historia…

¿Cantará el polvo tus alabanzas?

Damon Knight

De alguna manera, inexplicablemente, mi amistad hacia Damon Knight, primer presidente y fundador de la Science Fiction Writers of America, la asociación de escritores de ciencia ficción de los Estados Unidos, ha ido creciendo con el tiempo. Pensándolo bien, debe ser debido al hecho de que está casado con Kate Wilhelm, que es mejor escritora que yo, lo cual me ofende mucho, pero es una de esas verdades a las que uno debe finalmente enfrentarse. Además, es mucho más hermosa. En consecuencia, puesto que Kate es mejor escritora que yo, reconozco que es mejor persona que yo, y siendo mejor persona que yo, tiene que haber algo que ella ve en Damon que lo hace a él encantador e interesante, de modo que, por respeto y admiración hacia Kate, he debido deslizar mis sentimientos hacia Damon. Una situación delicada y totalmente impropia, en el mejor de los casos.

Hay quienes pretenden que Damon Knight es de admirar por derecho propio. Como autor de Hell's Pavement (El pavimento del infierno) y The Analogs (Los análogos) y Mina Switch (Interruptor mental), que muchos afirman son brillantes novelas de pura ficción especulativa. Como antologista de A Century of Science Fiction (Un siglo de ciencia ficción) y Citíes of Wonder (Ciudades de maravilla) y 13 French Science Fiction Stories (13 relatos franceses de ciencia ficción) y otras once antologías, consideradas corno la cima literaria del género. Como crítico, compendiado en su colección de ensayos In Search of Wonder (En

busca de la maravilla), que le ayudó a ganar un Hugo en 1956 como mejor crítico de ciencia ficción. Todo eso se dice en defensa de Damon Knight. Puede que incluso sea cierto.

Pero si esto es así, si Knight es realmente el modelo que sus fans pretenden hacernos creer, entonces explíquenme lo que sigue:

Knight, sentado en un restaurante con unos amigos, observando a James Blish y a mí mismo en otra mesa, mientras Blish me explicaba con gran pantomima un divertido chiste del periódico, totalmente perplejo y casi a punto de echarse a llorar cuando Blish se negó a explicarle el significado de los extraños movimientos de sus manos…

Knight, habiendo incurrido en la cólera de un grupo de escritores que asistían a la Conferencia de Escritores de Ciencia Ficción en Milford, Pennsylvania (de la que es fundador y director desde 1956), hallando dos vigas de madera de cinco metros clavadas en los cristales delantero y trasero de su coche, sin pronunciar una sola palabra de irritación o protesta, sino simplemente permaneciendo malhumorado durante dos días…

Knight, consiguiendo no sólo vender «The Man in the Jar» (El hombre en la tinaja) a una revista de gran circulación, sino teniendo la audacia de incluirlo en su última recopilación, Tuming On (Conectando), sin variar la engañosa lógica de su desarrollo…

Knight, teniendo un montón de brillantes historias de Kate Wilhelm compradas ya para sus antologías Orbit de relatos originales de ciencia ficción, negándose a venderme una perfecta joya de Kate para esta antología, obligando a la pobre mujer a venderle la historia a él para alguna nebulosa y lejana antología que está preparando…

Cada uno de estos imponderables fuerza a llegar a la conclusión de que Damon Knight es un aguafiestas. ¡Hablemos más bien de sus pies de arcilla!

Aguafiestas nació en Baker, Oregón, en 1922. Fue semieducado en Hood River, Oregón, en escuelas públicas. Pasó un año después de la escuela superior estudiando en el Centro de Arte de Salem, Oregón, y luego se trasladó a Nueva York, donde en 1941 se unió a una de las primeras fraternidades de fanáticos de la ciencia ficción, llamada Los Futurianos. Realizó algunas ilustraciones de ciencia ficción (admite que malas), trabajó para Popular Publications como director ayudante en sus revistas pulp, y como lector en la Agencia Literaria de

Scott Meredith. Es un escritor independiente desde 1950, no dejando de enfurruñarse desde entonces.

Su primera historia publicada (como resultado de una flagrante intimidación y un ataque de histeria infantil) lo fue por Donald Wollheim en la revista Stirring Science Fiction) cuando tenía dieciocho años; desde entonces ha publicado casi un centenar de relatos, cinco novelas, cuatro recopilaciones de historias y las antologías antes citadas, y etc.

Acerca de esta historia de Damon Knight: me la envió pese al hecho de que yo le había dicho claramente que no había lugar para su tipo de literatura en una antología tan augusta como esta. Me gustaba lo suficiente, pero iba a enviársela devuelta, sólo para demostrarle que a nadie le gustan las imposiciones, cuando recibí una carta de Kate. Me decía que él estaba convirtiendo su vida en un infierno. Ambos viven en «una gran y delicada mansión victoriana en Milford, con tres activos chicos, tres gatos machos y un número indeterminado de peces tropicales», y Damon estaba realmente vengándose de Kate porque yo le había pedido a ella una historia, pero no a él, y la amenazaba con que si la historia de él era rechazada y la de ella aceptada, iba a enviarla directamente a través de una organización de trata de blancas al mercado de Marrakech.

Es inútil decir que, como siempre, obtuvo lo que quería. De modo que hallarán en esta antología una historia de Damon Knight, y ninguna de Kate Wilhelm. Pero arreglaremos esto en la próxima Inquisición de la Science Fiction Writers of America.

* * *

Y el Día de la Cólera llegó. El cielo resonó con trompetas, angustiantes, ominosas. Por todas partes las secas rocas se alzaron, gimiendo, y cayeron desmoronadas. Luego el cielo se hendió, y en el resplandor apareció un trono de fuego blanco, en un arco iris que ardía verde.

Los relámpagos zigzagueaban desde todos los horizontes. Alrededor del trono flotaban siete majestuosas figuras vestidas de blanco, con cintas doradas cruzando sus pechos; y cada una llevaba en su gigantesca mano una redoma que

humeaba hacia el cielo.

Desde el resplandor del trono llegó una voz:

—Seguid vuestros caminos, y verted vuestras redomas de la cólera de Dios sobre la tierra.

Y el primer ángel descendió, y vació su redoma en un torrente de oscuridad que humeó por encima de toda la desierta tierra. Y se hizo el silencio.

Luego el segundo ángel voló bajando a la tierra, y planeó de un lado a otro, sin vaciar su redoma: y finalmente regresó junto al trono, diciendo:

—Señor, debo vaciar la mía en el mar. ¿Pero dónde está el mar?

Y de nuevo se hizo el silencio. Porque las resecas y polvorientas rocas de la tierra se extendían ilimitadamente bajo el cielo; y allá donde habían estado los océanos había tan sólo cavernas abiertas en las rocas, tan resecas y vacías como el resto.

El tercer ángel exclamó:

—Señor, la mía es para los ríos y fuentes de agua. Y luego el cuarto ángel dijo:

—Señor, déjame vaciar la mía.

Y vertió el contenido de su redoma hacia el sol; y en un instante ardió con una terrible radiación: y planeó de un lado para otro dejando caer su luz sobre la tierra. Tras un cierto tiempo vaciló y regresó junto al trono. Y de nuevo se hizo el silencio.

Entonces del trono brotó una voz diciendo:

—Ya basta.

Bajo el amplio domo de los cielos, no volaba ningún pájaro. Ninguna criatura reptaba o se arrastraba sobre la superficie de la tierra; no había ningún árbol, ninguna brizna de hierba.

La voz dijo:

—Este es el día señalado. Descendamos.

Entonces Dios anduvo sobre la tierra, como en los viejos tiempos. Su forma era como una moviente columna de humo. Y tras Él avanzaban los siete ángeles con sus redomas, murmurando. Estaban solos bajo el cielo gris amarillento.

—Aquellos que están muertos han escapado de nuestra cólera —dijo el Señor Dios Jehová—. Pero no escaparán al juicio.

El reseco valle en el que se encontraban era el Jardín del Edén, donde el

primer hombre y la primera mujer habían recibido un fruto que no debían comer. Al este se hallaba el paso por el que la pareja condenada había sido arrojada al desierto. A una poca distancia hacia el oeste se divisaban las dentadas formas del monte Ararat, donde se había posado el Arca tras el Diluvio purificador.

Y Dios dijo con una gran voz:

—Abramos el libro de la vida; y que los muertos surjan de sus tumbas, y de las profundidades del mar.

Su voz resonó bajo el tenebroso cielo. Y de nuevo las resecas rocas se alzaron y cayeron; pero los muertos no aparecieron. Sólo el polvo se retorció, como si sólo esto quedara de los miles de millones de habitantes de la tierra, vivos y muertos.

El primer ángel sujetaba en sus brazos un gran libro abierto.

Cuando el silencio se hubo establecido durante un cierto tiempo, cerró el libro, y en su rostro hubo miedo; y el libro se desvaneció de entre sus manos.

Los otros ángeles murmuraban entre sí y suspiraban. Uno dijo:

—Señor, terrible es el sonido del silencio, cuando nuestros oídos deberían estar llenos de lamentaciones. Y Dios dijo:

—Este es el día señalado. Sin embargo, un día en el cielo son mil años en la tierra. Gabriel, dime, según como cuentan los hombres el tiempo, ¿cuántos días han transcurrido desde el Día?

El primer ángel abrió un libro y dijo:

—Señor, tal como los hombres cuentan el tiempo, ha pasado un día desde el Día.

Un impresionado murmullo recorrió a los ángeles. Y volviéndose a ellos, Dios dijo:

—Sólo un día: un instante. Y sin embargo no se alzan. El quinto ángel se humedeció los labios y dijo:

—Señor, ¿no eres Tú acaso Dios? ¿Qué secretos pueden haber para el Hacedor de todas las cosas?

—¡Paz! —dijo Jehová, y los truenos resonaron hacia el sombrío horizonte—. A su debido tiempo, haré que estas piedras se levanten y hablen. Seguidme, vamos un poco más lejos.

Vagaron por las resecas montañas y por entre los vados cañones del mar. Y Dios dijo:

—Miguel, tú estabas encargado de velar sobre esa gente. ¿Cómo fueron sus últimos días?

Hicieron una pausa cerca del fisurado del Vesubio, que en una época de distracción celeste había entrado en erupción dos veces, enterrando vivas a miles de personas.

El segundo ángel respondió:

—Señor, cuando los vi por última vez, estaban preparando una gran guerra.

—Sus iniquidades rebasan todo entendimiento —dijo Jehová—. ¿Cuáles eran las naciones que estaban preparando la guerra? El segundo ángel respondió:

—Señor, eran llamadas Inglaterra y Rusia y China y América.

—Vayamos entonces a Inglaterra.

Al otro lado del reseco valle que había sido el Canal, la isla era una meseta de piedras, en ruinas y desolada. Por todas partes las rocas estaban cuarteadas y sin vigor. Y Dios se encolerizó más, y gritó fuerte:

—¡Que las piedras hablen!

Entonces las grises rocas se desmoronaron en polvo, descubriendo cavernas y túneles, como las cámaras de un hormiguero vacío. Y en algunos lugares resplandeció el brillante metal, dispuesto en capas graciosas pero sin ningún diseño, como si el metal se hubiera fundido y hubiera corrido como agua.

Los ángeles murmuraron; pero Dios dijo:

—Esperad. Esto no es todo. Y ordenó de nuevo:

—¡Hablad!

Y las piedras se alzaron una vez más, para dejar al descubierto una cámara mucho más profunda. Y en silencio, Dios y los ángeles se inmovilizaron en un círculo en torno al pozo, y se inclinación hacia delante para ver las formas que se movían allí.

En la pared de aquella profunda cámara, alguien había grabado una hilera de letras. Y cuando la máquina de aquella cámara había sido destruida, el metal incandescente había brotado y había llenado las letras en la pared, de tal modo que ahora brillaban como plata en la oscuridad.

Y Dios leyó las palabras.

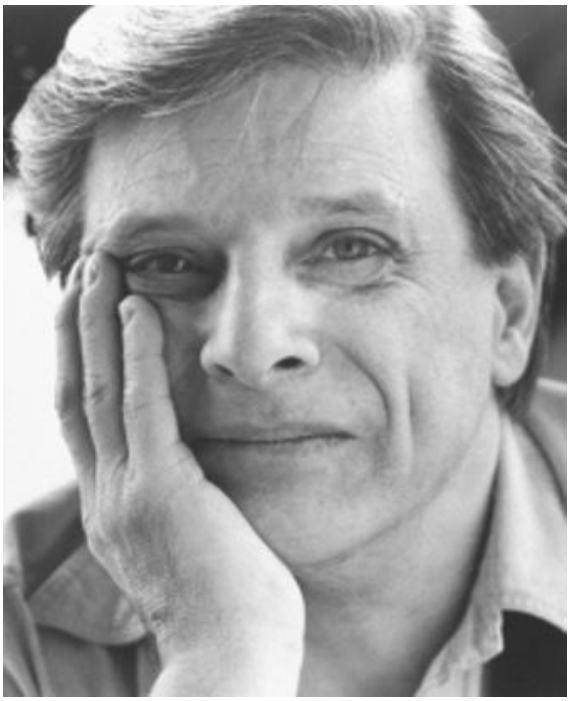
NOSOTROS ESTÁBAMOS AQUÍ. ¿DÓNDE ESTABAS TÚ?

* * *

Esta historia fue escrita hace algunos años, y todo lo que recuerdo de ella es que mi agente de entonces me la devolvió con repugnancia, y me dijo que probablemente podía venderla al Diario Ateo de Moscú, pero a ningún otro sitio.

La pregunta planteada en la historia me parece frívola, porque yo no creo en Jehová, que me parece ser una persona altamente improbable; pero me parece que, para alguien que sea creyente, es una pregunta importante.

FIN



HARLAN JAY ELLISON, nacido en Cleveland (Ohio, el 27 de mayo de 1934), es un prolífico y destacado escritor de novelas e historias cortas especializado en literatura fantástica, de terror y, sobre todo, de ciencia ficción.

En 1956 comenzó a enviar historias de ciencia ficción a diversas revistas (más de cien relatos cortos y artículos) hasta que al año siguiente lo llamaron para servir dos años en el ejército de los EE. UU. (desde 1957 hasta 1959). Posteriormente, en 1962, se mudó a California y comenzó a tener contacto con el mundo de la televisión, para la que ha escrito numeroso material para series de ciencia ficción como *The Outer Limits*, *The twilight zone*, *Star Trek* (*la serie original*) o *Babylon 5*.

A lo largo de cuarenta años de carrera ha ganado multitud de premios por la gran cantidad de libros que ha escrito o editado, así como por sus historias, ensayos artículos y columnas periodísticas, series de televisión. Entre dichos premios cabe destacar los premios Hugo (el mayor que se concede en literatura de ciencia-ficción), Nébula, Bram Stoker, el premio de la Horror Writers Association, varios Edgar Allan Poe y varios Audie.

Sus cuentos más famosos son *La bestia que gritaba amor en el corazón del universo* (*The beast that shouted love at the heart of the world*), *No tengo boca y*

debo gritar (*I have no mouth and I must scream*) y ¡*Arrepiéntete, Arlequín*!, *dijo el señor Tic-tac* (*Repent*, *Harlequin*! *Said the Ticktockman*).

Su obra ha sido adaptada a otros medios, incluyendo un videojuego basado en *I have no mouth*… en el que su voz aparecía como representación del ordenador.

Cabe destacar que no resulta sencillo realizar una biografía rigurosamente cierta sobre el autor, pues existen multitud de versiones distintas de su vida, totalmente disparatadas algunas, pero muy creíbles otras. Es difícil distinguir los hechos reales de los que no lo son, pues al autor le gusta bromear (en su página web podemos incluso ver una recopilación de biografías ficticias muy imaginativas).